

REPÚBLICAS DE INDIAS

IDOLATRIAS Y GOBIERNO

EN MÉXICO Y PERÚ

ANTES DE LA CONQUISTA

ORDENADAS POR

FR. JERÓNIMO ROMAN Y ZAMORA

Cronista de la orden de San Agustín.

Fielmente reimpresas, según la edición de 1575
con una **ADDENDA** de las noticias
que hay en la **CRÓNICA**, del mismo autor,
impresa en 1569.

TOMO I.

MADRID: 1897

Victoriano Suárez, Editor.

Preciados, 48.

COLECCIÓN DE LIBROS
RAROS Ó CURIOSOS
QUE
TRATAN DE AMERICA

TOMO XIV

CARTA-DEDICATORIA

Á LOS SEÑORES

D. RICARDO PALMA

Y

D. JOSÉ T. MEDINA

**sabios investigadores de las antigüedades de
Indias.**

Muy distinguidos señores míos: Pongo sus ilustres nombres en la primera página del tomo XIV de LIBROS QUE TRATAN DE AMÉRICA, porque creo que esto bastará para que, por los eruditos y aficionados á las antigüedades del Nuevo Mundo, sean bien recibidas las REPÚBLICAS DE INDIAS, que hacia 1573 ordenó el famoso cronista Agustino Fr. Jerónimo Román y Zamora, que lo componen, y que también formarán todo el tomo XV, que seguirá inmediatamente á este.

El motivo que me ha llevado á sacar nuevamente á la luz esta obra tan añeja y de sabor tan clásico, ha sido el hallar en ella, después de leída muy atentamente, cosas, á mi humilde entender, muy poco sabidas, ó quizá del todo ignoradas por la mayoría de los escritores que se han ocupado de los *ritos*, *idolatrías* y gobierno de los antiguos pobladores del continente americano.

Tendré gran satisfacción si sé que ustedes, después de haberla examinado escrupulosamente, coinciden en opinión conmigo, y hallan nuevos datos que allegar para la prehistoria de los países que constituyen las regiones de ambas Américas.

El autor, como se ve, dice leyó las *Décadas Océánicas*, de Pedro Mártir, las *Historias*, de Oviedo y Gomara, y declara, pág. 355 de la edición original:

«Todo aquello que toca á vna republica mostraremos, y esto con mucha fidelidad y certeza, porque estas cosas quanto menos auctores ay dellas tanto con mayor obligacion estoy obligado á darlas limpias de sospecha: y porque el lector sepa donde faque tantas cosas, en vna palabra referiré las diligencias que hize para cosa tan particular. PRIMERAMEN-

•TE VUE A LAS MANOS LAS MÁS RELACIONES
•QUE SE EMBIARON Á LOS CATHOLICOS REYES,
•Y AL EMPERADOR DON CARLOS V DE FELICE
•RECORDACION, VI MUCHAS CARTAS DE FER-
•NANDO CORTES Y DE LOS PIÇARROS, COMU-
•NIQUE CON HOMBRES DOCTOS EN LAS COSAS
•DE AQUELLAS INDIAS, VUE PAPELES DEL
•SANCTO VARON DON FRAY...., OBISPO DE
•CHIAPA; SIN ESTO HE LEÍDO TODAS LAS HIS-
•TORIAS QUE ANDAN ESCRIPTAS O IMPRESSAS,
•y con esta diligencia me parece que puede an-
•dar segura esta republica de los muy diligen-
•tes, y los que quifieren añadir podran lo ha-
•zer y reprehender tan bien, si fueren mejores
•sus testimonios, y lo que se dice de Indias se
•entiende del Piru, porque de donde yo co-
•mienço mi republica tuuo principio todo.» Y
en la hoja 367 añade: «Bien se que me he de de-
•tener, pero entiendo que de no lo hazer se fe-
•guirian dos inconuenientes: el vno es que no
•cumpliria bien fino lo hizieffe así, pues ef-
•criuo los ritos de todas las gentes. Lo otro
•que las COSAS DE LOS INDIOS QUEDARIAN Á
•LOS VENIDEROS ESCURAS Y MUY FALTAS, SI
•YO AGORA NO ME ALARGASSE, PORQUE TEN-
•GO POR COSSA DUDOSA QUE ALGUNO PARTI-
•CULAR TENGA EN EL MUNDO TANTOS MEMO-

»RIALES COMO YO DE AQUELLA GENTE. Y afsi
»quiero como el primero alargarme y dar ente-
»ra luz á los venideros de las cosas más nota-
»bles que vuo en el mundo.»

Por el *catálogo de autores* que también va reimpresso al fin del tomo XV (II y último de esta obra) pueden ustedes ver que no engañó al decir esto que se acaba de leer, mas es muy necesario tener presente que aquel catálogo se refiere á escritores que consultó para la composición de todas sus *Repúblicas*, y no sólo para esta de Indias.

A más de la garantía que nos ofrece con sus datos por la veracidad con que escribe á causa de las fuentes puras en que bebió este cronista, es de inapreciable valer esta obra por la importancia política y religiosa que tuvo su autor durante el reinado de Felipe II. Fr. Jerónimo Román, que, según vemos por los Mecenás á quienes dirigió sus libros, estuvo siempre al lado de Reyes y magnates, nos dejó en sus obras estampadas ideas tan avanzadas al siglo en que vivió, que, por ellas, con todos sus escritos, excitó de manera feroz las iras de los inquisidores, quienes no dejaron una sola obra de este sabio sin mutilar horriblemente, cosa que hemos comprobado al examinar los rarísimos

ejemplares que aun quedan de las diversas ediciones que imprimió.

Nos explicamos diga que tenía por cosa dudosa que ningún particular tuviese en el mundo tantas historias, escritas é impresas, relaciones y Memoriales como él, porque es indubitable que la privanza de que gozaba y la categoría en su orden, le permitiría manejar documentos privados que á cualquiera otro le estaría prohibido, bajo penas las más rigurosas, y aquellas fuentes es casi seguro que las más de ellas á estas fechas se han perdido por completo y que jamás ningún investigador de antigüedades americanas logrará verlas.

De todos modos, si la obra que les envió no es de su agrado, me tomo la libertad de rogar á ustedes que al menos agradezcan la buena intención que ha guiado á su afectísimo amigo y servidor

D. L. D'ORVENIPE.

Madrid 19 de Marzo de 1897.

NOTICIAS
DE
FR. JERÓNIMO ROMÁN
sacadas principalmente de sus obras
POR
FR. BONIFACIO MORAL
(Agustino).

«Fr. Jerónimo Román, nació en Logroño por los años de 1586, siendo sus padres Martín Román e Inés Zamora. Tomó el hábito de San Agustín en el convento de Haro, y trasladado al de Dueñas para continuar su carrera, como allí procediese con alguna tibieza en el cumplimiento de sus obligaciones, recibió de un Prelado tan oportuna y eficaz reprensión, que desde entonces no estuvo un momento ocioso, y todo el tiempo dió al ejercicio de la virtud y á las letras con aplicación y constancia extraor-

dinarias, como se deduce de sus escritos y de la confesión ingenua y franca que él hace de sí mismo.

Hizo muchos viajes dentro y fuera de España con el fin de recoger noticias para la historia, así eclesiástica como profana, en que se ocupó la mayor parte de su vida. El Reverendísimo Tadeo Perusino le nombró cronista de la Orden en 1573, y en 1578 escribía al Provincial de Castilla encargándole recogiera los manuscritos del P. Jerónimo. En 1583 fué honrado con el Magisterio, y en 1597 pasó á mejor vida en el convento de Medina del Campo.*

Dejó escritas las obras siguientes:

1. Crónica de la Orden de los Ermitaños del Glorioso Padre Sancto Agustin. *Salamanca, en casa de Joan Baptista de Terranova*, 1569. (Poseo ejemplar magnífico).

2. Primera parte de la historia de la Orden de los frailes hermitaños de Sant Augustino Obispo Hyponense y doctor de la Sancta yglesia. *Alcalá de Henares, en casa de Andrés de Angulo*, 1572. Un tomo en folio de xvi-365 páginas.

3. Repúblicas del Mundo. *Medina del Campo, por Francisco del Canto*, 1575. 2 to-

mos en folio. Primera edición, de extremada rareza y de la cual no se conoce ningún ejemplar sin estar mutilado por los censores del Santo Oficio de la Inquisición. (Poseo ejemplar).

Repúblicas... Segunda impresión, corregida y censurada por el Expurgatorio del Sancto Officio. *Salamanca, por Juan Fernández*, 1595. 3 tomos folio.

4. Historia de la vida del muy religioso Varon Fray Luys de Montoya, de la Orden de Sant Agustín. | *Lisboa* | por *Antonio Alvarez*, 1588. Un tomo 12º de 110 hojas.

5. Historia de los dos religiosos Infantes de Portugal. *Medina del Campo, por Santiago del Canto*, 1595. 4.º, 12 hojas de preliminares y 205 de texto.

6. Vida de San Nicolás de Tolentino. *Zaragoza*, 1600.

7. El Defensorio por la antigüedad de la Orden.

8. Memoriales notados para responder contra todas las heregías que ha habido desde que Simón Mago comenzó á ser falso cristiano, hasta nuestros tiempos.

9. Memoriales de las Monarquías del mundo.

10. Vidas de los Santos de la Iglesia.

11. El decreto de Graciano, corregido.
12. Católica historia de los Santos de España.
13. Flos Sanctorum Romanum.
14. Historia eclesiástica, la cual contiene todo lo que en España ha habido desde el año primero de la venida del Salvador al mundo, hasta el de 1474.
15. Historia de la predicación del Santo Evangelio.
16. De las tres Ordenes militares de Portugal.
17. Historia de la Real Casa y Monasterio de Santa Cruz de Coimbra.
18. Historia de Braga.
19. Historia da Serenissima Casa de Braganza.
20. Historia do Convento de Alcobaza.

A título de curiosidad, reproducimos lo que Fr. Jorónimo Román dice acerca de librerías é imprentas en el capítulo XVII (por XV) de la *República Cristiana*, hoja 253 (vuelta):

Del uso de las librerías entre los Christianos, tráense cosas curiosas al propósito.

• Entre las cosas ilustres que la Iglesia tiene,

es el uso de las librerías que hay adonde están recogidos muchos y diversos libros para utilidad y enseñanza de los cristianos, porque allí se recogen las armas espirituales contra los herejes y contra los malos y pecadores; pues con los libros y doctrinas de los santos y hombres letrados se hace guerra á los malos y perturbadores desta paz eclesiástica, y así cualquiera que recoge libros y hace librería se hace más inmortal que con otra cosa alguna que haga en la República, y nunca acabo de loar á los príncipes que han gastado sus tesoros en cosa de tanta importancia y provecho.

Desde la primitiva Iglesia comenzó á haber librerías de los libros santos y tratados para pro y defensa de la cristiana religión, porque como no se habia de defender con armas y poder, mas con sabiduría, fué cosa necesaria que hubiese doctrina y libros, y porque también los príncipes que perseguían la Iglesia, entre las penas que daban, era mandar que los cristianos no leyesen públicamente ni fuesen maestros de las ciencias, convino que quedasen libros por donde aprendiesen los católicos, de manera que los libros sirvieron á los principios de dos cosas: de armas contra los herejes y falsos cristianos, y de maestros para que por ellos aprendiesen.

COL. LIB. AMÉRICA.—Tom. XIV.

diesen los que no tenían maestros cristianos en las escuelas.

•Juntaron los santos prelados en los principios todos los libros que escribían los hombres doctos y píos, así los que escribían en defensa de la fé santa, como los que trataban de la exposición de los libros de la Biblia.

•También hubo curiosidad de escribir todas las persecuciones que padeció la Iglesia.

•Estos libros siempre se guardaban en las iglesias, porque como de ordinario era aquel lugar muy frecuentado de los fieles, iban á leer la lección sagrada, así los ministros del templo santo, como los otros hombres doctos, ó por no tener en qué leer, ó quizá por miedo de la persecución, se iban allí y aprendían á tener esfuerzo para padecer y llevar la adversidad y á confirmarse de nuevo en la fé.

•El primero que hizo librería pública y famosa para en comun, segun yo he podido leer fue el Santo martir Alejandro Obispo Ierosolymitano, del cual dice Eusebio en su Ecclesiastica historia que junto infinitos libros de diversos doctores Ecclesiasticos, de los quales se ayudo para escribir su Ecclesiastica historia. Antes del muchos fueron los que tubieron librerías particulares y muy curiosas y grandes.

»La Iglesia romana no comenzó a tener librerías luego que hubo pontífices: parte porque en Roma no había cosa segura en tiempo de la persecución, y también que los Pontífices Romanos ocupados en negocios arduos no dieron en esto: pero adelante vuo cuydado que se hiciesen librerías, y el primero que dio en cosa tan importante fué el papa S. Hilario.

»Este hizo en San Juan de Letran dos suntuosas librerías, y de allí adelante se tuvo cuydado grande de aumentarlas hizieron otras de nuevo.

»De manera que el hacerse librerías para las yglesias no es cosa nueva, antes muy antigua y así lo vemos que las más principales librerías del mundo se hazian en yglesias Cathedrales, o en monasterios.

»En dos maneras podemos aqui traer exemplos de librerías famosas, digo Ecclesiasticas, o en comun, o en particular, las que hallamos puestas en comun y fundadas por principes Christianos para utilidad publica, son muchas y de tantas porne algunas que me parecen haver sido mas famosas.

»El gran Constantino como en todas las cosas de la religión fue diligentísimo siendo informado que muchos de los Emperadores pasa-

dos havian hecho quemar los libros sagrados, procuro de restaurar las librerias antiguas de las yglesias, y gastando con mano liberal mucha suma de dinero hizo juntar muchos libros, como lo dice Sócrates en su historia Ecclesiastica.

•En Alejandria desde los sucesores de San Marcos començo á hazerse libreria sagrada, y siempre fué aumentándose con diversos Doctores: porque haviendo puesto los libros de Arrio fueron echados de ella como pestilencia: y despues quemados como lo afirma San Atanasio en el tractado de la persecucion enviada a los Orthodoxos.

•En Constantinopla dos fueron las librerias sumptuosas y grandes, en la vna vuo ciento veinte mil volumines: y tuvo escripturas tan delicadas que en cosas pequeñas cabia un libro grande: y en un pergamino labrado del quero de un dragón, o en una tripa como dicen otros se escribieron subtilisimamente con letras de oro la *Iliada* y la *Odisea* de Homero.

•Tambien el Emperador Theodosio el Iunior hizo gran ayuntamiento de libros, tanto que fue avido por famoso hombre por ello: y decian que se avia levantado otro Ptolomeo Philadelpho.

»El papa Nicolao V. siendo aficionado a todo genero de letras procuro hacer una libreria riquisima en Roma: y congregados infinitos libros con gran diligencia y costa los puso en el Vaticano, de donde vino despues a llamarse la libreria Baticana.

»Querria que mirassen mucho los que nos alegan los libros de la libreria Baticana que no esta la fe dellos en ser del Baticano mas porque son tan antiguos, porque ya sabemos que aquella obra tan celebre no ha mas que ciento y veinte años que se hizo, de manera que mirando a esto no seran de despreciar los originales de las librerias de San Isidro de Leon Parra-ces, Guadalupe, y otras, que hay en nuestra España que tienen mucha antigüedad.

»Vino esta libreria despues a ser entregada y destruyda por el papa Calixto III Español Valenciano, sucesor del dicho Nicolao V.

»Tambien el Cardenal Besarion Griego varon de muchas letras juntó una gran libreria en Venecia y la puso en San Marcos, de donde vino á ser llamada la libreria Marciana, y porque cosa tan rica se conservase con toda auctoridad dio cargo della al diligentisimo y muy curioso Antonio Sabellico, como lo dice Joan Tritemio en sus claros varones.

• El Rey Don Alonso el magnanimo de Aragon y Napoles fue tambien gran inquiridor de libros y los hizo buscar con gran diligencia y para esto escojio hombres doctos y curiosos como cosa que engrandecia sobre manera su nombre y de su mucha diligencia y amor en este punto trae varios exemplos Antonio Panormitano.

• También Matías Corbino, Rey de Hungría, allegó infinidad de libros é hizo una libreria en Buda, que es la ciudad real de aquel reino, pero después, siendo por los turcos entrada la ciudad, fué destruída una riqueza tan grande por no ser reconocida de aquellos bárbaros.

• Después, casi en tiempo nuestro, Francisco Valois, Rey de Francia, hizo dos librerias conforme al ánimo y grandeza suya, que en todo fué Real.

• La primera fué en el excelente monasterio de San Victor de París, que es de canónigos reglares.

• Y la otra es una fortaleza famosa de su reino llamada Fontanableo.

• Estos libros que se recogieron en estas dos librerias, no fueron buscados á caso por Europa, mas enviando diversos hombres curiosos por toda Grecia y Arabia, con su mucha diligencia hallaron libros llenos de antigüedad y

verdad, que son dos partes con que se hace una librería famosa y perpetua.

• En nuestra España la que nuestro señor el Rey D. Felipe II deste nombre ha comenzado á juntar en San Lorenzo del Escorial lleva muestra de ser cosa excelente y podrá perfeccionarse, cosa que trae tanta gloria á un rey poderoso, si señalare hombres curiosos que por diversas partes de la cristiandad busquen con deseo de aprovechar diversos lugares adonde hay rastro antiguo de haber habido libros.

• No podemos negar que en España no hay una librería famosa que es la que parece hoy en la santa iglesia de Sevilla, porque tiene veinte mil volúmenes.

• Esta fué ayuntada por diligencia é industria de D. Fernando Colón, hijo de aquel Cristobal Colón hallador y descubridor de un nuevo mundo, que fué el de nuestras Indias Occidentales.

• Este no pudo perfeccionarla, porque vivió poco, empero sabemos que la diligencia suya fué grande, por cuanto por su persona anduvo diversas partes del mundo buscando libros, y ya que no pudo dar fin á cosa que tanto iba, dejó renta señalada para que se conservasen y fuesen bien tratados los libros de ella.

»Esto es lo que hallo en cuanto á las librerías en común. Pero si quisiera hacer mención de otras que han hecho personas particulares para su estudio y lección, terníase por cosa milagrosa ver la curiosidad y afición de saber de muchos, pues siendo personas de menos que mediano estado, allegaron muchos libros.

»Testigo sea de esto Pamphilo, Laodiceno Preste, éste, siendo discípulo de San Eusebio Cesariense, encendido de la sabiduría, allegó para ejercitarla treinta mil volúmenes, y con ellos edificó después la librería de Cesarea, y porque en aquel tiempo las obras de Orígenes eran habidas en gran precio, el mismo Pamphilo las trasladó de su mano para autorizar su librería, y no sólo tenía infinitos libros, pero aún los doblaba porque si ocurriese la necesidad proveyesen á otros.

»Hacen mención de esta librería Eusebio en su tercero libro de la Eclesiástica historia, y San Jerónimo en sus claros varones.

»Esta librería, habiéndose extragado con los tiempos, acaeció que fué renovada por Esicio, discípulo de Gregorio Nacianceno, y ayuntose á ella la de Orígenes, que debió de ser muy grande, pues dice San Jerónimo que él por sí escribió seis mil libros,

»San Agustín también tuvo librería grandísima, y así él la encomienda que se guarde por la riqueza que hay en ella, y así Posidonio, su discípulo, en su vida da testimonio como en su muerte la dejó como por herencia á la Iglesia.

»En Ynglaterra tambien vuo un gran varon que hizo y tuvo librería famosa, como lo afirma Beda en su historia eclesiastica, y este fue Accan obispo Augustaldense: el cual ayunto infinitos libros sagrados y de historia sagrada.

»Podrianse traer muchos hombres doctos que han tenido ricas librerías aun en nuestros tiempos: pero de los muchos dire dos que yo he conocido, el vno fue el Doctor Juan Paez de Castro chronista de la Majestad del rey don Philippe nuestro señor.

»Este tuvo librería grande de mano y libros muy escojidos con que ilustro la librería de Sant Laurencio del Escorial, porque despues de muerto se llevo lo mejor á aquel monasterio, sin estos tenia diversos y peregrinos libros impresos.

»El otro es maestro fray Alonso de la Vera Cruz, frayle Augustino, varon de vida muy religiosa y adornado de doctrina: este tambien ha llegado a tener siete mil ducados de libros y

aun mas si supiera guardarlos. Esta libreria esta oy (1575) en Sant Augustin de Mexico porque gobierno en aquel reyno muchos años los monasterios de esta orden.

«Quiero avisar aqui dos cosas para fin deste capítulo, la primera sea que aunque es berdad que todas las librerias de las quales aqui se hace mencion eran sagradas y eclesiasticas no por eso carecian de libros gentilicos; porque siempre fueron necessarios para la utilidad de la yglesia y de la manera quel santuario fue labrado y adornado con las riquezas de los Egypcios, asi nuestras escripturas se hermo-sean con los dichos de los antiguos porque un mesmo Dios dio entendimiento a los unos y a los otros y bien se vee quan necessarios son los libros de los Gentiles, pues Augustino, Lactancio Firmiano, Clemente Alexandrino, Eusebio, y otros muchos traen los testimonios suyos para prueba de lo que alli tratan, no porque nuestra ley no este muy bien confirmada, mas para redarguyr a los sabios de aquel tiempo con los testimonios de sus maestros y Doctores.

•Tambien es justo que se mire aqui como para conservar estas librerias siempre vuo varones doctos y enseñados, que tuvieron cargo

dellas, asi consta que Alvino o Alcuyno grande doctor fue Bibliothecario de la libreria Eboracense en Inglaterra, el qual despues fué fundador de la universidad de Paris en tiempo de Carlos Magno.

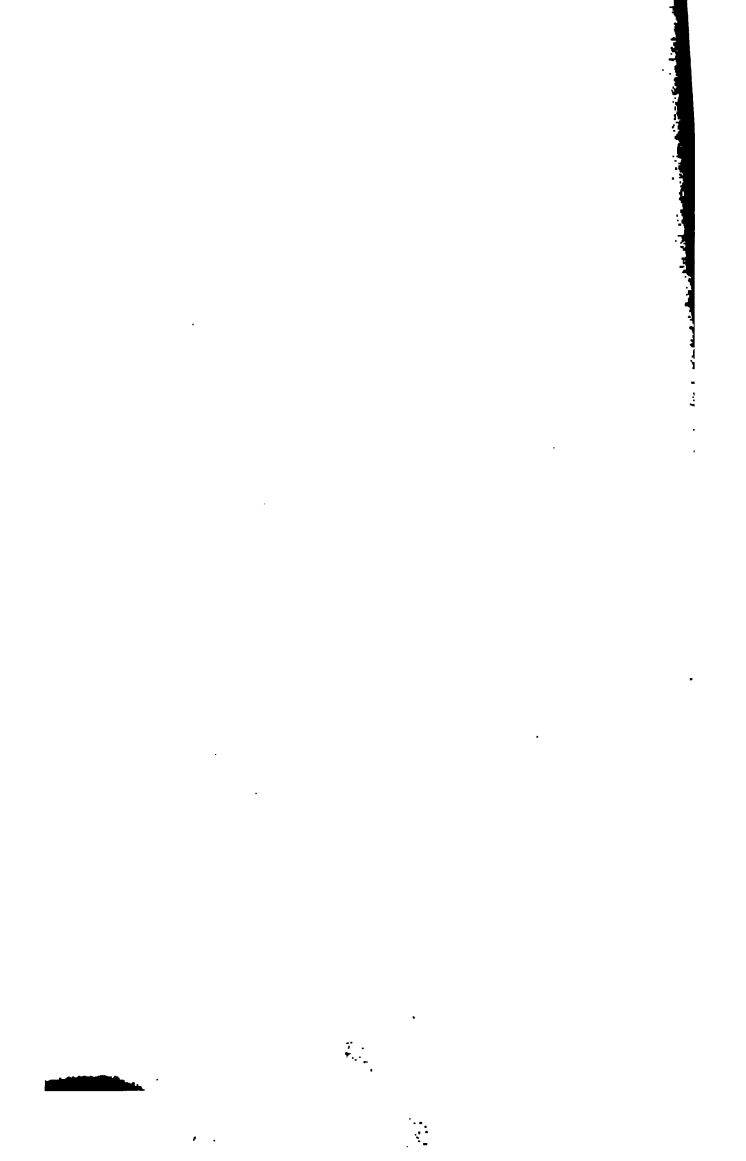
•La sancta sede Apostolica luego que tuvo librerias proveyo de hombres doctos y diligentes que las guardasen y ampliassen, y aunque de sus principios no tengo exemplos todavia me consta que en los años de mil y quarenta y nueve rigiendo la silla Apostolica Leon Nono, avia Bibliothecarios Apostolicos y eran de tanta auctoridad que eran Cardenales, asi hallamos un Petro diachono Cardenal que era Bibliothecario, y Cancelario Apostolico, y a el sucedio otro Cardenal de Lotingia llamado Frederico y en tiempo de Pascual Segundo uvo otro monge Benito y Cardenal llamado Joannes Cayetano, y en tiempo de Gelasio Segundo tuvo este officio Chrisostomo Pisano diachono Cardenal del titulo de Sant Nicolas en la carcel Tuliana, y asi uvo otros que llegaron á ser summos Pontifices como Gerardo, Caccianimico Bononiense que de Cardenal Presbytero vino a ser Pontifice y llamose en su coronacion Lucio Segundo, y despues se comunico este officio a los frayles Augustinos por casi docien-

tos años, y en fin sabemos que Baptista Platina varon excelente tuvo cargo de la libreria del Papa por mandado de Sixto IIII y el Cardenal Besarion dio cargo de su libreria que fundo en Venecia a Antonio Sabelico, y assi podriamos traer otros muchos exemplos al proposito.

»Y porque diga en un punto lo que se puede saber en este negocio digo que en los años de ochozientos y sesenta sabemos que tenia particular Bibliothecario la libreria Apostolica, porque consta que Anastasio, por sobre nombre Bibliothecario, lo fue de Nicolao I.

»Pero quiero avisar que lean con cureosidad este nombre de Bibliothecario, porque parece muy ageno de lo que oy vemos: pero si quisieren saber lo que ay en este punto lean el segundo libro de nuestra historia de la orden y veran que es propriamente Bibliothecario, guarda de los libros Apostolicos.»

REPUBLICAS DE INDIAS



LIBRO PRIMERO



ARGUMENTO DEL PRIMERO LIBRO

Este pímero libro de la República de las Indias contiene la religión supersticiosa de esta gente; cuanto á lo primero se trata de los diversos dioses del nuevo mundo, así de México como del Perú. De los templos suntuosos que tenían, qué sacerdotes y ministros servían en ellos, con toda la diferencia de ellos y de sus monjas, ó mujeres religiosas. Qué rentas tenían los templos y ministros, cómo dividían las personas religiosas sus fiestas y año. Qué sacrificios hacían á los demonios, cómo sacrificaban sangre humana, con otras cosas horrendas y crueles. También se sabrá aquí la penitencia que hacían estas gentes para tener pro-

picios á sus dioses. No solamente esto que he dicho se verá en lo principal de México y Perú; pero tráense cosas particulares en este propósito que pasaban en otras provincias del nuevo mundo; no quedará ayuno, no ceremonia ó cosa que parezca pía que aquí no se halle con toda curiosidad.

CAPITULO PRIMERO

Del descubrimiento de las Indias Occidentales, de las cuales trata esta República.

No escribiré yo aquí á la larga ni con particular orden las cosas de las Indias y Perú, por que el argumento de esta obra no camina á ésto: mi intento es sólo y con toda brevedad mostrar el tiempo cuando se halló este nuevo mundo, de quien tengo de tratar tantas y tan varias cosas, porque para lo demás ya hay muchos hombres que han escrito largamente, así

como Pedro Martir que hizo las Décadas Oceánicas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gomara, y otros cuyas historias andan en público. De manera que si aquí no soy largo, no soy obligado á serlo, y cuando lo fuera era salir de los límites de lo que promete mi obra.

Dos valerosos capitanes produjo Europa para gloria de nuestra España, por medio de los cuales se halló y conquistó un nuevo mundo, cuya grandeza ni fué hallada de los antiguos, ni los que cada día van descubriendo no lasaben cuando terná fin.

El principio de tan gran empresa tuvo principio de Cristóbal Colón y de Fernando Cortés, el uno italiano y el otro español: pero diremos del Cristóbal Colón que parece que Dios lo guardó con especial cuidado para que él llevase el premio de su fortuna próspera y los españoles hallasen adonde extender sus ánimos y codicia.

Fué Cristóbal Colón natural de los pueblos Ligures, que hoy se llama la Costa de Génova, unos dicen que fué de una aldea llamada Cugureo, ó de Nervi aldea de Génova, pero la verdad es que era de un lugar llamado Arbize-lo, lugar áspero y olvidado, junto á Saona. No

fué ilustre ni famoso en letras, mas tuvo natural inclinación á seguir la navegación, y con esta hambre y codicia anduvo por diversas partes de Levante con los tratantes de Génova, que andaban todo el mundo, y dándose desde su mocedad á ésto, anduvo todos los puertos é islas y riberas del mar Mediterráneo, y como fuese muy dado á la Geografía, todo su ingenio empleó en contemplar todas las tierras y provincias que se contienen en el globo de la tierra con hervor y fatiga tan perpétua, que por Astrología aprendió maravillosamente la medida de los Trópicos, y de la Equinocial, y de los climas, y todo el uso de la carta del navegar y de la aguja: por lo cual fué gran maestro de hacer cartas, y ampliábalas y extendíalas mucho más que los antiguos y siempre hacía en ellas mayor la tierra, dando manifiestas pruebas de que había tierras escondidas y que por pereza de los hombres no se descubrían, y así daba un nuevo mundo á los codiciosos de saber y de riquezas.

Esto alcanzó él con la lección de Platón y Séneca y otros muchos griegos y latinos, los cuales dejaron rastros é indicios para considerar semejantes cosas, acrecentaba mucho su esperanza el ver que poco antes un francés llamado

Bentacor ó Betancuyt había conquistado las Canarias, y que los portugueses hallaron las Hisperides adelante del Cabo Verde y que la armada del Infante D. Enrique de Portugal había pasado el último cabo de Ethiopia, llamado Cabo de Buena Esperanza (puerto debajo del Polo Antártico, adelante del círculo de Capricornio) había envidia este genovés osado, y pesábale que los genoveses (que en antigua reputación de disciplina naval excedían á todas las naciones) perdiesen una ocasión tan grande, por la cual podían hacerse famosos en todos los siglos y más ricos que ningún Rey por cogerles la empresa otras naciones.

Mirando, pues, todas las cosas con diferentes imaginaciones, aunque con constante espíritu, procuró de poner en efecto lo que tantas esperanzas le daba, y vacilando adonde iba hallaba muchas dificultades en parte por ser hombre pobre y poco conocido, y también porque quería persuadir una cosa tan grande, que aún después de hallada y salido con ella, había de parecer increíble aún á los que la viesan; mas con todo eso quiso probar ventura, y llegando al Rey de Portugal para pedirle favor, hallólo tan ocupado en la guerra de Africa y en la empresa que trazaba en Oriente, que le parecía

cosa demasiada. Al Rey de Castilla no se atrevió acometerle semejante hecho, porque andaba muy encendido en la guerra de Granada y pretendía destruir de todo punto la secta de Mahoma de toda España, pues era señor de casi toda ella.

Tenía Cristobal Colón un hermano llamado Bartolomé, que aunque no era tan industrioso, todavía le era compañero en aquel deseo y obedecíale porque traía creído que no iba Cristobal Colón fuera de camino, y así el Cristobal le enviaba al Rey de Inglaterra, que era Henrico séptimo, Rey el más rico de todos los de Europa en dinero, pero aunque le prometía el Bartolomé muchos provechos no le quiso dar algún favor el rey.

Viéndose, pues, desamparado, fuese al Rey don Alonso V de Portugal, pero no halló el recado que esperaba, porque había en aquel reino un obispo de Viseo á la sazón gran hombre en el arte del marear, y puso tantas dificultades en el hecho y tan poca certeza en lo que Colón prometía, que se hubo de volver á Castilla á los Reyes Católicos para quienes había de ser esta empresa tan grande.

Estaba á la sazón el Rey con su corte y ejército sobre Granada y tratando con unos y otros

aconsejábanle que hablase á los Duques de Medina Sidonia, y de Medinaceli, para que el uno con dineros, el otro con el puerto le ayudasen: pero sus ánimos no caminaban á cosas que traían tanta ventura, y así guiado por Dios divinalmente determinó de poner las esperanzas de este hecho en los Reyes Católicos, y dando y tomando, y hallando mil dificultades é inconvenientes, pidió con ánimo confiado que se le diese aquella empresa prometiendo aun no tanto como lo que después dió, y los Reyes Católicos, principalmente la Reina doña Isabel que tenía un ánimo excelso y real, le dió grandes esperanzas, y mirándose todas las cosas con mucho acuerdo después de haber entendido una perseverancia tan grande, le proveyeron de gente, naos, y provisión, y poder sobre todo como el que llevaba la empresa á su cargo.

Muchos murmuraron deste hecho pareciéndoles que no sólo era este negocio peligroso, mas cosa desatinada, y por gran pecado arriscar á las inconstantes ondas del mar Oceano las naos y Españoles por satisfacer la voluntad de un hombre no conocido, y que daba esperanzas mayores de lo que podían creer los hombres y de cosas que de todo parecían inciertas.

Llevaría consigo ciento y veinte hombres en-

tre soldados y marineros, y encomendando á Dios este negocio se arrojó en la mar, muchos días anduvo navegando sin hallar rastro de lo que deseaba, y había prometido, y aunque él iba muy confiado, los compañeros iban desesperados, porque no solamente no veían tierra, mas tampoco hallaban señales de ella, y lo que más sentían era que les iba faltando el mantenimiento.

Miraba aquel valeroso hombre los ánimos de todos enflaquecidos y que en ninguno veía corazón codicioso de gloria, y así andaba su espíritu inquieto y en ondas más crueles que las del mar, porque allende de que no los podía animar con alguna cierta esperanza veíales inquietos y obedecíanle mal y queríanlo matar: pero él les habló con ánimo osado y les amenazó con la ira del Rey, porque si hacían cosa contra el mandado del Príncipe, habían de ser castigados severamente.

Esto hizo detener los ánimos de los Españoles y aun le tenían gran respecto de allí adelante. No pasaron después de este albor y motín muchos días en que vieron tierra, con lo cual se alegraron sus ánimos en gran manera y comenzaron á dar gracias á Dios, y al tercero día tomaron tierra, que fué á los trece de Oc-

tubre del año de mil y cuatrocientos y noventa y dos.

Fué la primera tierra una isla de los Lucayos llamada Guanahani, que cae entre la Florida y Cuba, y allí se tomó posesión de las Indias por los Reyes Católicos, y de ahí fueron costearo las demás islas.

Gran espanto recibieron aquellas gentes bárbaras de ver nuestra gente con tan diverso traje del suyo, y así admirados huían á los montes: pero los nuestros queriendo tomar tien-to y rastro á la tierra fueron en su seguimien-to y no pudiendo alcanzar hombres prendieron una mujer, á la cual comenzaron á halagar con dádivas, porque le dieron pan y vino, y otras cosas de comer y vistiéronla, porque venía desnuda, y mostrándole por señas que no le harían mal á ella ni á nadie, le pidieron que llamase á los que huían. Ella habiendo recibido aquel género de humanidad fué á llamar á los que huían y diciéndoles lo que con ella hicieron los hizo venir á todos á la costa.

Y Colón viéndolos tan bárbaros comenzó á los acariciar y traer con mucho amor, y pidió-les mantenimientos por sus dineros y viendo como le traían pan, gallipavos, y otros mante-nimientos de la tierra atrájolos con amorosos

meneos, porque este fué el primero intérprete que tuvieron aquellas dos gentes tan diferentes en ley y costumbres. Y ellos conociendo el buen tratamiento que se les hacía comenzaron á perder el miedo y á servirlos.

Conoció Colón que aquella gente tenía oro, porque para su ornamento y gala usaban de zarcillos de oro y de otras joyas que aunque mal labradas ellos las tenían por cosa grande.

También conoció de qué cosas carecían y viéndolos idólatras persuadiolos, en pago de los mantenimientos que le traían á que creyesen en Cristo y adoraron la cruz, y viendo tan buenos principios determinó volver á España con la nueva del mundo nuevo y dejados en aquellas islas treinta y ocho Españoles con su capitán, dió la vuelta con el resto trayendo para testimonio de cosa tan grande diez indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, conejos muy distintos de los nuestros, que ellos llaman Vtias, trajo el pan de aquella gente, que era de unas raíces dichas batatas, también trajo de las especies que ellos usaban, que se llamaba Axi, y nosotros la llamamos pimienta todos de las Indias, y algún maíz que es su trigo. También trajo oro para que así vieses el cebo que había de pescar á mu-

chos, y llevarlos á ver nuevas tierras. Con este presente no muy grande (pero de grandes esperanzas) llegó en España y fué á besar las manos de los Reyes Católicos que á la sazón estaban en Barcelona; fué grande el regocijo que aquellos Príncipes recibieron por ver cosas tan particulares y estaban atentos á las relaciones que daba Cristobal Colón, y porque en todo eran Cristianísimos hicieron bautizar los indios y fueron ellos los padrinos, y porque supieron que aquellas gentes se comían unas á otras hicieron voto de quitar la idolatría y aquellas costumbres tan crueles.

Al Colón mandáronlo asentar delante de sí contra la costumbre de los Reyes de España, que no permiten que nadie esté asentado en presencia del Rey.

Y luego dándole título de Almirante de las nuevas Indias, lo mandaron volver á la empresa llevando más gente y aparato, y porque era aquel negocio grande y arduo, y no podían los Reyes apoderarse de ninguna tierra agena si no se les daba la investidura con derecho legítimo, pidieron al Papa Alejandro VI que á la sazón gobernaba la Iglesia, que atento que se habían hallado ciertas gentes idólatras y que se comían unas á otras, su Santidad les conce-

diese el conquistarlas porque recibiesen la fé y dejasen los ídolos y aquella ferocidad.

El Papa, vista la sancta demanda concedió una Bula llena de mucha doctrina y sanctidad, en la cual da la instrucción de cómo se ha de haber con aquellas gentes, y así fueron conquistando con las armas espirituales y temporales aquel nuevo mundo, siendo Cristobal Colón el principio de tan gran empresa.

Después salidos de las islas hallaron tierra llana y tendida, adonde hallaron los que iban en esta demanda grandes y tendidas provincias, potentísimos Reyes, grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas.

A quien se debe dar después de Cristobal Colón gracias de tanta cosa es á Fernando Cortés, cristianísimo varón, capitán fortunado, soldado valiente, liberal señor, el cual ganó á México, hizo predicar con gran celo la palabra del Evangelio, sin tener ambición ni codicia de las riquezas ni de mandar, contentándose con sólo que el nombre de Cristo fuese pregonado: y con hacer hechos dignos de inmortal gloria (1), «del

(1) Las palabras puestas aquí entre comillas no se hallan en la primera edición, y sí en la de 1594, impresa en Salamanca.

»cual se podría hacer una historia tal como
»cualquiera de las que leemos en Plutarco de
»los capitanes griegos y latinos».

Destas gentes que se hallaron tan bárbaras, tan sin Dios y tan poseídas del demonio, quiero escribir y mostrar á los venideros su religión y sus sacrificios, que quien quisiere leer atentamente podrá conocer cuán poderoso fué el demonio entre aquellas gentes.

Aquí verá sus costumbres en los matrimonios y mortuorios, no quedará ceremonia que toque á la religión que no se halle aquí.

También verán el gobierno y leyes por donde juzgaban sus causas, muchas costumbres que serán para avergonzarnos, la potencia de sus Reyes y su magestad.

En fin, todo aquello que toca á una república mostraremos, y esto con mucha fidelidad y certeza, porque estas cosas cuantos menos autores hay dellas, tanto con mayor obligación estoy obligado á darlas limpias de sospecha, y porque el lector sepa de dónde saqué tantas cosas, en una palabra referiré las diligencias que hice para cosa tan particular.

Primeramente, hube á las manos las más *Relaciones* que se enviaron á los Católicos Reyes y al Emperador Don Carlos V., de feliz recor-

dación; ví muchas *Cartas* de Fernando Cortés y de los Pizarros, comuniqué con hombres doctos en las cosas de aquellas Indias, hube papeles del santo varón don fray (1).

Obispo de Chiapa: sin esto he leído todas las *Historias* que andan escritas ó impresas, y con esta diligencia me parece que puede andar segura esta república delante de los muy diligentes, y los que quisieren añadir podránlo hacer y reprender también, si fueren mejores sus testimonios, y lo que se dice de Indias se entiende del Perú, porque de donde yo comienzo mi república tuvo principio todo, como se verá á la clara.

(1) En blanco en las dos ediciones. Se refiere al obispo D. Fr. Bartolomé de las Casas, de la Orden de Santo Domingo.

CAPITULO II.

De la religión y dioses de las Indias de la Nueva España. Tócanse cosas de mucha erudición.

Todas las repúblicas comienzan en Dios, ó sea verdadero ó sea falso, y así hemos comenzado en El en las cosas de la religión, como se ha visto en lo que queda dicho atrás, y así agora en este propósito de la religión de los Indios Occidentales trataré de sus dioses y sacrificios muy despacio, porque entiendo que ha de ser cosa grata y digna de ser sabida.

Y pues yo soy el primero que trato esta materia, bien será que me alargue un poco.

Ya queda visto cómo todas las gentes tuvie-

ron sus dioses y sacrificios, y cómo naturalmente los hombres nos inclinamos á reverenciar á Dios, aunque no sepamos cuál sea.

De la manera que las otras naciones tenían esto, así los Indios tenían sus dioses, sus sacrificios y templos con las demás cosas tocantes á la religión.

Es verdad que unas eran en esto más diligentes que otras, y algunos por no saber más quedaban cortos, mas con todo eso conocían á Dios y le reverenciaban, aunque no conocían cuál fuese.

Algunas Provincias y Reinos pequeños, así como eran poco Repúblicas, así tenían menos conocimiento de Dios.

Estos eran los de Cuba, Jamaica, las islas de los Lucayos, y todas las otras gentes que estaban en ringlera de la tierra firme, que es desde la Florida hasta la punta de Panamá, todos tenían una religión que era por espacio de quinientas leguas.

Estas no tenían templos señalados ni dioses conocidos á quien adorasen de propósito.

Es verdad, que tenían unas casas pajizas que en nada se diferenciaban de las otras, sino en estar apartadas un poco del pueblo.

Tenían algunos ídolos, no para adorarlos,

mas porque ciertos sacerdotes y hechiceros les decían no sé qué desatinos, los ponían allí y les pedían que los ayudasen en sus necesidades, como era de los temporales y la salud, porque el demonio les persuadía á esto; pero sacrificio, ni ceremonias, ni otras cosas que usaba el resto de las otras gentes, no lo había.

Tenían estas gentes el conocimiento de Dios en la mente y allí conocían un Dios verdadero que era inmortal é invisible y que reinaba en el cielo; á este llamaban Yocahvnaguamaorocoti, tenían entendido que este dios tenía madre y llamábanla Atabex, y un hermano que se decía Guaca, y así mezclaban otros errores que la falta de la luz los traía ciegos.

Tenían estátuas, pero no de dioses, mas para meter los huesos de sus muertos, y á cada uno llamaban conforme al que dentro de sí tenían. También hubo algunos ídolos, como dije, los cuales eran dichos Lemi.

Estos creían que les daban el agua, sol y viento.

Cuando labraban estos ídolos, si eran de madera, hacían esto.

Acaecía que un indio iba camino, y pasando por una selva veía, que los árboles se meneaban con el aire, y no entendiendo aquella gen-

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 4

te que el viento hacía aquello comenzaba á temer y al arbol que veía que hacía más ruido allegábase á él con mucha reverencia y preguntábale que qué quería, y quién era.

Y respondía el arbol, ó el demonio que estaba dentro y decía:

Yo te lo diré, llámame primero un Bohique, que era un sacerdote y ministro (como adelante se verá) y él te dirá quien yo soy.

Venido aquel Bohique ó ministro, llegábase al arbol, y hecha cierta reverencia y ceremonia, decía el sacerdote al arbol:

¿Para qué me mandaste llamar? ¿qué me quieres? si quieres que te corte harélo, y si quieres ir conmigo llevaréte, y avísame cómo quieres ir, que yo te prometo de hacerte una casa y una heredad.

Y entonces respondía el demonio que estaba en el arbol, y decía lo que que quería, y decía que lo cortase y que le hiciese su estatua de cierta manera y la casa y capilla de tal hechura, y cada año y en qué tiempo le había de hacer los sacrificios y ceremonias.

Mandado esto, luego venía el hombre que había topado con el arbol, y obedeciendo al ministro y sacerdote cortaba el arbol y hacía dél una estatua ó ídolo de mala hechura, así como de

demonio, ó de otra figura fea; hacíaale luego la casa y una heredad alrededor, y de allí adelante cada año le celebraba la dedicación de su templo y le reverenciaba, y desde entonces, si padecía alguna adversidad aquel su devoto, así como de enfermedad, falta de agua, ú otras cosas, luego acudía á su oráculo.

Tenían otros ídolos, ó imágenes de piedras, las cuales también eran tenidas y reverenciadas, porque el demonio por medio de sus ministros engañaba al pueblo rústico á que creyese que allí había divinidad y poder para dar la salud, y remediar las necesidades, y no pasaba de aquí la religión destas gentes.

Algunas veces porfiaban unas provincias con otras sobre quien tenía mejores Cemíes que eran los ídolos.

Adonde estaba la idolatría en su punto era en la tierra firme y en lo más poderoso de las Indias, así como en México, que era la más principal población de todas las Indias.

En estas partes, aunque tenían muchos dioses, el principal era el Sol; á éste tenían por más señalado y más poderoso, y así sus templos eran los más suntuosos y soberbios del mundo, como adelante se dirá.

Querer sumar y recoger el número de los dio-

ses que estas gentes tenían, sería cosa dificultosa, con todo eso, procuraré de darme á entender en tanta confusión.

Cuanto á lo primero ellos hacían sus dioses de diversas materias, porque unos eran de oro y otros de plata, ya los hacían de cobre, ya de barro y también de piedras preciosas, como yo he visto algunos de ellos.

También eran de piedras grandes y de diversas maneras, y aún de masa y de mezcla de semillas, como se dirá á su tiempo.

La labor también era diferente, como lo eran las materias de que se hacían; porque unos tenían hechuras de Obispos con sus mitras, que debían de ser como corozas, otros tenían en las cabezas unos como embudos ó morteros adonde les echaban en sus días y fiestas vino del que ellos usaban, que sin duda debía de ser el Dios del vino aquel, como entre los gentiles el Dios Baco.

A unos pintaban como hombres simples y también como mujeres; de manera que tenían Dioses y Deas, y también tenían Dioses en figura de bestias, como de leones, tigres, perros, venados.

Otros estaban como culebras enroscadas y largas y tendidas y con posturas horribles y

espantosas; hallóse ídolo hecho culebra con el rostro de mujer, como acá pintamos á la serpiente que tentó á nuestra madre Eva, que cierto no carece de misterio.

También tenían dioses en forma de aves, así como de águilas y buhos, á otros daban figura de Sol, y á otros de Luna y estrellas.

También tenían dioses en forma de ranas y sapos y peces, que eran dioses de los pescadores.

Tenían por Dios al fuego, al aire, á la tierra, al agua, y todos estos dioses eran pintados de bulto y de pincel, con maravillosa curiosidad.

Tenían dios mayor y éste era el Sol, cuyo oficio era guardar al cielo y la tierra, y otros dioses había inferiores que guardaban á los hombres, los cuales servían de intercesores delante del Sol por los de la tierra.

Tenían dios para la tierra, otro del mar, otro de las aguas, otro para guarda del vino, otro para las sementeras, y para cada una de ellas había particular dios. De manera que el dios de las habas era diferente del de las lentejas y garbanzos, y lo que había para las simientes había también para los árboles y frutales.

Tenían dioses de todas aquellas cosas que les

podían empecer y dañar, y también de las que les traían provecho, así como de las mariposas, pulgas, langostas y otras sabandijas.

Tenían dios de la guerra, y dios de la victoria y dios del matrimonio.

Tenían para cada día su dios y había calendario adonde por sus días estaban puestos los dioses de la manera que la Iglesia tiene sus fiestas.

Los Reyes ya de ley estaban obligados á tratar las cosas de la religión con mayor rigor, y así tenían en sus palacios capillas y oratorios, y en ellas por lo menos seis dioses.

Los caballeros tenían cuatro y los demás cada dos; de manera que ninguna casa había que no tuviese dioses particulares, allende de los que estaban en común en los templos.

En tres maneras dividían los indios sus dioses: unos eran comunes, porque en cada cosa que los habían menester los llamaban, y estaban apropiados á cosas particulares, como eran los de los panes y frutas, otros eran dioses inventados de ellos, que por ser hombres famosos los reverenciaban y tenían por divinos, de la manera que lo hizo el resto de la gentilidad, como queda visto atrás.

Otros dioses tenían más famosos y que eran

tenidos de todo punto por divinos, á los cuales reverenciaban y tenían así como era al Sol y á la Luna y á otros que les parecía ser cosa grande.

En lo tocante á los primeros hay poco que decir, y por eso pasaré á los dioses que ellos hallaron, y después diré algo de los demás que ellos tenían por supremos y grandes.

Tenían los de México por uno de los mayores dioses á uno llamado Vchihibuchitl, que corrupto el nombre, fué dicho después Vchilobos. Este tuvo dos hijos, ó según otros quieren, dos hermanos, los cuales gobernaron dos provincias ó reinos; al uno llamado Teacate Pocatl, el cual fué señor y dios de la ciudad de Tezcucó; el otro se llamó Camachtl, éste reinó en la provincia de Taxcala, y en ella lo tuvieron por dios; estos tres hermanos, ó sean dos hijos, tuvieron á México, y aquellas regiones del Poniente, y venían de linaje de los Chichimecas, gente famosa y noble. Estos fueron valerosos en las armas y fueron capitanes entre aquellas gentes, los cuales se hubieron tan valerosamente, así en lo que tocaba á la guerra, como en lo de la gobernación, que de su voluntad los moradores los tomaron por señores.

Ellos ennoblecieron la tierra, hicieron leyes,

guardaron mucha justicia, con todos fueron muy llanos.

El Vchilobos, que debía de ser el mayor, gobernó la ciudad de México y la amplió é ilustró; él dió orden como se hiciesen las calzadas por la laguna, porque México está edificada sobre agua, y porque antes salían con canoas ó barcas y era gran inconveniente; hizo aquellas calzadas terraplenes por donde anduviesen seguros y sin embarazo.

Este fué el que puso la religión en gran orden y que hubiese ceremonias en los templos y sacrificios.

El halló el sacrificar carne humana, que es la mayor crueldad de todas las que se pueden pensar, principalmente como ellos lo hacían; así hizo otras cosas con que dejó á los pueblos muy obligados, y viendo cuánto respeto y reverencia le tenían, quiso introducir que lo adorasen por dios, como lo hicieron Calígula y Domiciano, y tanto pudo que salió con ello, y así fué tenido entre ellos por gran dios, de manera que este fué reverenciado en México por sus obras memorables, los otros dos hermanos hicieron lo mesmo, porque enseñaron muchas cosas provechosas á los pueblos, y después fueron adorados por dioses.

Sin estos tres dioses tuvieron otro famoso y aún más principal que ninguno de los dichos; éste fué Queçalcoatl.

Este era reverenciado en la ciudad de Chobaula, que está dos leguas de la ciudad de la Puebla de los Angeles.

Era (según sus historias y memorias) este extranjero y blanco, de gran cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda.

A este lo canonizaron por supremo dios y le tuvieron excesivo amor y devoción y le ofrecían grandes y ricos sacrificios, y la causa fué porque les enseñó el arte de la platería, porque antes toda aquella nación la ignoraba. También fué muy amado, porque nunca quiso que le hiciesen sacrificios de hombres ni de animales, mas contentábase con que le ofreciesen ofrendas de pan, rosas y olores; así mesmo enseñó cómo había de ser aborrecida la guerra, los robos, las muertes y el derramamiento de sangre.

Era tan piadoso, que cuando oía hablar de crueldades y robos y muertes de hombres, cerraba los ojos y orejas por no ver á los que hablaban ni oír lo que decían.

Fué casto y muy honesto, y por estas y otras virtudes morales que tuvo, fué tan amado de

todos, que le fueron hechos templos y estátuas, y así era venerado no sólo de sus vecinos, mas aún los de tierras muy apartadas le venían á ofrecer dones, y los enemigos y contrarios le prometían de venir en romería y en aquello había seguro para todos, porque iban á obra piadosa, y todos los más principales señores de aquella gente le tenían hecho templo, ó capilla, ú oratorio, y tanta era la autoridad de este dios, que por excelencia era llamado señor, y así cuando juraban, ó decían: por nuestro Señor que esto acaeció así ó así, era entendido por Queçalcoatl.

Este hombre tan virtuoso, que ellos tenían por dios, después que los gobernó veinte años, se partió de ellos y se volvió por donde vino, y les dijo que vernían tiempos en los cuales vería una gente blanca y con grandes barbas y que los señorearían, y aún cuando los nuestros españoles llegaron, entendieron que se había cumplido todo lo que les dijo su dios.

Cruz adorada de los indios.

También tuvieron por dios á la sancta cruz aunque no sabían qué representase, porque en el Reino de Yucatán en una isla dicha Cozumel había en un patio una cruz grande de pie-

dra y cercada con muchas almenas: á la cual reverenciaban y tenían en mucho y venían á visitar de muchas y diversas partes.

Tenían esta figura para se encomendar á ella en tiempo de gran seca: de manera que le pedían agua cuando tenían necesidad, ofrecíanle por sacrificio codornices, como adelante se dirá.

Tenían por memorias antiguas que pasando por aquella tierra un hombre muy hermoso, les dejó aquella señal, para que se acordasen perpetuamente dél.

Otros dicen que les fué dicho que había muerto en ella uno, más resplandeciente que el Sol. Y así lo refiere Pedro Martir en sus Décadas.

También tuvieron noticia de la Sanctísima Trinidad, porque en el obispado de Chiapa se halló cierta gente que tenían por Dios al Padre y al Hijo y Espíritu Sancto, y que el Padre se llamaba Icona, el cual había criado los hombres y todas las cosas, el Hijo tenía por nombre Bacab: el cual nació de una doncella siempre virgen, llamada Chibirías, que está en el cielo con Dios.

Al Espíritu Sancto nombraban Estruac Icona, dicen que quiere decir, el gran padre.

De Bacab, que es el hijo, dicen que lo mató Eopuco, y lo hizo azotar y puso una corona de espinas, y que le puso tendidos los brazos en un palo, no entendiendo que estaba enclavado, sino atado, y así para lo significar tendía los brazos donde finalmente murió.

Estuvo tres días muerto, y al tercero que tornó á vivir, y se subió al cielo y que está allá con su padre, y después desto que vino luego el Espíritu Sancto, que se llamaba Estruac y hartó la tierra de todo lo que hubo menester.

Todo esto dice el obispo de Chiapa, que supo de informaciones que tuvo en su obispado. Y siendo preguntados, que de donde tenían aquella noticia respondían que los Zachicas y señores lo habían enseñado, y que de mano en mano había venido de padres á hijos.

Así mesmo se halló memoria que vinieron veinte hombres, y el principal se llamaba Colcan, y que éste era tenido por Dios de las fiebres, ó calenturas: dos de los otros eran dioses contra el pecado: otros dos de los campos y heredades, y otro que tenía cargo de enviar los truenos, estos dicen que traían las ropas largas, y por calzado sandalias, las barbas eran grandes y descubiertas las cabezas.

Estos dicen que enseñaban á los hombres,

que se confesasen y ayunasen, y que ayunaban algunos pueblos el día del viernes señaladamente: lo cual hacían porque aquel día murió Bacab, y aquel día tiene por nombre Himis al cual honraban y reverenciaban por haber muerto en él Bacab.

Destas cosas tan particulares no tenían noticia los pueblos en común, mas los señores y la gente principal tenían inteligencia, y lo comunicaban con los demás, todavía el pueblo reverenciaba las tres personas, conviene á saber, Icona y Bacab y Estruac y á Chibirías madre de Bacab, y así mesmo reverenciaban á la madre de Chibirías, que se nombraba Ischen, de manera que al padre, hijo y Espíritu Santo, y á Sancta María nuestra Señora, y á su bendicta madre Sancta Anna conocían, aunque confusamente.

Si esto es verdad, sin duda nuestra sancta fe y religión fué publicada y predicada por aquella gente, algo hace esto ser verdad por hallarse en esta provincia y reino algunos edificios y letras, ó caracteres más particulares que en otras partes.

Dios Exbalaquem.

Tuvieron otro dios los indios, muy famoso,

principalmente en la provincia de Guatimala ó treinta leguas adonde se llama la vera Paz que entonces se decía Vltlatlan.

De este dios cuentan una cosa digna de admiración, y si supiéramos que acaeció después de la encarnación y pasión de Cristo, todavía de cosa fabulosa la convirtiéramos en verdad: pero sea lo que fuere, ellos tienen que este dios fué á hacer guerra al infierno y peleó con aquella infinidad de diablos y los venció, prendió al rey del infierno y á otros muchos de los suyos, y que volvió al mundo victorioso pero llegando acerca de la tierra, el rey del infierno pidió que no lo sacase de su lugar, Exbalaquem le dió un empujón y le volvió su propio reino, y le dijo: Sea tuyo todo malo, sucio y feo; y que viniendo vencedor Exbalaquem los de Guatimala, ó de la vera Paz no lo quisieron recibir, con la honra que razón, y se fué á otra provincia, adonde recibido con muchas ceremonias, y que de vencedor del diablo tuvo origen el sacrificio de los hombres.

Sola la Florida carecía de ídolos, templos, sacrificios, y siendo preguntados los moros que á quien pedían ayuda en sus necesidades respondían que á un hombre que estaba

cielo. Este sin duda á lo que se cree era el Sol, porque éste era tenido por principalísimo Dios y á éste edificaban más templos y más soberbios, y á él hacían más costosos sacrificios.

Tenía este Sol mujer, que sin duda era la Luna, ésta tenía el segundo lugar acerca de los indios, y llamábanla la gran diosa de los cielos, y tenían su templo en una sierra muy alta, cercado de muchos árboles y flores, todo puesto por industria humana, y teníanla en gran veneración, y creían que les hablaba y les respondía cuando la hablaban, todo el amor que le tenían era, porque no se pagaba de que le sacrificasen hombres; porque esto era la cosa que más sentían estas gentes, y tenían razón. No quería que le sacrificasen sino tórtolas, pájaros y conejos. Teníanla por abogada delante del gran Dios que era el Sol.

Tenían gran esperanza que por medio della alcanzaban todo lo que pedían y deseaban, y sobre lo que estribaba era, con que ella había de ser gran medio en que no fuesen obligados á sacrificar á los otros dioses sus hijos é hijas, y así no había cosa que no diesen por bien empleada, por tener grata á su diosa.

Esto es lo que hallo acerca de los ídolos de los nuestros indios de la Nueva España.

CAPITULO III

De la idolatría de los reinos que llaman del Perú. Qué Dioses tenían con otras cosas al propósito.

Así como era diferente la gente del Perú de la Nueva España, así también en todas sus cosas se diferenciaba, y en las cosas de la religión tenía sus diversas y varias costumbres, porque tenían particulares ídolos á quien adoraban, tenían sus dioses de piedras y de madera labrados de diversa labor, los templos comunmente eran edificados en las sierras, y en los más altos peñascos que hallaban.

Era la mayor frecuentación de sus sacrificios en las sierras, ó en las costas del mar, y riberas de los ríos, por respecto de que los dioses

á quien ellos se encómendaban, principalmente presiden á sus panes y mantenimiento común, y á los peces y pesquerías, porque esto era lo que más les importaba en común.

Eran más supersticiosos los del Perú, que los de Nueva España, porque si veían alguna peña, ó roca, ó un gran guijarro que se diferenciaba en algo de los otros, estaban persuadidos que era cosa divina, y que los dioses habían puesto en él algo de su deidad.

Tuvieron los del Perú entre otros dioses muy famosos una Esmeralda, la cual era grandísima y de precio inestimable, ésta no estaba puesta en público, como los demás ídolos, mas teníanla guardada como reliquia y sacábanla en ciertos días señalados, y el pueblo la adoraba, y si alguno estaba enfermo lo llevaban delante de la piedra, y los ministros persuadían á los simples que le ofreciesen dones de otras piedras preciosas y que alcanzarían salud.

Usaron reverenciar poco á poco á los señores y Reyes que les trajeron algunos cómodos y provechosos y fueron justos y virtuosos, y así por tiempos les vinieron á hacer templos y á ofrecer sacrificios.

Después que en aquella gente reinaron los Ingas, todavía hubo más conocimiento de Dios,
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 5

porque se entendió que había Dios, que hizo el cielo y la tierra, y el Sol y Luna y estrellas, y todo el mundo, al cual llamaban Condití Barachochia, que en la lengua del Cuzco quiere decir hacedor del mundo.

Decían que este Dios estaba en los términos postreros de la tierra, y que desde allí miraba y gobernaba todas las cosas y proveía al linage humano; á este comenzaron á ofrecer los principales sacrificios.

Dícese que tenían por opinión que aquel Dios había tenido un hijo muy malo, antes que criase el mundo, y que en todo contradecía al padre, porque el padre hacía los hombres buenos y el hijo malos; el padre hacía montes y él los hacía llanos y los llanos convertía en montes; en fin, ninguna cosa había buena que el dicho hijo no la estragase; por lo cual el padre lo lanzó con enojo en el mar, porque allí muriese mala muerte, pero nunca murió.

Decían que el Sol era el principal criado que Dios tenía, y que por medio dél hablaba á los hombres y hacía todas las cosas que acá hemos menester, y en verdad que no iban muy lejos en esto de la verdad, porque ninguna criatura, (sacados los Angeles y los hombres) representa así los atributos y excelencias de Dios como él,

según lo dice San Dionisio Areopagita en el *Divinis nominibus*; y así como produzca y tenga tan excelentes efectos y tan diversos, por cierto no es otra cosa sino manifestar y publicar las excelencias y operaciones que en estas cosas criadas obra el criador y verdadero Dios. Por ser el Sol de tanto provecho, le honraban y ofrecían sacrificios diversos, pero la principal reverencia se hacía al criador del mundo, que era dicho, como queda visto, *Conditi Bara-chocha*.

Aquel primero Rey de los Ingas llamado Pachacuti como fuese hombre virtuoso y repúblico, comenzó á introducir la religión en el Perú, y para esto quiso informarse de todos los dioses que cada pueblo y provincia tenía, y cuando le venían á dar la obediencia los capitanes y los otros señores y vasallos inquiría qué dioses tenían y adoraban en las provincias donde vivían y qué sacrificios les ofrecían, y á qué necesidades acudían á ellos y desta manera siendo informado de cada uno, supo muchas cosas: unos le decían que tenían el mar por Dios, y estos eran los pescadores, otros á las sierras y riscos muy altos, así como los labradores.

Otros señalaban las aves y animales y árboles que adoraban.

Algunos había que adoraban las zorras, tigres y leones, porque no les hiciesen mal, lo cual acaecía así, porque el demonio domesticaba aquellos animales, porque desta manera tuviese cautivas las preciosas almas.

Otros decían que tenían por dioses á muchos señores que los habían tratado blanda y amorosamente.

Cuando este Rey veía tanta diversidad de dioses, refase mucho y dábales á entender que muchos de aquellos no era justo que fuesen tenidos por dioses, y así les persuadió á que dejaran muchos dellos, pero viéndolos ya muy persuadidos en aquella burlería se los dejó, mandóles que tuviesen por supremo Dios al Sol, porque decía que el Sol era la mejor cosa de todas y la que más bienes y provechos traía, y que por esto los hombres eran más obligados á tenerlo por su principal dios y porque el pueblo se persuadiese á reverenciar al Sol. Luego hizo sus mismas casas templo del Sol, el cual fué el más solemne que hubo en el mundo, como se verá luego aquí, puso una muy gran asta ó lanza de oro y encima la figura del Sol, de bulto y muy grande, toda de oro, con el rostro de hombre y sus rayos, de la manera que nosotros le pintamos.

Esta figura sacaban algunas veces fuera del templo y la ponían enfrente del Sol, porque decían que el Sol verdadero le comunicaba su virtud al de oro.

Era sobremanera reverenciado de todas aquellas gentes, y dudo yo si el Sol fué en alguna parte tan estimado y servido desde que comenzó la idolatría.

Vése esto entre otras muchas cosas en una, y fué que hizo el Inga edicto público y universal en todos sus reinos y señoríos, por el cual mandaba á todos los señores sus sujetos, y á todos los que de nuevo se venían á sujetar á él, por la fama de sus obras, que cada uno hiciese en los pueblos de su señorío, templo al Sol, y lo adornase y proveyese de suficientes rentas para servicio del Sol, y mantenimiento de los sacerdotes, y que esto fuese más á menos, según la población y lugar, de manera que en todo procurasen imitar al que él había edificado en el Cuzco, y que, puesto que les dejaba los dioses antiguos que cada uno tenía, esto no era porque aquellos fuesen dioses, sino por condescender con ellos; por tanto, que ya que se quedasen con aquellos, tuviesen por principal dios y señor al Sol, y como á tal le edificasen templos y adorasen y sirviesen.

Lo cual se puso así por obra por todas las tierras de su señorío, que ni poco ni mucho era sino unas mil y tantas leguas, y así aunque había en cada provincia templos dedicados á particulares dioses, siempre el más principal y más suntuoso era el del Sol.

Estos eran los dioses de los del Perú, pero sin duda es bien considerar la diligencia que aquel Rey puso en las cosas de la religión, que para hombre sin fe fué muy adelante, en conocer cuán ruines dioses tenían aquellas gentes, y aunque es verdad que él erró en adorar al Sol, que en fin es criatura, todavía merece más perdón, pues escogía la más excelente de las criaturas, cuyos efectos sentimos, entendiendo y confesando tácitamente que la cosa que en las cosas es la mejor, aquella merecía y merece ser dios, cuanto más que expresamente conocía que el Sol era criatura del verdadero Dios, y por no tener más noticia dió en aquel error.

Si otros dioses tuvo aquella gente, no lo hallo aunque este rey primero Inga, también fué tenido por hombre divino, por los hechos y modos que trajo á toda aquella gente.

CAPITULO IV

De los suntuosos templos que tuvieron los indios de la Nueva España, con otras cosas muy curiosas que vienen al propósito.

Entre las cosas notables de religión, que por el mundo hallamos memoria, sea entre griegos, ó latinos, ó bárbaros ó cualquiera otra nación, sin hacer agravio, la de los indios excedió á todas, así en sacrificios, como en ministros, como en las demás cosas que se tenían por de perfección para servir al culto divino, y pues hemos tratado de los dioses que estas gentes tenían, vengamos á mostrar qué lugares estaban dedicados para servirlos y honrarlos, porque este orden entiendo que es el mejor que se puede tener en este sujeto, digo pues que adonde hu-

bo en estas provincias pocos dioses y pocas ceremonias, en lo tocante á la religión, así tampoco hubo templos señalados adonde se les hiciesen sacrificios; lo que se sabe de cierto es que el demonio persuadía á algunos que le hiciesen algunas ermitas en los campos, pero eran de pajizas, y no tenían ninguna diferencia de las comunes casas, si algo había más, era que en casa de los señores de los pueblos había unos ciertos apartados más decentes y más bien adornados que el otro resto de la casa, y allí tenían unos ciertos incensarios, ó braseritos de barro con que incensaban y perfumaban algunos ídolos de poco momento.

Esto es lo que se puede decir de algunas naciones que eran tenidas por menos polidas y repúblicas.

Pero dejemos la religión de aquellos, que era muy poca, ó casi ninguna, y vengamos á lo de veras, que cierto es cosa espantable é increíble. Porque los templos que tenían, en número y grandeza excedieron á los que tuvo el resto de la gentilidad, como aquí se podrá ver, y el curioso lector podrá hacer comparación de los templos que hemos señalado, y de los que aquí pintaremos.

Por espacio de cuatrocientas leguas en la

Nueva España llamaban á sus templos Tencalli, éste era vocablo compuesto de esta dicción Tentl, que quiere decir Dios, y de Calli, que es casa que quiere decir casa de Dios.

La forma de los edificios de los templos era ésta: cuanto á lo primero adonde se había de edificar el templo había de ser el lugar más agradable y deleitoso que se hallase en el pueblo, fuese el pueblo grande ó pequeño; hacían en él una plaza, ó ciminterio muy grande y capaz, si era en pueblos grandes, si en pequeños conforme al lugar y gente que habitaba allí. Esta plaza era cercada toda de tapia muy alta, dándole sus puertas que salían á las calles y caminos; los cuales venían derechos á dar en las dichas puertas, y en esto eran tan curiosos que hacían los caminos de á legua y á dos de largo, puestos por nivel, para que viniesen derechos al templo, de manera que salían los pueblos y barrios que estaban lejos del templo, y tan derechos venían que era cosa de maravilla verlos de las torres y altos del templo.

Estos caminos tan ordenados se hacían, no sólo para ornamento, mas también para que todos los que caminasen de un barrio á otro fuesen forzados á pasar por él para sacrificar á los dioses y hacerles reverencia.

Dentro de aquel patio, en el lugar más dispuesto, estaba edificada una torre grandísima, y comenzaba por el cimiento muy ancha y subía en alto estrechándose, porque tenía cierta obra que sin echarse de ver por de fuera, en lo de dentro se envolvía el edificio, tenía muchos relexes, que es obra que se embebe dentro de la misma pared.

Esta torre hecha en punta, tenía por la parte Occidental una escalera desde el principio hasta arriba con sus gradas proporcionadas.

Encima de toda esta torre, que propiamente era el templo, había una plazuela y llano tan grande como una sala, y allí estaban dos altares muy grandes á la parte de Oriente; estos se andaban alrededor y el uno estaba edificado á la mano derecha, y el otro á la izquierda, estos estaban cubiertos con sus chapiteles ó capillas. De manera que aunque lloviese no se ensuciasen ni mojasen.

Esto de haber dos altares acaecía adonde había templos grandes, y en los pequeños estaba uno: sobre estos altares había tres sobrados, uno sobre otro, y cada cual se andaba alrededor, como hoy usamos, ciertas galerías y corredorcitos en los túmulos de los muertos, ó monumentos.

En la última grada había gran espacio y anchura para que estuviesen los sacrificios y las demás cosas que servían para tal ministerio; este todo era propio templo y todos eran de esta hechura, aunque unos eran mayores que otros así como el de México, que tenía ciento y trece gradas. Y aun en la ciudad de Tezcucó tenía el templo ciento y diez y nueve gradas: había dentro de los mismos patios otros templos menores, y acaecía haber quince, y diez y seis templos juntos cabe el mayor, unos tenían el rostro, ó gradas al Oriente, otros al Occidente, cual al medio día, y otros al Septentrión; en estos no había más de un altar y una capilla, y en cada uno había sus salas y aposentos adonde vivían y se acogían los ministros, sacerdotes y servidores de los dichos templos, unos de los cuales tenían cargo de traer los animales, otros la leña y agua, y cada uno tenía su oficio diferente, eran muchos, y junto á cada uno de estos altares había braseros de cal y piedra, y de adobes alzados cuatro palmos ó más, y redondos como una rodela, en los cuales continuamente ardía el fuego, como adelante diremos.

Eran las paredes de aquellos edificios blanquísimas, porque tenían materia acomodada

para esto, los patios estaban enlosados y empedrados con piedras y betún colorado, y con tanto lustre y lisura, que ningún baño se puede dar á alguna vasija que tenga más perfección.

Tenían comunmente dentro de aquellos patios otro templo dedicado al aire, y era redondo y seguido, de manera que se hacía en lo alto un chapitel; llamaban á este dios Queçalcoatl, y este era aquel dios que nombramos atrás, que fué famoso en la ciudad de Cholola.

No sólo había en cada pueblo el templo principal que hemos dicho, y otros junto con él, mas en cada calle y barrio había otros muchos y en los campos y sierras y montañas agrias, y allí había templos adonde parecía que humanamente no se podía hacer edificio.

Tenían puestos por los caminos y entre los sembrados unos pequeños oratorios de la manera que nosotros ponemos los humilladeros y ermitas; había oficiales que continuamente andaban mirando por los reparos, y así no había agujero, ni suelo estragado, que luego no se aderezase.

Parecían los pueblos muy adornados con tantas torres y chapiteles, y con la multitud de los sumptuosos edificios; dentro estaba todo

aquello que se podía desear, porque estaban llenos de muchas riquezas.

Aunque en todas las poblaciones había gran curiosidad en lo tocante á los templos, todavía México y Tezcuco y Cholola excedieron á todo el resto de aquella nación.

México tuvo cien templos principales, sin otra infinidad de otros pequeños.

El principal fué el que tenían los Reyes de México por magnificencia real. Este era llamado por sobrenombre el Grande, y tenían razón de darle este título, porque le convenía.

Primeramente su hechura era de maravillosa obra, porque el patio era tan grande como un tirode ballesta cada paredón, y era cuadrado y las paredes de piedra de mampostería con mucho primor; tenía cuatropuertas principales que salían á las tres calles principales, que vienen de la tierra firme por las tres calzadas por donde salían de la laguna á tierra, y la otra puerta, que era la cuarta, salía á una calle á la cual entraban con canoas ó barcas por el agua; en medio deste cuadro está una torre con triángulo, ó de tres esquinas hechas de piedra y tierra maciza, y había de esquina á esquina ciento y veinte pasos; cuanto más subía esta obra tanto más se iba estrechando el edificio y haciendo

unos relexes por de fuera muy grandes, los cuales salían afuera, y así tenía otros pequeños.

Es el relex un asiento que queda en un vago en la pared, ó edificio, como si comenzase una pared desde abajo de diez ladrillos en ancho, y subida la pared en alto hasta cierta cantidad de altura, la pared fuese de allí adelante de cinco ladrillos: aquel espacio que queda en vago es dicho relex.

Esta labor también se suele hacer por dentro del edificio, como por de fuera; pero en esta obra era de fuera por respecto de que el edificio era macizo, fenecíase esta obra ó torre en una plaza que tenía setenta pies de ancho, y era cuadrada, y sino fuera por los relexes llevara forma de pirámide, pero como en lo más alto se ensanchase, quedaba como torre cuadrada aunque al principio comenzó en triángulo.

Estaban en aquel llano, ó plaza, dos altares muy grandes, apartados unos de otros, de manera que se podía andar alrededor holgadamente.

Tenían de altura estos altares cinco palmos, tenían encima de sí unas capillas muy bien labradas con sus entalladuras; tenía cada capilla sobre sí tres sobrados con sus corredores y barandas, como los demás templos que hemos di-

cho, salvo que aquí había mayor primor por ser obra de gran magnificencia y que los Reyes habían querido mostrar su grandeza.

Era esta obra tan alta, que se veía de lo alto della toda la laguna con las ciudades y poblaciones que en ella hay, que era cosa notable la vista tan grande.

Tenía al Occidente las gradas para subir á los altares, y eran ciento y trece, y cada grada tenía de alto un muy buen palmo.

Desde la última grada hasta donde estaban los altares, había lugar capaz para poner los sacrificios y estar los ministros y sacrificantes.

Cada uno destos altares tenía su ídolo de piedra tan grande y mayor que un gigante.

Tenía este templo cabe sí más de cuarenta templos menores, y cada uno era dedicado á su dios particular.

Como había tantas torres, adornábase mucho el edificio principal.

Tenía aquí, como dije, el aire su templo y redondo, y la razón que daban para que fuese de aquella hechura era, que así como el aire anda por la redondez del cielo, así también había de ser su templo redondo; tenía la entrada y puerta este templo de hechura de una boca de serpiente rabiosa, con los colmillos espanta-

bles, servían aquellas capillas que estaban sobre los altares de sepultura de los Reyes y señores. De manera que siempre se tuvo por cosa principal el dar las sepulturas en lugares más honrados á los mayores.

Junto á los mismos templos estaban grandes edificios, para donde estuviesen los ministros, y sin estos palacios había otros muy grandes y soberbios adonde ponían las armas, porque como los templos eran como Alcázares de los pueblos, tenían en ellos su munición.

Tenían sin estos aposentos otras tres salas con sus azoteas y muy pintadas, en las cuales había gran infinidad de ídolos de diversas maneras, de piedra, y madera, y cobre, y de diversos metales; para entrar en estas cámaras ó aposentos había unas puertas muy pequeñas y bajas y dentro muy obscuro.

En este patio adonde estaba tan suntuoso templo, tenían para magnificencia en él muchas aves de diversas maneras, y tenían grandes vergeles llenos de muchas flores y yerbas odoríferas.

Tenían los templos grandes fábricas y rentas para conservar el edificio, porque tenían pueblos, heredades y otras ofertas, con que había bastantemente con que proveer á todo.

Cierto ninguna iglesia tienen, ni tuvieron los cristianos, en la cual hubiese tanto aparato y magnificencia.

También los de Colola fueron diligentísimos en edificar templos á sus dioses, y en tanto que en una ciudad tenían tantos templos como días hay en el año.

Y templo tuvieron que tuvo no pasos y piés en número de grandeza, más áun leguas muchas.

En Colola estaba la Metrópoli, ó cabeza de toda su religión, y así todos los grandes señores tenían allí sus capillas y casas particulares, porque venían como en romería á visitar aquel templo por ser el de más reverencia.

Poco antes que llegase la predicación del santo Evangelio á aquellas gentes, comenzaron los Cholutecas, ó los de Colola un templo que si lo acabaran por ventura fuera el más famoso del mundo, porque sólo el pié de la torre, que es cuadrado, tenía de esquina á esquina de largo un tiro de ballesta, y no habiendo subido más que los cimientos, estaba tan alto, que la más ligera ballesta no alcanzara al edificio, y como digo, eran aquellos los cimientos.

Afirman los viejos que áun había subido más la obra de lo que parecía al presente; porque

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 6

había sido derribado y caído por no haber proseguido la obra, y según se tiene por cierto, determinaban de subir la obra tan alta, ó más que sobrepujase á la más alta sierra y monte de toda aquella tierra, de manera que por lo menos fuera una legua de alto. Pero cesó la obra por respecto de que vino una muy gran tempestad, y echó dentro del edificio una gran piedra en figura de sapo, de lo cual quedaron tan espantados que no se atrevieron á proseguir la obra comenzada.

Milagro notable.

Este edificio sirvió después de edificar otro templo pequeño, el cual deshicieron los Padres de San Francisco, cuando pasaron en aquellas partes á plantar la fé católica, y pusieron sobre la obra antigua una gran Cruz, y acaeció una cosa notable, que es bien que se ponga aquí para memoria de los cristianos, y fué ésta: que como el demonio viese destruídos los lugares adonde él era reverenciado, y que ponían las armas con que él fué vencido, por permisión de Dios, cayó un rayo y quebró la Cruz, y los frailes volvieron á poner otra, y de la misma ma-

nera fué hecha pedazos; pusieron otra tercera y acaeció como al principio.

Los religiosos, admirados de tal cosa, imaginaron lo que era, y cavando tres estados ó más en aquel edificio, hallaron ciertos ídolos y algunas ofrendas y sacrificios que habían hecho al demonio, y sacadas aquellas cosas inmundas, luego pusieron otra Cruz y permaneció.

Cierto si yo quisiese contar por menudo los templos de las Indias nunca acabaría, porque el número fué infinito, y la labor de ellos extremada en grandeza y en riqueza; pero paréceme que basta lo dicho, y es buen testimonio desto ver que en Tascala se aposentaron dentro de un templo cuatrocientos españoles con sus caballos, munición y sirvientes.

CAPITULO V

De los templos y lugares sagrados que tuvieron los del reino del Perú.

Dos maneras hubo de templos acerca de la gente del Perú, así como también hubo dos maneras de dioses.

Los antiguos templos fueron muy diferentes de los que adelante labraron los Reyes Ingas, porque eran edificados dentro de poblado, en lugares llanos, eran oscuros y bajos en los edificios, sus piezas y aposentos eran muy pequeños y estrechos, de manera que cualquiera que entraba dentro, se le entristecía el corazón, y no era maravilla, pues vivía en él el príncipe de las tinieblas.

La causa de edificar estos templos desta ma-

nera, fué porque sus dioses lo pedían así, y eran tan sujetos aquellos pueblos á estos dioses, que si no hacían lo que les era mandado, creían que todos los males habían de venir sobre ellos.

Todo esto hubiera quitado aquel gran Rey Pachaquiti Inga, mas viendo que de ello se causaría inquietud y alteración, tuvo por bien de que se quedasen con sus antiguos dioses y templos, mandando que sobre todos los dioses fuese adorado el Sol, y á él le fuesen hechos los más suntuosos templos, y así los templos que fueron hallados famosos y dignos de ser notados por obra maravillosa de nuestros españoles fueron los dedicados al Sol.

La manera de edificar estos templos era muy diferente del antiguo que usaban, así en el asiento como en la arquitectura y riquezas. Cuanto á lo primero, el sitio era en lugares muy anchos y altos, así como en cerros y cuevas, porque señorease la ciudad y el lugar adonde se edificaban, y si eran las ciudades en tierra llana, hacían unos promontorios de tierra altísimos, y sobre aquello edificaban el templo.

La obra de estos templos era de esta manera: primeramente se hacía un gran cercado redondo de cuatro ó más estados en alto, dentro de este muro se labraba otro de la misma hechu-

ra, y acaecía hacerse dentro del segundo cerco otro tercero, y en el tercero otro cuarto, el cual quedaba llano sin levantar tapia que sobrepusase al suelo.

En aquel último cerco edificaban cuatro cuartos en cuadra, á manera de cuatro dormitorios, ó ángulos de monasterio, las paredes tenían muchas ventanas, á la manera de las antiguas iglesias de España, como se ve en Santa Leocadia de Toledo fuera de los muros, de manera que todo el edificio pudiese estar muy claro, dentro de aquel cuadro ó cuartos estaban los altares, y allí estaba en el lugar más preeminente la figura del Sol puesta con gran majestad y aparato.

Estaban estas piezas cubiertas de ciertas labores y artesones de madera muy curiosamente.

Este templo tenía dos portadas muy grandes por donde entraban en él, subíase á estas puertas por dos escaleras que tenían treinta gradas.

La riqueza de los templos era grande en lo interior, porque todo era comunmente oro y plata y otros metales riquísimos.

Tenían labrados en los metales carneros y corderos y otros animales de oro tan al vivo,

que ninguno de los antiguos fué mejor maestro que los del Perú.

Todos los templos en común eran ricos, unos más que otros, según la posibilidad de los señores y pueblos que los labraban.

Ponían colgados en las paredes animales de oro, que eran ofrendas que daban al dios.

Tenían los templos á la una parte como oratorio, al lado oriental, adonde sale el Sol, con una muralla grande, y della salía un terrado de anchura de seis piés, ó en la pared se hacía un hueco ó encaje adonde estaba la imagen del Sol, de la manera que nosotros la pintamos, figurada la cara con rayos también de oro; esta ponían cuando el sol salía en aquel altar, de manera que mirase al nacimiento, porque desde que salía el sol hasta que venía mediodía, se miraban el sol verdadero y el fingido, y despues volvíanlo á poner en otro altar ó encaje, de suerte que el resto que quedaba del sol se viesen como á la mañana.

Dentro de las dos cercas primeras que dijimos del templo, estaban edificados los aposentos de todos los ministros que servían en el templo así como sacerdotes y sacerdotisas. Allí había aposentos adonde labraban ornamentos para el templo, tenían bodegas y despensas

adonde se ponían todos los vinos y aves y animales vivos y muertos, que se habían de sacrificar.

Había sacristías adonde había ornamentos de lana y algodón de colores finísimos, y de tal manera estaba el edificio, que estaba muy claro todo, y se dejaba ver cada cosa facilísimamente. Muchos templos tenían los del Perú, famosos, pero dos fueron los más ilustres.

El uno fué el de Pachacama y el del Cuzco.

El de Pachacama era todo labrado de oro por dentro, aunque cuando los nuestros españoles fueron, ya hallaron muchas planchas quitadas, pero con todo eso hubo grandes riquezas en él; de manera que bastara á hartar la hambre de cualquiera gente, salvo la de los españoles, que fué la mayor que se lee en las historias.

El del Cuzco, que hoy decimos ciudad de los Reyes, fué también excelentísimo, así en la arquitectura como en las riquezas, porque las paredes eran de piedra muy bien labrada, y entre piedra y piedra, por mezcla y cal, echaban estaño y plata, cosa nunca oída; toda la obra de dentro estaba aforrada y cubierta de chapas de oro, no sólo las paredes mas el cielo ó bóveda y el mismo suelo.

Estas chapas no eran delgadas ni pequeñas, mas grandes, como grandes espaldares de sillas, y gruesas como un dedo; pesaban unas con otras á quinientos castellanos.

Destas quitaron algunas los primeros españoles que entraron en la tierra, que fueron en número de setecientos, las cuales se entregaron á Pizarro.

Designarnecieron este templo con ciertas hachetas, ó barras de cobre, que solían servir desto.

Tenía este templo infinidad de tinajas y cántaros y piezas y vasijas, para el servicio del templo, todos de plata y oro: y para esto había innumerables maestros que no entendían en otra cosa toda la vida, era famosísimo, porque era como Metrópoli y cabeza de otros muchos templos. Otras cosas notables se cuentan de los lugares sagrados que ellos tenían: pero porque no pasaba de aquí lo que había rico, me parece que es supérfluo hablar deste propósito más.

Solo diré que los otros templos que había de diversos dioses, eran también principales, porque aunque el Rey Pachaquiti Inga, quiso que principalmente fuese aquel Sol reverenciado, todavía quedó algún rastro de su idolatría antigua: esto pareció bien cuando nuestros espa-

ñoles pasaron en aquellas partes, principalmente en la ciudad de Pachamacha, adonde hallaron en el templo famoso del dios Pachamacha, (que según parece se nombra la ciudad del Nombre de Dios, como hoy lo hacemos los cristianos, que llamamos la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, por el santo que allí hay, y á Santiago, por el Santo Apostol que allí hay, aunque se llama Compostela de antiguo); este templo, como los demás, era muy curioso, aunque olía mal.

Aquí tenían un ídolo hecho de madera y de mala facción, sucio, y en este tenían singular devoción muchas gentes de la provincia, y de la manera que nosotros visitamos al Apostol Santiago ó Nuestra Señora de Monserrate ó Guadalupe, así frecuentaban los del Perú este templo, y era tan frecuentada esta romería, que de trescientas leguas le visitaban y le ofrecían muchos dones.

En este ídolo respondía el demonio muchas veces, y le vieron muchos de nuestros españoles, y así tenía persuadido á la gente, que él era el verdadero dios, que tenían por cosa muy averiguada que él dió principio á todas las cosas, y él les daba los mantenimientos y todo lo que habían menester en esta vida.

Pero cuando se comenzó la predicación del Evangelio, luego cesó de dar respuestas, y aunque algunos de los indios le llamaban, no respondía, porque haciendo del enojado se fué á los montes, aquel demonio que allí hablaba, viendo que se convertían muchos, pero como creciese la religión verdadera, y que iba perdiendo tierra, determinó engañar la gente con decilles que ya habían tratado de paces el Dios de los cristianos y él, y que ya tenían determinado que fuesen reverenciados los dioses, y que de allí adelante le sirviesen como solían, y que él los ayudaría.


Pero como esto fuese mayor mal y error, no dió lugar Dios que el siervo malo tuviese asiento tan principal en la casa del Señor.

Esto es lo que se puede decir de los templos del Perú, en los cuales lo más que había que notar eran las riquezas grandes que dentro tenían, con que se hicieron riquísimos los primeros que conquistaron la tierra.

CAPITULO VI

De los sacerdotes que había en las Indias de la Nueva España, de sus grados y órdenes, cómo tenían su Sumo Pontífice, y otros que eran menores como Obispos, de sus nombres y hábitos, costumbres y religión, de su castidad y penitencia, de la manera cómo eran elegidos para aquellos oficios.

Después de haber tratado de los sacerdotes y ministros de aquellas gentes que tan repúblicas se mostraron entre los Griegos y Latinos, vengamos agora á mostrar qué ministros y sacerdotes tuvieron los indios que nosotros hemos tenido por bárbaros; y sin duda que si han sido notables las cosas que atrás quedan dichas, que



no parezcan las que dijéremos en este propósito dignas de ser despreciadas.

Cuanto á lo primero, los Indios tenían muchos grados de sacerdotes, según los ministerios y oficios que administraban.

Había Sumo Pontífice, ó Sumo sacerdote, y este era el supremo; después había otro inferior á él, y este era como digamos entre nosotros obispo, y al obispo había otros subordinados que le reconocían, y estos eran los sacerdotes. Había así mismo otros ministros del templo como dignidades de las iglesias catedrales en el pueblo cristiano; así como tesoreros, maestre escuelas, sacristanes y mozos de coro, como todo se dirá por orden.

Sumo Pontífice.

El sumo sacerdote, en la lengua mexicana, se llamaba Ihehuatecotl, que era tanto como el supremo de los consagrados á Dios, y que tenía jurisdicción sobre todos los demás; pero una cosa me pone admiración, que dice el obispo de Chiapa en aquella su *Apología* que en cierta lengua, llamada Totona, llamaban al sumo sacerdote Papa; en la lengua mexicana no quería decir esto, mas cabellera que criaba el sacerdo-

te, y de aquí es que nuestros españoles como no entendían bien la lengua, llamaban á los sacerdotes Papas, porque veían llamar Papas á los cabellos de aquellos ministros.

En fin, este nombre Papa fué tenido como suprema dignidad entre muchos de los indios, por lo cual el primero obispo de México, mandó que en las oraciones adonde añadimos Papa, no se dijese Papa, mas sumo Pontífice, porque no pareciese á los indios que en nuestros sacrificios se hacía mención de sus sacerdotes, idólatras y ministros del demonio.

El hábito más señalado de los sacerdotes, era traer cabellos muy crecidos, que llegaban hasta debajo de las rodillas á manera de los antiguos Nazareos, y traíanlos muy negros y hechos trenzas, como lo usan algunas mujeres.

Traíanlos muy sucios y así parecían feos, porque nunca los lavaban ni peinaban.

Allende de esto acostumbraban tiznarse y ennegrecerse, y cubríanse con unas mantas negras de grandor y anchura de dos varas, hechas en cuadra.

El sumo sacerdote traía una borla que le colgaba por el cuello á manera de joyel y en esto solo se diferenciaba de los demás sacerdotes.

El obispo que era menor que el sumo sacerdote, se llamaba Hupixe, que quiere decir gran ministro de Dios.

A los sacerdotes menores llamaban Tetuy-pixque, que significa cuasi oficial de Dios, derivándolo de esta dicción Tetuy, que es Dios, y de Pixque, que es oficial: las demás dignidades tenían sus nombres, que se derivaban de los oficios que administraban; al que nosotros llamamos tesorero, decían ellos Tlaquimilotcotl, que significaba administrador de la hacienda de los dioses.

Al maestro-escuela decían Tlamacaxcatecotl, que significaba tanto como maestro, ú oficial de los ángeles, ó mozo de Dios, porque Tlamacax quiere decir mozo, y Catecotl, maestro ó enseñador.

Al sacristán llamaban Tlilancacalcotl, que es el que trataba los ornamentos sagrados.

A los mozos de coro decían Thehutlacacaha, que significa mozos de la casa de los dioses.

Así tenían otros oficios en sus templos que eran entre ellos muy honrados.

Algunas provincias había en la Nueva España que tenían seis sacerdotes principalísimos, que serían como Arzobispos y Patriarcas; pero sobre todos era el gran sacerdote; éstos todos

eran en gran manera honestísimos y muy castos; en viendo mujeres, bajaban los ojos hasta el suelo.

Nunca bebían vino ni cosa que les sacase de su juicio emborrachándose; nunca llegaban á mujer, porque la castidad era lo que estimaban en más; en sus movimientos guardaban mucha mortificación, gravedad y mesura, por lo cual eran muy estimados y reverenciados como santos, y tanta autoridad tenían sus palabras, que en hablando uno una cosa, por increíble y dudosa que fuese, la creían.

Gobernábase la tierra mediatamente por ellos, por cuanto recibían las respuestas de sus dioses, y decían á los Reyes y señores lo que había, y después según aquello proveían.

De manera que si se había de dar guerra, ó hacer otra cosa de pro y utilidad para la república, primero se había de consultar con los sacerdotes, y ellos respondían lo que se había de hacer.

Cuando ordenaban á sus sacerdotes.

Acerca de ordenarse los sacerdotes, y cuáles habían de gozar de esta dignidad, hallo esto:

Que el mayorazgo, hijo de señor, sucedía en el estado y hacienda, y si tenía dos hijos, el segundo era sacerdote, pero el pontífice mayor siempre era hijo del Rey, ó del mayor señor de la tierra adonde se habían de criar y ordenar los tales ministros.

En otras provincias todos los sacerdotes eran criados por elección: así lo usaban los Totonaques.

Los sacerdotes de tanta auctoridad eran cada uno de ellos, cuanto se allegaba más en el número al supremo; de manera que el primero era más principal que el segundo, y el segundo que el tercero; en fin, que no eran todos iguales.

Cuando moría el sumo sacerdote, sucedíale el segundo de los que quedaban, ó el más antiguo, digamos, al cual los demás sacerdotes ungían con gran solemnidad; el óleo era ungüento hecho de un licor que se llama en su lengua Olei, el cual era mezclado con la sangre de los niños que circuncidaban; con esto ungían la cabeza del nuevo electo, y esto era de tanta fuerza que luego tomaba la potestad y jurisdicción de su oficio, y hecho esto por los sacerdotes luego venía el pueblo y le hacía reverencia y le consaludaba como á su pastor, y dábanle las gracias porque se encargaba de aquel oficio.

Eran tan estimados los sacerdotes entre los indios, que no sabría yo decir con palabras encarecidas lo mucho que eran y el crédito que tenían.

Es verdad que en algunas partes tenían más auctoridad que en otras, así como los que administraban en templos famosos y dioses señalados, de la manera que hoy lo vemos en las iglesias principales que son de mayor reputación que los de las iglesias y parroquias comunes.

Muchas gentes venían á visitar á estos sacerdotes de muy lejos por devoción, y encomendaban en sus oraciones todos sus negocios.

Estos, así como eran más principales, así también se aventajaban en la vida más religiosa, porque eran como monjes, y así el mismo sumo sacerdote consultaba con ellos los negocios más árdulos, y tan encerrados vivían y tan apartados de conversación, que jamás hablaban sino con los que venían á tratar de cosas espirituales, ó venían á encomendarles sus necesidades; todo lo demás, estaban en cuclillas, las cabezas bajas con semblantes muy tristes.

Sus hábitos eran unas pieles de ciertos animales, con los cabellos muy largos, encordondados y hechos trenzas; no comían carne, y en el

lugar adonde se dedicaban, allí vivían y morían sin elegir otro lugar.

Cuando alguno destos sacerdotes más religiosos moría, elegían otro que fuese en vida y conversación más conocido; no había de ser mozo, mas viejo, y que pasase de setenta años, que hubiese ya probado todas las cosas, y tuviese experiencia de todo; había de haber sido casado, pero entonces había de estar viudo si había de ser elegido.

Estos allende del principal cargo que tenían en las cosas de la religión, tenían por oficio escribir en sus figuras y caracteres las historias y hechos notables de sus Reyes y gente, y dábanlas á los pontífices mayores, y después estos pontífices, predicando al pueblo, referían los hechos notables de sus mayores.

En la provincia de Tenacan, que es treinta ó cuarenta leguas de México, tenían en los templos capellanes perpetuos, que siempre velaban y se ocupaban en oraciones, ayunos y sacrificios.

Este perpetuo servicio se repartía de cuatro en cuatro años, y los capellanes así mismo eran cuatro, y estos se llamaban Monauhxiuhzauque, el cual vocablo es compuesto de tres dicciones, conviene á saber de cuatro, y año y ayu-

nar; estos sacerdotes entraban en los templos como nosotros en los treintenarios cerrados, por sus veces: uno un mes ó treinta días ó más cada uno de los cuales por todo el tiempo que allí estaba, no tenía más que una manta de algodón y un maxtil, que es como un almaizal de algodón delgado, con el cual cubrían sus vergüenzas con cierta manera que no afeaba los muslos. No tenía más ropa de día ni de noche, ni en verano ni en invierno; tenían por camas el suelo y por cabecera una piedra, ayunaban todos aquellos cuatro años. Su ayuno era no comer carne, ni pescado, ni sal, ni Axi, que es la pimienta que nosotros llamamos de Indias, sin la cual aquellas gentes viven dificultosamente; no comían, cada día, más de una vez á medio día; y su comida era una tortilla de maíz, que tenía como dos onzas de pan, y la bebida era una escudilla de atulli, que es como unas puchas ó comida rala; fruta, ni miel, ni cosa dulce, no la podían comer sino de veinte en veinte días, que eran sus días festivos y solemnes, en los cuales podían comer y beber cuanto quisiesen, y de todo lo que hallasen.

En cada uno de los cuatro años les daban una vestidura, y uno de aquellos velos ó almaizal, para cubrir sus vergüenzas.

Este ayuno era común á todos aquellos cuatro sacerdotes; su ejercicio y ocupación en todo este tiempo, era estar siempre velando; de noche cantaban á sus dioses diversos cantares muy devotos que tenían ordenados; para velar las noches, repartíanse de dos en dos, y así velaban una noche dos, y dormían los otros, y así pasaban todos aquellos cuatro años; en toda la noche no dormían, y de rato en rato hacían sacrificios á sus dioses de sí mismos, como adelante veremos.

Estos por esta penitencia tan áspera se hacían dignos y merecedores que el demonio les apareciese ó ellos lo fingían, y decían al pueblo lo que les había revelado; de manera que lo que ellos mandaban que se hiciese ó prometían que acaecería, tenían por cosa muy aprobada, porque decían que los dioses lo mandaban.

Cuando eran preguntados qué figura era la que veían, ó en qué forma les aparecía su dios, respondían que veían comunmente una cabeza con cabellos largos y este les hablaba.

Estos, después de acabado su tiempo, contaban á los que les hablaban y venían á ver, maravillas, así de las visiones como de la perseverancia de la penitencia y ayunos, y los reyes holgaban mucho de aquello, porque tenían por

gran punto que fuesen estimados y venerados sus dioses.

Si acaso se hallaba alguno destos cuatro sacerdotes haber llegado en el tiempo de su penitencia á alguna mujer, juntábanse muchos sacerdotes de los otros, y otro mucho pueblo y examinada la causa y convencido, sentenciábanlo á muerte y ejecutábanla de noche, y matabanlo con darle muchos golpes en la cabeza y después lo quemaban, y quemado y hecho ceniza aventaban los polvos por el aire, porque no quedase memoria de tan mal hombre, porque tenían aquel pecado cometido en tal tiempo, por abominable sacrilegio.

Si moría de su enfermedad, estando en aquella penitencia, luego ponían otro que supliese aquel oficio, y teníaase por mala señal y juzgaban por cosa cierta que morirían algunos señores aquel año y habria mortandad de personas señaladas, y ansí todo aquel año era triste para todos, creyendo que los dioses habian de tomar venganza de ellos.

CAPITULO VII

De otros muchos ministros que servían en los templos de los Indios, los cuales servían como sacristanes, con otras cosas curiosas. Trátase así mesmo de los sacerdotes del Reino del Perú.

Allende de los sacerdotes que hemos dicho, tenían los indios otros ministros de menor grado y autoridad, los cuales ayudaban y servían á los otros sacerdotes; en el número no había cuenta, porque según era el pueblo así había más ó menos; á veces había treinta y cuarenta sacristanes y á veces menos.

De estos había dos géneros de ministros, los unos eran hijos de señores y caballeros, como acá decimos hijos dalgo, los cuales tenían cargo

de servir á los dioses en las cosas más principales, como gente más digna y escogida.

Los demás eran hijos de ciudadanos honrados; estos, como los que no eran de tanta cuenta, servían en lo exterior del templo y en las cosas comunes.

Los primeros tenían cargo de barrer y regar el templo y tener muy limpias todas las cosas tocantes al culto de los dioses; limpiaban los vasos, cuchillos y los demás instrumentos con que y en que sacrificaban, y en esto se desvelaban y no se ocupaban en otra cosa.

Estos de cinco en cinco años subían de un cargo menor á otro mayor.

Allende de estos que eran ordinarios ministros, se ofrecían y dedicaban muchos hijos de señores al servicio de los ídolos y permanecían en los templos hasta que era tiempo de casarse, según las leyes y costumbres del templo.

Todo el tiempo que allí vivían eran llamados Tehutlamacax, era este nombre compuesto de dos dicciones, de Tehu, que es Dios, y Tlamacax que es mancebo ó doncel.

Estos eran enseñados en todas las cosas de la religión por el maestro-escuela, y en las demás cosas morales y en las leyes con que se gobernaba la república.

Mandábanles que en todas maneras, mientras sirviesen en los templos, fuesen continetísimos y así cuando veían mujeres bajaban los ojos; y por ley les estaba prohibido llegar á ellas hasta que se casasen.

El otro género de gente que servía al templo era de los ciudadanos y gente honrada del pueblo; estos servían en el templo de cosas más bajas, así como de traer leña para los braseros, y atizar el fuego, que continuamente perseveraba sin apagarse.

Si labraban algo en el templo, ó reparaban, ellos tenían cargo de dar cal, tierra, madera y agua y lo demás que era menester á la obra.

Estos tenían su estancia y vivienda cerca del templo y tenían particular maestro que les enseñaba lo que habían de hacer, y llamábase Telpuchitlato, que quiere decir guarda ó capitán de los mancebos.

Ya tenían rentas diputadas los unos y los otros, de que comían y vestían; todavía guardaban todos cierto género de penitencia mientras servían á sus dioses, porque ayunaban y hacían sacrificios señalados de sí mismos, ofreciendo á los demonios su sangre.

Eran estos mancebos tan bien doctrinados y enseñados que ninguna cosa que les fuese man-

dada rehusaban, mas con gran presteza y diligencia hacian lo que convenia.

Llegados á la edad cuando se habian de casar, que era á los veinte ó veintidos años, demandaban á los sacerdotes y á su maestro licencia para buscar mujer, y luego se la daban.

En algunas provincias, el sumo sacerdote tenia mucho cuidado en mandarlos casar, y si no querian casarse cuando se lo mandaban los sacerdotes, eran obligados de allí adelante á ser continentes todos los días de su vida, y el que esto hacia era habido por hombre infame y por tal lo publicaban con pregón; de manera que después ninguno le queria dar su hija.

En la provincia de Tlascala se acostumbraba que si se pasaba el tiempo de casarse, y alguno lo disimulaba, ó se descuidaba, ó no queria casarse, en pena de su pecado lo tresquilaban, que era gran infamia entre ellos, y echábanlo de la compañía de los mancebos.

Pocas veces acaecía esto, porque eran pocos los que dejaban de casarse.

También habia pena para el ministro que se casaba sin licencia, y así allende de las penas contenidas en sus leyes y constituciones, era habido por mozo liviano y de poca vergüenza.

Cuando se despedian de aquellos colegios y

templos adonde se habian criado, el maestro que habian tenido les persuadía á la virtud, y que no olvidasen lo que habian aprendido, y fuesen muy devotos de los dioses, y que pues tomaba casa y mujer se diesen al trabajo y á vivir como hombres de razón y cordura, y así les decía en este propósito otras muchas cosas muy provechosas.

Avisábales también que fuesen animosos en las guerras, y prometíales que los dioses les harían ricos y honrados si hiciesen como valientes.

Aconsejábanlos que tuviesen reverencia á los padres y madres, y que reverenciasen á los viejos.

Luego, en siendo casados eran empadronados y puestos en el número de los casados, y tenían con ellos cuenta unos como jurados á quien estos en ciertas cosas eran como sujetos.

Era costumbre entre estas gentes, que todos los niños desde seis años hasta los nueve, eran llevados á los templos, y sus padres eran obligados á llevarlos, y en aquellos aposentos ó escuelas oían su doctrina, y eran enseñados en buena crianza y costumbres y en las cosas de la religión, según en aquella edad podían aprender.

Otras cosas había dignas de recomendable memoria; pero de lo dicho me parece que se puede sacar en limpio cuán Repúblicas eran estos indios y cuán gran orden tenían en las cosas de su religión, aunque vana y ciega.

Y pues hemos hablado de las Indias, digamos algo de lo que se puede sacar en limpio de los sacerdotes del Perú.

Sacerdotes del Perú.

Del sacerdocio y ministros de los templos y dioses del Perú, no se ha podido apurar y sacar en limpio, de la manera que en la Nueva España; porque no hubo quien tuviese tanto cuidado y curiosidad.

Sabemos, empero, que tenían sumo sacerdote que se decia Vilaoma y otros sacerdotes menores que le eran sujetos, y que no eran casados sus sacerdotes.

Otra cosa no hallo para que con verdad se pueda tratar aquí; muchas monjas y vírgenes tuvieron para servicio del templo, pero por ser ministerio particular lo dejo para el capítulo siguiente.

La causa de no saber nada de los sacerdotes del Perú, sin duda fué el estrago que nuestros españoles hicieron en ellos, porque como roba-

sen aquellos templos, que eran todos de oro y plata, robaban todo lo que podian, y como hallaron alguna resistencia en los ministros, matabanlos y también que los mismos sacerdotes escarmentados en cabeza agena, viendo el mal que padecían los otros pueblos, tomaban todas aquellas riquezas y subíanse á los montes y escondíanlas, y después los conquistadores hallando rastro los buscaban, y codiciosos del dinero, no curaban de saber cosa alguna de sus ritos, y desta manera, cuando vino á estar la tierra segura, no se halló quien diese entera luz de cosa, que fuera bueno saberla, aunque yo creo que esto fué porque ninguno fué tan curioso que antepusiese estas cosas al oro é interés, y esto fué sin duda ello.

CAPITULO VIII

*De las sacerdotisas y vírgenes que había
entre los indios de la Nueva España y
reino del Perú.*

Cosa digna de ser notada es ver que en gente tan apartada de la policía que tuvieron los griegos y romanos, pudiese haber cosas tan conformes á buena gobernación, y que gente tan lejos de Dios, por la lumbré natural caminase á tantas virtudes, y juzgasen por malo lo que nuestra sancta ley reprueba y condena, y estimasen por cosa principal lo que nosotros reverenciamos por sancto y sagrado, porque si se mira la continencia y penitencia que hacían los ministros de aquellos templos, cualquiera

de bueno y sano juicio verá cuán allegados andaban á lo que nosotros profesamos.

Pero si lo dicho ha dado testimonio de las virtudes naturales en aquellos sacerdotes, lo que agora diré creo que ha de ser causa de mayor admiración.

Tenían, pues, estos nuestros indios para servicio de sus dioses mujeres diputadas, las cuales eran como nuestras monjas y como entre los romanos vírgenes vestales.

Estas, según parece, vivían á las espaldas de los templos en una plaza muy grande y capaz; no tenía puerta, porque los indios nunca las tenían en sus casas ni en los edificios públicos. En este género de gente había diferentes maneras de religiosas, porque parece que las que asistían al templo eran las que hacían voto por su devoción de servir tanto tiempo en el templo; unas prometían de estar un año; otras dos, y así como cada una quería.

Estos votos hacían ellas por diversos respetos, ó por la salud, ó buenos temporales, ó le diese Dios buenos maridos é hijos.

Comunmente todas éstas que hacían votos eran vírgenes, aunque también había viejas que por devoción querían servir á sus dioses lo que les quedaba de vida.

Entre todas había algunas más ancianas que guardaban y tenían cuidado de la honestidad de las otras, y de éstas había dos órdenes: unas que estaban fuera del aposento para que no saliesen, y otras dentro para que las tuviesen quietas y las enseñasen lo que habían de hacer allí. Este estado de mujeres que servían en el templo era muy estimado, porque estaban en servicio de los dioses y por la vida religiosa y honesta que hacían.

Tenían por madre y mayor una vieja venerable, ya por el mucho tiempo que allí había estado, famosa por la honestidad y religión.

Esta las enseñaba y corregía y les tomaba cuenta de lo que hacían, y las hacía pláticas espirituales, exhortándolas á la perfección.

Si alguna se reía mirando á algún hombre, era durísimamente castigada.

En entrando en aquella religión le cortaban los cabellos, casi en señal de que profesaban nueva vida.

Dormían siempre vestidas por mayor honestidad y por hallarse más libres y desembarazadas en el servicio de sus dioses.

Su dormitorio era una sala adonde todas dormían en común, de manera que se veían unas á otras.

Su ejercicio y ocupaciones ordinarias ó fuesen corporales ó espirituales, eran éstas: hilar, ó tejer mantas de labores y diversos colores para el servicio de los templos; esto hacían ellas con mucho silencio y recogimiento.

De manera que en todo eran ejemplo de mucha santidad.

Las ocupaciones espirituales eran: levantarse á media noche para poner leña en los braseros de los dioses y atizar el fuego porque no se muriese, y echaban entonces incienso y otros olores, lo cual servía como de sacrificio.

Cuando esto hacían iba la maestra con ellas y todas en gran orden y procesión, y ellas solas hacían un coro y los sacerdotes otro, y así iban con gran recogimiento teniendo cuenta las ancianas y los sacerdotes antiguos que no hubiese cosa que causase alguna desmesura.

Echado el incienso en los braseros y hechas otras oraciones y algunos sacrificios, tornábanse por el mismo camino y orden que fueron á sus aposentos.

Tenían estas vírgenes cuidado que en amaneciendo estuviese cocido el pan y otras muchas viandas, y todo caliente lo llevaban á los ídolos y ofrecíanles aquel vaho y calor de las viandas, porque se persuadían que los dioses

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 8

recibían aquella ofrenda de muy buena gana, y aquello después se quedaba para mantenimiento de los sacerdotes.

Vivían estas mujeres en mucha pobreza, lo que comían todo era dado de los parientes, y lo que labraban para el templo también se lo daban personas amigas y deudas.

Todo el tiempo que allí estaban ayunaban y no comían más de una vez al día, y esto era á medio día, y á la noche comían cierta cosa poca para colación.

Las fiestas no ayunaban, y comían por eso carne, de donde parece que también como nosotros, se abstenían de los manjares carnales en sus ayunos.

Tenían cargo de barrer las piezas bajas del templo, como los patios, portales y principios de escaleras, porque lo alto y adonde estaban los altares, como dije, pertenecía á los sacristanes, que eran de la gente noble y generosa.

Cuando iban barriendo, siempre andaban hacia atrás, por no volver á los dioses las espaldas; en algunos días solemnes bailaban y hacían grandes y muchos regocijos delante de los dioses.

Pretendían estas mujeres en recogerse y hacer penitencia diversos fines, como dije al prin-

cipio, pero con todo eso eran tenidas por gente santa y que era muy allegada á Dios.

Si alguna cometía algún pecado contra la castidad, si era secreto, tanto tenían haberlo cometido, que creían que se le habían de podrecer las partes secretas de su honestidad, por lo cual hacían gran penitencia, porque los dioses les encubriesen su pecado, y no fuesen difamadas.

Pero si era público, averiguada la verdad, mataban á ella y al adúltero.

Esto es lo que he hallado en este propósito, que pasaba en las Indias en común, y aunque en diversas provincias de aquel nuevo mundo hubiese otras menudencias, yo no las quise poner aquí por no ser prolijo y porque aquí no se pretende dar luz, sino de aquella que trae toda verdad y autoridad.

Monjas del Perú.

En el Perú hubo mayor primor en este negocio de vírgenes que servían á los templos, y era cosa muy antigua, porque desde que se comenzó á adorar el Sol, y hacerle templos, el primero rey de los Ingas, llamado Pachaquiti Inga ordenó, que entre los otros sacerdotes hu-

biese mujeres doncellas, hijas de grandes señores de las cuales unas servían de mujeres del Sol; otras de criadas y sirvientas suyas; otras para criadas de sus mujeres; otras para criadas de sus criadas.

Servían estas mujeres de hacer ropas al Sol muy delicadas, con muchas labores y de diversos colores, de manera que eran ricas y hermosas á la vista de los ojos de todos los que las veían.

Hacían también los más delicados vinos que en aquella tierra se usaban; para ofrecer sacrificios á su Dios servían de día y de noche en los templos del Sol con gran cuidado.

Tenian cargo de ayudar en los sacrificios, y que los templos estuviesen muy aderezados; templo habia que tenia más de doscientas doncellas.

De tres en tres años se renovaban estas vírgenes desta manera: que el Rey, si estaba presente, ó su visorey ó gobernador, que se llamaba Toerico, hacía llamar todas las vírgenes, y puestas delante dél y vistas las que estaban de edad para casar, escogía cuatro ó cinco de las más hermosas y más nobles para mujeres del Sol, y estas siempre permanecían en la virginidad.

Hecho esto, apartaba otras tres ó cuatro, que eran también más hermosas y nobles, y éstas tomaba para sí, si estaba presente, ó sino, el Visorey tenia este cargo.

Las demás casaban con los hijos de los grandes señores, y algunas daba el Rey á algunos grandes señores sus vasallos, aunque tuviesen otras mujeres, lo cual ellos tenian por muy gran favor y merced.

Las demás que no eran tan hermosas ni tan nobles podían sus padres casarlas con quien quisiesen, pero con licencia del Rey.

Casadas todas las que había para ello, mandaba el señor á los oficiales que dello tenían cargo que tornasen á henchir el número de las vírgenes que faltaban, las cuales habían de ser de diez años arriba é hijas de gente muy noble, para que se criasen y sirviesen en el templo, como las que habían salido.

Llamábanse estas vírgenes Mamaconas, que quiere decir en lengua del Perú, señoras madres, guardaban gran castidad exteriormente, tanto que en todo el tiempo que hubo estas mujeres en los templos, nunca fué hallada alguna culpada, y los nuestros cuando pasaron á aquella conquista, inquirieron la verdad de los muy viejos, y decían y afirmaban que nunca se ha-

lló alguna de las Mamaconas que hubiese quebrado la castidad. De manera que si miráremos á estas mujeres y á las vírgenes vestales de los romanos, hallaremos que aunque Roma se tenía por República política, y á éstos, nosotros los teníamos por bárbaros, en este punto los igualaron, y por mejor decir, les pasaron con mil quilates.

CAPITULO IX

De las rentas que tenían los templos de los indios, así de la Nueva España como los del Perú, y de la provisión y hacienda de que eran mantenidos los sacerdotes y otros ministros que servían á los ídolos, y de los lugares que tenían dedicados para acogerse cuando habían hecho algún mal recado.

No me parece que es fuera del propósito tratar aquí de las rentas y fábricas que tenían estas gentes para que se conservase la religión, así en lo tocante á los reparos de los templos, como para el mantenimiento de los sacerdotes, lo que en este propósito se puede decir es que, cuanto á lo primero, tenían ellos sus mesas ca-

pitulares, como nuestros canónigos, porque tenían ciertas rentas y heredades dedicadas por los Reyes y señores de los pueblos para propios de los templos.

En estas heredades habia muchos vecinos, que eran como cortijos y alquerías, los cuales eran vasallos de los templos, que cultivando la tierra pagaban rentas y tributos, así de pan y maíz, como de ropas de algodón y cosas con que se hacian los vinos, y así proveían de gallinas y otras carnes con que se mantenían los sacerdotes.

Y allende de lo que estos vasallos y renteros daban, los pueblos realengos hacían en común grandes sementeras para lo mesmo.

Habia mujeres ancianas y honestas que amasaban y hacian el pan y guisaban los manjares, porque las vírgenes no podian ocuparse en esto.

Los sacerdotes iban de tiempo á tiempo (según estaba ordenado por ley) á visitar sus vasallos y ver cómo se regian y gobernaban, y si recibian algunos agravios, ó habian menester administrarles justicia, y así miraban todas las cosas que habian menester; habia junto á los templos unas grandes trojes y graneros adonde se recogia el trigo y los demás basti-

mentos que pertenecian al templo, y de allí, sacado lo necesario para los ministros y otros gastos que se hacian en reparar los edificios del templo, todo lo demás se repartia en limosnas y se daba á personas enfermas y de gran edad y á los más necesitados.

En las grandes poblaciones, así como en México, Tlaxcala y Colola, y otras grandes ciudades habia hospitales, adonde se recogian los enfermos y eran curados, y para esto habia grandes dotaciones y rentas.

En el reino del Perú también había rentas y bienes de donde se mantenian los ministros, y sin duda, mirados los templos y los sacerdotes que allí servian, debian de tener grandes heredades y propios; lo que se sabe de cierto es que los templos dedicados al Sol, tenían los más fértiles campos que había en todo el reino, y esto proveyeron los Reyes con gran cuidado, porque ya que hubiese años trabajosos, á lo menos los templos y ministros sintiesen menos el trabajo y necesidad.

Estas heredades eran labradas en común de todo el pueblo, y primero que las del Rey y señores.

Después al Agosto y cosecha, todo el pueblo cogia los frutos y los ponían en los graneros

del templo; y de allí se mantenían todos los sacerdotes.

Tenían también grandes hatos de ganados, de carneros y ovejas y otros animales de diversas maneras, y era el número de los carneros y ovejas que estaban consagrados al Sol pasados de un millón, y estos hatos tenían grandes dehesas, que llamaban Moyas, que eran dedicadas al Sol, allí pacían los ganados, y como los pastos eran grandes, los ganados estaban muy gruesos.

Los pastores que en su lengua eran dichos Michi, guardaban sus ganados con gran cuidado y fidelidad, y de tanta reverencia era este ganado, que aunque no trajera pastores estaba seguro de los hombres, porque si acaso uno tocara en la oveja, aunque estuviera muerta creyera que el Sol lo había de hundir debajo de la tierra.

De estos animales sacrificaban los sacerdotes y se mantenían, y había para otros dos tantos ministros y aún sobraba.

Todos los ganados y pastores se llamaban criados y criaturas del Sol, porque estaban dedicados para su servicio.

Tenían los del reino de Nueva España y los del Perú los templos por auxilio y refugio de

los malhechores, porque ninguno que se acogía á sus ídolos ó templos era molestado ni preso, y porque esto se guardaba con todo rigor, y nuestros españoles no querian que á los indios les valiesen las iglesias; en una junta que hubo de los Obispos de Indias en México, se pidió al Emperador D. Carlos que mandase proveer en ello y que valiesen las iglesias á todos los indios, pues era privilegio á todo cristiano por todo el mundo, adonde la fé estaba publicada.

Si tenian particulares leyes, ó lugares más sagrados que otros, como los tenían los griegos y romanos, no lo sé, ni lo he podido descubrir, y así me contentaré, en lo que toca á este punto, con lo dicho.

CAPITULO X

De los Astrólogos de las Indias; cómo concertaban su año, cuántos días tenía la semana, cuántos meses el año, cómo adivinaban por los animales, con otras cosas al propósito.

No me parece ir fuera del propósito después de haber tratado de los ministros y templos de los nuestros indios, hacer mención de otras cosas que tocaban á su religión, que también son dignas de ser sabidas. Digo, pues, que allende de los sacerdotes habia otros como profetas ó agoreros, los cuales trataban de la Astrología, y se preciaban de muy filósofos, teniendo cuenta grande con las estrellas y cuerpos celestiales, de los cuales colegían sus juicios é inferían

sus hados, buenos ó malos. De aquí era que tenían su calendario del año, días y meses. Tenia el año trescientos setenta y cinco días, tenían dieciocho meses, y el mes era de veinte días, y la semana de trece, sobraban los cinco días, los cuales no supieron embeber como nosotros el bisiesto, porque no caían que sobraban seis horas en el año nuestro, y en cualquiera otro más ó menos, de donde procede hallarse más días en el año en diversos tiempos, pero no era maravilla que los antiguos tuvieron este error, y pues no ha dos años que no andaba entre nosotros el ciclo y Cómputo perfecto.

Cada día de la semana tenia sus nombres, los cuales tomaban de los animales, peces, y de dioses, hombres y mujeres.

Al primero día de la semana llamaban Ceci-pactli, que quiere decir Espadarte, que es un pez del mar; al segundo Omehecatl, que significa dos vientos; al tercero Ocicali, que quiere decir tres cosas; al cuarto Navicuezpali, que se interpreta cuatro lagartos de agua, que son los verdaderos cocodrilos; al quinto, cinco culebras; al sexto, seis muertos; al séptimo, siete ciervos; al octavo, ocho conejos, y así iban los demás; y pintaban los meses conforme los animales á quien los dedicaban.

... las tenían sus fiestas cada uno y su
... lolo.

... en sus fiestas y días feriados entre año,
... almente aquellos cinco días que sobra-
... el año, que ellos llamaban baldíos, eran
... en solemnidad, y en cada uno dellos ce-
... ban grandes sacrificios, y todos estos días
... que entraba el año, que era por Marzo,
... solemnnes, sin estos cinco días cada último
... mes era fiesta general y muy solemne para
... la tierra.

... Tenian fiestas de tiempos á tiempos, como
... hebreos el jubileo, porque de cincuenta en
... cincuenta y dos años, el día último de la pos-
... tera semana era día grande en México y en
... todas las provincias, en el cual se hacia esta
... ceremonia.

... Mandaban los Pontífices y sacerdotes que
... natasen todos los fuegos de los templos que
... ardian perpetuamente y los de todas las casas,
... y para esto salian ciertos ministros del gran
... templo de México ó iban dos leguas de la ciu-
... dad, por una de las calzadas, á una villa lla-
... nada Iztapalapan, y subíanse en un collado
... que llamaban Vixatitla, adonde habia un tem-
... plo, en quien los Reyes tenían gran devo-
... sión.

Subidos allí llegaban de noche, y á la media noche del primero día del año de cincuenta y dos, y día de la primera hebdomada ó semana, sacaban nueva lumbré de ciertos palos y luego la llevaban á gran priesa, sin que nadie encendiese della al templo mayor de México, y ofrecíanla delante de los ídolos, como nueva ofrenda, y luego á punto tenían un cautivo, y matábanlo y ofrecían el corazón, y con la sangre del rociaba el fuego el sacerdote mayor, y luego tenían licencia todos de tomar fuego de allí, y los que habian venido á la solemnidad de muy lejos, tomaban con gran devoción de la lumbré y llevábanla á sus pueblos, y esto mesmo hacian en los otros pueblos en este día.

De lo demás que en este punto se hacia, diremoslo cuando tratemos de los sacrificios.

Otras muchas fiestas y días señalados habia, como Pascuas, que de necesidad se hará adelante mención.

Volviendo al cuento del año, ya los astrólogos tenían gran cuenta con el lucero que vemos á la tarde, después de puesto el Sol.

Este se comienza á ver en la Nueva España en el otoño, á las tardes hacia el Poniente; pero en el verano y estío, que sube el Sol hacia la cabeza, pónese con él este lucero.

Desde que aquesta estrella ó lucero aparece y se puede ver, hasta que se encubre, pasan doscientos y setenta días, y estos filósofos ponian en cada uno un signo ó planeta, y así distinguían los hados y fortunas buenas ó malas de los que nacían, de donde sacaban después la Astrología judiciaria, porque según su opinión, dentro de alguno de aquellos signos nacían todos los cuerpos humanos.

Estos tenian cuenta con mirar los buenos ó malos agüeros y lo que sucedería en las cosas prósperas y adversas.

Miraban mucho en las aves nocturnas, así como en el buho, lechuza y mochuelos, con los cuales adivinaban lo que querían, y si alguna destas aves se sentaba en alguna casa, agoraban que moriría presto alguno della; también si oían graznar un animalejo que se llamaba Cuzatli, denunciaban que quería morirse alguna persona.

Item si encontraban alguna culebra ó alacrán y lagartos, tenian por señal que aquél que estaba enfermo en la casa del que entraban estas sabandijas, habia de morir.

Si la mujer paría dos hijos de una vez (que en las Indias es común cosa) creían que había de morir el padre ó la madre, y para huir este

peligro, los habia enseñado este remedio el demonio, y era: que matase el uno dellos.

A los que así nacían de un vientre, llamábanlos Cocóna, que quiere decir culebras, porque decían que la primera mujer que así parió dos juntos, se llamó Coatl, que quiere decir culebra, y tenían por opinión, que si no mataban al uno de los hijos, el uno habia de comer al padre ó la madre.

Cuando temblaba la tierra donde habia mujer preñada, cubrían las ollas de presto ó las cubrían, porque de otra manera creían que moriría la tal mujer.

Decían también que el temblar de la tierra, señal que se había de acabar presto el maíz y trigo de los trojes.

Si alguna persona enfermaba de calenturas, tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz, y poníanlo en un asiento ó una de arbol, llamado Maguei, y sacaban el enfermo al camino y decían que el primero que por allí pasase llevaría la enfermedad en los pies ó piernas.

Muchas cosas dejaban de hacer por los sueños, porque miraban mucho en esto, y así tenían desto libros y memorias, por donde se regían, y los sacerdotes examinaban cuáles eran

buenos y cuáles malos. Para el tiempo de casarse también tenían señales buenas y malas, para saber qué vida harían los nuevos casados.

Si perdían alguna cosa, así como animal, ave ó persona, hacían ciertas ceremonias. ó hechicerías con ciertos granos de maíz, en un lebrillo ó vaso hondo lleno de agua, y allí veían el que lo tenía ó la casa adonde estaba, ó si la cosa estaba viva ó muerta.

Para saber si los enfermos habían de vivir ó sanar de la enfermedad en que estaban, tomaban un par de granos de maíz, de los más gruesos, y lanzábanlos de la manera que se lanzan de la mano los dados, y esto hacían siete u ocho veces, y si algún grano quedaba derecho ó hiniesto, afirmaban ser señal de muerte.

Item tomaban estos hechiceros ó sacerdotes, unos cordeles como llavero de donde las mujeres cuelgan las llaves, las cuales arrojadas en el suelo, si quedaban revueltas, interpretaban ser señal de muerte; pero si salían extendidas, interpretaban que era de vida.

Otros infinitos modos de agorerías y supersticiosas señales tenían con que declaraban los sucesos de la guerra ó paz, y del bien de la república ó mal suceso, porque el demonio esta-

ba tan apoderado de aquella gente, que los hacía creer esto y otras más abominables cosas que se verán en el suceso desta historia.


CAPITULO XI

*Aquí se comienza á tratar de los sacrificios
que usaban los nuestros indios; tráense
grandes cosas y dignas de ser sabidas
de los hombres sabios y doctos.*

•

Pues tratamos muy á la larga los sacrificios y cosas de la religión genética, y quedamos admirados de ver tantas y diversas cosas y tan ajenas de buena razón, justo es que tratemos agora desta República de las Indias, que también era sujeta á la idolatría por tener la posesión de sus almas el demonio.

Bien sé que me he de detener, pero entiendo que de no lo hacer, se seguirían dos inconvenientes: el uno es que no cumpliría bien si no lo hiciese así, pues escribo los ritos de todas las gentes.



Lo otro que las cosas de los indios quedarían á los venideros oscuras y muy faltas, si yo agora no me alargase, porque tengo por cosa dudosa que algún particular tenga en el mundo tantos *Memoriales* como yo de aquella gente. Y así quiero como el primero alargarme y dar entera luz á los venideros de las cosas más notables que hubo en el mundo en los tiempos antiguos.

Cierto si atentamente quisieren leer lo que yo aquí diré de los sacrificios de los indios, no dudo sino que porná horror y espanto, porque fueron los más bravos y terribles que se pueden imaginar; aunque mirando lo que queda atrás, yo creo que no porná tanta admiración; sólo esto se puede decir con verdad, que la gente más devota y servidora de sus ídolos vanos fué esta, y ninguna otra fué tan sujeta al demonio, ni á sus mandamientos; esto se podrá ver de los sacrificios que tenían tan grandes y muchos. Quanto á lo primero, esto es cierto que ninguna cosa hubo ¡animada ni sensible que ellos no la sacrificasen, ni tampoco faltaron para los dioses las demás que carecían de vida.

A ninguna tuvieron por inmunda, todo les parecía que era de los dioses, y así les ofrecían todas las cosas.

animadas les sacrificaban leones, tigras, que son como gatos grandes, rapotros que llamaban Cointles, que son entre lobos y raposos, venados, liebres, y perrillos de los naturales de la tierra, que no ladran, aves de todas cuantas podían tomar, principalmente codornices, culebras, lagartos y lagartijas, langostas y arañas. Ofrecíanle flores de cuantas maneras hallaban, é incienso, y todo género de especias aromáticas; pero el sacrificio principal y más era tenido, era el de sacrificar hombres, y el ofrecer su propia sangre, no perdonando los hijos, que es la cosa más cara de todas.

De las sementeras y frutas, no hay que hablar, porque todo lo daban á sus dioses, hasta empeñar lo que tenían, y venderse á sí mismos y darse por esclavos; cierto ninguna nación estuvo más sujeta al demonio que esta gente lo estuvo, ni en otra alguna pudo tanto, como en las nuestras Indias; esto parecerá bien claro en lo que aquí se escribirá.

Ya dije, hablando de las fiestas de aquesta gente y de sus días solemnes, que la mayor era aquella que se celebraba de cincuenta en cincuenta y dos años, y toqué de pasada como ma-

taban un esclavo la mañana que sacaban el nuevo fuego; agora diré el aparejo que se hacía para la fiesta, y era este:

En la ciudad de México, como cabeza del reino, tenían muchos hombres cautivos ganados en guerra, y estos guardaban para las fiestas grandes, y según era la solemnidad, así mataban más ó menos; en esta fiesta, como era solenne, traían muchos cautivos y estaban á punto para cuando se celebrase la fiesta, esto es: a aparejado de muchos días, porque cuando había carne humana, no era fiesta verdadera para ellos.

Antes desto, un año entraban por su devoción ciertos hombres en el templo á hacer penitencia, y solía llegar el número á ciento, poco más ó menos, estos ayunaban allí todo el año, algunas mujeres hacian lo mesmo y tenían cuidado de guisarles lo que habían de comer. El resto de los ministros que servian en el templo, ayunaban antes de la fiesta ochenta días, dentro del cual tiempo hacia sacrificios á sus dioses, así de día como de noche, dando ofrendas de yerbas, olores y flores.

El pueblo en común también ayunaba, pero no con tanto rigor. Los señores y principales ayunaban ocho días antes.

Llegado el día festival, antes que amaneciese, los sacerdotes y ministros del templo se ayuntaban y lo mesmo hacia la nobleza y le común pueblo, que era infinito, porque venia de muy lejos á ver la fiesta; todos estos estaban en el patio del templo por su orden, y estando con gran silencio, luego salía su gran sacerdote acompañado de las demás ministros mayores, y vestidos con particulares ornamentos apropiados para aquello.

Mostraba el gran ídolo llamado Veylobos, y tomándolo á cuestras iban en procesión con mucha pompa é iban delante muchos que incensaban con sus olores muy varios, y así iban por una gran calle y barrio llamado Tlatelulco, y por él salían de la ciudad é iban á un pueblo llamado Arcapuzalco que estaba una legua; aquí venían porque estaba un oratorio junto al pueblo que llamaban Culman, en quien tenían mucha devoción, y así lo mostraban, porque celebraban sacrificios de hombres cautivos y presos en la guerra y hacian otras ceremonias con que se movían á devoción las gentes.

Hecho esto, pasaban adelante por el pueblo, é iban á otra villa llamada Tlacobán, que hoy se dice Tacuba, y estaba una legua más adelante, y de ahí sin parar iban á otro lugar lla-

mado Vicilopuclico, y fuera del pueblo había otro templo, y allí sacrificaban cuatro hombres, y de allí daban la vuelta para la ciudad, después de andado cuatro ó cinco leguas.

Esta misma ceremonia hacían los indios de Tezcuco al mismo tiempo y por el mismo efecto, que era para sacar el nuevo fuego.

CAPITULO XII

De cómo los Indios de la Nueva España ofrecían á sus ídolos mucha sangre humana, cómo y de qué manera sacrificaban á los hombres y después los comían, y cómo al dios del agua lo aplacaban con la muerte de los niños inocentes; tócanse cosas horrendas y espantables.

Sólo porque el lector entienda bien y se le quede en la memoria lo que aquí vamos contando, determino hacer pequeños capítulos y repartir en muchos lo que es bien que vaya muy digesto.

Ya yo he comenzado á tratar de los sacrificios crueles de los indios, y aunque de lo poco

que queda visto en el capítulo pasado, se puede colegir cuán caro se vendía el demonio.

En lo que agora tenemos entre manos, conocerá cuán apoderado estaba en esta mísera gente.

En un día señalado del mes llamado Panquecalizli, que era el catorceno dellos, en el cual se celebraba gran fiesta á sus dioses mejicanos, llamados Tezcatlipuca y Vicilopuchtli, se hacian nuevos y muy señalados sacrificios, porque era este día como pascua.

El común sacrificio para todos los dioses, era éste:

Primeramente se sajaban las orejas y las lenguas, y esto era común á chicos y grandes; otros se rompían los molledos ó morcillos de los brazos y los pechos, punzándose con navajas de piedra, de donde les salía infinidad de sangre.

Y otras veces se punzaban con unas puas ó espinas del arbol Maguey, que son como lesnas, otros se sajaban los muslos, y este era el más común sacrificio.

Esta sangre que les salía no la perdían, mas recogíanla en ciertas hojas y papel suyo, y con los dedos rociaban los ídolos, como quien echa agua bendita.

Otras provincias usaban derramar su sangre, pero no generalmente de todas las partes del cuerpo, mas una gente se sangraba de los brazos, otra de los muslos, otra de las pantorillas y en esto se conocían unos á otros de donde eran.

Allende desto sacrificaban hombres.

La manera de hacer esta ceremonia, era esta:

Tenían en los templos una piedra cuadrada como mojón, de una vara en alto y gruesa en proporción; ésta estaba en lo alto de las gradas del templo en la placetica que dijimos que había en lo alto junto á los dos altares; en ésta tendían el hombre de espaldas, que habia de ser sacrificado, de manera que el pecho quedaba firme y atábanle los pies y manos, y entonces uno de los sacerdotes y ministros principales tomaba una piedra de pedernal muy aguda, á manera de hierro, y abríale el pecho á la parte del corazón, y con mucha presteza le sacaba el corazón y daba con él en el umbral ó entrada del altar, y allí dejaba hecha una mancha de sangre y de allí caía el corazón en tierra y luego los otros ministros le ponían en una escudilla delante del altar.

Algunas veces los sacerdotes ancianos co-

~~Unían~~ían estos corazones, y otros los enterraban.

Hecho aquel sacrificio daban con el cuerpo ~~sacrificado~~ sacrificado de las gradas abajo, y si era de los presos en guerra, el que lo prendió con sus parientes y amigos lo llevaban y lo hacían guisar, y á vueltas de los otros manjares comían aquel hombre, y éste era el más solemne banquete que se podía hacer.

Si este que hacía el convite era persona principal, daba á los convidados mantas de algodón y otras joyas por fiesta.

Si el hombre sacrificado no era habido en guerra, mas había sido comprado ó en defecto de quien muriese lo sacrificaban, no lo echaban de las gradas abajo, mas desde el altar en brazos lo llevaban á sus casas y celebraban el convite, aunque no con tanta solemnidad.

En otras solemnidades tomaba el sacerdote el corazón en la mano y levantábalo hacia el Sol y á la parte adonde estaba el ídolo, y poníaselo delante en una escudilla, hecha de calabaza muy pintada, y en otra cogían la sangre y daban della como á beber al ídolo á quien ofrecían el sacrificio y untábanle los hocicos, y lo mismo hacían á los otros dioses; en esta fiesta se ofrecían muchos hombres, pero no había número señalado, porque unos pueblos podían

menos y otros más. Otro día, que se llamaba Tlacaxipevaliztli, se sacrificaban algunos hombres en la fiesta que se celebraba, y de aquellos sacrificados desollaban algunos en unas partes dos ó tres, y en otras cinco ó seis, y en otras diez.

En México, como más principal ciudad, llegaban á doce y quince los que eran muertos y desollados; estos cueros salían enteros, como los de los cabrones, para hacer cueros de vino, de manera que salía cuero y cabeza todo entero, y después vestíanselos los más principales, de manera que metían los pies y brazos por donde los tenía el muerto, y la cabeza asimesmo, y vestido y puesto el cuero muy justo bailaban todo el día con gran alegría de aquella manera.

Teníase cuenta que si alguno de los desollados era principal señor de los que habían sido presos en la guerra, que aquel cuero se le vistiese el Rey de México y vestido bailaba con gran majestad, y entonces por ruin se tenía el que no venia á ver tan grave espectáculo.

Llamaban á esta fiesta Tftlacaxipevaliztli, que quería decir, fiesta ó día de los desollados.

Dios del agua.

Habia día y fiesta dedicado al dios del agua, que llamaban Ecalcoaliztli; este día era también muy solemne entre ellos, antes que viniese esta fiesta veinte y treinta días, compraban un esclavo y una esclava, y hacíanlos vivir juntos como á casados.

Llegado el infelice dia para ellos, vestian al esclavo de las vestiduras ó insignias de cierto dios llamado Tlaluc, y á la esclava de las vestiduras de la mujer de este dios, que también tenian por diosa y llamaban la Clalchihuc-cueueye. Y ansí vestidos bailaban todo aquel dia hasta la media noche, que llegaba la hora de ser sacrificados, y en aquel punto los sacrificaban; pero no comian su carne, mas echábanlos en un silo ú hoya que tenian para esto señalado, y allí los enterraban.

Cuando los panes habian crecido un palmo, cada año en el tiempo sacrificaban en el palacio del señor un niño y una niña de edad de tres ó cuatro años, y estos eran hijos de personas nobles y principales.

Este sacrificio hacian á honra de un dios llamado Tlaluc, que tenian por abogado de las lluvias, porque creían que él enviaba la agua

tempo necesario, y así cuando había seca
an á este dios agua.

era tenido este ídolo en toda la tierra por
muy principal, y tenía su templo muy fa-
so en la ciudad de Tezcuco; á estos niños no
comían, mas poníanlos en una caja de pie-
a por reverencia de Tlaluc, dios del agua.

Hacían otro sacrificio á este dios, y era po-
er muchos papeles pintados, y llevándolos á
os templos, ponían en ellos Vlli, que es una
goma de que hacen unas pelotas, y quemában-
os por reverencia del dios del agua, y ofrecían
le aquella goma para untar los hocicos y carri-
los de aquellos demonios.

En este día cada parentela por sí, iba á los
patios de los templos, y llevaba gran comida,
y allí comían y bebían de aquel vino que ha-
nían.

Después salían de México y metían en una
canoa, que es un barco pequeño, á un niño y
una niña, y andando con gran fiesta, hundían
la canoa con aquellos inocentes y ahogábanlos,
y con esto creían tener ganado al demonio del
agua para sus necesidades.

En otro mes llamado Toxostli, cuando los
panes habían crecido hasta la rodilla, hacían
otra manera de sacrificios al mismo ídolo del

agua, y era que echaban cierto pecho por el pueblo, recogiendo tanto interés que bastase para comprar cuatro niños esclavos de edad de cinco ó seis años; comprados, poníanlos en una cueva y cerrábanlos hasta otro año, que hacian otro tanto; el dejarlos allí morir, era sacrificarlos.

Tuvo principio este sacrificar al dios del agua, por necesidades y grandes secas, y el demonio persuadiólos á que hiciesen estas crueldades, prometiéndoles que les daría agua.

Dícese que tuvo principio este sacrificio de la gran seca que duró cuatro años, en el cual tiempo jamás llovió y vino toda la tierra á estar inhabitable.

Cuando ya los panes estaban crecidos, que llegaban á la cinta, hacian otro sacrificio á otro diferente dios, llamado Hueytozoztli, al cual tenían para que les conservase sus sementeras, la ofrenda era esta: Cada uno tomaba de su heredad y sembrado unas pocas de cañas de maíz y con ellas llenaban sus comidas y ollas de Atol, que es la harina del maíz, y resina muy aromática, y con esto se iban al templo á la tarde con gran devoción, y allí ofrecían todo aquello; y toda la noche no hacian otro sino bailar y pedir al dicho dios que les creciese

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 10

más los panes y se los dejase coger con paz y sosiego; y de allí adelante no habia dias señalados para el maíz ni para el demonio del agua, que tanto les costaba.

CAPITULO XIII

De las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, al cual sacrificaban muchos hombres, vistiendo sus cueros, con los cuales hacían varias representaciones.

Eran crueles los sacrificios que hacían estas gentes en sus fiestas, y muy apoderados estaban los demonios de ellos; pero si lo pasado pone admiración, no será menor la que causará lo que queda.

Tenían por dios al fuego, como lo tuvieron los nuestros antiguos gentiles, y celebraban su fiesta en un día llamado Xocotlhueci; esta fiesta más solemnemente se celebraba en unos pueblos que en otros, así como en Tlacaba, Cuyobacan y Aucapucalco.

La solemnidad se comenzaba desta manera: Levantaban un palo rollizo de diez brazos en alto y hacian un ídolo de semillas, y envolvíanlo, y atábanlo con papeles, y poníanlo encima de aquel palo; en la vigilia de la fiesta levantaban el ídolo, y otro día todo bailaban sin cesar alrededor dél.

Este día por la mañana tomaban algunos esclavos y otros de los cautivos en guerra, y traíanlos atados de piés y de manos, los cuales echaban en un grande fuego que para este sacrificio tenian aparejado.

Echados en el fuego, antes que fuesen medio quemados, los volvian á sacar y poníanlos de espaldas en aquella piedra que dije que estaba junto al altar y sacábanles los corazones, y con esto se remataba el sacrificio.

A la tarde desta fiesta, derribaban el palo en tierra, y todos los que podian trabajaban de haber una poquita de masa de las semillas de que se habia formado el ídolo; porque tenian por cierto que los haría en las guerras muy esforzados.

Otro día adelante, llamado Izcalli (el cual también era dedicado al dios del fuego), tomaban uno de los cautivos habidos en la guerra, y vestíanlo de las ropas del dios del fuego (por-

que todos aquellos ídolos andaban vestidos) y luego todo el pueblo bailaba delante del ídolo con el mismo esclavo, y después de hartos de bailar le sacrificaban, y luego mataban otros hombres que estaban diputados para esto.

En un pueblo cerca de México llamado Quaulititlan, se hacia un sacrificio al fuego muy espantable, y era desta manera:

La vigilia de aquella fiesta levantaban seis grandes árboles, como mástiles de navíos, con sus escaleras, y en esta vigilia degollaban dos mujeres en lo alto de las gradas delante del altar, y allí las desollaban con el rostro y lo demás, y sacábanles las canillas de los muslos. El otro día dos indios principales por la mañana se vestian aquellos cueros; de manera que el rostro de la mujer servia de máscara; vestidos así, tomaba cada uno la canilla del muslo de la mujer, y muy paso á paso se bajaban por las gradas bramando que parecian bestias encarnizadas.

Estaba abajo infinito pueblo todo temblando, y como asombrado, y decian á voces: «¡Ya bajan nuestros dioses! ¡Ya vienen nuestros dioses!»

Llegados aquellos dos con sus libreas, comenzaban luego á tañer sus atabales, y ponian

en las espaldas de aquellos mucho papel cosido en forma de alas, y pegábanles sendas codornices muertas á los brazos, y desta manera comenzaban á bailar, y luego el pueblo ofrecia delante dellos sus ofrendas, que eran codornices, y destas eran tantas, que muchos años llegaban á más de ocho mil, y así estaban los suelos llenos dellas; pero ninguno tocaba en ellas, porque era mantenimiento de los sacerdotes y ministros del templo y de los señores principales.

Estas codornices eran cogidas después de medio día, porque no se podia hacer antes esto.

Aquellos que andaban vestidos con los cueros de las mujeres gastaban el resto del día en bailar.

En Tlaxcalla, por reverencia del fuego, cada día del primero del mes desollaban dos mujeres después de sacrificadas, y vestíanse los cueros dellas dos mancebos sacerdotes, que fuesen buenos corredores, y así vestidos andaban por el patio del templo y por el pueblo corriendo tras los señores para quitarles las ropas ricas que aquel día por fiesta se vestian, y si alcanzaban al señor, quitábanle el vestido, porque era privilegio de ellos en aquella fiesta.

Otro sacrificio se celebraba ese mismo día al dicho fuego, cruelísimo, y era este:

En aquellos seis palos que dije que se ponian la vigilia de la fiesta, ponian seis cautivos habidos en guerra, y estaban á la mira pasados de dos mil hombres y muchachos, todos con sus arcos y flechas, los cuales, luego que se bajaban los ministros que los habian aspado y atado, les comenzaban á tirar tantas saetas que los dejaban hechos unos erizos, y medio muertos dejábanlos caer de aquella altura en el suelo, y del gran golpe que daban se quebrantaban los huesos.

Después desto, sacábanles los corazones y sacrificábanlos, y arrastrándolos, los sacaban del templo, y al cabo los degollaban, y eran las cabezas de los sacerdotes y los cuerpos de los señores principales.

Miremos, pues, los cristianos cuán cruel enemigo del linaje humano es el demonio, que tenía por regocijo y alegría que los hombres hechos á semejanza de Dios, fuesen tan maltratados; ninguno otro, salvo el demonio, pudo inventar tan crueles tormentos.

Celebrábase esta fiesta del fuego en aquella ciudad de Quahutitlan, de cuatro en cuatro años.

En otras partes se hacían al fuego grandes fiestas y muy solemnes, sacrificando hombres y otras cosas; de manera que ningún pueblo dejaba de hacer fiesta al fuego, aunque unos por no ser tan ricos como otros, no podían hacer tan suntuosos sacrificios.

CAPITULO XIV

De los sacrificios, penitencia y fiestas que hacian los indios de Tlascala á sus dioses; del sacrificio que hacian en partirse sus propias lenguas.

Entre las otras provincias de la Nueva España, hay una que llaman de Tlascala, el cual nombre toma de una ciudad que se llama así; esta provincia, aunque en lo general correspondía con todo el resto de aquel extendido reino, todavía en cosas particulares tenia alguna diferencia, principalmente en las cosas de la religión y sacrificios, y porque son notables y dig-

de memoria, quiero particularmente hablar
ellas.

Digo, pues, que los de Tlascala, entre otras
estas que tenían, era una, en el principio del
mes de Marzo, la cual se hacía á su mayor
dios, llamado Camaxtl, y esta era de cuatro en
cuatro años, y la más solemne fiesta de todas.

Llamábase este día en su lengua Teuxiuitl,
que quiere decir, año de Dios.

Para disposición desta gran pascua, hacían
una áspera é inaudita penitencia, y era desta
manera:

Llegado el principio del cuarto año que se
habia de celebrar la fiesta, entraban los sacer-
dotes en capítulo, y tratábase del aparejo que
se habia de hacer, y cómo convenia que se pu-
blicase al pueblo, y que todos, como ministros,
procurasen de dar ejemplo á los demás, y así
tocaban otras cosas tocantes á este punto.

Hecho esto entre sí, un día que se juntaba
todo el pueblo, levantábase el más viejo de los
sacerdotes, y puesto en lugar adonde pudiese
ser oído de la multitud, comenzaba á exhortar
á todos á que se aparejasen para la fiesta que
esperaban, y decia á los sacerdotes y ministros
del templo:

—Hijos míos, ya es llegado el año de nuestro

dios y señor, esforzáos á le servir y haced penitencia, y el que se hallare flaco y sin espíritu sálgame de aquí dentro de cinco días, y si se saliere á los diez días después de comenzada la penitencia, este tal era tenido por malo y no de la casa de dios y de la compañía de los que le sirven, y será privado del oficio, y tomarle han cuanto tuviere en su casa.

Y llegado el quinto día levantábase el mismo viejo, que se llamaba Achacahutli (que en nuestra lengua quiere decir hermano mayor) y decía:—¿Están aquí todos?

Y respondían los que estaban por los ausentes, aunque pocas veces faltaban.

Y volviéndolos á exhortar luego, sin hablar más, se iban á una grandey encumbrada sierra que está cuatrò leguas de la ciudad, y antes que llegasen á lo alto, quedábanse todos orando y el viejo, que debía de ser como obispo, subía á lo alto del monte, adonde había un templo de la diosa que llamaban Matlalcueye, y allí ofrecía ciertas piedras de linaje de esmeraldas, que ellos tenían por muy preciosas, llamadas en su lengua Chalchiuitl; ofrecían también plumas verdes muy grandes, que llamaban Queçalli, las cuales son tenidas en mucho por todos los de la tierra.

También ofrecían muchas plegarias y oraciones á su dios Camaxtle, que era el señor y dios principal de Tlascala, y á la diosa Matlal-cueye, que les diese fuerzas y ánimo para comenzar el tiempo de su ayuno, y acabarlo con salud, hecha verdadera penitencia.

Cumplida aquel sacerdote su oración, bajaba al lugar adonde dejó sus compañeros y después volvíanse juntos á la ciudad.

Hecha esta primera ceremonia, luego venían los menores sacerdotes, que servían los templos de la provincia, los cuales traían muchos haces de palos, tan largos como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y poníanlos en el principal templo del dios Camaxtle, á los cuales daban después muy bien de comer.

Venían después los maestros que labran y sacan las navajas é iban á las venas de las piedras donde las sacan y cortaban muchas y traíanlas al mismo templo, y porque eran de mayor reverencia, no las ponían en el suelo desnudo, mas tendida una manta las echaban sobre ella.

Puesto el sol aquel día, comenzaban cuatro sacerdotes á cantar loores á las navajas, las cuales ya ellos tenían ordenadas para aquel menester.

Tañían también atabales, y desde á poco cesaban los atabales y volvían á entrar otros cantos muy tristes, y lloraban.

Hecho esto, venia un gran maestro y muy diestro, y tomaba de aquellas navajas y abría la lengua de cada uno de aquellos sacerdotes y hacíale un grandísimo agujero; después de sufrido este tormento, tomaban ellos otro mayor con sus propias manos, y era: que aquellos palos que traían los sacerdotes forasteros, ciertos carpinteros los adelgazaban pulidamente, y esto después de ayunado cinco días y puestos por orden aquellos palos, aquel sacerdote anciano tomaba cuatrocientos y cinco palos y metíalos y sacábalos por aquel agujero que le habían hecho en la lengua, porque veáis el tormento cruel é invención del diablo, que no podia imaginar tal cosa otro que él.

Después, los demás, según su vejez, hacían lo mismo, pero ninguno llegaba á sacar y meter tantos palos como aquel mayoral, pero sacaban trescientos, y otros más mozos doscientos, y así cada uno hacia según el esfuerzo y ánimo que tenía.

Eran estos palos tan gordos como el dedo pulgar; este tormento padecían aquellos desventurados para aparejarse para el ayuno que

habían de hacer, y en la noche que comenzaba su cuaresma, digamos, hacían este sacrificio.

Tenían después de esto el ayuno, que era disposición de la gran pascua que llamaban Teuxihuit, que se interpreta del gran dios; duraba este ayuno ciento y setenta días.

Acabado el sacrificio de las lenguas, aquel sacerdote anciano comenzaba un canto á los dioses, y así con aquel cantar comenzaba el ayuno, y de veinte en veinte días volvían á sacar los palos por los agujeros de las lenguas.

Esto acaecía en los ochenta días del ayuno; después de llegado este tiempo, ponían en medio del patio del templo un pequeño ramo, por el cual denotaban que todos habían de comenzar el ayuno del dios Maotle, y duraba en común otros ochenta días antes de la pascua que con tan extraña devoción la esperaban; entonces llevaban todos los palos que habían metido y sacado por las lenguas, así ensangrentados como estaban, y ofrecíanlos al ídolo é hincaban diez ó doce varales de á cinco ó seis brazas de largo, de manera que pudiesen ser vistos los palos ensangrentados que colgaban en medio dellos.

Estos postreros ochenta días, todos los ayu-

naban, señores y vasallos, nobles y plebeyos, y hombres y mujeres, porque era común ayuno. En este ayuno era grande la abstinencia que se guardaba, porque no comían sino unas tortillas de maíz, que no eran mayores que una hostia con que decimos misa, y de grueso un dedo; no les era permitido comer Chilli ó Axi, que es esta pimienta que nosotros decimos de Indias.

No se bañaban en todo el tiempo del ayuno, lo cual les era mayor tormento que el no comer.

Absteníanse con gran rigor de llegar á sus mujeres todo el tiempo que duraba esta cuaresma.

No había de faltar fuego encendido en las casas de los señores y personas principales, ni de día ni de noche; y si acaso se moría el fuego, luego el señor de la casa mataba un esclavo y echábale la sangre sobre el brasero donde hacia el fuego.

En estos ochenta días, también de veinte en veinte días, metían unos palillos más delgados por las lenguas.

Cantaban los sacerdotes cuando desta manera se sacrificaban; ya en los últimos días de esta tan terrible penitencia, tornaba aquel sa-

cerdote más viejo á la sierra adonde fueron cuando comenzaron á se aparejar, y comenzaba á sacrificar papel, incienso y codornices, y no lo acompañaban más de cuatro ó cinco sacerdotes, los demás quedábanse en lo bajo.

También iba este sacerdote por todos los pueblos de la provincia, y entraba en casa de los señores poderosos y ricos, y pedíales aguinaldo, y en señal desto llevaban un ramo en la mano, y todos le daban muchas cosas de comer y mantas, y otras cosas ricas, pero no tomaba las cosas de comer por no quebrar el ayuno y lo demás se llevaba.

Cuatro ó cinco días antes de la pascua, aderezaban los templos y las salas, y otros edificios, y emblanqueaban las paredes, y tres días antes pintábanse los sacerdotes, unos de negro y otros de blanco; también había quien se pintaba de azul, y de verde, y cada uno del color que quería; y detrás del templo bailaban de aquella manera todo el día.

Vestían la estatua del dios Camaxtle, la cual era de tres estados en alto, y tenían un ídolo pequeño, que decían haber venido con los viejos primeros que poblaron aquella tierra.

Este ponían junto á la gran estatua, y teníanle tanta reverencia y temor, que aunque

delante dél sacrificaban codornices, no osaban delante dél levantar los ojos á mirarlo; las vestiduras con que adornaban la estatua eran los ornamentos é insignias del dios de Cholola, que era gran dios en toda la tierra, y la causa era porque traían las tales vestiduras de allá.

Esto hacían porque aquel dios era hijo deste Camaxtle.

Esto mesmo hacían los de Tlascala, que llevaban los vestidos de Camaxtle para su dios, cuando celebraban en Cholola su fiesta.

Estas vestiduras eran de muchas piezas, y cuando los ídolos se ataviaban era con muchas ceremonias, como cuando los obispos se visten de Pontifical.

Poníanle también una máscara labrada á la mosaíca, con muchas diferencias de piedras.

Después de vestido el ídolo, decían:

... Hoy sale Camaxtle como su hijo Queçalcouetl.

En la vigilia de la pascua comenzaban la ofrenda desta manera.

Lo primero le ponían al ídolo en el brazo izquierdo una rodela muy rica y hermosa, hecha de oro y pluma, y en la mano derecha una larga saeta, cuyo casquillo era de piedra de pedernal, de la grandeza de un hierro de lanza.

Ofrecíanle mucha ropa de mantas muy ricas, y capas, que se llamaban en su lengua Xicoles, que no tenían capillas, que debían de ser como mantos de frailes Agustinos ó Franciscos.

También le daban unas ropas llamadas Tecu-xicolli; eran grandes, á manera de lobs, sino que eran abiertas por delante, y el ruedo muy labrado de algodón y Tochomitl, que es pelo de conejos, el cual hilado y tejido y teñido, era como seda.

Luego venia el sacrificio de las codornices, y conejos, culebras, langostas y mariposas.

También le daban flores diversas, y todo aquello que podía haber; toda la caza le ofrecían viva, y allí se la sacrificaban.

A la media noche venia uno de los ministros del templo vestido con las vestiduras del ídolo, y sacábales lumbre nueva, y luego sacrificaban uno de los hombres principales que estaban señalados para el sacrificio.

Este que mataban, decían ser hijo del Sol; después de haber sacrificado éste, comenzaba la ofrenda de los esclavos y presos en guerra, y allí los mataban como á bestias sin hablar palabra.

Mucho era el número de los que eran sacrificados en esta fiesta por respeto de que en cada

pueblo se hacia fiesta y no se hacia cumplidamente si no sacrificaban hombres.

Después de acabada la fiesta volvía cada uno á llevarse los esclavos muertos, para con ellos hacer banquetes y convites, porque tenían esta carne por tan consagrada, que comiendo della creían quedar santificados.

Acabado esto se acababa también la pascua, y su abstinencia y ayuno, y érales permitido comer de todo lo que tuviesen.

CAPITULO XV

De la Pascua que celebraban los de la provincia de Cholola, y de su gran penitencia, con otras cosas que hacían otras provincias de Indias.

Entre los mayores dioses que tenían en la Nueva España, y que era como patrón de todos, fué el ídolo de la ciudad de Cholola; á éste hacían una pascua cada año en el primero día de Mayo, en la cual le ofrecían flores y rosas y los sacerdotes se vestían de unas ropas largas hasta los piés, blancas, sembradas de flores y rosas, y los sacerdotes se vestían de unas diademas en las cabezas, y esta era fiesta suave y no costosa, porque no había sacrificios de hombres, ni derramamiento de sangre humana,

pero tenían otra de cuatro en cuatro años, muy más solemne que imitaba á las pasadas.

Llamaban este año, año de su dios Queçalcouatl.

Por ser esta fiesta muy grande, se hacía entre los sacerdotes otro ayuno muy áspero y terrible, y era desta manera:

El sacerdote mayor ayunaba ochenta días, antes de la fiesta; los cuatro días primeros no comía ni bebía más que una tortilla de maíz, que no pesaba una onza y un poquillo de agua, en aquellos cuatro días oraba con gran devoción pidiendo á los dioses ayuda para poder llevar aquella penitencia, porque así pudiese mejor aparejarse á celebrar la fiesta que esperaban.

Este ayuno era muy extremado y diferente de los otros; el día que se comenzaba, iban todos los ministros y oficiales de los templos, que eran muchos, á las salas y aposentos que tenían en el templo, y á cada uno se le daba un incensario de barro y cierta cantidad de incienso y tizne y ciertas puntas agudas del arbol Maguey, y sentábanse por orden arrimados á la pared en aquellas salas, y nunca se levantaban si no era para proveer las necesidades naturales.

Sentados así habían de velar continuamente, y no podían en los setenta días dormir más que dos horas á la noche, y después, salido el sol, una, y esto era en la primera noche, en las demás no se les permitía dormir.

Todo el resto del día y noche gastaban en ofrecer incienso y perfumar á los dioses.

A la media noche se bañaban todos y lavaban, y después se tiznaban todos con el tizne continuamente, y por aquel espacio de días se sajaban y punzaban con aquellas puntas, y sacábanse mucha sangre, y aquella ofrecían á sus dioses.

Y la mayor provisión que tenían eran estas puntas, y así cuando se dormían, para quitarse el sueño, luego se punzaban, y era de tanta esencia el no dormirse, que los colaterales le punzaban, de manera que á su pesar despertaba; y el que era oprimido del sueño y no escarmentaba con las puntas, teníanle por tan infame, que todas las injurias y vituperios que sabían, le hacían, y así era habido como por infame; y á tanto llegaba la superstición destos que creían que habia de venir algún mal por su causa aquel año si se dormía y hacía con tibieza la penitencia.

No salían en aquellos sesenta días del tem-

plo, ni iban á su casa, y absteníanse de llegar á sus mujeres.

Pasados los sesenta dias de aquel rigor y penitencia, los veinte que quedaban no eran de tanto rigor, porque no derramaban tanta sangre, y dábanles lugar de dormir más, porque este era el supremo tormento que allí los atormentaba, y así salían después con los gestos malos y feos del trabajo del sueño.

Venida la fiesta, hacían grandes aparatos, porque vestían y componían al ídolo de Queçalcoatli; poníanle ricas mantas y muchas joyas, piedras preciosas, y ofrecíanle muchas codornices, conejos y papel, y muchos sartales de mazorcas de maíz, que son las propias espigas de aquel trigo.

Tenía esta fiesta una cosa buena, y era: que no había sacrificios de hombres, ni derramaban tanta sangre humana matándolos; la causa era porque el dios Queçalcouatl, no lo permitía y él gobernando la tierra mandó que no sacrificasen hombres.

En otras ciudades acostumbraban otras nuevas maneras de religión y sacrificios, así como en Tehucán, Cuzcatán y Tentitlán; en estas ciudades usaban derramar mucha sangre y martirizarse con diversos tormentos.

En los días de fiesta se hacían unos agujeros en las orejas con unas navajas, y por ellos metían y sacaban una caña tan gruesa como un dedo y tan larga como una vara; y en las lenguas hacían otros agujeros, y por ellos metían ciertas pajas.

Otros, con las puntas del Maguey agudísimas, se agujereaban las orejas y lenguas, y toda esta sangre que derramaban era dedicada á sus dioses, y entendían hacer una grande ofrenda.

En estas ciudades se sacrificaban muchos más hombres que en otras partes, y la causa era que como eran fronteras de enemigos, en escaramuzas, y en refriegas, y celadas, tomaban muchos enemigos, y aquellos ya eran dedicados á sus dioses.

Allende desta inhumanidad de que usaban con los enemigos y extraños, hacían otra, la más cruel y nunca oída que se podría imaginar, y la que pone más horror humanamente, y era esta:

Cortaban y hendían su miembro genital por entre cuero y carne, y hacían tal abertura que por ella pasaba un grueso cordel, y largo cuanto quería ó tenía sufrimiento el penitente; algunas veces era de más de treinta varas, y á

veces llegaba á cincuenta; y si alguno desmayaba con el horrible dolor y mucha sangre, decían que procedía por haberse llegado á alguna mujer; porque según parece, eran vírgenes y mancebos los que hacían sacrificio de aquellas partes.

Este entiendo que fué el más cruel tormento que tomaban con sus manos estos bárbaros.

La otra gente popular destos pueblos hacían sacrificio de la sangre que salía de sus orejas y del pico de la lengua y brazos; y los que presumían de muy católicos, comunmente traían las lenguas harpadas de las sajaduras y las orejas muy acuchilladas.

Ayunaban también estos como las otras gentes ochenta días, y algunos hacían ayunos particulares por su devoción, unos diez días y otros veinte, y así cada uno como podía y tenía la devoción.

En estos ayunos no comían más que pan, sal y agua; ésto sólo pertenecía á los sacerdotes y ministros del templo.

Al pueblo común, y á las veces á los muchachos, mandaban los sacerdotes que ayunasen á dos y á cuatro y cinco días.

Estos ayunos no eran de una manera en toda la tierra, mas cada provincia tenía su modo y

costumbre, y ceremonias, y más y menos rigor.

Estos destas provincias, después del sol á quien tenían por dios principal, y honraban con más reverencia, era una estrella; la razón porque hacian esto, era porque tenían por memorias que se habia convertido en aquella estrella su dios y señor Queçalcouatl, cuando murió, y así aquellos astrólogos que atrás quedan nombrados, tenían muy gran cuenta con esta estrella, y tan gran cuenta tenían con el dia que aparecia y cuando se escondia, que nunca erraban.

El dia que aparecia comenzaba la solemnidad con matar un hombre, porque el señor de la tierra era obligado á darlo, y después crecian los sacrificios, y á la hora que salia, cada dia le ofrecian los sacerdotes incienso, y estaba á punto para que en viéndola asomar sacasen sangre de sus cuerpos para ofrecerle.

El más costoso y general sacrificio era quando habia eclipse del sol, porque entonces hombres y mujeres temian bravamente, y por esto hasta los niños se sacaban sangre y arrojábanla hacia adonde el sol estaba.

Tenian los mercaderes y tratantes sus fiestas, cada cual en su provincia, y aquel dia lla-

ganaban Miccaylhuytli, y cuando no se hallaban en sus casas, en cualquiera parte tenian por solemne el dia.

La manera de celebrar esta solemnidad era que todo lo que ganaban y ahorraban dos y tres años los gastaban en este dia; y no sólo expendian lo que tenian, pero de tal manera gastaban para hacer más solemne la fiesta, que se adeudaban de tal suerte, que en dos ó tres años no acababan de pagar sus deudas, y algunos se vendian por esclavos por no caer en falta.

Los convites que hacian para festejalla, era de muchas gallinas y perrillos, que eran muy preciados entre ellos; bebian desafortadamente de sus vinos, de manera que no era valeroso caballero el que no caía de borracho.

Compraban muchas rosas y flores y cañutos de perfumes muy olorosos; en fin, todo aquello que entre ellos era de regalo se daba allí abundantísimamente, sólo porque fuesen los convidados muy contentos y pagados.

Los que eran más ricos daban á los convidados algunas mantas, que era su traje, y compraban esclavos por grandes precios y matábanlos cruelmente, y esto era lo supremo de la fiesta.

CAPITULO XVI

*De la religión y sacrificios de los Totonos,
con muchas cosas dignas de ser sa-
bidas.*

Ya queda tratado atrás de los dioses y sacerdocio de los Totonacas; agora, pues, vamos tratando de los sacrificios; será bien que particularmente tratemos de los que ellos hacian, y otras cosas religiosas que ellos trataban creyendo acertar.

Cuanto á lo primero, el ordinario y común sacrificio que estas gentes hacian, era que luego que el sol salia por la mañana, el Sumo Pontífice que dije que se llamaba en su lengua papa, salia de su aposento, y en pos dél todos los demás ministros en ringlera, unos en pos de

otros, porque esta fué su costumbre aunque fuesen cien mil, si no era en la guerra, y por este orden iban al templo, y llegados, hacian su reverencia y mesura abajadas las cabezas é inclinados los cuerpos; allí se encomendaban á sus dioses.

Luego el segundo sacerdote en dignidad por el orden y número de los seis, traia un incensario de barro, el cual era hecho á manera de sartén, lleno de ascuas, y el Sumo Pontífice sacaba con su propia mano de un calabazuelo que servia de naveta, olores muy aromáticos, y poníalos en el incensario, y aquel sacerdote segundo alzaba tres veces hacia el cielo aquel humo, como incensando al sol y hacia el cielo, porque de allá decian que habian venido los otros dioses.

Acabada esta ceremonia, y reverencia, y sacrificio nuevo, luego el mismo Pontífice tomaba el incensario é íbase al dios principal é incensábalo tres veces, y de allí por su orden iba á los otros, á cada uno de los cuales no incensaba más que una vez.

Después volvía el incensario al dicho sacerdote, que parecia hacer oficio de diácono, é incensaba al Sumo Pontífice y después á los otros sacerdotes.

Este incienso iba echado de mano del Pontífice, y tocaba con su mano el fuego, como santificándolo.

Hecho esto, aquellas ascuas y lumbre que estaba en los incensarios se repartía en cuatro partes y poníase en los altares.

Los demás sacerdotes todos tenían incensarios y derramaban la lumbre así mismo por los altares, que eran redondos.

Asentábanse luego el Pontífice y los otros ministros, y llegada la hora de las ocho ó nueve, venía el Rey ó señor principal del pueblo muy acompañado de toda la nobleza, y entraban en el templo; pero primero se descalzaban á la entrada, y llamaban estos calzados Cotaras, y Cacles, en lengua de México. Hecho esto, en entrando en el templo decían estas palabras: Sálvete Dios; Ayúdanos y consérvanos en tu servicio.

Y después desto gastaban un poco de tiempo en rezar sus oraciones, las cuales acabadas, íbanse para el Pontífice y para los otros sacerdotes, y bajaban sus cabezas y decíanles:

—«El gran sol y sus dioses te conserven la vida por muchos años.» Y con esto se despedían.

Esto que hacían los señores no era de obli-

gación, más hacíanlo de voluntad y por devoción, y así no era cada día si no querían, pero como estaban tan bien acostumbrados, jamás faltaban unos ú otros á la dicha hora.

El Pontífice y sus ministros hacíanlo porque eran obligados á ello, y en ninguna otra cosa se ocupaban todo el día, y sólo esto era su oficio; la otra gente común y del pueblo no era obligada á venir á esta ordinaria devoción si no querían; solamente los sábados ó último día de la semana, que era el treceno, eran obligados á venir al templo grandes y menores á la mañana, y presentábanse en los patios á una hora, y luego comenzaban los señores y caballeros á hacer reverencia al mayor ídolo, y cada uno por sí se sacrificaba desta manera:

Traía veinticinco pajas juntas, como una escoba, y en la mano una navaja, y con sus manos se hería delicadamente la punta ó pico de la lengua, y hacia un agujero, y por allí metía las veinticinco pajas, y salíale mucha sangre por el movimiento que hacia con las pajas.

Otro sábado, que era de allí á trece días, volvían al templo y heríanse los muslos; y otro sábado de los pechos, otro de los brazos, otro de las manos, en fin, de todos los miembros se sangraban.

Al cabo del año los sacerdotes, después que habían celebrado sus ceremonias y sacrificios, traían un sacerdote ó ministro del templo unas escudillas llenas de cierto betumen negro, con el cual se untaban y tiznaban, de manera que ningún negro de Guinea podría serlo tanto como ellos lo parecían, y á obra de las diez del día se recogían en sus aposentos y salas, y allí asentados en sus sillas por su antigüedad, venían también los ministros menores tiznados y traían la comida de los sacerdotes.

Comían algunas veces carne, otras legumbres y otras veces variaban la comida; acabado de comer comenzaba el Pontífice mayor á contar historias y las memorias de sus antiguos primogenitores, loaban al Sol, y decia los provechos que traía al linaje humano.

Otras veces sobre mesa trataban de la gobernación de los pueblos, y ordenaban algunas leyes, en fin, siempre se trataba allí del provecho común.

Llegada la hora que nosotros decimos de vísperas, salíanse los sacerdotes fuera del pueblo é ibanse á pasear por unos montes arriba, por donde se recreaban y espaciaban y luego se volvían á recoger en sus aposentos.

Después de esto el segundo sacerdote acudía



al templo y avisaba á los sacristanes que tuviesen cuenta con guardar bien los dioses y que estuviese todo el templo y el demás aparato muy limpio.

Tenían sus semaneros los oficios, porque así hubiese mayor cuidado.

Nunca faltaba fuego en el templo, continuamente ardía y lo proveían de leña.

Estos sacerdotes comían de limosna que daban los grandes señores, y así nunca les faltaba lo necesario.

Tenían tres mujeres que los servían y estas eran de grande edad.

Tenían por ley religiosa circuncidarse, y así á los veintiocho días llevaban los padres el niño ó niña al templo y lo entregaban al mayor sacerdote y á los demás, y tendían sobre una piedra que servía desto, á la criatura, y con un cuchillo de piedra circuncidaban al niño, cortándole el capullito del miembro viril, y aquello que cortaban quemábanlo y hacíanlo ceniza. A las niñas también, en lugar de circuncisión, las hacían cierta ceremonia, y era que el gran sacerdote y el segundo corrompían la niña con sus propios dedos y mandaban á la madre que llegada á los seis años, ella mesma, con sus dedos renovasen el corrompimiento.

Tenian un género de comulgar abominable y cruel, y era que de tres en tres años mataban tres niños y sacábanles los corazones, y de la sangre que de allí salía, y con una goma que llamaban Vlli, que sale de un árbol que se cría en tierra muy caliente, con este licor ó goma, y con la sangre de aquellos niños, y mezclando cierta semilla, que nacía dentro de los huertos de los templos, hacía una cierta confección.

Esta tenían por cosa santísima y llamábase en la lengua mexicana Yoliaymtlaqualoz, que quiere decir manjar del ánima.

Deste manjar usaban á semejanza de comunión, y tenían este precepto, que de seis en seis meses los hombres de veinticinco años habían de comulgar y las mujeres de dieciseis.

Era espantosa la reverencia y veneración y humildad con que los sacerdotes administraban esta comunión, dando á cada uno un poquito, poniéndoselo en los labios, y la persona que lo recibía lo tomaba con extremado temor y temblor, cuando aquella masa se secaba desleíanla con otra sangre de corazones de los que sacrificaban.

Esta misma comunión ó superstición usaban los de las provincias de Chiapa, y otras de Nueva España.

De aquella goma llamada Vlli usaban en aquella nación ofrecer sacrificio á sus dioses, así envuelta en papeles, como untando á los ídolos por los bezos y carrillos. y tan embadurnados estaban algunas veces, que tenían más de un dedo de costra, y aquello denotaba gran devoción en los naturales.

Mudaban entonces á los ídolos los vestidos cada mes, y estaba un día desnudo y este día le ponían muchos manjares delante y cacao, que es cierta fruta principal, allí le ponían gallinas y conejos, y todo género de caza.

Después otro día le vestían otras ropas nuevas, teníanle gran reverencia al tiempo que le vestían y desnudaban.

Y hecho esto volvíanlo al lugar en donde estaba de asiento, porque el día que estaba desnudo, quitábanlo del altar grande y principal, y puesto allí, comían los sacerdotes todo lo que le habían puesto el día antes delante.

Cada año en ciertos días llevaban los vecinos sus ídolos que tenían en casa al templo, y poníanlos juntos al dios grande, y allí los tenían cinco días. Después cada uno tomaba los suyos y se volvía á casa; pero llevábanlos en procesión y cantando muchos cantares que para esto tenían ordenados.

Tenían estos Totones tres fiestas principales en el año las cuales celebraban con gran reverencia y solemnidad, la una era casi por la nuestra Pascua de Navidad, en la cual se vestían los sacerdotes de sus vestiduras sacerdotales y los caballeros y señores se aderezaban también ricamente.

Los templos en esta fiesta eran ricamente aderezados y enramados, y todo el suelo estaba cubierto de muchas diferencias de flores, y hojas de árboles.

Los señores principales cantaban muchas diferencias de coplas y endechas en loa y honra de los dioses, dándoles gracias por las mercedes que les hacían.

En esta fiesta no faltaba nadie en los templos, desde el más viejo hasta el niño que mamaba, y puestos por su orden se sentaban en los patios en cuclillas, como siempre lo usan; tenían los ojos muy bajos y estaban con gran silencio, de manera que siendo grande la multitud no parecía estar nadie, entonces estaban rezando mentalmente, y en lo interior, y esto hacían con gran devoción, y veíase esto ser así, en que gemían y suspiraban y lloraban amenudo, luego venían los sacerdotes y se asentaban en unos respaldos de juncos y desde ellos, en diversas

partes del patio, comenzaban á predicar, y allí representaban, como nosotros en nuestros sermones, la solemnidad y fiesta, y lo que persuadía aquel día tan solemne, duraba el sermón dos horas y nadie se desayunaba hasta aquella hora ni se meneaba del lugar á donde se ponía al principio.

Acabados los sermones, levantábase el tercer sacerdote y poníase delante del sumo sacerdote y pedíale licencia para hablar, y esto hacía teniendo inclinada la cabeza, ó como el diácono cuando toma la bendición para decir el Evangelio, y dada la licencia poníase en lugar adonde fuese oído y visto de todos, y comenzaba á pregonar y á decir que supiesen todos que se había criado el cielo y la tierra y todas las alturas, y toda la universidad de las criaturas, por el gran Dios, que era el Sol, que en su lengua nombraban Chichibi.

Item que había de venir el hijo del Sol al mundo, para renovallo y producirlo de mejores cosas, las cuales ellos ignoraban, para que con menos trabajo pudiesen pasar la vida.

Daban por ello á entender que los panes habían de ser más purificados y sustanciales, y las frutas más sabrosas.

Item que las vidas de los hombres habían de

ser más largas y durar más tiempo, y que de allí adelante no habia de haber lacería ni dolor, y así les prometía otras mayores cosas.

Y acabado esto convidaba á todos que estuviesen presentes á la solemnidad del gran sacrificio que se habia de ofrecer aquella noche.

Acabado su pregón y amonestación, todos se iban á sus casas muy pagados y contentos, con intención de volver á la hora señalada, unos según que tenían más devoción venian á prima noche y otros algo más tarde; empero á media noche todos se hallaban presentes, vestidos lo mejor que cada uno podia.

El pueblo común sentábase por el patio, los señores tenían sus bancos alrededor del templo.

Estaban en medio del patio una piedra de pedernal muy aguda y cuando todos estaban ya sollegados salian los sacerdotes y el pontífice Máximo, vestidos todos con sus hábitos sacerdotales y muy tiznados, y llegando á sus asientos se sentaban por orden, puestos todos los estados de gentes por sus grados, mandaba el pontífice sacar de una mazmorra ó cueva que estaba debajo del templo, dieciocho hombres y mujeres, tantos hombres como mujeres, los cuales salían empapelados y tiznados, de la mane-

ra que salían los sacerdotes; traían en las manos unos bastones gruesos y labradas en ellos figuras de culebras, pájaros y otras sabandijas.

Estos se iban á sentar junto á la piedra de pedernal que estaba derecha, asentados y estando todo el pueblo en gran silencio, el gran pontífice les comenzaba á hacer una ordenada plática, la cual dirigía á los que habian de morir, y deciales que eran bienaventurados, porque habian sido escogidos para ir delante del gran dios el Sol, y suplicarle en nombre de aquel pueblo que les enviase á su hijo, para que los librase de tantas miserias y trabajos, mayormente de aquel que tenían de sacrificar hombres, porque lo tenían por terrible carga y les era gran tormento y dolor. Y que si lo permitía por sus pecados por no haberle servido, y que quería dar á otras gentes la tierra, que ellos prometian de allí adelante ser mejores y servirle fielmente.


Entonces los tristes que habian de ser sacrificados respondian: Que así lo harian con diligencia y hablarian al gran dios, y le rogarian que enviase su hijo.

Hecho esto, luego se levantaba el Sumo Pontífice y los sacerdotes, y los demás señores y caballeros y los otros ministros, y comenzaban

á tañer unos atambores muy roncós y tristes, y otros cantaban con voces bajas y llorosas en alabanza del gran dios y de los otros menores.

Fenecido el canto y música dolorosa volvíanse á sentar todos, y el sumo sacerdote arremábase á la piedra muy arremangado y los sacerdotes traían uno á uno á los desventurados hombres y mujeres y poníanlos de espaldas sobre el pico y punta de la piedra, y animando al paciente, el Pontífice y sacerdotes, el uno dellos le tomaba el un brazo y el otro otro, y otros dos de los pies, y los otros dos por los costados, y así tendido y atado, tomaba el Pontífice un cuchillo de piedra pedernal y dábale una cuchillada en la tetilla izquierda tan larga como dos palmos entre costilla y costilla, sin que el sacrificado hablase ni se quejase, antes con gran esfuerzo, como el que creía que iba enviado delante de Dios para bien y utilidad de todo el pueblo, sufría aquella crueldad.

Hecho esto, sacábale el corazón dando saltos y abierto, daba con él en los hocicos del mayor ídolo del templo y desta manera pasaban todos los cuerpos de los sacrificados; después de muertos echábanlos de las gradas abajo y de allí los ministros los llevaban á las cocinas adonde los hacían pedazos, y enviaban después piezas de



ellos á los señores y personas de cuenta, y cualquiera que podia alcanzar un bocado pensaba quedar santificado.

Este mismo orden se guardaba en las otras dos fiestas que celebraba esta gente.

Esta provincia ni las demás de Indias no acostumbraban á sacrificar hombres antiguamente, mas después que los mexicanos vinieron á la tierra, introdujeron esta cruel y abominable religión; de antes sus sacrificios eran unos animalejos y frutas y flores; ni tampoco tenian tantos dioses, mas solamente al Sol.

De lo que aquí se ha tocado en este capítulo, parece como no hacian de su voluntad el sacrificio de los hombres, pues enviaban mensajeros al Sol, que los librase de tan grave yugo y servidumbre.

Y si por algún buen título nuestros españoles comenzaron á conquistar la tierra, fué por desarraigar cosa tan contra Dios y naturaleza.

Allende de aquellos sacrificios que se hacian en las grandes fiestas, cada semana por via de sacrificio ordinario, convidaban á los dioses, dándoles diversos manjares por comida, y esto tan guisado y aderezado como si realmente lo hubieran de comer.

Daban por via de religión, y entendiendo que servian en ello á Dios, limosna á los pobres, y ésto muy liberalmente, y por este respecto habia en los templos trojes grandes llenas de maíz, y despensas adonde habia otras muchas cosas que daban de limosna.

Así mesmo los vecinos de los pueblos que eran cojos, tullidos ó no podian trabajar, los mantenian de aquello que allí estaba depositado.

También tenian hospitales en esta provincia, como en otras, según que atrás queda apuntado, adonde recibian y curaban los enfermos.

Tenian una notable ceremonia y obra y acto de religión, en que parecian y mostraban su fé y opinión que tenian del dios grande y de los otros dioses, y esta era una confesión vocal, y hacíanla desta manera:

Confesión vocal.

Cada uno se apartaba á un rincón de su casa y ponía las manos á manera de quien mucho se cuita y acongoja, á veces torciéndolas, y enclavando unos dedos con otros y llorando, y los que no podian derramar lágrimas, cuitábanse y gemian, otros se iban á los montes, otros á

las fuentes, otros á los rios, otros á los templos, en los cuales lugares cada uno confesaba á sus dioses todos los pecados y obras malas que habia hecho.

Esto hacían con todas las señales de contrición que se podían esperar de cualquiera devoto cristiano.

Túvose por cierto que en Chiapa confesaban al verdadero Dios sus pecados, y aun cuenta el obispo de Chiapa en su *Apología* (Cap. 167), que algunos se acusaban de haber adorado ídolos, y daban por causa, el gran miedo que tenían del demonio y porque sus padres lo acostumbraban.

Esta confesión hacían dos veces en el año, á ciertos tiempos, y los días en que se ejercitaban en aquella obra religiosa, nunca se reían, ni tomaban algún pasatiempo, más solamente se daban á llorar y dolerse de sus pecados, llamábase en la lengua mexicana esta confesión *Mayolcuita*.

Esto es lo que toca á la religión de los Totonnes ó Totonacas.

CAPITULO XVII

De la religión y sacrificios, con otras cosas curiosas de la provincia de Guatemala.

Dos maneras ó diferencias tenían estas gentes de Guatemala, de sacrificios; unos generales, que todo el pueblo y comunidad ofrecían en las fiestas que celebraban, y otros particulares que cada vecino y persona particular ofrecía, según su devoción y la necesidad que tenía.

Los universales sacrificios ó se ofrecían ordinariamente cuando venían las fiestas, las cuales habia en unas provincias cinco, y en otras seis, ó se ofrecían por necesidad particular por cualquiera destos dos respectos, una vez por una habían de entrar en consejo el señor de la

provincia ó pueblo con todos los señores principales, y trataban con el sumo pontífice y los demás sacerdotes de la fiesta que venia ó de la necesidad que ocurría.

Allí se determinaba que se hiciesen sacrificios, y de qué se habían de hacer.

Cuanto al tiempo y hora de hacer el sacrificio, no lo determinaban ellos, ni se atrevían, mas echaban suertes y aquello que salía hacían y no más ni menos.

Para echar estas suertes hacían esto:

Llamaban á su astrólogo ó adivino y hechicero y comunicábanle la fiesta y la necesidad y el sacrificio, y pedíanle que echase suertes ó hiciese sus diligencias para saber cuál día sería dichoso y mejor, para ofrecer su sacrificio y cumplir con su devoción.

El, luego sin detenerse, comenzaba á poner por obra sus hechicerías y embustes, y declaraba cuál día era felice y próspero, y pronunciábalo, y daba sus razones para ello, y de tanta fuerza era lo que decía, que no había que mudar un punto de lo que él determinaba. Sabido el día echaban los sacerdotes la fiesta con su vigilia.

Y ésta era: que todos, chicos y grandes, habían de apartarse de dormir con mujeres, aun-

que fuesen casados, y duraba la vigilia sesenta y ocho dias, y á veces llegaba á ciento, según la fiesta y necesidad lo pedía.

En todos estos dias se había de sacrificar, derramando todos sangre de sus brazos, piés, muslos, narices, orejas, lengua y de todos los miembros del cuerpo, y esto se hacia dos veces al día, y á la noche ponian incienso á sus dioses.

Después lavábanse los sacerdotes y así iban continuando su penitencia y aparejo para entrar en la fiesta, pero cada vez que sacrificaban, se entiznaban.

Los hombres en común, no se bañaban, mas tiznábanse, y aquello era como un cilicio y ornamento de penitencia.

Ninguno dormía en su casa en todo este tiempo, mas en ciertos portales y casas que había cerca del templo hechos para este propósito, todos guardaban con gran rigor todas las cosas que se mandaban, porque allende de que si se quebraba alguna y pasaba por la pena señalada; tenían también gran temor que habian de ser muertos por mano de los dioses, ó habian de padecer alguna infelicidad, y así acaecía muchas veces, ó porque el demonio (permitiéndolo Dios) les causaba la muerte con

obras que para ello hacía, para tenerlos más devotos y ligados en aquella penitencia y ceremonias de su servicio, ó porque la imaginación de haber cometido pecado, solia ser tan vehementemente, que de pura tristeza se morían.

Componian sus ídolos para estas fiestas con mucho oro y piedras, y envolvíanlos en infinitas mantas, ricamente labradas, poníanlos en unas andas y traíanlos en procesión con mucha reverencia, acompañándolos con gran música de atabales y otros instrumentos musicales, de que ellos usaban, y después de andado por el pueblo, poníanlos en las plazas mayores, las cuales servian en los pueblos para el juego de pelota, y allí delante de los dioses jugaban los señores y principales á la pelota, por hacerles fiesta.

En algunas partes sacaban los ídolos de los templos adonde habian estado desde el principio de la penitencia, y allí les ofrecían sacrificios de poca costa, así como de pájaros é incienso.

En otros pueblos no les sacrificaban sino en ciertas cuevas adonde los tenían escondidos y allí les hacían sacrificios.

En algunas partes también acostumbraban tener y guardar los ídolos en lugares muy es-

condidos, porque así fuesen tenidos en reverencia mayor, porque tenían entendido que de verlos muchas veces, sucedía no reverenciarlos ni estimarlos.

Lo otro, porque los comprovinciales no se los hurtasen, porque esta gente teníanse gran envidia, cuando entendían que había mejores ídolos en unas tierras que en otras y morían por hurtarlos, y á esta causa los escondían.

Tenían por coadjutores los hijos de los nobles y los parientes de los señores cuando eran mancebos y sin casarse, éstos solo sabían adonde estaban los ídolos y tenían cargo de guardarlos, y llevaban las cosas que ofrecían los devotos á los ídolos para ofrenda.

Cuando se determinaba que sacasen los dioses de aquellas honduras y cuevas para traer por el pueblo, estos mancebos nobles los traían á cuestras, y parando de trecho en trecho, le hacían sacrificio de las cosas que les daban, teníanles aquellos días enramados los aposentos y muy llenos de flores, de manera que todo lo bueno era para aquel punto.

El sumo sacerdote, que en algunas provincias lo era el Rey y sumo señor en tiempo de necesidades solía estar cuatro y ocho meses y un año apartado y recogido y allí no comía más

que grano de maíz seco por tostar, y añadíanle algunas frutas, de manera que de todo punto le era prohibido comer cosa que llegase al fuego, tampoco volvía á su casa desde el día que comenzaba la penitencia hasta que la acababa, ni menos conversaba con nadie; el lugar de su aposento era una chozuela muy chica cubierta de hojas verdes, las cuales se las mudaban en marchitándose, y era llamada la casa verde.

Esta choza la hacían en el monte junto al lugar adonde estaban los ídolos.

Aquí hacía penitencia muy áspera y tan cruel que parece cosa increíble.

No se hacía esta áspera vida más de una vez mientras vivía:

Todo el tiempo que estaba recogido hacía sacrificio de todas las cosas que podían ser habidas, salvo de hombres.

Derramaba cada día sangre de las orejas, y otras veces de la lengua, y de los demás miembros del cuerpo, hasta sangrarse del miembro viril.

Esta ofrenda y sacrificio ofrecía á los ídolos por todo el pueblo, como pastor que tomaba sobre sí todos los pecados de los súbditos, cuando se publicaba, como dije, la vigilia, aunque los casados y sacerdotes se tiznaban, los mancebos

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 13

se untaban de un almagre colorado, y porque eran diferentes de los casados dábanles todo aquel tiempo por maestro y guía al hijo del señor de la tierra, y si no tenía hijo, el deudo más cercano, con que fuese mancebo.

Este tenía cargo de llamar á los muchachos de siete años arriba y repartíalos en cuadrillas y cada uno tenía su guía y adalid.

Juntábalos á estos para que trajesen leña, porque en este tiempo se gastaba mucha en el templo.

Dormían en los portales, no sólo cuando hacían su ayuno, más aun casi todo el año, porque no les era permitido tratar ni saber de los negocios de los casados, ni aun sabían cuando habían de casarse, hasta el tiempo que les presentaban las mujeres, porque eran muy sujetos y obedientes á sus padres y mayores.

Cuando estos mancebos iban á sus casas á ver á sus padres y madres, teníaase cuenta que no hablasen los padres cosa que fuese menos honesta, porque los mozos y doncellas no oyesen cosa de mal ejemplo y fuesen conmovidos á pecar ó á deseo malo.

CAPITULO XVIII

De la cuaresma que tenía la gente de Guatemala y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres, y cómo mataban á sus padres cuando eran viejos.

Ya que los desta provincia sabian el día y tiempo cuando comenzaba su pascua y cuando se hacía el aparejo de ella, comenzaban su ayuno, llamado Cuaresma, porque así entendemos nosotros el ayuno mayor que ellos hacían como nosotros el Cuadragesimal, y esto se hacía con gran recogimiento de parte de todos, así hombres como mujeres.

Los hombres iban al templo á orar, las mu-

jeros quedaban en casa para mirar por la familia.

Cuando volvían del templo las mujeres los recibían con gran extrañeza, porque ni les hablaban ni les saludaban, y así, no hacían más que comer y volverse al templo.

Llegada la noche ya, cuando eran las nueve ó poco más, venían á casa, no á dormir, mas á llamar á la mujer é hijos; si los niños ya eran grandecillos ibanse juntos á las faldas de los montes, y si no los habia á las encrucijadas de los caminos, y allí comenzaban los padres á sacrificarse y sacar sangre de muchas partes de su cuerpo con sus piedras y navajas y enseñaban á los hijos á hacer lo mismo y decíanles que pidiesen á los dioses salud, buenos temporales y lluvias y las demás cosas necesarias para la vida humana; pero si los muchachos rehusaban con el miedo de herirse y sacar sangre, los padres los saaban y herían por fuerza, y esto hacía hasta hacerlos perder el miedo.

Hecho esto, todos en común pedían á sus dioses les favoreciesen y remediasen y ofrecían de lo que tenían, así como pájaros y flores é incienso.

Este ejercicio tenían cada noche mientras duraba su ayuno y penitencia, y el resto que

quedaba de la noche iban á sus estaciones buscando lugares más acomodados, para pedir á los dioses de nuevo lo que tenían necesidad.

Hechas estas sus estaciones despedían á sus mujeres y mandábanlas que se volviesen á sus casas, y con ellas los hijos; pero si no los tenían, ellos las acompañaban, y llegados á la puerta se volvían al templo.

Guardábase otra ceremonia al principio de la cuaresma, y era que soltaban todos los esclavos, que después habian de ser sacrificados, á los cuales daban libertad de esta manera.

Que á cada uno le echaban una argolla de oro ó plata ó cobre al pescuezo, y pasábanle un palo por ella, como chaveta, y dábanle cuatro hombres de guarda.

Este andaba por todo el pueblo, y en cada casa que quería entraba, y si quería comer con el Rey y con el grande y chico lo podía hacer, y no se lo prohibian, solamente tenia de premia, que no podía salir del pueblo, y tener la argolla y la guarda de los hombres.

Y todos tenian cuenta de hacerle muy buen tratamiento y lo mismo hacían á los que lo guardaban.

Llegados los últimos días, que eran siete, antes de la Pascua, juntaban á todos los que ha-

bían de ser sacrificados en una casa, que para ellos era diputada, la cual estaba junto al templo, y allí todo aquel tiempo les daban de comer y beber hasta emborracharlos.

Ya, cuando no faltaban más que tres días, todo el pueblo se ejercitaba en barrer y aderezar los caminos y adornarlos, de manera que todo aquello que podía servir de representación de fiesta le aparejaba.

Los capitanes y maestros que dijimos tener cargo de los muchachos y mancebos, mandaban traer á unos ramos, á otros hojas de pino, para echar por el suelo, como echamos en España la juncia y espadañas.

El postrero día, que era la víspera, barrían todos los aposentos del templo, y los fuegos ó braseros quedaban muy limpios, porque llevaban las cenizas á unos purificatorios ó consumidores diputados para esto, todo el mundo se quitaba aquel tizne y lavábanse, de manera que quedaban muy limpios, y vestíanse de sus mantas nuevas y limpias y muy galanas.

Si era tiempo de que estaban los trigos ó maíces granados, traían de aquellas mazorcas, y poníanlas alrededor de los altares é ídolos; y si estaban secos los panes también traían espigas.

Traían muchos instrumentos musicales, de manera que no faltaba nada la víspera y todo lo necesario estaba á punto.

A la noche los hijos del Rey y de los otros señores iban por los ídolos adonde los tenían escondidos y traíanlos con gran procesión por todas las calles y caminos y de trecho á trecho les ofrecían aves y animales, flores y frutas, incienso y cosas olorosas; como iban allegándose al pueblo los dioses, venían algunos de aquellos mancebos á gran priesa, y decían al Rey y á los demás señores y sacerdotes que ya venían los dioses, y cuanto más venían acercándose, tanto más priesa se daban á avisar.

Cuando ya venían junto á la ciudad ó arrabales, salía el gran sacerdote á los recibir muy acompañado de los otros sacerdotes y ministros del culto divino, y en llegando á ellos les ofrecía sacrificio; en entrando en el pueblo, entraban callando y con mucho silencio, y así iban al templo, y en entrando, hacíasele al pueblo cierta señal para que supiese que ya el gran dios estaba en su propio lugar.

Todo lo que quedaba de la noche se gastaba en andar estaciones y visitar el templo, de manera que no se dormía nada della.

Ya que habían asentado los ídolos en sus al-

tares, comenzaban á tañer los atambores y á sonar las otras músicas, y allí se hacian bailes y cantos y otros infinitos regocijos, y en estos ejercicios les tomaba el alba; en amaneciendo todo el mundo iba á casa, y se lavaba, y cada uno traia aves é incienso para sacrificar, y dábanlo á los sacerdotes para que ellos lo ofreciesen, y en tanto cada uno pedia al dios con humildad lo que más tenia necesidad.

Llegada la hora del gran sacrificio, el sumo sacerdote se vestia de Pontifical, que era una capa cuya hechura yo no sabria describir; poníase una corona de oro, ó plata, ó de otro metal, la cual estaba adornada de piedras preciosas, y así se ponian otras cosas el Pontífice que le hacian muy autorizado y vistoso.

Tenian aparejadas unas andas muy ricas con muchas joyas de oro, plata y pedrería, y entre estas riquezas ponian rosas de varios colores y muy aderezadas; componian el ídolo y poníanlo asentado en ellas, y luego comenzaban la procesión por de dentro del patio del templo, adonde habia muchas invenciones de cantos, danzas, bailes y muchos atabales y músicas, y teníaase tanto orden en que fuese con gran concierto, que con ir infinidad de gente, no habia confusión, mas todos iban puestos en sus lugares.

Acabada la procesión, el ídolo paraba en un altar junto á la piedra adonde habian de sacrificar á los hombres, poníanse junto á él los atabales y ministriles.

Cantábanse aquí por gran pieza de tiempo las cosas antiguas que esta gente habia hecho en tiempo de paz y guerra.

En tanto que cantaban, iba el Rey y los otros señores al lugar adonde estaban los esclavos, y sacábanlos de uno en uno, y cada uno tomaba el suyo de los cabellos y lo traia delante del sacerdote supremo y del dios, y venian diciendo á grandes voces:

—«Señor, acuérdate de nosotros, que somos tuyos, danos salud, danos hijos y prosperidad, para que tu pueblo se acreciente, danos agua y buenos temporales para nos mantener y que vivamos. Oyenos nuestras peticiones, recibe nuestras plegarias, ayúdanos contra nuestros enemigos, dándonos holganza y descanso.»

Todas estas peticiones y palabras iban diciendo, de manera que todo el pueblo lo oia.

Llegando al altar del sacrificio, estaba el sacerdote carnicero aparejado, y el señor le ponía la víctima en las manos, y él con sus ministros, guardando el orden que en otras provincias se guardaba, sacaban el corazón y lo ofrecían al

ídolo, y el sacerdote con tres dedos tomaba de aquella sangre y rociaba el ídolo, y luego echaba de aquella sangre contra el Sol, haciendo primero algunas ceremonias de no mucha importancia, y desta manera andaba de ídolo en ídolo y de altar en altar, untándolos con aquella sangre.

Ponían las cabezas de los sacrificados sobre unos palos en un cierto altar, para esto solamente dedicado, adonde se quedaban por algún tiempo, el cual pasado los enterraban.

Daban estas gentes dos razones porque los empicotaban: La una era porque estando así á vista de todos los dioses, se acordasen de lo que les habian pedido, y mirasen cómo les habian ofrecido gran sacrificio. La otra era porque los hombres viendo aquellas cabezas considerasen cómo habian sido cortadas por los pecados de todos, y también las dejaban allí para que el Rey de la tierra viendo tan gran sacrificio, se conmoviese á aumentar la religión, porque los enemigos que les quisiesen hacer mal y guerra los temiesen, cuando entendiesen que si eran presos habian de pasar por la misma ley.

Los cuerpos de los sacrificados eran cocidos, y comíanse como carne santificada; las manos y los piés y otras cosas delicadas presentábanse

al gran sacerdote y al Rey, como cosa más sabrosa; todo lo demás se distribuía por los otros sacerdotes y ministros del altar, porque á los del pueblo no les alcanzaba bocado; aquel día era libertado para hacer grandes banquetes y borracheras, así se mataban infinitas aves, mucha caza, de manera que todo género de comida que ellos tuviesen allá en uso, la tenían presente; vinos tenían muy diferentes, porque aunque no eran de uvas, ellos tenían semillas y cosas de que los hacían de diversas maneras, que tenían sus nombres de mejoría, como acá los de Medina, Illana, Ribadavia, Toro y San Martín. Estos banquetes tanto mayores eran cuanto lo eran las personas que los hacían.

Hacían muchas danzas y bailes y otros juegos en presencia de sus ídolos, y dábanles á beber del vino más precioso que tenían, remojándoles las bocas y las caras.

Si se emborrachaban y bebían con exceso estas gentes, no lo hacían tanto por vicio cuanto porque en esto creían que hacían un gran servicio á Dios, y así el principal que se emborrachaba más, era el Rey y los señores principales.

Otros no se emborrachaban, pero no era por que por ello fuesen de menos valer, sino porque

habian de gobernar la tierra y proveer á los negocios del reino mientras el Rey estaba ocupado en aquella religión y se emborrachaba.

Duraban aquellas fiestas tres y cinco y siete dias, según lo que ordenaban los ministros y lo decian cuándo se habian de comenzar.

En estos dias cada tarde andaban en procesión con grandes cantos y músicas, llevando el ídolo é ídolos por las calles y plazas, y adonde habia lugar preeminente hacian altares y ponian mesas y allí paraban, y como nosotros representamos farsas y autos, así ellos jugaban á la pelota delante de sus dioses.

El último dia, quando llegaba la noche, cesaba de todo punto la fiesta, y cada uno se iba á su casa, salvo los ministros que asistian en el templo, éstos volvian á esconder los ídolos y á servirlos como solian de ordinario.


Esto es quanto á las fiestas y sacrificios, pero otras cosas particulares tenian los desta provincia en lo tocante á la religión, que de necesidad es bien que se sepan, y así en el capítulo siguiente lo trataremos, porque el lector no se canse tanto.

CAPITULO XIX

De los lugares adonde sacrificaban los de Guatemala, así como en fuentes, cerros, cuevas y debajo de los árboles. Tráense otras cosas curiosas.

Como esta nación tenia gran cuidado de las cosas de Dios, procuraban de tener las estátuas de los ídolos, que ellos llaman dioses, con gran reverencia y en diversos lugares, para irse á á encomendar á ellos en sus necesidades.

Así cuando labraban casas de nuevo, la median, consagraban y dedicaban al dios de las casas, que se llamaba Chahalhuc, y en aquella parte le tenían hecho su altar y su lugar de hacerle sacrificio, en el cual ponían incienso y



mataban aves y otros animales, ponian por las paredes la sangre que se sacaba, y pegaban plumas alrededor (digo plumas ricas destas que nosotros usamos para las gorras y sombreros) y en la puerta de la casa hacian lo mesmo, porque con aquello se aseguraban que no entraria en casa cosa mala.

Cuando cortaban la madera para hacer las casas, hacian sacrificio al dios de casa por ella, suplicándole que la casa para donde se cortaba aquella madera fuese dichosa, y que en ella viviesen muchos dias y con felicidad.

Tenian así mesmo sus oratorios particulares adonde acudian en los mayores trabajos que les sucedian, por la mayor parte los tenian en arboledas muy espesas, que la escritura sagrada llama Lucos.

También sacrificaban debajo de árboles muy espesos y acopados, debajo de los cuales se acostumbraba á dogollar y derramar sangre de varias partes de sus cuerpos.

También sacrificaban en las fuentes, en especial cuando pedian hijos; y si hallaban algún arbol muy espeso que tuviese debajo alguna fuente, tenian por lugar divino aquel tal, porque concurrían dos divinidades, así en el arbol como en las fuentes.



Hacían sacrificios en las cuevas y en los lugares oscuros, y en las encrucijadas de los caminos, y en las puntas de los cerros, y conforme á las peticiones que habían de hacer, así escogían los lugares.

Tenían humilladeros antes de entrar en los lugares, adonde tenían hechas unas capillas, y allí había altares é ídolos.

Estos oratorios se decían *Munruz*, y destos había de trecho á trecho en los caminos, adonde hacían sus oraciones y ofrecían sus sacrificios. En llegando al humilladero tomaban unas yerbas y dábanse con ellas en las piernas y escupían en ellas y poníanlas en el humilladero con una piedra encima.

Esto decían ellos que era cosa saludable para desechar el cansancio, y luego sentían fortaleza en las piernas; ofrecían allí algodón ó caza ó sal ó pimientos ó de las otras cosas que llevaban, y de aquello como de cosa sagrada, no había nadie que osase tomar nada, y así se quedaba allí y se perdía.

Cuando quiera que caminandoles acaecía adversidad y peligro, luego acudían á se encomendar á Dios, y se dolían de sus pecados, y se confesaban á solas, y se llamaban pecadores,

Si topaban algún tigre (de los cuales abunda aquella tierra) luego le confesaban sus pecados, diciendo:

—Tantos pecados he cometido, no me mates.

Si caminaban muchos juntos, sentábanse y decían: que aquel tigre era el pecado de alguno, y que el que allí iba culpado que aquel mataría.

Acaeció cuando se comenzó la predicación del Santo Evangelio, en la provincia de la Vera Paz, que iba por el camino un hombre con su mujer, y vieron un tigre, y la mujer como ya estaba enseñada en la fe, comenzó á santiguarse, y á decir la doctrina cristiana, que en su lengua llaman Tih, y como la mujer iba rezando siempre, díjole el marido:

--Da voces y deja el Tih; mas ella no curó de lo que decía su marido, mas perseveraba en rezar, y en fin, huyó el tigre, de lo cual quedaron muy contentos, y fueron luego á los Padres Dominicos, que predicaban por allí, y diéronles de sus presentes pobres, y contáronles el caso como había pasado, de lo cual dieron gracias á Dios, porque por la doctrina de la verdad, el demonio perdió la fuerza que habia puesto en aquel tigre.

Tenian los demonios tan encarnizados á es-

tos terribles animales, que luego que no les confesaban sus pecados los mataban.

Y así aquellos nuevamente convertidos á la fé, con la flaqueza algunas veces, si veían algún tigre, olvidados de la señal de la cruz, se volvían á su antiguo error y costumbre, por lo cual los castigaba Dios.

Así tenemos ejemplo de que en el mismo lugar á do acaeció lo que poco ha conté; como un tigre llegase á la puerta de una india y la tuviese cerrada, y haciendo ruido el tigre, ella abrió pensando que fuese otro, y olvidándose de lo que le habían enseñado los religiosos, cuando vió el tigre, dijo:

—Señor, no me mates, que no tengo más de tres pecados;—y permitiéndolo Dios, porque no creyese que el animal tenía poder de librarla, arremetió el tigre á ella y la despedazó.

Cuando quiera que habían de comenzar alguna obra, luego antemano hacían sacrificios; y así cuando iban á cazar plumas, ó á los pájaros que las tienen, la liga con que los habían de tomar incensaban y la santificaban, creyendo que con aquello tenía más fuerza.

Al tiempo que habían de sembrar cualquiera simiente, lo primero que hacían era hacer sacrificios, y mataban algunas gallinas y la san-

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 14

gre esparcian por los cantones de la heredad adonde se habian de sembrar.

Estaban también ciertos días antes que sembrasen apartados de sus mujeres, porque tenían por cosa escrupulosa dormir con la mujer é ir á sembrar; y así tenían otras supersticiones y niñerías.

En las huertas y arboledas, tenían en medio algún ídolo, al cual sacrificaban, porque guardase aquellas frutas.

Cuando querían escardar los trigos, ponian fuego é incienso á las cuatro partes de la heredad y en medio, y pedían con mucha humildad que les guardasen aquellos panes hasta que los cogiesen.

Cuando granaba, daban las primicias á los sacerdotes ó molíanlo, y de la harina hacian un engrudo y untaban al ídolo y piedra que estaba puesto en la heredad ó dábanlo para que lo comiesen algunos pobres, viejos y enfermos.

Hecho el Agosto daban en grano sus diezmos.

Cuatro cosas pedian comunmente los de esta provincia á sus dioses.

La una era la vida larga y la salud; hijos y mantenimiento para pasar la vida.

Para la primera se enderezaban los sacrificios comunes y sus penitencias.

Para la salud, lo primero que hacían era hacer sacrificio, ó enviar codornices, ú otras aves de ciertos colores que ya eran aplicadas para la enfermedad, y el sacerdote las tomaba y sacrificaba.

Si era señor el que demandaba la salud, siempre tenía el médico delante, el otro pueblo no; pero luego la mujer tomaba, si el marido era el enfermo, una manta ú otra cosa de valor, é iba con ello al médico y decíale:

—Fulano, vuestro hijo está malo, ruégaos mucho que lo visitéis;—y sin esperarlo que respondiese algo, le ponía delante lo que traía para darle, y así se despedía.

El médico entonces desembarazándose de lo que tenía entre manos, iba á ver al enfermo, y si la enfermedad era liviana, poníale algunas yerbas y otras cosas y de que él usaba para enfermedades comunes; pero si era aguda y peligrosa, decíale:

—Tú algún pecado has cometido;—y tanto le apretaba en esto, que forzado venía á decir lo que quizá había diez y veinte años que había hecho; y esto se tenía por medicina principal en las enfermedades peligrosas, porque creían que echado el pecado fuera del alma, quedaba el cuerpo aliviado.

Y así de aquella antigua costumbre ha quedado en la tierra muy más santa y provechosa, y es: que estando uno enfermo, luego se escuda con la confesión, en tanto que muchas veces van cuarenta leguas á buscar sacerdote.

Confesando, pues, su pecado al médico, echaba el físico suertes sobre qué sacrificio se haría, ó de qué cosa por la salud, y aquello que allí determinaba, aquello hacían, porque sobre manera eran obedientísimos á los médicos.

Muchos, viéndose en gran necesidad, hacían votos que si ganaban ó eran librados del trabajo en que estaban, sacrificarían un esclavo, y á veces un hijo ó hija; y lo mesmo hacían cuando se veían cautivos y en semejantes aprietos.

Tenían por gran pecado no cumplir los votos y así los cumplían ó morían por cumplirlos. Para conseguir y alcanzar hijos cuando no los tenían, ofrecían muchos géneros de sacrificios: sacábanse mucha sangre de diversas partes de sus cuerpos, sacrificaban muchas aves, hacían muchas promesas, llamaban á los médicos y á los sortilegos y hechiceros, para que les diesen consejo para poder tener hijos; y estos diabólicos hombres luego acudían con decir que por sus pecados no permitían los dioses que tuviesen

hijos ni hijas, y á tiento les mandaban hacer penitencia; y lo que más acostumbraban á mandar era: que apartasen cama marido y mujer, por espacio de cuarenta ó cincuenta días, que no comiesen cosa con sal, que comiesen pan seco ó sólo maíz, y que estuviesen tantos días en el campo metidos en alguna cueva que les señalaban, ó que durmiesen sobre la tierra desnuda.

Todo esto hacian porque sus dioses se aplacasen y les diesen hijos; y hechas todas estas cosas, les daban licencia que volviesen á conversar con sus mujeres.

Tanto era el deseo de tener hijos, que ninguna cosa que les mandaban los médicos, por grave que fuese, les parecía dificultosa.

Y así el primer hijo que les nacía, le nombraban del ídolo que era dedicado al día del nacimiento, y no querian darle nombre de padre ó madre.

En naciéndoles el hijo ó hija, luego mataban una gallina y la sacrificaban ó la enviaban al sacerdote para que la sacrificase, dando gracias á los dioses por la criatura que les daban.

Hacian en el nacimiento de los hijos muchos convites y fiestas á los parientes.

Cuando lavaban la criatura, ofrecian sacrifi-

cio de incienso y papagayos, y este lavatorio se hacia en alguna fuente fresca y muy clara, y si no habia fuente, en el río adonde llevaba mayor corriente.

Ofrecian á aquella fuente ó río, aquel día todos los vasos y cosas que habian servido á la mujer parida en el parto.

Echaban suertes para qué día sería bueno cortar el ombligo, y hallado el día, ponían la tripilla sobre una espiga ó mazorca de maíz, y con una navaja nueva que no hubiese servido, la cortaban, y la navaja era echada en una fuente como cosa bendita.

La mazorca de maíz desgranábanla y sembrábanla si era tiempo, y si no, guardaban el grano para su tiempo y sembrado, cultivábanlo como cosa sagrada, y espigado y molido, hacían de aquella harina las primeras papas que daban al niño; lo demás que había producido de aquellos granos, era para el sacerdote; y aún eran tan supersticiosos que guardaban de aquel trigo para cuando el muchacho fuese grande y lo sembrase.

Cuando la criatura estaba para destetar, hacian gran fiesta los padres, convidando á sus deudos y vecinos, y hacían sacrificio, porque lo habian señalado para este efecto.

Hacian también sacrificio cuando la criatura andaba á gatas, y cuando comenzaba á hablar: cuando la primera vez lo trasquilaban y le cortaban los primeros cabellos, hacian fiesta, y tomaban los cabellos y quemábanlos á vueltas con el incienso.

El día en que nacía el niño ó niña, era habido por toda la vida en gran solemnidad, y festejábanlo con convites.

La primera obra que hacían sus hijos con sus manos la ofrecian á los dioses; las mujeres daban mantas tejidas de sus manos, y los muchachos arcos ó ballestas; estas cosas las mismas criaturas las llevaban y las daban á los sacerdotes; llegados á ocho años, eran puestos en los templos.

Las niñas vivían en gran recogimiento hasta el tiempo de casarlas.

Estas, pues, son las costumbres y ritos que tenían los de Guatemala, acerca de los sacrificios y su religión.

CAPITULO XX

De los sacrificios que hacían los Indios de Honduras, provincia de la Nueva España, y de la provincia de Paria, isla de la Trinidad.

Parecióme después de haber tratado de la religión que tenían los indios por casi todas las provincias, que no había de cansarme en proseguir lo que quedaba, pues puedo decir que es poco á respecto de lo que está dicho.

Los de la provincia de Honduras tenían diferentes ritos y costumbres en su religión, de las demás gentes.

Los templos, comunmente, tenían una hechura

ra y grandeza, pero en lo tocante á los ídolos había diferencia.

Cuanto á lo primero, tenían en el templo una arca de madera y dentro ponían su dios ó ídolo, el cual era poco mayor de una mano, y á este le tenían tan bien fajado y envuelto que acaecía tener setecientas ú ochocientas vueltas de mantas de algodón.

Este dios era muy estimado y reverenciado de toda la tierra, y era como cabeza de todos, y en quien tenían puesta su devoción de muy antiguo; y por eso, cuando nuestros españoles llegaron, viendo aquella vanidad la echaron por ahí á mal, pero los indios, viendo desempañar y desenvolver al dios con tan poca reverencia, lloraban y daban gritos por ver cosa que ellos tenían por gravísimo pecado; y así suplicaban á nuestra gente que les diesen su dios, y tan creído tenían que había de caer el templo y matar á todos aquellos nuestros, que no se osaban llegar mucho, porque no muriesen con los sacrílegos que les tomaban su ídolo; pero los españoles, por honrar tan buena pieza, llevaron al arca y al ídolo á la caballeriza.

Al cabo, por muchos ruegos y lágrimas, les dieron el ídolo y al tiempo que lo tuvieron en su poder hicieron gran procesión para volver á

su dios á lugar decente, y así tomaron setenta y más braseros llenos de olores, y los sacerdotes tomaron la arca é iban andando hacia atrás, y porque no tenían cosa con que aderezar las calles por do pasaban, ni con qué entapizarlas, determinaron sacarse infinita sangre, y con ella bañaron el camino, de lo cual quedaron atónitos los españoles.

No se hallaron otros sacrificios, ni otras ceremonias por toda aquella tierra.

Es verdad que en caso de convites y comidas en los templos, y el ofrecer animales y cosas menudas, en común era una toda aquella nación.

En las provincias de Pària, Trinidad, y del nuevo reino de Granada, comunmente tenían pocos ídolos, y no habia templos de faición ni famosos, ni tampoco ministros con las riquezas y autoridad de los pasados, y á esta causa habia pocos sacrificios.

Dícese que todavía en algunas partes destas provincias se hallaron sacrificar hombres, pero eran pocos, y como cosa que habia poco, que la habia introducido el demonio, así habia tenido poca fuerza cosa tan perniciosa.

Los más comunes sacrificios eran incienso y olores, y mezclando ciertas yerbas menudas con

resina, entendían que hacían gran oferta; estas quemadas en sus braseros é incensarios, daban por reverencia á dios, y con ellas pedían lo que tenían necesidad.

Los de las islas de Santo Domingo, como no tenían templos ni ídolos, sino como de burla, así tenían pocos sacrificios; con todo eso, tenían algunos, principalmente para agradar á su dios.

Tenían cierta yerba muy seca y muy molida, que tiraba el color á la canela, y estos polvos ponían en ciertos platos de madera labrados ricamente y tomaban una como flauta ó cañón y ponían la una boca en el plato y la otra en las ventanas de las narices y sorbían hacia arriba, y tomaban de aquellos polvos, con los cuales salían de seso y hablaban como beodos: y tenían entendido que entonces hablaban los dioses con ellos, y conocían si les vernía alguna cosa adversa ó próspera.

Llamaban este sacrificio en su lengua Cohoba. Cuando tomaban aquellos polvos, no luego hacían efecto, mas de allí á un rato, y el que los tomaba sentábase en unos banquillos pequeños y ponía las manos en las rodillas y la cabeza vuelta á un lado, y así se iba transportando.

Cuando el sacerdote mayor ó el señor, tomaba estos polvos, hacía oración, y respondíanle todos, como si dijésemos amén, y después que volvía en su seso, todo el mundo preguntaba qué habian revelado los dioses, y ellos decían de una hasta ciento, engañando á los ignorantes.

Tenian estos de estas islas muchos ayunos y muy rigurosos; principalmente solían estarse siete días sin comer, salvo un zumo de una yerba que les daba alguna virtud, para que no desfalleciesen durante aquel ayuno.

Como tenian mucha flaqueza veníanles imaginaciones y fantasías, y el demonio les prometía mil vanidades.

En la isla de Cuba, los Boyques, que eran como sacerdotes, hacían grandes ayunos, porque ayunaban algunas veces cuatro meses sin comer pan ni carne, ni frutas, sino solo cierto zumo que les conservaba la vida con mucho trabajo.

De esto dá relación el Obispo de Chiapa en su *Apología*.

Enflaquecidos de esta manera, decian que entonces estaban dispuestos para ver la cara de su dios, que era Cemi.

Allí recibian las revelaciones, y les contaban

lo que harían los dioses con ellos, si los sirviesen.

Prometían bienes, y apercibíalos el demonio que habían de venir muchos males y trabajos por toda la tierra.

No hallo otras penitencias ni otros sacrificios acerca destas gentes, y la causa entiendo que era porque tenían pocos templos, y no se trataba con curiosidad la idolatría.

Solo en esto de los ayunos parece que habia algún ejercicio, y en esto los habia impuesto el demonio; y esto entiendo que lo hacía él por introducir en lo de adelante todos los males que inventó en las otras partes del mundo, porque viendo que entraba por virtudes y penitencia y abstinencia, creyesen que todo era bueno y santo lo que iba introduciendo, pero no lo permitió Dios, porque cuando nuestra gente llegó no habia cundido la idolatría.

CAPITULO XXI

De los sacrificios del Reino del Perú y de las cosas que sacrificaban.—Tócanse cosas buenas.

Ya parece que ha rato que no hablamos de los reinos del Perú, y que lo poníamos en olvido; pero no será así porque un mismo cuidado y diligencia tenemos desta gente que de la Nueva España, aunque no tenemos tan larga relación; mas con todo eso haré mi diligencia y deber, y con esto cumplo.

Para principio de lo que aquí se ha de tratar, es menester que consideremos dos estados que tuvieron estos reinos: el uno fué antes que

los Reyes Ingas viniesen á reinar en aquel reino, y el otro después.

En el primero, como la gente era algo rústica y poco pulida, no llegó en lo tocante á la religión á lo que después, porque, según parece y queda dicho, los señores que habian sido buenos para con ellos, eran los dioses á quien adoraban, y así no ofrecían sino cosas menudas y de los frutos de la tierra.

Dábanles plumas de varios colores, ovejas, vino de maíz y alguna ropa labrada de lana.

Cosa de sangre humana no la hallamos, ni tampoco hay que decir otra cosa de aquel siglo simple, y por eso bueno.

El otro estado y tiempo fué después que vinieron á reinar los Ingas, los cuales en lo espiritual y temporal fueron muy diligentes.

Desde esta coyuntura comenzó á tratarse con más primor la religión, y por eso crecieron los sacrificios.

Cuáles fuesen estos sacrificios y de qué manera, también me parece que es bien se declare, de manera que el lector lo entienda distintamente.

Fueron, pues, los sacrificios de aquestos tiempos en dos maneras:

Unos generales, que se ofrecían por toda la

república y en su nombre. Otros particulares, que cada uno ofrecia por su devoción é intento.

Los generales fueron en tres maneras: porque unos eran cuotidianos y de ordinario.

Otros en ciertos tiempos del año; otros quando habia alguna adversidad y tribulación.

Los comunes eran los que se hacian dando gracias á los dioses, ó al sol principalmente, por las mercedes ordinarias de cada dia, y estos eran de cosas comunes, como de unos animalejos que parecen gazapos, de conejos, y sebó de animales, ovejas, ó carneros, ó una de las dos cosas.

Estos sacrificios se hacian en los templos principales del sol y cada dia, y la forma del sacrificio era ser quemado por mano de los sacerdotes.

También en estos cuotidianos sacrificios ofrecian de sus bienes en mucha cantidad, y era desta manera, que estaban en los templos unas piletas con su agujero, y allí lo echaban, y se iba consumiendo como el agua del Baptisterio.

Otros sacrificios se ofrecian en ciertos tiempos.

Unos cada mes, al principio que parecia la luna.

Estos eran de las mismas cosas, aunque era la cantidad mayor; otros eran más grandes y copiosos, y eran dos veces en el año: La una cuando sembraban, y esto hacian porque tuviesen buen suceso y saliesen bien los pães, y la otra cuando hacian el Agosto, dando gracias de la cosecha.

Todos estos sacrificios eran de una mesma cosa, salvo que eran en mucha cantidad.

Añadian vestidos de lana muy bien labrada, para que el ídolo se vistiese.

Si era dios en forma de hombre, hacíanle ropas de varón, y si era diosa, de mujer.

Los sacrificios generales eran hechos en tiempo de necesidad, de hambre, de mortandad y otras tribulaciones que suelen venir, el cual, si era grande, sacrificaban niños y niñas inocentes, que no tuviesen pecado alguno, y estos sin los animales y las otras cosas ordinarias, porque en todo sacrificio habia esto: que si era grande, no por eso cesaban las cosas comunes, mas aquellas añadian la sangre humana y el sacrificar hombres.

Estas ofrendas no se gastaban de la hacienda particular, mas de la comunidad y depósito del templo, adonde habia ganados, maíz, vinos, y ropas, y todas las demás cosas para este efecto.

Sacrificaban cada luna nueva cuatro ó cinco hombres ó mujeres y mancebos todos vírgenes, que no tuviesen pecados, á lo menos que fuese gente de opinión y virtuosa; á estos sacrificaban en dos isletas que habia en dos lagunas: la una en Collao, cuyo templo se llamó Titacaca; la otra laguna es en la provincia de los Carangas.

Al sol, que era el principal criado de dios, honraban y sacrificaban grandes sacrificios, quemando ovejas, carneros, y sebo, y Coca, que es una cosa preciadísimá, y así quemaban todo aquello que podia quemarse en sacrificio; ofrecíanle vino del más fino y mejor que se podia haber, ofrecíanle también unas cuentas muy menudas como aljofar muy menudo, y eran de oro, y era la cosa de más estima que tenían, y algunas veces le ofrecian hombres, pero era cosa muy rara.

La fiesta que ellos hacian por la cosecha de los panes era famosa, y así es bien que hagamos mención della.

Habia un gran llano á la salida del Cuzco, á la parte Occidental, al cual sacaban todos los bultos de los Reyes y señores pasados que estaban en los templos de la ciudad, los más dignos y famosos; ponian debajo de muy ricos tol-

dos, hechos de pluma con gran artificio; hacía-se desta toldería y empabellonado una calle por gran orden muy grande y ancha.

Puesto esto por el orden necesario, salia el Rey Inga con más de trescientos caballeros grandes, que se llamaban los caballeros Orejones, que eran como Comendadores, ó caballeros de espuela dorada, como adelante lo mostraremos cuando hablemos de la caballería militar.

A estos ninguno se allegaba por ser ilustres; estos también hacian otra calle por que iban de dos en dos, por muy buen orden.

El Rey Inga iba detrás, y llegados al llano, cada uno tenia su asiento conocido; el Rey tenia hecho un palenque ó cerca, y allí estaba su asiento, el cual era de oro fino.

Salian aquellos caballeros aquel dia ricamente aderezados, con mantas y camisetas ricas, llenas de argentería, y brazaletes, y patenas en las cabezas, todo lo cual era de oro fino y muy relumbrante; el Rey siempre salia más rico que todos.

Puestos en este orden, todos estaban en gran silencio esperando que saliese el sol, porque se hacia al alba; salido el sol, luego desde el Rey hasta el último caballero comenzaban un canto

por grande orden, y meneaban al compás un pié, y como el sol iba creciendo y subiendo, así también ellos alzaban más la voz, y entonces el Rey levantábase de su silla y poníase en el principio de la procesión, y él entonaba el canto y los demás respondían; después que el Rey había estado cantando y en pié un poco, volvíase á sentar en su estrado, y allí negociaba y despachaba negocios que importaban al reino.

El canto por los caballeros crecía, así en la fuerza de las voces como en el regocijo, porque iba subiendo el sol muy alto, de manera que el sol era su compás.

Cuando el sol había llegado á medio día, ellos también iban abajando el canto, y este orden se guardaba desde que salía el sol hasta que se ponía.

En todo este tiempo se hacían grandes ofrendas y sacrificios.

Había en aquel campo un árbol grande, y allí hacían un terrapleno, y encendían gran fuego, y echaban muchas carnes de ovejas y otros animales, y no las sacaban hasta que eran quemadas.

A otra parte mandaba el Rey echar á la rebatina muchas ovejas para la gente pobre que

allí se allegaba, y esto causaba gran alegría y regocijo.

A las ocho del mismo día salían pasadas de doscientas mujeres mozas, cada una con su cántaro nuevo, que cabía más de arroba y media. Estos venían llenos de vino de lo que acostumbraban, que se llamaba Chicha; venían estas mujeres de cinco en cinco, por gran orden, y de trecho á trecho paraban y ofrecían aquel vino al sol, y con él unos cestos llenos de la yerba coca, que es para ellos mantenimiento principal.

Cuando llegaba la tarde, todos mostraban semblantes tristes, porque se les iba el sol, y así cantaban con voces muy flacas y lastimeras, y cuando ya de todo se entraba el sol, alzaban las manos y hacían una grande admiración, y hacíanle una profunda reverencia, y así se acababa la fiesta.

Hecho esto, luego quitaban los toldos y pabellones y cada cual llevaba sus dioses á sus casas, y los ponían en el lugar de donde los sacaron.

Duraba esta solemnidad ocho días arreo, con la mesma representación que el primero.

Tenían estas estátuas de los antiguos Reyes sus sirvientes y guardas, á los cuales servían

con gran reverencia, y las mosqueaban con unos ventillos muy ricos, que ellos hacian, y tenian sus Mamaconas, que eran como monjas, según que ya atrás queda declarado, y allí estaban con gran honestidad todos aquellos ocho dias, al cabo de los cuales todos los ministros se iban á sus propios templos adonde servian.

Hacían otra cosa este último día de la fiesta y era que traían al mesmo campo muchos arados para arar que eran de oro, y el rey tomaba uno y comenzaba á romper la tierra, y lo mesmo hacían los otros señores.

En aquello daban á entender que de aquel día en adelante todos los labradores podian comenzar á sembrar y á cultivar la tierra para que diese fruto otro año.

Y tan puestos estaban en esto, que creían que la tierra no daría sus frutos si no se hacía esta fiesta y ceremonia.

Hacían al sol otra reverencia, y era que tenían su imagen de bulto y muy grande y todos los que pasaban por delante della se descalzaban por hacerle más reverencia y acatamiento, esto es en lo tocante al sacrificar en general.

Cuanto á los sacrificios particulares que cada uno hacía de su voluntad, ó fuese por alguna neesidad ó por devoción, el sacrificio que ha-

cian era sacarse los pelos de las cejas, y soplarlos hacia el cielo ó al sol ó hacia el templo.

También echaban plumas pintadas y la yerba Coca y quemaban sebo.

Este no era sacrificio de los más ricos más del pueblo común, porque los más poderosos sacrificaban ovejas y echaban vino de lo que ellos tenían, y también ofrecían algunos pedacillos de oro y plata y cobre, en esto la cantidad era voluntaria.

Así mesmo los pueblos y comunidades cuando hacian algún voto enviaban muchas riquezas, según el caudal de los vecinos.

Todas las veces que comían la yerba Coca, ofrecían sacrificio al sol de la misma Coca, y si se hallaban junto á donde había fuego la echaban allí.

Cuando subian por algún puerto que tuviese nieve ó hiciese en él frío, ofrecían sacrificio de lo que llevaban en un altar que tenían hecho de piedras amontonadas, y muchas veces dejaban saetas ensangrentadas de su sangre.

También ofrecían allí oro, plata y pelos de las cejas y de los cabellos.

Cuando caminaban por allí iban en gran silencio y no hablaban, y esto hacian porque creían que los vientos se enojarían y echa-

rian tanta nieve que con ella los ahogarían.

La causa de venerar al sol con tantos sacrificios y ceremonias es, porque criaba todas las cosas.

Daban al vino por madre al vinagre, y que el mar tenia madre y lo mesmo atribuían al fuego y á otras cosas insensibles.

Quando habian cometido algún pecado, acostumbraban para limpiarse dél, ir á un río, y allí se lavaban todos; porque creían que las aguas tenían virtud de limpiar los pecados.

Si alguno sentía que su pecado era muy grande y le remordía su conciencia, quemaba los vestidos con que lo cometió.

Para hacer sacrificios como dije arriba, tenían infinidad de ganados, y de trigo y cazas, porque los primeros reyes tuvieron gran cuenta con esto, y no se desvelaban sino en el culto de los dioses.

Esto es lo que he podido hallar de la religión de los Indios Occidentales.

Y pues quedan vistos los ritos y costumbres de todas las principales gentes del mundo, querría mucho que los doctos y curiosos mirasen cuán más crueles y torpes sacrificios hicieron los antiguos que éstos, que son llamados bárbaros, y que mirasen cómo sus dioses no eran tan

torpes como los de los Romanos, ni sus fiestas tan deshonestas como las que aquella república tenía, y con esto demos fin á este libro.

Fin del libro primero.



LIBRO SEGUNDO



ARGUMENTO DEL SEGUNDO LIBRO

Trátase en este libro el gobierno de los Indios y cómo hacían justicia. Primeramente se verá cómo elegían su Rey en México, con todas las particularidades necesarias al propósito. Después mostraremos qué audiencias y Oidores tenían para conocer de las cosas civiles y criminales, y por qué leyes juzgaban, no sólo en México, mas aun en otros Reinos de la Nueva España. De manera que aquí se verá otro género de justicia y gobierno diferente de todas las otras gentes. Así mesmo diremos del Reino del Perú, su principio é incremento: Cuántos Reyes reinaron, y qué cosas proveyeron para pró de la tierra. Aquí se verán sus leyes

y otras costumbres al propósito: de manera que no falte nada de lo que se desea saber.

CAPITULO PRIMERO

De la manera de elegir los Reyes de la Nueva España, con sus ceremonias, y de la gran magestad con que se trataban.

Después de haber tratado tan á la larga de las cosas de la religión de los indios, siguiendo el orden de las más Repúblicas, determiné para que todo viniese á propósito, tratar de la República y manera de gobernarse esta gente, con las demás buenas y notables costumbres, porque yo sé cierto que agradará, por haber en todo grandes cosas y dignas de ser sabidas.

Cuanto á lo primero, para que esta República vaya bien ordenada, paréceme que es bien, comencemos por la Magestad real, debajo de la cual se comprende toda república bien concer-

tada, porque como ya queda dicho de los tres géneros de repúblicas, que son, monarquía, democracia y oligarquía, la monarquía, que es gobierno de un Príncipe, es la más principal, y la que se conserva más seguramente, y sin menos revueltas del pueblo, y así estos indios tuvieron la monarquía, porque eran gobernados por Rey y monarquía muy poderosa; pero porque se vea qué orden y manera tenían de criar su Rey, y por qué cosas era reprendido y depuesto, quiero ante todo mostrar cómo eran electos estos Reyes.

Digo, pues, que muerto el Rey de México, que era el mayor príncipe de las Indias, que llamamos de Nueva España, y hechas las ceremonias (cuales contaremos adelante) en su sepultura, luego se hacia saber su muerte á los Reyes sus vasallos, que eran el de Tezcuco y el de Tlacopán, y después enviaban á avisar á los demás señores y ricos hombres de toda la tierra sujeta al Rey de México, éstos luego que sabian la muerte de su Rey, venian á gran priesa, y no habia excusa para esto, y traian grandes y ricos presentes para presentar al nuevo Rey que habia de gobernar y suceder al muerto. Comunmente la manera de suceder y heredar aquellos reinos era esta:

Que muerto el Rey, sucedían los hermanos, si los tenía, y á los hermanos el hijo del mayor, y así de los demás; en algunos reinos destos indios heredaban los reinos los hijos, y otros señalaban quién les sucedería, pero la costumbre más usada y que se tenía por más lícita, era la de los hermanos.

Juntos, pues, los Reyes y señores á quienes pertenecía venir, según sus leyes, que era como juntar cortes, lo primero de que se trataba era de quien tenía derecho al reino, y determinado allí por todos, luego lo nombraban y lo desnudaban en carnes, de manera que no llevaba sino unos paños con que cubría las partes de la honestidad, y así iba al templo principal, llamado Vicilo Puchtli, con gran silencio, sin música ni otro aparato real.

Llegado al patio, y puesto delante de las gradas del templo, subíanle de los brazos dos caballeros de los más principales de la ciudad, que eran como regidores; delante dél iban los dos Reyes y la demás caballería.

Estaban en lo alto del templo, adonde se dijo que estaban los altares y los lugares de sacrificar el sumo sacerdote con los demás ministros, vestidos con sus ornamentos religiosos, y allí estaban los ornamentos reales y otros ricos ves-

dos para cuando lo coronaban. Cada uno de aquellos señores llevaba delante de sí las insignias y armas de sus títulos en ciertas tablas como escudos, y subidos en lo alto, desde el Rey hasta el último caballero, hacian al ídolo cierta reverencia, y era con bajarse á la tierra y tocar con el dedo en ella, y después besarlo.

La primera ceremonia que el Pontífice hacia en la coronación, era untar de negro todo el cuerpo del nuevo Rey con cierta tinta muy negra, y después de esto, con un hisopo hecho de ramos de cedro, sauce y caña, rociaba el cuerpo del Rey, bañándolo en cierta agua que ellos tenían como bendita, y esto hacia cuatro veces, y decia ciertas palabras que tenían por santas. Hecho esto, luego le vestian una manta pintada de muchas cabezas de muertos, y de muchos huesos; poníanle dos mantas en la cabeza con las mismas pinturas, la una era negra y la otra azul.

Después desto colgábanle del pescuezo unas correas coloradas, largas de los cabos, de las cuales caian ciertas insignias, y á las espaldas le colgaban una calabacita llena de unos polvos, que decian tener virtud para que no le empeciese alguna enfermedad, ni el demonio le engañase.

Tenia esta gente por demonios á los hechiceros, y encantadores, ó brujas, y otras personas que tenian pacto con el demonio, también le ponian aquellos polvos para que no enfermase. En la fiesta llamada Temoua, que quiere decir descendimiento de los dioses, en la cual tenian por opinión y muy creído que si enfermaba, no sanaria jamás.

Poníale el sumo sacerdote en el brazo una taleguilla á manera de manípulo, en la cual iba incienso, y luego iba con mucha reverencia al ídolo é incensábalo, para lo cual le tenian aparejado un brasero con lumbre, y él con su propia mano ponía el incienso.

Hechas estas ceremonias, sentábase el sumo sacerdote, y vuelto al Rey, le decia así:

—«Señor mío, mira cómo te han honrado tus vasallos y caballeros, pues ya eres Rey y señor confirmado, debes tener mucho cuidado dellos y amarlos como á hijos; debes mirar en cómo no sean agraviados, ni permitas que los menores sean oprimidos de los mayores; ya ves cómo todos los altos hombres están aquí presentes con todos sus caballeros, cuyo padre y madre eres, y así los has de defender, y amparar, y mantener en justicia, porque ellos tienen puestos los ojos en tí sólo; tú los has de regir y go-

bernar, has de tener gran cuenta en las cosas **de** la guerra, has de tener cuenta que el sol **ande**, y que la tierra dé sus frutos, y que veles **mucho** en castigar y matar á los malos, así **señores** como regidores, á los desobedientes y **á** todos los demás que cometieren pecados.»

Acabado este razonamiento por el Pontífice, **el** Rey prometía de cumplir todo lo que se le **mandaba**, y esto no hablando, mas con meneos **y** señales de humildad.

Entonces bajábanlo de aquel lugar y poníanlo entre todos los grandes señores que le aguardaban, los cuales le daban la obediencia y le hacían homenaje, y en señal desto le ofrecían algunas joyas de oro y otras cosas ricas.

Desde allí lo acompañaban todos hasta un aposento que estaba en el mismo patio, y allí tenía puesto su sitio y estrado, que ellos llamaban Tlacateco, y allí se quedaba después por espacio de cuatro días, en los cuales no salía del patio, y en todo este tiempo oraba y daba gracias á los dioses, por haberle dado el reino, **y** hacía alguna penitencia ayunando, y no comía más de una vez al día, pero comía carne y todos los demás manjares que se acostumbraban **á** poner en las mesas de los Reyes.

Bañábase cada día de aquellos cuatro dos

veces, una á la noche y otra de dia, en una alberca que estaba detrás del templo, diputada para sólo ésto.

Sacábase sangre de las orejas, ponía incienso y ofrecía á los dioses ofrendas reales.

Pasados los cuatro dias, venían todos los señores al templo, muy acompañados, y hecho su acatamiento á los dioses, llevaban al Rey con gran fiesta y regocijo á palacio, y desde aquel dia comenzaba á mandar y señorear.

Los señores de las provincias y pueblos que inmediatamente eran sujetos á México, venían allí á ser confirmados en sus señoríos y oficios.

Esto hacían los dos Reyes, juntamente con los otros caballeros, y de la manera que pasaba con el Rey de México, así se hacía con los Reyes de Tezcuco y Tlacopán, así en la coronación como en las demás cosas que se han dicho; pero había una cosa más, que muerto alguno destos Reyes, luego lo avisaban al Rey de México, como á Emperador, y él aprobaba la elección.

En la sucesión de los grandes señores había también gran orden, y era que aunque fuese hijo legítimo ó primogénito, primero tenían ciertos respetos, y eran: si el señor que moría

tenia hijo de mujer, señora de la casa de México, ó hijo del señor y Rey de aquella ciudad, ó de la de Tezcuco, en las tierras sujetas á ese reino, y á aquel hacian señor, aunque hubiese otros primeros.

Y esto se vió al tiempo que la nación española llegó en Tezcuco, porque muerto el Rey Nezauual Cuyocin, no heredó el reino el hermano ni el primogénito, sino Nezauual Pileintli, por ser hijo de una de las mujeres del Rey Nezauual Cuyocin, que era del linaje y casa de los Reyes de México.

Tenian otra consideración entre los hijos, y era: que si el mayor y primero no era para gobernar, niera guerrero, elegían á uno de los otros que se habia mostrado en la guerra más valeroso, y aunque el señor fuese confirmado, si en las armas no habia hecho algún hecho notable, no por eso quedaba por Rey, y si acaso quedaba con el reino, no traía las mismas insignias de los otros Reyes ni traía tan notables ornamentos.

También acaecía elegir en señor y Rey el padre al hijo que más amaba, y en vida le nombraba y hacía á los caballeros que le obedeciesen, por principal heredero, y aunque para la dicha elección y aprobación se juntaban todos

los grandes señores y caballeros, no tenían en la aprobación igual autoridad.

Lo que en esto había era que si los caballeros hallaban por sus leyes que aquel tal señalado tenía las partes que mandaban, luego obedecían donde no quedaba la determinación al Rey á quien pertenecía la aprobación.

Si al votar y dar sus pareceres los altos hombres no se conformaban.

También tenían otra consideración los del reino, que si veían alguno de los hijos del Rey ser brioso y ganoso del reino, y andaba pretendiéndolo, por el mismo caso era privado dél, y si se trataba con aparato real y pompa, tampoco era digno del reino, y así el que lo confirmaba hacía información de sus costumbres y de las demás cosas tocantes á lo que pertenecía á un buen rey; si algún gran señor cometía algún crimen *lesiae maiestatis*, allende de morir por ello, no heredaban los hijos el estado, mas dábale al pariente más lejos de su linaje; pero á los hijos dábanles algunas gobernaciones de por vida.

Todos los caballeros que tenían vasallos recibían sus estados de manos del Rey, y entonces eran obedecidos alegremente; donde no, no eran señores hasta este punto.

Los Reyes de México tenían sus apellidos de grandes monarcas, de la manera que los Césares y Ptolomeos, porque se decían Aculhuaque, que es tanto como llamar Faraones.

Y así el último Rey se decía Aculhuaque Montezuma.

La majestad y autoridad con que se servían y trataban excedía á la de los turcos y á la del Preste Juan ó emperador de la Trapisonda, y á otro cualquier monarca, y así los otros Reyes antes habían representado gran magnificencia.

El último resplandeció más, como lo suele hacer la candela cuando se acaba.

Esto se puede ver por lo que aquí diré brevemente.

Cuanto á lo primero, en amaneciendo, entraban en palacio quinientos y seiscientos caballeros, que los más eran principales señores, y allí se andaban paseando por los patios, corredores y salas, que excedían á todas las obras de los romanos y nuestras; y allí de dos en dos ó en corrillos, gastaban su tiempo sin entrar adonde el Rey estaba.

La multitud de los criados, lacayos y pajes de estos no tenían número.

Todo este número de señores y criados es-

taban allí desde la mañana hasta la noche.

Ninguno entraba en palacio que primero no se descalzase, y si iba á negociar alguno ó el Rey lo llamaba, vestíase de groseras mantas y muy viles, de manera que aunque anduviese muy galán y aseado, en este punto de hablar con el Rey, no se permitía que pareciese ricamente aderezado; cuando entraban á hablar al Rey, llevaban las cabezas muy bajas y los cuerpos humillados ó corvados, mostrando gran sujeción y obediencia.

Ninguno le miraba al rostro, sino cinco señores, que luego nombraremos.

Cuando el Rey hablaba era muy bajo, que apenas parecia mover los labios, y esto aun era muy pocas veces, porque las más respondía por internuncios, como lo hicieron los Asirios.

Estos eran como secretarios ó del su consejo.

Cuando el Rey salía de su palacio (lo cual hacía pocas veces) iba un oficial delante con tres varas en las manos, que era como macero, que demostraba que allí iba el Rey.

Llevábanlo en unas andas de oro ciertos señores á cuestras, y otros oficiales iban delante quitando las pajas y chinias del camino,

Todos los que iban con él, ó fuesen cerca ó lejos, no lo habían de mirar al rostro, todos llevaban los ojos puestos en el suelo, y lo mismo hacian los que estaban en las calles por donde pasaba, y tanta reverencia le tenian, que en el mismo lugar adonde topaban al Rey, se paraban, y no osaban hacer otra cosa, y hasta que pasase inclinaban el cuerpo.

Las ceremonias que se guardaban cuando él él comía, también eran notables y de admiración.

Cuando quiera que comía, entraban trescientos pajes, cada uno con su vasija de barro de diversas hechuras, en lugar de escudillas y platos, muy bien hechos y pintados, en los cuales venia un manjar sólo y poníanlos por orden en el aparador que tenian en la misma sala adonde acostumbraba á comer.

Esta pieza estaba toda esterada de esteras muy delgadas y pintadas de palma, y porque el manjar estuviese caliente, tenian muchos braseros, sobre los cuales ponian los platos y escudillas, como lo usan los catalanes en nuestra España.

El asiento real era un cogín ó almohada de cuero de venado, ó de otro animal muy adobado.

Luego que se asentaba el Rey, se asentaban seis viejos muy venerables en otra mesa, algo apartada.

El maestresala luego comenzaba á tomar de aquellos manjares y poníalos á la mesa, que era el mesmo suelo, y de aquello que agradaba al Rey comía más ó menos, aunque siempre comía poco de cada cosa, por ser aquella gente más templada que nosotros.

De aquello que el Rey comia, daban á los seis viejos.

Comido aquel plato, tomaban los mesmos pajes el servicio primero y pasaban á otra sala adonde habia otra mesa en la cual se asentaban cien señores, que eran como duques y condes, y comian de aquel servicio.

Comido lo que les bastaba, pasaban á otra pieza, adonde habia otra mesa, en la cual se asentaban doscientos señores de no tanta cuenta y también comian del mesmo plato, aun sobraba para otra mesa, adonde habia otros caballeros y continos del Rey, y allí se remataba el primer plato.

Era tan grande el orden en el servir, que todos comian á un punto, y se les daba lo necesario, sin hacer falta alguna.

Dábanse de dos en dos platos, pañizuelos de

al godón blanquísimos, y desto eran también los **m**anteles.

Hecho este primer servicio, entraba el **s**egundo de diferentes manjares, y por el mismo **O**rden que se dió el primero, se distribuía el **s**egundo y el tercero y los demás.

Para beber, guardaban el mismo punto, porque entraban trescientos pajes con otros tantos vasos llenos de su vino, que en cada uno cabia media azumbre ó tres cuartillos, y el **m**aestresala servía el vaso, y bebido el Rey, **s**acaban los demás para los que comian á fuera.

Eran estos vasos, que ellos llaman jícaras, de cierta especie de calabazas diferentes de las de Castilla, y mucho mejores, y son tan pintadas por de dentro y por de fuera que se pueden poner delante de cualquiera gran señor.

En aquellos tres servicios ó más que ponian, se servian todos los géneros de animales, aves y pescados que se podian descubrir en todo el reino.

El mismo orden se tenia en la cena; lavábase al principio el Rey y al cabo y sobremesa, y lo mismo hacian los otros señores.

La tohalla ó vestido ú otra cosa que se ponía el Rey una vez, nunca jamás servía segun-

da vez, y lo mesmo se hacia en lo tocante á la vajilla y vasos.

Había otra magnificencia en casa de estos Reyes, que en las despensas adonde estaba la comida, y en las botillerías adonde estaban los vinos, siempre estaban abiertas para cuantos quisiesen comer y beber.

Esta grandeza, con lo que queda dicho, aunque en los otros Reyes se guardó, todavía Montezuma excedió, porque ninguna cosa halló ni pensó, que fuese digna de Rey, que no la usase y pusiese por obra.

De todo esto hizo larga mención Hernando Cortés, valeroso capitán que ganó á México, en la relación que envió en escrito al emperador nuestro señor Don Carlos V.

De cinco Reyes que habia en la Nueva España, el de México precedía á todos los demás, y era como monarca ó emperador.

El primero en dignidad, después del mexicano, era el de la ciudad de Tezcucó, que está enfrente de la laguna de México; señoreaba quince provincias, y allí tenia su corte y majestad.

Una legua de México estaba otro Rey, que se intitaulaba de Tlacupan, que hoy decimos de Tacuba; reinaba sobre diez provincias.

A cuatro leguas de México, reinaba el cuarto Rey, que era de Quahotitlan.

Y el quinto era de Coyohuaçan, que era dos leguas de México; todos estos reconocían al de México, y comunmente estaban de asiento en la corte del Rey de México, y cada uno destos en sus reinos se trataba con casi la magnificencia y majestad que el de México, y si no con tanta multitud, á lo menos con la ceremonia.

CAPITULO II

De las audiencias, jueces y otras cosas que tocan á la justicia y administración de estas gentes.

Después de haber contado y hablado del Príncipe y Rey y de su elección y majestad, con otras cosas dignas de ser sabidas, parece-me que vendrá á propósito tratar de la justicia que en aquellos reinos se guardaba, pues para administrarla y mantenerla, puso Dios los Reyes en la tierra.

Bien sé que en todas las Indias como había diferentes provincias, también habia en alguna manera diversa administración, pero esto es en las cosas pequeñas, que en las árduas y de mucho valor, comunmente se regian por unos jue-

cos y leyes, y así debajo de lo que aquí se dijere, se puede entender por lo que se usaba en México lo demás de todas las provincias.

Habia pues, jueces y audiencias en aquellos reinos, en los cuales se trataban todas las causas criminales y civiles, habia presidentes y otros magistrados, de manera que todo el mundo era sujeto al Rey, y á las leyes de los jueces.

El supremo en el Imperio Mexicano, después del Rey era, uno que era como presidente ó juez mayor, cuyo nombre era Cihuacoatl, proveía este oficio el mesmo Rey de México por sí sólo; si otro alguno lo proveyera ó lo usurpara para sí ó para tercera persona, habia de morir por ello, y sus padres y parientes eran desterrados, y perdía la naturaleza del pueblo adonde acaecía y esto hasta la cuarta generación, y sus bienes eran aplicados al fisco real.

No se proveía este juez para toda la tierra, mas solamente para las grandes ciudades y poblaciones poderosas.

La autoridad y cargo de éste, se extendía para las cosas criminales, porque otro no sentenciaba en cosa de sangre, á él apelaban todos los condenados, aunque en las cosas civiles no había apelaciones, todos se consumían en la au-

diencia adonde de prima instancia se trataban.

El proveía los gobernadores y oficiales de justicia, y tenía cargo de la casa y hacienda Real.

De este presidente no se apelaba para el Rey, ni para otro juez alguno ni podía tener algún teniente ni substituto porque todo lo habia de ver él y pasar por su mano.

Otro juez habia inferior al presidente, que era de mucha autoridad, y este se llamaba justicia mayor, y en su lengua se decía Tacatecotl, el oficio de este era conocer de todas las causas civiles y criminales.

Tenía por acompañados y asesores otros dos; uno de los cuales se decía Acohaunotl, que era como alguacil mayor y al otro llamaban Tlaylotlac, que quiere decir regidor.

Estos tenían cada cual su teniente que juntamente oían y libraban las causas, pero en el pronunciar de las sentencias solo el Tacatecotl, que era la justicia mayor, se nombraba.

De este se apelaba en las cosas criminales para el Cihuacoatl, que era el presidente en las cosas de crimen, siempre á la mañana y á la tarde oían en su sala y asiento.

Tenían hábitos distintos, por donde eran conocidos.

Tenían casas de audiencia para esto.

Tenían porteros y otros emplazadores.

Oían con mucha autoridad y atención las causas.

Llamaban á la audiencia Tlacontecoya, la sentencia se decía Tlaconteliftle, tenían sus cárceles ásperas y terribles, principalmente donde ponían los de crimen y á los presos en guerra.

Esta carcel para los tales era una casa oscura y muy pequeña, y en ella hacian tantas jaulas, cuantos eran los malhechores, y allí los metían; la puerta era muy estrecha y baja, cerrábanla con tablas y porque no usaban cerraduras, arrimaban grandes y pesadas piedras, y con todo eso ponían guardas, y como las cárceles eran tristes y á los presos les daban mal de comer, dentro de poco tiempo se consumían y empezaban á padecer tormentos más crueles qué la muerte que esperaban.

La justicia ejecutaba el alguacil, que como dije, se llamaba Coahunocti, y por sus propias manos.

El que la manifestaba era el pregonero, que se llamaba Tecpojotl, era este oficio de gran honra y autoridad, porque declaraba al pueblo la voluntad del Rey.

En cada ciudad de las grandes, como la de Mexico, Tezcuco y Tlacopan, había ordinarias audiencias ó chancillerías, con sus ordinarios jueces.

La más noble después de la de México era la de Tezcuco, porque un Rey muy justo que hubo allí, como ordenó buenas leyes, quise, con consentimiento del Rey de México, que hubiese audiencia, y así por ser tan recta la justicia que allí se guardaba, el Rey de México remitía muchas causas y pleitos para que allí se determinasen.

Empero siempre se guardó la preeminencia suprema en las cosas de la guerra á la audiencia de México, y aunque muchas provincias estaban sujetas al señorío de Tezcuco, y á los otros Reyes, tenían en diversas ciudades sus chancillerías, adonde se acudía á los pleitos, y estaban los recaudadores de las rentas y pechos reales.

En cada una de aquellas audiencias había dos jueces muy sabios y de fama, y solían ser muchas veces deudos de los mesmos Reyes.

El salario y quitación que á estos jueces se les daba, era que el Rey les tenía señaladas tierras competentes, donde sembraban y cogían sus mantenimientos para vivir honradamente.

Dentro de las mismas tierras había ciertas casas como de vecinos renteros, que tenían cargo de las heredades, los cuales pagaban renta de lo que cogían.

Muriendo algún juez no se traspasaba la heredad á los hijos ni mujer, mas al juez que sucedía en lugar del muerto.

El orden que tenían estos jueces en tratar las causas era, que en amaneciendo se asentaban en sus sillas y estrados, y luego acudían los negociantes y después de buen rato que habían oído pleitos, traíanles de comer del palacio real, y comido y reposado una pieza de tiempo, volvian á oír de nuevo y estaban allí hasta hora de vísperas, y de allí se iban á sus casas.

De donde parece claramente que todo lo más del día gastaban en administrar justicia.

De estos jueces, como ordinarios, se apelaba para ante doce jueces, que presidían sobre todos, y aquellos sentenciaban con acuerdo y parecer del Rey.

El Rey tenía de diez en diez días acuerdo y consulta con todos los jueces, sobre las cosas árduas y de mucha importancia.

Todo lo que se proponía y trataba delante del Rey ya iba examinado y probado.

Los testigos pocas veces eran hallados falsa-

rios, porque era la pena que se les daba grande, si eran convencidos de falsedad.

La forma del juramento que hacían era, poner la punta del dedo sobre la tierra, y luego allegarlo á la lengua, en lo cual, callando, decían: —Por la diosa tierra ó divina tierra que nos sustenta y mantiene, que diré verdad.

No les era lícito á los jueces recibir presentes, ni dones, porque si eran hallados en esto, eran castigados áasperamente, y si alguna vez se emborrachaban, la primera y segunda vez, los jueces mayores los reprendían áasperamente y aparte, y si los hallaban en la tercera los trasquilaban y con gran infamia los privaban del oficio que tenían, y así de allí adelante era habido el tal juez como por infame.

Teníase tan gran cuidado y diligencia que los jueces no fuesen parciales ni se acostasen á parte alguna que como el Rey de Tezcucó supiese que un juez suyo había favorecido á un litigante, contra justicia, porque era poderoso, y con quien contendía era pobre; que hecha información mandó ahorcar al juez y que de nuevo se viese la causa, y hallada la maldad muy á la clara en revista, sentenció por el pobre.

Estaba en cada sala con los jueces un escribano, el cual hacía á su modo el oficio.

No permitían los Reyes ni los otros señores jueces, que hubiese dilaciones en los pleitos, dentro del tiempo limitado, que las leyes ordenan se concluyan; pero cuando el negocio era árduo y tenía necesidad de más consulta y tiempo, daban ochenta días de plazo y término.

Era entonces una consulta general, que en su lengua se llamaba Mappuallatulli.

Esta se tenía de cuatro en cuatro meses, que eran de ochenta en ochenta días, porque, como está visto, cada mes tenía veinte días.

En este término venían sin faltar, todos los jueces de los reinos á la cabeza del reino, y allí se juntaban todos delante del Rey que presidía, y lo que allí se concluía, era final determinación; duraba diez ó doce días este consejo, y concluido á lo que venían, el tiempo que les quedaba gastaban en proveer de nuevo algo para el pro del reino, y hacían algunas leyes y sanciones, para que la república se rigiese con toda justicia y equidad.

Los doce jueces que digimos, á quien se apelaba de los dos ordinarios, tenían otros doce ministros, que eran como alguaciles mayores; el oficio de los cuales era prender á personas principales, é iban á otros pueblos á llamar á

cualesquiera que el señor ó jueces mandasen.

Eran estos conocidos porque traían en las mantas ciertas señales y pinturas que les diferenciaban de los otros ministros de justicia; eran muy estimados, y adonde quiera que los topaban les hacían mucha mesura, como á ministros principales que llevaban mensajería del Rey ó jueces.

Llamábanse Achcauhtli, y á los jueces Tecuitlatoque.

También tenían otros alguacilejos, como emplazadores, que en mandándoles una cosa iban volando, fuese de día ó de noche, lloviendo ó haciendo sol, porque eran obedientísimos.

En las otras provincias y pueblos sujetos á la principal ciudad, estaban jueces ordinarios, los cuales tenían limitada la autoridad; podían empero prender á cualquier delincuente y examinar los pleitos y causas arduas, las cuales guardaban para los ayuntamientos generales que dijimos.

Esto es lo que hallo en lo general de las audiencias y jueces que tenían los nuestros indios occidentales.

CAPITULO III

De los castigos que se hacian en la Nueva España á los delincuentes, tráense cosas muy particulares.

Cuanto á las penas y castigo que se hacía á los que cometian delitos, no hay que hablar sino que esta nación tenia gran orden, porque no permitian malhechores, así como homicidios, ladrones, adúlteros, y otros pecados que suelen cometer hombres; para todas las cosas tenian leyes, las cuales poned adelante, no quedaba cosa que no se castigase, porque así la República viviese pacífica y quieta.

El que mataba á otro moría por ello.

La mujer preñada que tomaba algo para lan-

zar la criatura y matarla, por ello moría, y la que le ayudaba también.

Si alguno hacia fuerza á alguna doncella ó fuese en el campo ó en casa, moría por ello.

También moría el que daba yerbas y ponzoña á otro para matarlo, y el participante ó que le daba la medicina.

Si el marido tomaba su mujer en adulterio manifiesto y la mataba á ella ó al adúltero moría, y aunque entre nosotros no se guarda este rigor, ellos daban razón por donde no había de ser el juez el marido y era: que usurpaba la justicia al Rey, y que no habian de ser ellos los jueces, sino los que eran sin pasión.

A la mujer que cometía adulterio y al adúltero, tomándolos en el delito ó habia violenta sospecha, prendíanlos, y si no confesaban dábanles tormento, y confesando, matábanlos; unas veces les quitaban las vidas atándoles piés y manos, y tendidos en tierra, les daban con una gran piedra redonda, como estas en que aguzan cuchillos en las sienes, de manera que del primer golpe le saltaban los sesos; á otros achocaban con unas porras ó palos gruesos.

También era costumbre quemar al adúltero,

y á ella ahorcaban, y á veces los ahorcaban juntos.

Si eran principales hidalgos, después de ahorcados les emplumaban las cabezas y poníanles ciertos penachuelos verdes, y así aderezados, los quemaban, y esto hacían por un género de misericordia.

Acerca de este crimen de adulterio acaeció un notable ejemplo de justicia en la ciudad de Tlascala, y fué éste:

Un cierto señor poderoso y de muchos vasallos y hermano del mayor capitán de aquel reino cometió adulterio, y sobre el caso se juntaron los cuatro gobernadores mayores de toda aquella provincia de Tlascala, y visto su delito sentenciaron en uno que muriese, y aunque pareció cosa ardua, respondieron: que no convenia quebrar las leyes y buenas costumbres por ninguna persona, y así se ejecutó la justicia.

Algunas veces condenaban á los adúlteros á que fuesen apedreados y llevábanlos á la plaza adonde se ayuntaba infinita gente, y puestos en medio de la plaza, ataban á él las manos, y allí disparaban infinitas piedras, á ella no la ataban.

Si el adúltero estaba embriagado cuando co-

metía el adulterio, también moría, porque no lo libraba de la pena la emborrachez.

Si alguno era hallado que llegaba á su madrastra deshonestamente, entrambos morían.

Un rey de Tezcucó mandó matar en veces cuatro de sus hijos, porque fueron convencidos de que llegaron á sus madrastras.

El hermano que llegaba á su hermana que fuese de padre y madre, ó sólo de padre ó de madre, también moría.

El padrastro que llegaba á su antenada moría con ella juntamente.

Todos los que cometían incesto en el primero grado de consanguinidad ó de afinidad, tenían pena de muerte, salvo cuñados y cuñadas, y cuando alguno moría y dejaba mujeres, era el hermano el obligado á tomar las tales mujeres y podía casar con ellas libremente.

Los que conspiraban y trataban traición contra el Rey y señor propio, y los que lo querían privar del señorío, aunque fuesen sus deudos los que conjuraban, morían por ello.

Si se hallaba alguno que cometiese el vicio indecible y nefando moría por ello.

De tiempo á tiempo se hacía inquisición para si había alguno que fuese contaminado deste vicio para castigarlo cruelmente.

En dos ó tres provincias hubo este vicio y se permitía públicamente, lo cual acaeció porque los demonios les hicieron creer que los dioses que adoraban lo habían hecho así, y que así era lícito, pero con todo eso siempre se tuvo acerca destas gentes por abominable y feo, y aunque no se castigaba, era tenido por infame el que lo cometía.

En México y en Tezcuco gran castigo se hacia de los sodométicos.

El pecado de bestialidad nunca fué visto ni oído en aquellas gentes, y por esto no había ley contra él.

Los ladrones eran muy castigados y perseguidos; el que cometía hurto notable, principalmente si era cosa de los templos ó de la casa del señor, por la primera vez lo hacian esclavo y á la segunda lo ahorcaban.

El ladrón que hurtaba en la plaza ó mercado cosa de precio, luego lo ahorcaban por la circunstancia del lugar, porque tenian por gran delito el que se cometia en el mercado, por el mal ejemplo que daba á toda la comunidad.

El hombre que andaba vestido como mujer, ó la mujer como hombre, ahorcábanlo.

Por riñas y echar mano á las armas, ó andar al pelo, jamás había que hacer, porque de su

natural es gente pacífica y cuando se enojan todo es palabras y no de deshonra, mas si uno es tuerto, ó cojo, ó sin dientes, dícelo por injuria el desdentado, el sin ojo, el manco, de la manera que acá los muchachos cuando riñen.:

Con todo eso, si la justicia los cogía, los llevaba á la carcel y teníalos algunos días presos, y si riñendo venían á las manos y se rompian las mantas que eran sus vestidos, mandaban que las pagasen.

Si reñían en las plazas, castigábanlos con algún más rigor.

Castigaban cruelmente á las alcahuetas, y la pena era: que si era convencida que usaba de aquel oficio, la sacaban á la vergüenza, y en la plaza, delante de todos, le quemaban los cabellos con tea encendida, hasta que se escalentaba lo vivo de la cabeza, y ansí afrentada y pelada era conocida por mala mujer.

Y si á la persona á quien alcahuiteaba era principal, añadían la pena hasta ahorcarla.

Acaeció que el señor de un pueblo llamado Tecnyoacan, se enamoró de la hija del Rey de Tezcucó, el cual puso por tercera á una cierta mujer deste oficio, y después de muchos días que trataron el negocio, la buena mujer salió

En la empresa y señaló la hora al galán que
debía de ir á verse con su señora.

La alcahueta buscó una invención muy do-
cta, y fué que en aquella nación usan unas
cajas de caña muy liviana cubiertas de cuero
de venado, que llaman petacas, y tienen sus
abertores y dentro llevan ropa y otras co-
sas.

¿Qué hizo la diabólica mujer? metió al caba-
llero dentro y ella echóselo áuestas y metiólo
dentro adonde estaba la infanta.

La infanta quedó atónita del hecho, y no
quiso consentir en nada porque temía al Rey
que era muy severo.

En fin, el negocio se sintió por las guardas,
y vino á las orejas del Rey, é informado del
orden que se tuvo en la maldad, mandó pren-
der á la alcahueta y al caballero y mandolos
ahorcar á entrambos.

Teníase por cosa vil é infame el emborra-
charse, y así no todos usaban del beber vino,
mas pedíase licencia al señor y al juez, y no la
concedían si no era á los viejos y viejas, y la
razón que daban para esto era: porque los vie-
jos lo habían menester como por remedio de la
sangre que se les iba enfriando.

Estos bebían dos, tres y cuatro tazas peque-

ñas de su vino, que si no se bebe en cantidad no se pueden emborrachar.

La pena que se daba á los borrachos, era: llevarlos al mercado y públicamente los tresquilaban, que era grandísima afrenta entre ellos, y luego le iban á derribar la casa, dando á entender que la persona que se emborrachaba, perdiendo el juicio de su propia voluntad, no era digno de tener casa en el pueblo.

Esto es lo que hallo de las penas y castigos que se daban á los malhechores en las Indias, y sin duda que para bárbaros, que eran muy políticos y que no era República desordenada ni como behetría, según algunos dicen, antes en todas sus cosas mostraban juicios muy reposados, y que discernian con la lumbré natural lo que pertenece á hombres racionales.

CAPITULO IV

Cómo los indios tenían leyes, por las cuales no castigaban todos los pecados de los hombres, mas permitían algunos, como se hace en todas las Repúblicas bien ordenadas, y como es justo que así se haga.

Cuando yo oigo decir á alguno que los indios eran y son bestiales, y gente de bajos entendimientos, no lo puedo llevar á paciencia, porque los que esto dicen, juzgan que si los hombres no son maliciosos, terribles y dados, como dicen, al diablo, no son hombres, no mirando que la piedad, mansedumbre y humanidad son virtudes y dones dados de Dios, y más conformes á ley natural que al ser cruel, áspero y terrible;

ésto digo porque mirando la buena gobernación de esta gente, me parece que no se diferenciaba nada de una muy buena República, pues en todas las cosas tenían orden natural y en todo mostraban tener gran policia, principalmente en lo que toca á este capítulo, en el cual se trata cómo tenían como por ley permitir algunos vicios, los cuales no eran en daño de la República en común, aunque lo eran en particular de aquel ó de mí. Y porque en este punto no se ha tocado atrás en las otras Repúblicas, huelgo de detenerme aquí un poco, que no hará mal al lector saber lo que agora diré.

Digo, pues, que para entender lo que en este capítulo quiero tratar, se ha de considerar que los príncipes y señores de cualesquiera Repúblicas, para gobernar recta y justamente, no deben prohibir por sus leyes y constituciones todos los pecados y vicios que los hombres pueden cometer; mas para que la República viva con menos daño, deben disimular algo y dejar á los súbditos que pasen con ello.

Aunque es verdad que nunca pueden hacer leyes por las cuales manden hacer ó aprueben cosa injusta, ó que den licencia para que los hombres pequen, porque esto en ningún tiempo se puede hacer, pero los vicios que con gran

A dificultad se pueden evitar, necesario es que
se pasen debajo de disimulación, así como el
fornicar soltero con soltera, hablar ociosamente
y tener pensamientos malos, y otras cosas que
no son en perjuicio de la República ó de algún
vecino en particular, porque esto seria malo
prohibirlo por leyes, porque causaria mayores
daños y escándalos en la República, y ésto pa-
 rece por cuatro razones:

La primera, porque evitar todos los vicios y
 pecados es sobre la facultad de todo hombre
 puro, como quiera que no pueda ser sin espe-
 cial auxilio de Dios.

La ley humana no puede dar gracia, como
 sea ordenada de hombre puro; esto sólo quedó
 para la ley nueva que nos dió Jesucristo Nues-
 tro Señor, que pudo dar gracia, cumplirla y
 guardarla, y por eso prohibió y pudo prohibir
 todo pecado por leve que fuese, como decir una
 Palabra ociosa.

La segunda razón es porque la ley humana
 debe quitar en cuanto puede la causa de es-
 cándalo y las ocasiones de mayores males que
 pueden suceder en la República, y si quisiese
 prohibir todos los males y pecados, por evitar
 uno se seguirian otros mayores, como si pusiese
 por ley que prohibia la fornicación simple, se-
 COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV.

guirse habian mil adulterios, vernian á matarse los hombres, y seguirse habian otros males muy grandes, como lo dice San Agustín en el libro de *Ordine*, y así aquella tal ley convertiríase en daño de la República.

De donde se sigue que cuando por alguna ley se impide alguna utilidad de la República, ó por ella viene algún daño notable y perturbación al pacífico estado, la tal ley es inícuá é injusta, puesto que la intención y fin de ordenarla fuese bueno y para provecho y utilidad común de la República, y entonces por los tales inconvenientes no se podría llamar ley, mas corrupción, como el mesmo San Agustín lo dice en el primero libro de *Libero Arbitrio*.

La tercera razón es, porque si el Príncipe quisiese por su ley evitar todos los vicios y defectos de la República, seria cosa inútil, porque no le seria posible, así como conocer y juzgar de los pensamientos de los hombres, y así en balde y ociosamente la establecería.

La cuarta, porque las leyes no se constituyen sino para conservar el estado político, y esta se conserva con la justicia é igualdad entre los que se comunican en uno, según lo dice el Filósofo, cuarto *Ethicorum*.

La mayor de las comunicaciones, pues, es la

policía, y la justicia que la conserva se muestra por las leyes.

Las buenas leyes dos efectos solamente pretenden inducir en la policía: el uno es enderezar á todo hombre y miembro de ella, cómo se debe haber bien con toda la comunidad y República, y con cualquiera persona della, haciendo bien. Y el segundo es impedir que los hombres se abstengan de hacermal y de toda injuria á toda la comunidad y á cualquiera parte ó miembro della.

De donde se sigue que las leyes políticas no tienen que negociar ni entremeterse sino en aquello que pertenece á la comunicación de un hombre con otro en cuanto se haga bien y no se haga mal, y cuanto á todo lo demás que no pertenece á la comunicación humana, la ley política no tiene que entremeterse, porque excedería al género de su consideración, así como si el geómetra quisiese tratar de la música ó el músico de la geometría; así, pues, es quitar muchos vicios y muchas virtudes que por alguna via no pertenecen á la humana comunicación, porque ni la hacen buena ni la hacen mala en cuanto sin aquellas virtudes y con aquellos vicios está el estado de la policía pacífico, por lo cual la ley política no tiene que

entremeterse, porque todo el género de su consideración excedería.

De estos vicios es la fornicación simple de soltero con soltera, como de las mujeres públicas, porque á ninguna persona de la comunidad se perjudica, ni por ello la República se perturba ó impide.

Lo mismo es de las palabras ociosas cuando no pasan á perjudicar al prójimo, porque por ninguno de estos vicios se hace injuria al prójimo, y por tanto á las leyes humanas no incumbe cerca de ellos entremeterse, porque hace poco al caso cuanto al estado público, con tal que el hombre se haya bien con los demás; y ningún filósofo moral de los antiguos trabajó tanto de hacer los hombres buenos ni corregir la vida humana, que totalmente quedase sin algunos vicios; solamente se reservó esta providencia á Nuestro Señor Jesucristo, que nos enseñó que amásemos á todos de corazón y les rogásemos é hiciésemos bien hasta á los enemigos.

Resta, pues, de aquí que á la prudencia de cualquier príncipe y gobernador pertenece por sus leyes permitir y disimular algunos defectos y pecados, cuando por ellos la República no se perturba y estraga.

Y esta permisión consiste en sólo no castigar al que los comete, que loarlos y favorecerlos en ningún tiempo es lícito, porque seria loar y estimar el mal, y así vernian á tener un mismo lugar los males que los bienes.

Esto todos los antiguos lo usaron, permitiendo amancebados con una sola mujer y las usuas, pero esto, porque era en daño mayor de las almas, se prohibió por la perseverancia en el mal, lo cual no acaece en los que pecan con mujeres públicas, porque fácilmente mudan la conversación y enfádanse por verlas torpes, lo cual no acaece en el que está amancebado, que tiene la mujer, como dicen, á pan y cuchillo, y también que impiden el matrimonio con aquella perseverancia.

Esto se ha dicho para luz de lo que queda atrás de algunas costumbres de gentes que permitieron algunos vicios, y hoy también se sufren, y estos indios de quien estamos hablando, aunque juzgamos que eran bárbaros todavía, guardaban orden de República muy concertada. Permitía esta gente mujeres que ganasen con sus cuerpos, aunque no tenían lugares públicos como lo usan nuestras repúblicas, también permitieron que hubiese mancebas, y habia ciertas especies de ellas.

Los mancebos antes que se casasen y viniesen á tener casa en el pueblo, como vecinos y moradores della, mayormente los hijos de los señores principales, tenían sus mancebas y solíanlas pedir á sus padres y madres; y con estas tales se tenía costumbre que si tenía un hijo de ella, luego el padre ó la madre de la mujer lo requerían, que ó tomase á su hija por mujer, ó que la dejase, porque después de habidos hijos, teníaase por cosa de grande afrenta vivir amancebadas.

Si el mozo la quería tomar por mujer para siempre, convidábanlos.

Habia otra especie de mancebas que se enamoraban dos y secretamente se revolvían conservando el amor primero, y determinaban de común consentimiento casarse y no apartarse, y así enviaban á llamar á los parientes, y decían que eran casados por amores, y querían perseverar: y de allí adelante eran habidos por marido y mujer. También era permitido á los señores tener mancebas, allende de las legítimas mujeres, y eran estos tenidos en precio y pedíanlas á sus padres, y eran así como mujeres legítima, pero no se permitía sino á los grandes señores.

Estas diferencias de concubinas bien se co-

nocia por todos que eran ilícitas, pero permitíanse, y parece esto ser así, porque los padres reprendían á sus hijos porque se daban á tales liviandades y guardaba cada uno su hija, porque no fuese presa del amor de alguno y engañada de los mozos.

CAPITULO V

De las leyes escritas y públicas que tenían los Indios de la Nueva España.

No me pareció supérflua diligencia escribir todas las leyes que los indios tenían para gobernarse por todas las provincias de la Nueva España; porque sin duda los doctos y curiosos podrán ver cuán bien gobernadas andaban aquellas gentes, y cuánto cuidado tenían de castigar los males, y desarraigar los vicios y malas costumbres de sus tierras.

LEYES DE LOS INDIOS

Si el hijo del Príncipe era tahir, y vendía la hacienda que tenía de su padre, ó vendia alguna heredad ó término, moría por ello secreta-

mente ahogándolo, y si era hombre plebeyo hacíanlo esclavo.

Si alguno tomaba de los magueis, que son los árboles de donde se sacan veinte cosas provechosas, según estaba crecido así pagaba el daño; la pena era dar tantas mantas cuantas el juez sentenciaba, pero si era mucho el daño quedaba por esclavo.

El que pedía mantas fiadas ó prestadas y no las pagaba ó volvía quedaba por esclavo.

Si alguno hurtaba red de pescar, pagábala con mantas, y si no las tenía era esclavo.

Si alguno hurtaba alguna canoa, que son barquillos de unas cortezas de madera con que navegan, pagábanla con mantas, cuantas apreciaban que valía la canoa, y si no tenía de qué pagar quedaba por esclavo.

Cualquiera que llegaba á una esclava, no siendo de edad para conocer varon, era esclavo.

Si llevaba á vender su esclava á la feria, y el que la compraba daba en cambio mantas, que esta era su principal hacienda, si una vez las desplegabá y decía que eran buenas, si después se arrepentía volvía las mantas y perdía la esclava.

Si alguno era vendido siendo pequeño, de

sus parientes como esclavo, si después cuando era grande se conocía la maldad, los jueces lo libertaban de la hacienda de los parientes del que lo vendió y quedaba el mozo libre.

Si algún esclavo se huía y se vendía él mismo á otra persona, siendo hallado, volvía al primer señor, y el que lo compró perdía lo que le costó.

Si alguno tenía parte con alguna esclava ajena, y acaecía morir estando preñada, era esclavo el que le empreñó; pero si paría con peligro, ella y lo que paría era libre, y llevábalo el padre.

Si algunos vendían algún niño por esclavo, y después se sabía, todos los que entendieron en ello quedaban siervos, y de ellos daban uno al que lo compró; como en recompensa, y los otros repartían entre la madre del niño y entre el que lo descubrió.

Los que daban bebedizo á alguno para que muriese, morirían por eso á garrotazos, y si la muerta era esclava, hacían esclavo al que los daba. Si hurtaban las mazorcas de maíz de veinte arriba, por ello moría, y si eran menos, pagaba en lo que le condenaban que pagase.

El que arrancaba el maíz antes que granase, moría por ello.

El que hurtaba Yetecomatl, que es una calabacilla que se ataba con unos cueros colorados, y se echaba por la cabeza con unas borlas de pluma al cabo, de que usaban los señores, y traían polvos verdes que se toman por la boca con uno que en la isla Española llaman Tabatos, moría; el género de muerte era dándole muchos palos.

El que hurtaba alguna piedra preciosa ú otra joya, moría apedreado en la plaza, porque ningún hombre bajo podía tener piedra preciosa.

El que hurtaba algo en el mercado, los que estaban en la feria tenían licencia de matarlo á pedradas.

El salteador de caminos era apedreado.

Tenían ley que si el sumo Pontífice se emborrachaba donde quiera que lo hallasen borracho lo podían matar á palos.

El mozo por casar que se emborrachaba, era llevado á una casa que se decía Telpucticalli, y allí lo mataban cruelmente.

El magistrado que tenía oficio público, si se emborrachaba, quitábanle el oficio.

Si el padre pecaba con su hija ahogábanlos á los dos con una sogá.

El que pecaba con su hermana, moría ahogado dándole garrote, lo cual era entre ellos

muy detestable. Si una mujer pecaba con otra, morían de la mesma manera ahora entrambos.

Si el sumo Pontífice era hallado con alguna mujer, secretamente lo mataban con garrote, ó lo quemaban, y derribábanle la casa y con fis-cábanle la hacienda, y los que lo sabían y no lo denunciaban, morían por ello.

Para convencer al adúltero no bastaba probanza, si no los hallaban juntos, y la pena era apedrearlos.

Era ley que fuese abierto por el pecho el que hiciese hechizos y maleficios, porque con esto creían que no vernía mal alguno á la ciudad. El hechicero que buscaba hechizos para adormecer los que estaban en casa, para hurtar más al seguro, ahorcábanlo.

Ahorcaban al que mataba con bebedizos.

Era ley que muriesen ahorcados los que se fingían ser mensajeros del Rey por el camino con intento de hacer mal.

Al que forzaba á su madre, ahorcábanlo, y si ella consentía, llevaba la mesma pena.

Era tenido este pecado por horrible y feo entre ellos.

Ahorcaban á los que dormían con las suegras, á los adúlteros apedreaban, como ya queda dicho.

Tenian pena de muerte los jueces que hacian alguna relación falsa al Rey ó señor superior en algún pleito; así mesmo los jueces que sentenciaban injustamente.

Ahorcaban y castigaban con gran rigor á los hijos que gastaban mal la hacienda de sus padres que los dejaron por herencia ó si destruían las armas ó joyas ó cosas señaladas que heredaron; la mesma pena tenian los tutores, si no daban buena cuenta de los bienes de los menores.

Tenia pena de muerte el que arrancaba y quitaba los mojones de los términos de los pueblos.

Cuando los mozos y doncellas salian traviesos, tresquilábanlos y dábanles mantas muy pobres y rotas, y picábanles muchas veces los labios, las orejas y otras partes del cuerpo, para que así fuesen conocidos por ruines.

El esclavo que huia de su amo y se acogia al palacio del Rey, quedaba libre para siempre jamás.

Otras muchas leyes tenian que sin duda denotaban gran consejo y prudencia, pero yo no las quiero poner aquí por no enfadar al lector, y también que quien leyere atentamente lo que queda dicho y lo que se ha de decir, verá por

cosas que se ofrecian dar castigos y premios, los cuales se daban y ejecutaban por rigor de la ley que ellos tenian establecida.

CAPITULO VI

De la manera de gobernarse los indios de Tlascala, con otras muchas cosas tocantes á esta República. Tócase la gobernación de Cholola, Mechuacan, Honduras y Nicaragua.

La República de Tlascala no era gobernada por Monarca, que es por Rey, mas por la aristocracia, que quiere decir gobernación de pocos y buenos, y ansí estos desta provincia señalaban ciertos hombres famosos entre ellos, que sabian lo que convenia para el pro común, y estos administraban justicia y miraban por todas las cosas necesarias.

Estaba dividida en cuatro cantones y señorios, los cuales de mano en mano se habian conservado en aquellos primeros fundadores ó pobladores de la tierra.

Destos cuatro, ó de la familia dellos salian los que comunmente administraban, según las leyes y establecimientos que habian ordenado sus pasados.

Lo principal en que consistía la buena gobernación desta gente, era en las armas y ejercicio de la guerra, y ansí de entre ellos señalaban un capitán general, el cual tenia cargo de todo el ejército.

No he podido hallar si este capitán era perpetuo de un linaje, ó si acaso lo elegian por tiempo ó le duraba toda la vida.

Estos que sucedian en estas cosas y cuatro familias, no eran herederos á caso, mas habia cierta ceremonia por donde se conocía cuál heredaba aquel magistrado, y era desta manera:

Cuando el señor y cabeza de aquel linaje estaba muy enfermo y se creía llegar á lo último, hacía llamar á los otros nobles de la provincia, y estando todos presentes, mandaba llamar su mujer é hijos varones, porque las hijas no heredaban el señorío.

Estando allí todos juntos, tratábase y hacía examinación cuál de los hijos era más virtuoso y más humilde; y el que parecía más inclinarse al amor de los súbditos y ser guardador de la

hacienda, y ser más virtuoso, aquél con consentimiento de la otra nobleza lo señalaba por sucesor.

Este mismo orden guardaban los demás señores de aquella tierra, y por esta vía conservaron sus familias y linajes, y por este respecto después que fueron cristianos y vasallos del reino de España enviaron procuradores al emperador Don Carlos V, el año de mil y quinientos y cuarenta, suplicándole hiciese merced á aquella provincia confirmarles aquella costumbre y ley antigua, y así lo hizo, y tienen su privilegio dello. A los demás hijos ayudaban con joyas y otras riquezas, no perjudicando en nada á los mayorazgos.

Y decían que esto era provechoso para que los hijos siguiesen la virtud, pues el más virtuoso había de suceder en el señorío.

Este gobernaba con parecer de los otros oficiales que entre sí elegía, y así se conservaron en mucha paz y amor.

Después que se predicó la Fe Católica, se guardó otro orden de elegir aquel capitán ó juez mayor, y fué: que se juntan todos los procuradores de todos los pueblos de la provincia, y dan sus votos, y aquél que más tiene es gobernador.

Elígense después dos alcaldes, doce regidores, un secretario y un fiscal y dos escribanos y cuatro alguaciles y un alguacil mayor, y dos fieles visitantes de la plaza ó mercado y de las mercaderías, y dos mayordomos de la ciudad, y en cada un lugar (que son setenta y res) tienen un teniente que en su lengua se nombra Merico; no son los que tienen votos en esta elección gente común, mas la más principal y cristiana.

Es el dia que se crián los oficios dia de año nuevo, la vigilia del cual, hacen cantar Vísperas del Espíritu Santo con mucha música de voces é instrumentos, y ansí otro dia se dice la misa con gran solemnidad, y lo mesmo se hace en todos los otros pueblos.

Y hecho esto, todos los votantes se van al lugar diputado, y allí escogen entre muchos uno, que ellos creen que administrará bien la República, y electo, luego lo llevan á la iglesia en procesión, cantando el himno del Espíritu Santo.

Y acabado, vuelven á crear los otros oficiales.

El oficio del gobernador es tener cuidado de la ciudad y de los otros pueblos, como los que son pobres y necesitados sean remediados, y

que los buenos tengan premio de honra é interés, y como los malos sean castigados.

Tiene cargo en como sean buenos cristianos, y que sea servido Dios, y que no haya vagabundos ni gente perdida, mas que cada uno trabaje en su oficio.

Manda entrar en cabildo ó ayuntamiento tres veces en la semana, lunes, miércoles y viernes; allí se trata todo lo que es necesario proveer y remediar en la ciudad.

Martes y jueves tiene audiencia de pleitos, y en los otros dias lo que le sobra de tiempo hace lo mesmo.

El sábado visita la cárcel y provee de lo que es necesario conforme á su oficio. Item visita el hospital y mayordomos y los demás oficiales, de manera que no haya falta en proveer los pobres.

Y también visita las heredades del hospital, porque no se pierdan y aprovechen para lo que están diputadas.

Visita las escuelas adonde se enseña la doctrina cristiana, y á los que la enseñan, y á los que tienen cargo de bautizar, y confesar y casar.

De allí va á los estudios adonde enseñan á leer, y escribir y gramática.

También visita á los que aprenden á cantar y tañer chirimías y otros instrumentos.

Cuando va visitando lleva dos ó tres personas sabias y diestras en cada una destas cosas, porque le informen, y vea si anda todo conforme conviene.

Visita todos los pueblos de dos en dos meses, y mira cómo los tenientes alguaciles administran la justicia.

Hace aderezar las puentes y caminos y todos los lugares públicos, de manera que no haya descuido.

No toma este gobernador ninguna cosa de interés ni presentes, porque no hace el oficio sino por Dios y por el bien común, y porque no pueda alegar que por necesidad toma algo, la comunidad le da todo aquello que le es necesario, conforme á la dignidad y oficio que administra.

Sus leyes castigan con gran rigor á los que no le son muy obedientes.

Ante los alcaldes pasan todos los pleitos, y cada dia hay dos audiencias, á la mañana y á la tarde.

Visitan las cárceles dos veces en la semana; apélase destos alcaldes para el gobernador, y lo que él no determina pasa á la cancellería y Vi-

sorey. El secretario anda con el gobernador y el fiscal acusa los pecados públicos.

Los tenientes de los pueblos hacen lo mismo, cada cual en su jurisdicción, de manera que estos de Tlascala, antes y después, han gobernado su República por su parte, porque antes vivían por gran orden, y después, porque perseveraron en todas las cosas de la cristiana religión y servicio del Rey de España, han vivido quietamente y por buen gobierno.

Hay otras provincias también que tienen alguna diferencia de república y tienen cosas dignas de ser sabidas.

Los de Cholola por reverencia del gran rey y dios suyo, llamado Queçalcoatl, que les hizo mucho bien, determinaron de tomar cuatro de sus discípulos, que entre ellos eran muy famosos, y aquellos fueron sus gobernadores ó jueces, y muertos ellos quedaron sus hijos.

De estos cuatro, ó de entre ellos, sacaban una cabeza que los regía á ellos, porque no fuesen muchos los que mandasen, y así con este género de gobernación se sustentaban en toda paz. Los de Mechoacan tenían rey y muy poderoso, y todos los reyes tenían por sobrenombre Cacocín, como César y Augusto los Emperadores.

Estos reyes, cuando llegaban á larga edad, llamaban al hijo que habia de heredar, y comenzábanlo á imponer en las cosas de gobernación, para que cuando muriese tuviese ya entendido lo que convenia.

Los de la provincia de Honduras no tenian reyes, mas jueces, los cuales eran elegidos por el pueblo.

Durábales la administración diez y seis meses, después de los cuales volvian á elegir otros.

Esto es lo que he hallado de estas provincias.

Mas porque yo voy de propósito escribiendo esta República, pasaré adelante, porque no quiero que quede nada para otro de lo que yo he podido alcanzar, á lo menos aquello que es más principal de saber, y así entraré en la gobernación de otras provincias.

CAPITULO VII

De la gobernación que tuvieron los indios de Guatemala y otras provincias.

Entre los reinos muy estendidos que habia en la Nueva España, fué el de Guatemala.

Este señorío tiene otro título, acerca de algunos, y llámase reino de Vtlatlan, el cual está en la mesma provincia de Guatemala á lo alto de las montañas.

Su principio fué este: Cuatro hermanos salieron de cerca de México, y llegando á esta tierra, que á la sazón estaba despoblada, comenzaron á cultivarla y poblarla, sin hallar quien se lo resistiese.

Destos cuatro, por ser el primero de condi-

ción blanda y poco dispuesto para regir, tomó el segundo el mando, y teniendo dos hijos, mandó que el mayor heredase y el segundo le sucediese, pero guardóse este orden, que por respecto que tuviese autoridad y opinión el segundo, luego que el primero subió al reino, mandó el padre que el segundo fuese capitán, y mandó por ley que si fuesen cuatro que el primero reinase, el segundo fuese como príncipe, el tercero capitán general, el cuarto capitán segundo, y que muerto el primero, reinasen todos por su orden, si se alcanzasen de vida.

Esto hizo él porque los que gobernasen fuesen experimentados.

Tenia el Rey ciertos varones de gran autoridad y opinión, que eran como oidores, que conocían de todos los pleitos y negocios que se ofrecían.

Ellos cogían y guardaban las rentas reales y distribuían lo que era necesario para la mesa y gastos de la persona real, y lo mismo para los otros hijos ó hermanos del Rey.

El asiento del Rey era notable, porque tenía un dosel de pluma riquísimo, y sobre el guardapolvo ó cielo otros tres cielos de diversos colores, de manera que representaba gran magestad.

El príncipe ó el que le habia de suceder tenia tres cielos y los demás hermanos ó hijos á dos, porque representaban menos poder.

Tenia en cada pueblo grande sus cancellerías con sus oidores, pero no era muy grande la comisión que tenían, porque de las cosas árduas, sólo el Rey con aquel consejo que andaba en su corte conocia.

Los oidores eran castigados cruelmente, si eran hallados en faltas tocantes á sus oficios; donde no, siempre perseveraban hasta la muerte en sus oficios, y cuando moria alguno de ellos, se tenia cuenta que el que era más antiguo fuese de más autoridad, como se hace en nuestra España.

Teníase cuenta que los ministros de justicia comenzasen por bajos y menores cargos, porque se ejercitasen en cosas pequeñas y se fuesen haciendo viejos, porque cuando llegasen á los mayores cargos fuesen de gran edad.

Tenia el Rey desta provincia otros Reyes sujetos á sí, y otros poderosos señores, los cuales esperaban la confirmación de sus estados del dicho Rey. No se diferenciaba el Rey de Guatemala ó de Vtlatlan de los otros en el traje ó ceremonias, sino en que él traia horadadas las narices, que se tenia por gentileza.

Tenian en este reino y en los demás sujetos muchas leyes y graves que para entre bárbaros eran buenas.

Primeramente, cuando algún Rey era tirano y cruel, aquellos que eran cabezas de familias, así como los ricos y altos señores, comunicaban con las ciudades y con los jueces del reino los agravios y males que hacia el Rey, y si se conformaban todos luego lo mataban y tomábanle los hijos y mujeres por cautivos, y toda la hacienda y riquezas se le confiscaba.

Si las ciudades no venian en la conjuración, comunicábanlo con alguno de los mayores reyes, y prometíanle que si les ayudaba en la destrucción de su Rey, le darian las mujeres é hijos del Rey por esclavos; si aceptaba, luego enviaba sus ejércitos y le hacia guerra, y así muerto ó destruído, creaban nuevo Rey.

Cualquiera señor ó principal que persuadia que los vasallos no obedeciesen al Rey, tenia pena de muerte y daban el estado á otro.

Cualquiera que mataba á otro moria por ello.

El que adulteraba con la mujer del señor, si era principal señor, moria por ello, si era hombre común, despenábanlo

Cualquiera que llegaba á esclava ajena, la

pena era como pecuniaria, ó daba otro tanto como la esclava valia, ó compraba otra; pero si algún señor la queria y amaba, el culpado llevaba mayor pena.

El que hurtaba pagaba lo que hurtó, y mas le llevaban algo por la culpa; esta pena era para el fisco real.

Cualquiera ladrón que era incorregible lo ahorcaban; pero primero lo denunciaban á sus parientes, si querian pagar por él; si respondian que no, luego se ejecutaba la sentencia.

Cualquiera que era condenado á muerte le confiscaban los bienes, y mujer é hijos y esclavos.

El que era brujo quemábanlo; era llamado este tal en su lengua Balan, que quiere decir Tigre.

Los que pecaban en el vicio de la carne, siendo solteros, pagaban cierta cosa; pero morian si los acusaban los parientes, porque se tenian por afrentados.

Al que hurtaba cosas de los templos despedíanlo; pero si era cosa liviana, hacíanlo esclavo.

El que armaba traición contra su señor, ó contra la República, ó descubria los secretos de ella, ó se pasaba á los enemigos, perdia la vida

cuando era hallado, y confiscábanle los bienes, y la mujer é hijos quedaban por esclavos.

Todos los que cautivaban en guerra, ó fuesen chicos ó grandes, quedaban por esclavos.

Cuando prendian en la guerra señores principales, sacrificábanlos á los ídolos, y después los comian, por atemorizar á sus contrarios con esta crueldad.

El vasallo que se iba de su señor, si lo alcanzaban matábanlo, y la mujer é hijos quedaban esclavos y la hacienda confiscada.

Si alguno iba á cazar ó pescar fuera de los términos de su lugar, si lo cogian con la caza en las manos, quitábansela si era de la provincia y amigos; pero si eran enemigos y que eran como fronteros, llevábanlos al señor y mandábalos matar ó mandábalos llevar al sacrificio.

El que servia en casa de un señor, todo aquello que se menoscababa por su culpa, lo pagaba.

Si alguno emprestaba ó ponía en encomienda ó depósito algo, si el que lo recibía lo perdía ó menoscababa, habíalo de pagar.

Si el padre ú otro trataba casamiento del hijo ó hija, y después no quería, castigábanlo ásperamente, porque en tal caso no se permitía que hubiese engaño, y si acaso el esposo había

dado alguna joya á la doncella ú otro cualquier pariente, por respecto del matrimonio, luego lo restituían.

La mujer, después de dotada, jamás volvía al poder del padre, mas si moría el marido, casábanla con el cuñado, si lo había, y si no, con el pariente más cercano del marido.

Cuando quiera que la mujer se huía y se iba con otro, ó por rencillas se volvía á casa de los padres, requeríala el marido que volviese, y si no quería, él se podía casar luego con otra, porque en este caso las mujeres eran poderosas y eran libres.

Algunos sufrían un año aguardándolas, pero lo común era casarse luego, porque no podían vivir sin mujeres á causa de tener quien les guisase de comer, porque era muy embarazoso el cocer, moler, y hacer el pan y otras cosas de que ellos se mantenían.

CAPITULO VIII

De la gobernación que tenían los de la Vera Paz. Tócanse cosas curiosas y notables. Y los de Yucatán con otras gentes de aquellas provincias.

Entre las otras provincias que hallamos conquistadas en la Nueva España, por diligencia de nuestros españoles, es la que llaman de la Vera Paz, gobernábase esta nación por Rey y era poderoso, y así como Príncipe absoluto gobernaba su reino libremente y á su albedrío, y por esto tenían estas gentes sus leyes y costumbres diferentes de los otros sus vecinos. Cuanto á lo primero, después del Rey, era la persona más principal el sacerdote mayor.

Este oficio, así como era grande, así también no se daba acaso, ni por favor, antes había un linaje y familia de donde salía de la manera que acaecía entre los judíos que siempre era del tribu de Leví.

Era electo este Pontífice de todo el pueblo, y siempre se buscaba el mejor y más bien acreditado de todo aquel linaje.

Los grandes señores del reino eran como del consejo real, los cuales se ayuntaban juntamente con el Rey en el palacio real.

Allí se trataba, cuanto á lo primero, lo que hacía al culto divino, y después de la guerra y paz, y lo demás tocante al buen gobierno de la República, tenían tan gran cuidado en que se acertase en todo, que aun en las cosas pequeñas y de poca importancia entraban en consulta.

También en este consejo (podemos decir real) determinaban algunos pleitos y delitos graves, porque de los comunes otros propósitos y magistrados conocían de ellos.

Tenían como prefectos pretorios, que eran como nuestros alcaldes de las alzadas, los cuales andaban por las provincias visitando á los jueces ordinarios y deshaciendo agravios.

Tenían unos como alguaciles, que servían de llamar y convocar el pueblo, y andaban de casa

en casa, señalando el tributo que cada uno había de pagar al Rey ó al señor.

También si alguna cosa se ordenaba en casa del Rey y su corte para que viniese á noticia de todos, estos iban por toda la tierra y lo publicaban apregonándolo.


En lo tocante á las rentas del Rey y señores había este orden, que todo venia á un montón, y de allí le daban al Rey su parte, después daban á los señores, según cada uno era, y después daban á los oficiales y á quien el Rey hacía mercedes.

En las cosas de la guerra había tal orden, que tenían capitanes perpetuos, escogidos entre muchos y que ya eran famosos, por los hechos notables, que habían hecho en su mocedad y juventud, y otros capitanes menores y sargentos.

Había oficio señalado para llevar la bandera.

Tenían quienes llevasen las municiones y la provisión y mantenimiento con sus oficiales mayores, que tenían cargo de mandar á cada uno lo que había de hacer.

En fin, yo quisiese volver á referir lo que queda dicho de la república Romana, podrialo hacer con señalar los oficiales que tenían los ejércitos de estos indios.



Una cosa es digna que se sepa de esta gente, y es que cuando habia algún caso particular en el reino, en el cual iba mucho el acertar, convocaban las personas más doctas y de experiencia que se hallaban en aquel negocio, así como si era cosa de religión ó guerra, llamaban al gran sacerdote y á los que en esto eran más curiosos, ó á los que muchos años habían capitaneado grandes ejércitos, porque los tales, llenos de experiencia, daban consejo.

Cierto esta costumbre si se usase hoy, no haría daño en nuestra España.

Cuando querían los Reyes hacer guerra, después de tratado entre los del consejo, no se sabía á quien, ni contra qué provincia, hasta que juntados los ejércitos los iban dando los arcos y armas, y les decían:

—Esta guerra se hace contra tal provincia; de manera que tomaban desta manera á los enemigos descuidados y mano sobre mano, y habia tanto secreto en esto que era cosa maravillosa.

En los pueblos populosos no compraban esclavos para sacrificar, mas quince ó veinte días antes de las fiestas, salia buena copia de guerreros y entraban en las fronteras de los enemigos y hacian un rebato y cautivaban los que

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XIV. 20

habian menester y volvíanse, y si traían más, daban su parte al Rey, y los demás repartíanlos entre sí.

Tenian los señores gran cuidado en que hubiese solemnes y muy ricas ferias y mercados, porque como concurren á ellas muchas cosas, los que carecen de algo, allí lo hallan y truecan con los que carecen de otras cosas necesarias.

Tenían las ferias y lo que se vendia junto á los templos: el vender y comprar era trocar, que es el más natural trato.

Daban maiz por frisoles, y frisoles por cacao.

Traian sal por especias, que era el Axí ó Chile, aunque en esta provincia tenía otro nombre esta pimienta, que es la que llamamos de Indias, que acá se da harto bien. También trocaban carnes y caza por otras cosas de comer.

Conmutaban mantas de algodón por oro y por algunas hachuelas de cobre, y oro por esmeraldas, y turquesas por plumas.

Presidía en este mercado un juez, el cual miraba que nadie se hiciese agravio, y tasaba los precios, y él conocia de cualquier cosa que acaeciese en el mercado.

En esta provincia habia mucha policía, por-

que allí habia plateros y pintores, y maestros de labrar cosas de pluma; las mujeres sabian hilar, tejer, y otras cosas que pertenecen á mujer.

Eran sus leyes muy santas y buenas, que si las quisiéremos comparar á muchas de las nuestras, no discreparíamos mucho.

Cuanto al primero, que prohíbe la idolatría, no hay que dudar, sino que erraban; porque reverenciaban por dioses á los que no lo eran; pero en la verdad su intención en confuso no andaba buscando, sino aquel que les habia dado el ser, y sembrado y impreso en sus ánimas la lumbre con que lo buscasen, y apetito con que lo deseasen, y lo que acerca de los dioses falsos hacian, en reverencia del verdadero Dios lo hacian, aunque confusamente, lo cual se vió después, porque predicado el Evangelio salieron luego del engaño en que estaban. Esto colígese de lo que atrás se dijo hablando de la religión; y por entender que acertaban, no señalaron castigo á los que adoraban y reverenciaban los dioses. Antes como cosa enseñada de sus sacerdotes, magos y adivinos, y guardada por sus leyes y mayores, era cosa de gran sacrilegio salir un punto de lo que ya estaba introducido.

Tenian por cosa perniciosísima á los brujos y hechiceros que hacian daño con sus embustes, porque los ahorcaban ó daban garrote, principalmente cuando mataban, ó enhechizaban algún señor, haciéndole impotente, ó causándole alguna enfermedad.

Cuanto á jurar y guardar fiestas y dias santos, ninguna pena ponian, lo uno porque no tenian juramentos.

Cuanto á lo tercero, no tenían días feriados, ó de fiesta, porque aunque se juntaban en uno á celebrar sus solemnidades, no les prohibian que no trabajasen en ellas.

Cuanto al honrar padre y madre, guardábanlo estrechamente, como nosotros, porque los padres enseñaban y exhortaban con mucha diligencia á los hijos que honrasen al padre y madre, y á los Reyes y mayores de la tierra.

Y á los que se ensoberbecian contra los señores, queriendo alzarles el homenaje y obediencia y que no los pagasen sus tributos, ahorcábanlos.

Cuanto á lo que toca, que prohibe matar y no hacer injuria al próximo, también lo guardaban, porque si alguno mataba á otro los que lo sabian luego lo denunciaban al señor, el cual preguntaba con diligencia, quién era el muerto

y el matador, y la causa y quien se lo habia mandado, y si tuvo compañeros en ello; lo cual, todo averiguado enviaba luego sus ministros de justicia y dábanle garrote y así moría, porque mataba. No se gastaba mucho tiempo en esto porque no habia apelaciones, ni dilaciones, sino que convencido luego era castigado.

Si alguno vendía á otro por esclavo (que no era cosa usada en esta provincia) era castigado cruelmente: porque allende de que moría por ello, le vendían los hijos y mujer, y del precio que por ellos se daba, llevaba el fisco y cámara del señor cierta parte, y todo lo demás se gastaba en comida y bebida concejeramente.

Cuando riñendo unos con otros se herían, lo cual pocas veces acaecía, en siendo avisado el señor, por la queja que daban los parientes del herido, enviaba un hueso, ó una hacha á denotar, que él habia de ser herido con aquellos instrumentos pues habia hecho mal á otro.

Entonces el malhechor enviaba rogadores y daba sus excusas para deshacer la culpa; pero el juez, ó señor mostraba mucho rigor, de manera que hasta sentenciarlo, nunca respondia bien, al cabo quedaba sentenciado á que diese cierta suma de plumas, ricas, ó mantas, ó cacao, lo cual era para el fisco.

El que mataba ó hería esclavo, no tenía ninguna pena, porque decían que era hacienda suya, y cualquiera que matase á otro, como fuese esclavo, moría por ello.

Y si el marido mataba á su mujer, ó por el contrario, la mujer al marido, moría.

En lo tocante al fornicar guardaban este orden: cuando uno decía á otro que habia pecado, ó si le decían que por qué le acaeció aquello, si respondía por el pecado, era entendido por el de la carne.

Si algún mancebo conocía alguna doncella, la pena era hacerlo casar con ella.

Pero si la doncella estaba desposada, el esposo jamás volvía á ella, mas pedía su dote y lo que trajo, y con eso se iban todos en paz.

Si fornicaba con viuda ó esclava, pagaba cierta cantidad de plumas ú otras cosas.

El que adulteraba, por la primera vez, dábanle pena pecuniaria; pero si lo acostumbraba, moría por ello.

El que llegaba á la señora, moría por ello.

La esclava que dormía con libre y dentro de su casa, achochábanle la cabeza, con dos grandes piedras fuera del pueblo, ó la empalaban, y lo mesmo hacían al hombre con quien pecó.

Si el casado pecaba con viuda ó con casada,

castigábanlo una y dos veces con penas de plumas ó mantas; pero si no se enmendaba, tomaban á él y á ella y atábanles las manos atrás y colgábanlos de la cintura, y con cierta yerba muy hedionda les daban humo á narices, y después de muy bien chamuscados y afrentados los soltaban, persuadiéndolos á que se enmendasen; si no querían ser buenos, ahorcábanlos.

Habia en esto también una costumbre de parte de los maridos, que si sentían que la mujer les hacia traición y conocían quién era el adúltero, no querían denunciar dellos, mas tomaban un pájaro de los que eran para sacrificar, y dábanlo á la mujer y al adúltero, y decíanles, que fuesen á sacrificar al templo aquella ave y que se confesasen al estilo suyo, y así quedaba satisfecho el injuriado, y tenían por persona santa al que se contentaba con aquella venganza.

El codiciar la mujer agena, ni el hurto, tampoco se permitía, porque lo uno que era interior, los padres tenían gran cuidado en que los mancebos fuesen muy templados y castos hasta casarse.

En lo del hurto, si era poca cosa, con restituir lo tomado y darle cierta pena, pagaba.

Si era cosa de más cuantía, pagaba el doble que hurtaba, y así multiplicaban la pena como era el valor de lo hurtado, mas el que no tenía con qué pagar, vendíanlo por esclavo.

Pocas veces mataban por ladrones; es verdad que al que hurtaba en poblado dábanle garrote.

El levantar falso testimonio era cosa abominable entre estas gentes, y lo mismo la mentira, y así á los niños los castigaban y amonestaban á que no hiciesen semejantes pecados, porque eran muy feos.

Si alguna mujer acusaba á algún hombre que la habia forzado, no la creían si no traía testigos ó alguna cosa de aquel hombre, así como el paño de manos, las bragas, que ellos llamaban Mastel, ó la manta, si esto traía era creída y sentenciaban al culpado.

También cuando acusaban los adúlteros y lo negaban, les daban tormento de cuerda, atándoles reciamente los brazos atrás por los molledos y si no querían con todo eso confesar, dábanles humo á narices.

Esta misma pena daban á los ladrones que no querían confesar.

En todo lo demás eran estas gentes muy bien enseñadas.

Persuadían mucho las virtudes morales á los mozos y doncellas, y así parece que después que vinieron á la fe Católica, como bien enseñados de sus padres, tomaron la doctrina santa con gran voluntad, como gente que no despreciaba la virtud.

CAPITULO IX

De las costumbres que tenían los indios del reino de Yucatán.

El reino de Yucatán es una provincia al presente de la Nueva España; su propio nombre de esta tierra, no lo sabemos ni nuestros españoles lo alcanzaron, porque el que hoy tiene es cosa nueva, y los nuestros le dieron tal apellido, porque llegando allí Francisco Hernández de Córdoba, con otros conquistadores, queriendo saber de los indios que cómo se llamaba una gran población que estaba por allí cerca, respondieron:—Tectetan tectetan, que quiere decir: No os entendemos.

Los españoles creyendo que aquél era el pro-

pio nombre, comenzaron á llamar aquella tierra así, pero corrompiendo el vocablo poco á poco llamaron á la provincia Yucatán, que es grande y extendida tierra.

Poco se halla escrito por los nuestros, y así yo también seré breve.

Tuvo Reyes y muy poderosos y grandes señores y muy ricos, á quien les eran sujetas estas gentes; fueron más políticas que otras de quien habemos contado, porque no permitian más de una mujer, fuese Rey, ó señor, ó pobre ó rico.

Andaban bien vestidos, porque traían camisetitas de diversos colores y cubiertas con sus mantas.

Estos no usaban el sacrificar hombres, ni comían carne humana, aunque autor hay que dice que sí, pero yo tengo original verdadero, que salva á estas gentes de tres pecados, conviene á saber: de la sodomía, comer carne humana y matar hombres para sacrificar.

No habia ladrones, tenían mercados adonde trocaban sus cosas, castigaban cruelmente los delitos, y esto se prueba por lo que cuenta Pedro Mártir en sus *Décadas*, que habia en un pueblo grande un señor poderoso llamado Campeche, el cual para castigar los malhecho-

res tenía un tormento, el cual era desta hechura:

Su hechura era como un pie de cruz cuadrado de cuatro gradas en alto, hecho de piedra ó cantería, y encima habia uno como púlpito, no hueco, mas macizo, allí estaba esculpida una imagen de hombre y junto á ella dos figuras de animales de cuatro piés no conocidos; estos parecía que con gran rabia acometían á la figura para la hacer pedazos.

Estaba allí junto una serpiente de cal y canto bien labrada y era tan gruesa como un buey y era larga como cuarenta y siete piés, la cual tenía en la boca un león de mármol que parecía quererlo tragar.

Junto á esto había tres vigas grandes, hincadas en el suelo, y otras tres que las atravesaban y alrededor había muchas flechas teñidas en sangre.

Esta obra estaba puesta allí para poner horror y espanto á los malhechores, porque de la mesma manera que aquellas pinturas representaban las penas, padecian los que cometian culpas y pecados públicos.

Circuncisión entre los indios.

Esta gente se circuncidaba por religión, como los indios, de donde parece que no solo los

judíos se circuncidaban, mas aun los gentiles, porque los egipcios se circuncidaban y antes de Abraham, lo cual hicieron, como dice Erodoto (Libro 2), no por ceremonia mas por limpieza, y más abajo dice el mismo autor, que los egipcios y cholcos, que son pueblos de Asia, cerca de Ponto, y los etiopes fueron los primeros entre todos los hombres del mundo que usaron la circuncisión, y que los sirios y fenices, que son en Palestina, que fué la tierra de promisión, lo aprendieron de los egipcios.

Los otros sirios que moraban cerca del río llamado Termodón. y otro dicho. Partenio, ríos de Asia, entre Capadocia y Ponto, y los pueblos vecinos de aquellos dichos Macrones aprendieron de los colcos la circuncisión pero quien haya tomado la circuncisión de los otros, los egipcios de los de Etiopía, ó los de Etiopía de los egipcios, no sabe determinarlo.

Erodoto, concluye empero, con que solos aquellos siete géneros de gentes, que dijo, que son cholcos, egipcios, etiopes, fenices, sirios de Palestina y sirios moradores de los ríos Termodón y Parthenio, y sus vecinos los Macrones, fueron los que usaron en el mundo la circuncisión; pero lo cierto se ha de tener que las

gentes que allí nombra Erodoto, tomaron aquella ceremonia religiosa de los hebreos, que es la gente más antigua en el mundo.

Algunas gentes de estas se circuncidaban por estimar que todas las cosas feas del cuerpo se apartaban del hombre circuncidándose.

Otros hacían esta ceremonia por distinguirse de los pueblos sus vecinos.

Otros para dar á entender que ningún vicio y fealdad puede estar mucho tiempo secreta que no sea revelada, y esto parece á Alejandro de Alejandro ser la causa del circuncidarse los gentiles.

Esto de la circuncisión he querido yo aquí tocar, por desengañar á algunos de que no piensen que estas gentes de las Indias son judíos, como alguno lo dijo y que por este respecto se circuncidaban, porque esto no es verdad, porque pues otras gentes se circuncidaron, que no fueron judíos, así pudo esta nación circuncidarse sin ser gente hebrea, y así no vale nada el fundamento que se hace para probar que solos los judíos se circuncidaban, ni menos tiene fuerza lo que dice aquel jurista, que los indios son judíos, por algunos vocablos que tienen semejantes á los de los hebreos.

Vocablos que tenían los Indios, cuasi, semejantes á los nuestros.

Sobre lo que se fundó este autor fué, porque hubo una Reina en esta provincia llamada Anacaona, y porque Ana en la lengua hebrea quiere decir graciosa, ó misericordiosa, ó que canta, ó que responde, y otras significaciones que San Jerónimo pone, pareció que venían estas gentes de judíos, pero fué flaco fundamento, porque también tenían los de Yucatan dicciones latinas y de otras naciones, y por el mismo respecto habíamos de decir que los indios vienen de los Toscanos, franceses ó españoles.

Esto parece verosimil, porque estas gentes tenían una dicción latina que es «ita», que entre ellos quería decir «no sé»; pues digamos que estos descendiesen de gentes de nuestra Europa, esto no se puede decir.

En lengua de Popayan decian Vmbra, por cierta provincia; digamos que se llamaba así, por otra que tenemos en Italia, dichos Vmbros ó Vmbrios, Michi dicen al pastor en el Perú y Homo por sacerdote.

En algunas partes decian Baeza, por no, y en

lengua general de la española decían Barea, por dornajo, y en Cataluña hay un lugar dicho Barea.

En la lengua mexicana llaman á Dios Theot ó Theus, ó lo semejante. Pues mírese como en griego decimos Theos por Dios, quizás será por ventura esta gente griega, y porque se vea esto más á la clara, nótese que en la lengua del Perú hay muchos vocablos propiamente españoles, porque Moya quiere decir dehesa vedada, y en Castilla hay una villa, cabeza de Marquesado, que se dice Moya.

Coca se dice una yerba de gran sustancia, y es un lugar en tierra de Medina del Campo.

Caro, quiere decir lejos.

Ama, por no.

Tio, por Anna.

Callo, por lengua.

Macho, por viejo.

Pipas, por cualquiera.

Mocho, por colodrillo.

Moro, por la peca de la cara.

Marco, por Artemisa, yerba conocida.

Marca, por la provincia.

Mama, por madre.

Tata, por padre.

Mayo, por río.

Guante, por bubas.

Caja, por espina.

Como, por corcobado.

Comer, por color verde.

Acta, por garrapata.

Pinta, por anzuelo.

Pinto, por caña.

Piñata, por enojo, y en catalán, por olla.

Pata, por escalera.

Vña, por cordero.

Llama, por oveja.

Vno, por el agua.

Come, por mujer estéril.

Toma, por rodeo.

Allí, por bueno, y en arábigo, es propio nombre de moros; pues digan que vienen de moros.

Así habia otros nombres de nuestras naciones, que parecian ser llevados allá de antiguo, y no es así, ni tampoco lo que arriba se apuntó, y que por la circuncisión eran gente hebrea, ni tampoco por vocablos que correspondian á aquella nación.

Y los que quieren hacer probanza de que esta gente tuvo principio, de lo que hoy sabemos ser poblado por los antiguos que vieren hacer conjeturas, y hacernos creer uno por otro, y ninguna cosa tiene la historia de menos verdad

COL. LIB. AMÉRICA.—Tom. XIV. 21

que es el conjeturar, si no tuviere alguna verdad primero sobre que se funde.

Comenzóse á predicar el Evangelio por estas provincias, en el año de mil y quinientos y diez y siete; prosiguióse después por Francisco de Montejo, natural de Salamanca, porque tuvo la principal conquista, y el Emperador Don Carlos V, lo hizo adelantado de aquella tierra.

No me ha parecido salir de propósito haber tocado estos dos puntos de la circuncisión y lenguaje, porque por lo dicho desengañaremos á muchos que han andado, creyendo que esas gentes fueron traspuestas de otras de nuestra Europa, y no ha faltado quien diga que nuestros españoles pasaron á Indias cuando la destrucción de España, que es otro buen desatino.

CAPITULO X

*De la república del Perú cómo se gobernó,
hasta que hubo en aquella gente un Mo-
narca y señor general de toda la tierra.*

Después de haber tratado de las repúblicas de la Nueva España, no solo de la de México, que era más principal, más aún de otros reinos que eran poderosos acerca de aquellas gentes, determiné según el orden que se ha llevado atrás proseguir, en lo tocante á este sujeto las cosas del Perú.

Y pues agora vamos hablando de su gobernación, quiero declarar el nombre del Perú y porqué se llamaron así, porque algunos piensan que antes que nuestros españoles conquis-

tasen aquella tierra se llamaba así, y es gran error, porque nunca los naturales llamaron aquella tierra Perú; pero tampoco sabemos cómo se llamasen aquellos reinos tan extendidos.

La causa de llamarse así hoy este reino, es esta.

Como los nuestros anduviesen descubriendo la tierra y buscasen adonde poblar, llegando á un valle llamado Piura edificaron la primera villa en él, que fué la de San Miguel, por eso, todo lo que después se fué descubriendo y poblando llamaron Perú, y no se ha de decir propiamente Perú mas Piru, aunque ya está corrupto; y no solo quedó este nombre en una provincia, mas todo lo que luego se halló se llamó deste nombre.

De manera que todo lo que se comprende desde la provincia de Quito, donde se fundó una villa llamada San Francisco, que parte límites con la provincia de Pasto, hasta la villa de la Plata, que es distancia de setecientas leguas á la larga y de ancho á lo más ciento y quince, y á lo menos cincuenta, todo esto es dicho el Perú: dentro de lo cual había grandes provincias, reinos y señoríos; los cuales deshicieron los Pizarros matando á los mismos Re.

yes, por lo cual los trajo Dios á la mayor desventura de todos los hombres, porque todo les sucedió mal y hoy lo vemos con nuestros ojos, pero dejemos esto y vengamos á tratar de la gobernación que tuvieron estas gentes, qué Reyes, qué señores, cual fué su monarquía, que sin duda no pudo ser menos sino que fué notable, por cuanto tuvo infinitos pueblos poderosos y ricos y mucha gente de paz y guerra, lo cual no se puede hacer sin gran orden y concierto de gente.

Digo, pues, que la manera de gobernarse estas gentes siempre se halla que fué por Reyes.

Tuvo esta monarquía dos tiempos y dos sucesos distintos; uno al principio cuando era la gente tan política, y cuando era menos, que duró hasta casi seiscientos años atrás del tiempo presente; después habrá seiscientos que hubo mudanzas en aquel reino, como lo ha habido en otros muchos, y tuvo otra gobernación, como se verá; pero tratando de la primera, cuyos tiempos y principios no sabemos todavia de la manera de su gobernación, se saca que duró muchos siglos.

Los Reyes primeros eran pequeños y de no mucho poder, por cuanto eran comunmente de los más buenos y principales de los pueblos,

heredando los parientes por sucesión el señorío aunque su imperio más era conservar las vidas y haciendas de los hombres, que no apoderarse de nadie.

Sólo se sabe que trataban con rigor á los que se hacían mal unos á otros, y castigaban y ponían, porque ellos se eran Reyes y jueces juntamente, castigaban el hurto, la fuerza á las mujeres y los adulterios.

Destos Reyes tan pequeños cada uno tenía entre su gente distintas leyes y manera de gobernar, y con aquello vivían contentos y pagados.

Entre ellos tenían sus tratos sus mercaderías, tenían peso y medida, no trataban muy lejos de sus pueblos, porque había distintas lenguas y no tenían mucho ingenio ó industria para aprender tanta diversidad de lenguajes.

Poco á poco creció la malicia á los principios, porque también tenían guerras, y así la necesidad los enseñó á edificar los pueblos en alto, para defenderse mejor.

Hállase que tenían armas, y estas fueron las hondas.

Aún no tenían flechas ni arcos, pero todavía hallaron rodela y otra defensa que servía de lo mismo para defenderse de las piedras.

Los que vivían en los llanos eran más políticos así tenían flechas; pero sin yerba y en otras partes usaban de dardos, hechos de unas cañahejas y en lugar de hierro, ponían puntas de palma ó de hueso y tirábanlos con amiento.

En los llanos principalmente los señores hacían sus casas fuertes en lo más alto que podían, y si la tierra era tan llana que no tenía alguna cuesta, traían tanta tierra, que hacían una gran sierra y allí armaban el edificio, jamás se halló en aquel tiempo el uso de comer carne humana, aunque todavía se halla rastro acerca de Panamá.

Andaban desnudos los de las montañas, pero en el resto de la tierra todos andaban vestidos.

La costumbre y ley que tenían en suceder en los estados y señoríos aquellos pequeños Reyes, era, que cuando se veía el Rey viejo y cercano á la muerte, miraba entre sus hijos cuál era más adornado de virtudes, y en quién había más merecimientos, y si no hallaba hijo merecedor de la sucesión, ponía los ojos en el hermano, ó en los sobrinos, y finalmente si aun aquí veía falta, buscaba al mejor de todo su señorío, y habiéndolo llamado para propio here-

dero, porque ni él quedase engañado ni la tierra defraudada, luego le comenzaba á encomendar cosas del gobierno, y que juzgase y mandase y vedase.

Esto hacía él por dos respetos.

Lo uno para que tratando los pueblos con él lo amasen y quisiesen, y él también conociese los vasallos y los tratase con mucho amor.

Lo otro para que entendiese la plática de los negocios y estuviese siempre muy desenvuelto para cuando de todo punto tomase toda la carga y peso del reino.

Y si erraba luego el señor lo corregía y enseñaba todo lo que habia de hacer, de manera que ningún Rey lo mandaba que ya no fuese muy enseñado en el gobierno de toda su tierra.

Jamás se dió la gobernación á muchachos, aunque fuesen hijos muy amados, porque en todo procuraban el provecho común de todo el reino.

Leído he que en algunas provincias de estas no heredaban los reinos hombres, mas mujeres.

Y llamábase la señora Capullana, que era como Princesa.

También tuvo esta gente curiosidad en buscar como se mantener, y así fueron grandes

labradores, y adonde veían que la tierra era rica y que había menester agua, ellos sacaban de los caudalosos ríos acequias, y con ellas lo regaban todo y esta era la principal riqueza que tenían.

Los tributos que por aquellos tiempos pagaban eran estos, todo el pueblo se juntaba á edificar las casas y palacios grandes del Rey y señor, y á labrarles sus campos y se los sembraban y cogían y metían en las troxes.

Todas las cosas que tocaban al servicio del señor se hacía en común, y así nunca los molestaban con imposiciones.

Hacíanles á tiempos algunos presentes de poca importancia así como de frutas y otras cosas muy semejantes.

Cuando la comunidad se juntaba á hacer alguna cosa en servicio del señor, él los mantenía.

Guardaban gran orden acerca de sus casamientos, ninguno se casaba con su propia hermana, ni con prima hermana, ni tía, ni sobrina.

Casábanse siempre con sus iguales, los señores con los señores, y los plebeyos con los plebeyos. La edad en que todos en común se casaban era de veinte años adelante.

Los señores principales cuando se casaban con muchas mujeres, con la primera y principal se hacian ciertas ceremonias religiosas en señal de que aquella era la principal y verdadera mujer, y así en este casamiento habia muchos bailes, comidas y bebidas, y otras fiestas que no se hacian con todas las demás mujeres.

Cuando la mujer era más noble que el marido, siempre daba el marido á los padres de la mujer algunos dones como en reconocimiento así como cantidad de ovejas, carneros, vasos de plata (porque especialmente esta tierra siempre abundó de este metal y de oro) y también les daban alguna vez alguna mujer que fuese como segunda de el suegro, y con esto quedaban para siempre muy firmes las fuerzas del matrimonio: permitíanse siempre dos y tres mujeres, aunque siempre era una la mayor, pero si alguna vez casaba con dos principales mujeres y ambas eran iguales en nobleza, entonces siempre precedía la que más regalaba al marido ó era más hermosa, ó alegre, ó amorosa, ó tenia dotes naturales, como si labraba mejor mantas, ó guisaba de comer con mejor gracia y contento para su marido.

Esta tal tenia cierto señorío sobre todas la,

otras mujeres, mandándolas lo que habian de hacer, y así siempre tenia con esta el marido más frecuente comunicación en lo público y secreto.

La gente vulgar comunmente no tenia más que una mujer porque era pobre, pero si podia mantener una y dos, lícito le era.

En los lugares de la sierra los hombres trabajaban en los campos ó en la caza y pesca, y las mujeres criaban los hijos y lavaban y texían.

En algunos pueblos tenian también costumbre contraria, porque las mujeres labraban los campos y los hombres texían é hilaban.

No tenian moneda para contratar, sino solo aquello que al principio enseñó la razón natural, que se llama y es, del derecho de las gentes (conviene á saber) comutar y trocar unas cosas con otras, como ropa por comida, carne por pan, frutas por pescado, y así en las demás de que unos abundaban y otros carecían.

No amasaban el pan antiguamente mas tostaban ó cocian el maíz, y así lo comian.

Era grande el cuidado que tenian en enterrar sus muertos, de cuyas ceremonias y cosas notables haremos á su tiempo larga narra-

ción. Esto es lo que hallo de la República de los Indios del Perú, antes que se redujese aquella gente al estilo de vivir más político, como lo hicieron después que fueron gobernados por un monarca y señor.

FIN DEL TOMO PRIMERO

COLECCIÓN DE LIBROS
RAROS Ó CURIOSOS
QUE
TRATAN DE AMÉRICA

Reimpresos en Madrid desde 1891 á 1897

POR

D. L. D'ORVENIPE

Van publicados 15 volúmenes en 8.º, rustica, 45 pesetas.

I. *Verdadera relación de la conquista del Perú*, por Francisco de Xerez, uno de los primeros conquistadores (1534). Reimpresa en Madrid, 1891, con 174 págs., 3 pesetas.

II. *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por el P. Cristobal de Acuña (1641). Reimpreso en 1891, con xxv.235 páginas, 4 pesetas.

III y IV. *Tratado único y singular del origen de los Indios del Perú, México, Santa Fé y Chile*, por el Dr. Diego Andrés Rocha, oidor de la Real Audiencia de Lima. (1681). Reimpreso en Madrid, 1891. 2 tomos, 6 ptas.

V y VI. *Historia del Almirante D. Cristobal Colón*, escrita por D. Fernando Colón, su hijo. Reimpresa en Madrid, 1892. 2 tomos, seis pesetas.

VII. *Conversión en Piritú (Colombia) de Indios Cumanagotos y Palenques*, por el padre Fr. Matías Ruiz Blanco, de la Orden de San Francisco, con 228 páginas, seguido de la *Relación histórica de todas las misiones de los P.P. Franciscanos en las Indias*, y proyecto para nuevas conversiones en las riberas del afamado río Marañón; Memorial dirigido al Rey Carlos III el 28 de Mayo de 1781, por fray Francisco Alvarez de Villanueva. Madrid, 1892. 3 pesetas.

VIII y IX. *Milicia y descripción de las Indias*, escrita por el capitán D. Bernardo de Vargas Machuca. (1599). Reimpresa en Madrid, 1892. 2 tomos, con el retrato del autor, 6 pesetas.

X. *Virtudes del indio*, por D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla de los Angeles. Madrid, 1893, con CLXXIII-94 páginas, 3 pesetas.

XI. *Tres tratados de América*, (siglo XVIII). Reimpresos ahora por primera vez, 1894, con 255 páginas, 3 pesetas.

XII y XIII. *Relación de las misiones de Indios Chiquitos en el Paraguay*, escrita por el P. Juan Patricio Fernández (1726). Reimpresa en Madrid, 1895. 2 volúmenes, 6 pesetas.

XIV y XV. Román.—*Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú, antes de la conquista* (1575). Reimpresa en Madrid, 1897. 2 volúmenes, 6 pesetas.

Acabóse de imprimir el tomo XIV de la
COLECCIÓN DE LIBROS QUE TRATAN
DE AMÉRICA, en Madrid, en la
imprensa de Gomez, calle
de la Cabeza núm. 36,
á 29 dias del mes
de Marzo de
1897



REPÚBLICAS DE INDIAS

IDOLATRIAS Y GOBIERNO

EN MÉXICO Y PERÚ

ANTES DE LA CONQUISTA

ORDENADAS POR

FR. JERÓNIMO ROMAN Y ZAMORA.

Cronista de la orden de San Agustin.

**Fielmente reimpresas, según la edición de 1575
con una ADDENDA de las noticias
que hay en la CRÓNICA, del mismo autor,
impresa en 1569.**

TOMO II.

MADRID: 1897

Victoriano Suárez, Editor.

Preciados, 48.

COLECCIÓN DE LIBROS
= RAROS Ó CURIOSOS
QUE
TRATAN DE AMERICA

TOMO XV

CAPITULO XI

*Del origen del reino y monarquía del Perú,
de su incremento, de la potencia y riqueza
destos Reyes, cómo sucedían y here-
daban el reino.*

Querer tratar del origen y principio de la república del Perú y de los primeros Reyes que en él hubo, cierto es cosa dura y áspera, porque como no tengamos historias ni memoriales, tanto más dificultoso será de creer lo que se escribiere, cuantos menos testigos hay de la verdad.

Todavía por sus cantares y otras memorias que se hallan, diremos lo que los primeros que fueron en el descubrimiento de aquella tierra nos dejaron, no de todos, mas de los que fueron

personas de autoridad y amigos de inquirir verdades; para luz desto quiero ante mano contar una fábula donosa que aquellas gentes tenían por cosa verdadera y cierta, y fué esta:

«Acerca de la gran ciudad del Cuzco, cuatro leguas, poco más ó menos, hay un lugar, de los más antiguos de aquella tierra, llamado Pacaritango, en el cual hay ciertas cuevas hondas y obscuras, y en ellas, según se tiene por averiguado, vivieron tres hermanos con tres hermanas suyas, que eran juntamente mujeres, y los moradores de aquella tierra creen que los crió allí Dios.

•El mayor dellos se llamaba Ayarudio, el segundo Ayarancia, el tercero Ayarmango, la mujer del primero se decía Maragua, la del segundo Mamacora, la tercera Mamaoclo.

•La conversación de ellos con sus hermanas, aunque parecía de entre marido y mujer, no lo era en la verdad, mas viviendo castamente, no eran en su trato más que hermanos con hermanas.

•Ya grandes y de edad, salieron todos seis de aquellas cuevas de Pacaritango, con intención de poblar adonde después fué la ciudad del Cuzco, y hoy está entre este lugar y el Cuzco, (según parece) un cerro llamado Guay-

nacanri, donde los dos primeros hermanos con sus mujeres desaparecieron y nunca después dellos se supo cosa alguna, por lo cual creyeron que los había llevado Dios al cielo y hasta el presente tiempo perseveran en esta opinión, y cuando se habla de su antigüedad siempre comienza por aquí, y no es maravilla que esta gente bárbara se persuadiese á esto, pues los romanos, que se tenían por tan repúblicos, creyeron que su Rómulo ó Quirino fué llevado al cielo, siendo verdad que iba hecho pedazos entre las togas y vestiduras, dichas Trabeas, que llevaban aquel día los magistrados.

•De este arrebatamiento de aquellos hermanos sucedió que aquel cerro fué reverenciado y tenido en mucho de los moradores de la tierra, y así edificaron un suntuosísimo templo, del cual hasta hoy hay ruinas y rastro.

El tercero hermano, que era el menor, llamado Ayarmango, con su mujer y hermana Macollo, pasaron adelante y llegaron adonde hoy es el Cuzco, adonde hallaron algunos moradores, y allí vivieron pacífica y amigablemente con aquella poca vecindad.

Era este Ayarmango hombre de buen seso y sosegado, por lo cual aquellos pocos vecinos lo estimaron en mucho, y lo escogieron por su se-

ñor, y diéronle luego sitio para edificar casa y palacio; comenzó á ser servido y tratado como señor y mayor de todos, y señaláronle heredas adonde cogiese su maíz y las otras raíces de que se mantenian aquellas gentes.

Esto que aquellos pocos vecinos del Cuzco hicieron entonces les salió bien, porque lo hallaron muy justo y piadoso y amigo de todos, de manera que aunque lo habian hecho señor, él era entre ellos como compañero, por lo cual aquellos pocos y otros vecinos, oída su fama, lo alzaron en Rey y señor común, de manera que de allí adelante fué habido por Príncipe de aquella gente.

Ayarmango. Inga. 1.

Este Ayarmango, como dije, tenia una hermana, la cual fué á este tiempo juntamente mujer, de la cual hubo un hijo que se llamó Cinchiroca Inga, el cual sucedió después al padre en el reino y riquezas.

Casarse hermano y hermana. Inga 2.

Este casó con una señora llamada Mamacoca, natural hija de un señor de un pueblo que es-

aba cerca del Cuzco; hubo en esta un hijo llamado Lluchi Impangi, y fué el tercero señor, y este casó con otra señora llamada Mamacagupata, é hija de un señor de otro pueblo dicho Mas, tres leguas del Cuzco.

Inga. 3.

Este tuvo un hijo en su mujer, que dijeron Indimaythacapac, que fué el cuarto, el cual casó con otra señora llamada Mamachiancha, hija de un señor de un pueblo dicho Sañe, una legua del Cuzco.

Inga. 4.

Este cuarto señor del Cuzco fué heredero de todos los pueblos, cuyos señores habian dado sus hijas á los Ingas pasados, y así comenzó á ser poderoso.

Este Indimaythacapac tuvo un hijo, al cual puso nombre Capac Yupangi, el cual sucedió al padre y fué quinto Inga.

Inga. 5.

Este casó con otra señora, hija del señor de

Yarmacha, cerca del Cuzco (llamábase la mujer Indichigia) y fué el quinto Inga, como dije.

Hubo este Capac Yupangi un hijo en su mujer, que tuvo nombre Ingaroca Inga, que sucedió en el estado á su padre; casó este señor con una hija del señor del pueblo Guayllaca, en el valle de Yuca, llamada Mamamicay, y fué el sexto Inga.

Inga. 6.

Este hubo un hijo llamado Yaguargua Caci Inga Yupangi, el cual heredó los estados de su padre, que eran grandes.

Inga. 7.

Este fué séptimo Inga, y casó con una señora llamada Mamachiguia, hija del señor de Ayarmacha, pueblo vecino al Cuzco; tuvo un hijo que le sucedió, y llamóse Viracaha Inga.

Inga. 8.

Este fué el octavo Inga; sucedió á su padre y casó con otra señora llamada Miamarunto

Caya, hija del señor de Ancha, en el valle de Xachixaguana, cuatro leguas del Cuzco.

Este fué famoso hombre entre los otros Reyes, y muy amado de todos sus vasallos, por lo cual, teniéndole envidia un cierto señor, juntando cuatro señoretas, comenzó á le hacer guerra, y le dió la batalla junto á un pueblo llamado Mechina, cerca de una laguna que allí habia, y él, confiando de su justicia, juntó sus gentes, y tan buena maña se dió, que les venció á todos cuatro, y en pago de su demasía quedó el que levantó la guerra preso, y le fué tomada la tierra, y con los demás se hizo lo mismo, por lo cual aumentó este octavo Inga su gran Imperio y señorío en gran manera.

Hubo este gran Rey un hijo, y llamábase Pachacuti Capac Inga Yupangi, y heredó todos los reinos y estados de su padre, en el cual tiempo el nombre de los Ingas era muy famoso y estimado por muchas provincias, y era poderoso en paz y en guerra, porque se habia multiplicado la gente, á causa de que como tenían todos más mujeres que una, tenían muchos hijos, y así podia formar en tiempo de guerra un valeroso campo.

Este tuvo muchos hermanos, entre los cuales tres fueron más valerosos.

Este señor que fué el noveno Inga, casó con una hija del señor de Chucu, que está cerca del Cuzco, llamada Mamahana Guarqui, y él fué el que ganó y señoreó todo lo que hoy llamamos Perú; la causa de crecer tanto su señorío fué esta:

Hay en aquella región una provincia, entre otras grande y extendida, llamada Andaguaylas, que es treinta leguas del Cuzco, de la cual eran señores dos hombres muy esforzados y de gran autoridad, y eran hermanos: el uno se llamaba Guamanguaraça y el otro Aucosguaraça.

Estos, ó con causa justa ó injusta, tuvieron guerras muy grandes con sus vecinos y comarcas, y siendo poderosos, salieron victoriosos, é ibanles comiendo la tierra, á manera de río furioso y bravo, y viendo que les sucedia todo bien, con la codicia de mandar y ensanchar su imperio (que ya es cosa antigua) pasaron adelante, de manera que llegaron á otra provincia que hoy se llama Condesuyo, tierra muy rica y muy poblada, y ganándola, llegaron á otra que se dice Collassuyo, que aún era más rica y más poderosa; pero no contentándose con lo que habian ganado, y pareciéndoles que todo el mundo habia de ser suyo, determinaron hacer gue-

rra á los Ingas, señores del Cuzco, que eran tenidos por grandes Príncipes.

Esto que deseaban luego lo pusieron por obra, y á manera de rayos y langostas, destruían los pueblos y se hacían señores, sin hallar resistencia.

Llegados cerca del Cuzco, Viracocha Inga, padre de este Pachacuti Inga Impangi, era ya viejo, aunque todavía señoreaba y mandaba; pero viéndose tan viejo y el gran poder que traían los dos hermanos señores de Andaguayas, y como casi toda la tierra les obedecía, parecióle que era imposible resistirlos, y así determinó huir y recogerse á unas fortalezas fuertes que estaban en el valle de Xaquijaguna, y comunicándolo con todos sus hijos, mujeres y criados, lo puso por obra y se fueron con él los que quisieron.

El tomó para su guarda y seguridad y para los más domésticos de su casa, la fortaleza que estaba al cabo del valle llamado Caquixacxaguant, porque era la más fuerte que había en toda aquella tierra, y las demás repartió en el resto que lo quiso seguir.

Tenia este gran Rey un hijo entre otros, y era el menor, pero de ánimo denodado y valiente, y que excedía á todos los otros.

Este dijo á su padre, viéndolo lleno de temor, que no se fuese ni desamparase la ciudad, y que se asegurase y no tuviese temor, que los enemigos no le entrarían, antes serían vencidos si les acometían, y díjole (ó que fuese verdad, ó que él se lo inventase) que el sol le había aparecido una noche soñando, y que le dijo que no tuviese miedo á la gente que venía, porque él le ayudaría á vencer sus enemigos, y que después lo haría gran señor.

Esto persuadió aquel mancebo valiente al pueblo y á su padre, mas el padre no lo quiso creer, y así se fué.

El mozo, viendo que muchos huían á los lugares fuertes, comenzó á persuadir á muchos que no dejasen sus casas y todo lo que tenían, pues era cierto que todos los contrarios no serían poderosos para vencerlos, si solamente tomasen las armas.

En fin, dos tíos suyos hermanos de su padre, queriendo agradar al sobrino, determinaron morir con él, y hallarse en el fin de aquel suceso que prometía aquel mozo poco experimentado, aunque gran amigo de seguir las armas.

Pudo mucho el quedarse los tíos con él para que muchos siguiesen su deseo y tomasen las armas para defender sus hijos y mujeres,

El mozo, viéndose ya obedecido, y que habia quien siguiese su deseo, aparejó todas las cosas necesarias á la guerra, y esto con gran priesa, porque los enemigos estaban ya cerca.

Los contrarios, confiados de lo que habian hecho y que no hallaban contradicción, venian sin temor, y así llegaron junto á la ciudad del Cuzco; pero el valeroso capitán puso su gente en orden, y sacóla en campo, y persuadiéndola á que hiciesen como buenos soldados, y que estuviesen ciertos que habian de vencer.

Afrontáronse los dos ejércitos tan valerosos, y trabándose la batalla, el mozo animaba á los suyos, y él hacía maravillas, porque parecia un león, y no habia alguno de los suyos que no hiciese lo mesmo, porque sabian que si no salian vencedores habian de quedar hechos siervos, y así vendian todos sus vidas bien caras y todos ellos peleaban valerosamente; la batalla tuvo gran pieza del día, en la cual murieron muchos dellos de ambas partes; pero al cabo el mancebo liberal supo capitanear tan bien á los suyos, que después de gran rato se vió claramente que iban de vencida los dos hermanos tan valerosos, y luego huyeron y fueron presos y muertos muy principales hombres del ejército enemigo, de manera que el campo quedó por el

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 2

Inga. Dicen hasta hoy todos los indios, cuando se habla de aquella valerosa batalla, que todas las piedras que había en aquel campo se tornaron hombres para pelear por ellos, y que todo aquello hizo el Sol por cumplir la palabra que al valeroso Pachacuti Inga Yupangui, que dió así se llamaba también este mozo valeroso.

Habida tan señalada victoria, fueron los dos tan famosos hermanos presos, los cuales viendo cuán grande había sido el poder del Inga, enviaron sus mensajeros á todos los capitanes y gobernadores que quedaban en las provincias que ellos habian ganado, que viniesen á hacer reverencia y á reconocer vasallaje al valeroso señor Pachacuti Inga Yupangui, porque él sólo merecía reinar, por el esfuerzo de su persona, y dende adelante fué habido por Emperador y Monarcha de aquella gente, y así vinieron todos luego, así capitanes como señores y otras personas principales, y le dieron la obediencia.

Y todos los señores naturales viendo que estaban presos los dos tan famosos hermanos, públicamente dieron gracias porque los habia librado de la tiranía suya; porque los trataban mal los gobernadores, y habíanles quitado todos sus pueblos sin justicia, y suplicaron al

hijo del Inga que los recibiese de allí adelante para siempre por suyos, y fuese su señor, para que los defendiese y mantuviese en paz.

Sabida por Virachoca Inga la victoria del hijo luego se volvió con toda su casa al Cuzco, adonde se hicieron muchas fiestas á su modo por tan gran victoria.

El padre viejo viendo la prudencia y esfuerzo de su hijo menor Pachacuti, y que con el Sol tenía tanta familiaridad, determinó renunciarle el reino que él poseía con todas las provincias que se le habían sujetado de su propia voluntad.

El mozo aceptó alegremente la renunciación del padre, y comenzó á gobernar los reinos con tanta prudencia y majestad como si fuera mayor de edad ó hubiera gobernado gran tiempo, y así fué de todos alegremente recibido por su Rey y señor, porque en él hallaron justicia y amor y todas las demás cosas que mereció muy bien que le diesen este nombre Pachacuti Capac Inga Chupangi, que quiere decir, vuelta del mundo; y decían que por eso le habían puesto aquel nombre, porque después que él comenzó á gobernar, todas las cosas se habían mejorado y que había dado una vuelta el mundo.

Voló la fama desta victoria por todas aquellas provincias y por todo aquel mundo, por lo cual muchos señores de provincias muy remotas, á manera de aquel gran rey Salomón, le vinieron á visitar y á hacer reverencia y darle presentes muy magníficos.

10.º Inga.

Después deste Pachacuti Capac Inga Yupangi, sucedió en el reino Topa Inga; á éste le sucedió su hijo Guaynacapac, y en tiempo deste entró Pizarro en aquella tierra, y á Guaynacapac sucedieron Guascary Atapalipa: y al cabo permaneció el reino en el Atapalipa, y éste fué el último Rey, como lo veremos al cabo deste libro, cuando tratemos de la caída deste reino.

11.º Inga.

Yo quería guardar en esta historia del Perú el orden que llevé en la de las Indias, porque fui tratando de sus leyes y qué orden tenían de vivir y guardar justicia, y no puedo aunque quiera, si no es desdorando las cosas hermosas que hubo en esta república, y así de-


termino que ya no puedo dar á entender lo que deseo distintamente, por el orden pasado, á lo menos porque agora guardaré será grata y lo será en escribir la vida del noveno Inga, dentro de la cual ponné cosas tan maravillosas que aquel Rey ordenó, que sin duda creo que ha de ser este desorden gran orden y muy grato, y con esta confianza quiero comenzar capítulo.

CAPITULO XII

Como comenzando á reinar Pcahacuti Capac Inga Chupangi, luego trató de que hubiese religión y templos al Sol, y cómo dividió su reino en diversos estados de gentes.

Ya en el capítulo pasado dije lo que hacía al caso en lo tocante al principio de la Monarquía de los reyes del Perú, y puse la sucesión de unos á otros, y cuando llegué al nuevo Inga, mostré como fué valeroso, y siendo el menor se llevó el reino de su padre; agora diré brevemente algo de la gobernación deste Reino, y cómo se hubo en él.

Cuanto á lo primero, cierto se ofrece ocasión de tratar de pasada cómo estos reyes vinieron á ser tan poderosos, y dilataron y extendieron



su reino, y seméjase algo al imperio romano, porque aunque los romanos al principio movieron algunas guerras injustas, ó fueron causa que otros contra ellos las moviesen justas.

Tal fué la de los Sabinos, que ordenaron una solemne fiesta dentro de la nueva Roma, para que viniendo á ella prendiesen las doncellas para tomarlas por mujeres, como lo cuenta Tito Livio (Déc. 1., lib. 1.); y después siendo más poderosos, codiciosos de dilatar su imperio, hicieron hartas injustas guerras, como lo dice San Agustín (De civit, lib. 1, cap. 31), y Paulo Orosio, y otros muchos historiadores, y así vencieron muchas naciones; de manera que su nombre fué famoso por todo el mundo, y así nadie se les atrevió (Lib. 4, c. 15), y á esto parece caminar San Agustín, hablando de la ventura que Roma tuvo en las armas (Lib. 1, cap. 8).

Y así en los Macabeos se muestra que oída la fama de los romanos, Judas, capitán del pueblo hebreo, envió embajada solemne al senado para ser su amigo y á tratar de liga contra cualesquiera que les ofendiesen, y fuesen amigos de amigos, y enemigos de enemigos.

Desta manera parece que el reino de los In-

gas del Perú vino de poco á ser algo, y de algo á ser mucho; de manera que todas sus hazañas se divulgaban por todo aquel mundo y por la nombradía que habia de ellos muchos que no habian sabido ser sujetos se dieron á la obediencia suya, y los demás se ofrecian por amigos suyos.

Esto parece que sucedió más prósperamente al noveno Inga, que fué Pachacuti Capac Inga Yupangi, porque este siendo hombre virtuoso y valiente, ordenó aquella república, la cual como muy bárbara, ni tenia culto divino ni leyes por donde gobernarse hasta que él vino, y así él puso en orden y concierto, y sólo se guardó y conservó hasta que los españoles entraron á conquistar la tierra.

Lo primero que ordenó, fué tratar de la religión como otro Numa Pompilio, segundo rey de Roma, y comenzó á hacer templos al Sol y señalarle sacrificios y ministros, como ya largamente quedó visto en el primero libro.

Después de lo que tocaba á sus dioses, dió orden en la policía de la república, y para que en todos sus señoríos y reinos fuese común la gobernación, juntó cortes en el Cuzco, cabeza de aquella gente, adonde se hallaron todas las per-

sonas principales que habia en su reino, para que viendo lo que allí se ordenaba, cada cual en su provincia lo guardase.

Lo primero que acerca desto hizo, fué dividir toda la ciudad del Cuzco, que ya era muy populosa, en dos partes, ó barrios ó bandos.

El uno y más principal, llamó Hanacuzco, que quiere decir, la parte ó barrio de arriba del Cuzco.

A la otra puso Hurincuzco, que significa el barrio de abajo.

El barrio de arriba repartió en cinco partes ó calles: á la mayor y más principal llamó Capacaylo, que quiere decir, la calle del linaje del Rey, é hízola muy poblada y puso diversas gentes de todos estados, para que con la honra fuesen más estimados y amasen más la persona del príncipe.

La segunda calle llamó Yñacapananca.

A la tercera, Cuccopanaca.

A la cuarta, Ancayllipanaca.

A la quinta Vicaquixaupanaca; á cada uno destes barrios señaló su número de gente, y así repartió por bandos y familias toda la ciudad, de manera que ninguno se hiciese con otro para levantar sedición.

Del primero barrio hizo á un su hijo capitán,

que era el mayor y que le habia de suceder en el reino.

El segundo y tercero, señaló á su padre y descendientes por la línea transversal.

El cuarto á su abuelo y descendientes, también por la misma línea.

Y el quinto, á su bisabuela, por el mismo orden.

El barrio segundo, que era la otra parte de la ciudad, lo repartió en otras cinco calles, á la primera llamó Vzcamayta, y desta hizo capitán á los descendientes del segundo hijo del primer Inga que reinase después dél.

A la segunda nombró Apomaytha, de la cual constituyó capitán al hijo segundo del segundo Inga, y por este orden subordenó que en el tercero, cuarto y quinto barrio sucediesen en la administración los segundos hijos del tercero y cuarto y quinto Inga, aunque no creció tanto el Imperio, y así no hubo efecto.

Esta orden y división hizo según dicen los viejos por dos respectos: el uno para que estando así divididos por sus barrios y grandes capitanías, se pudiese tener mejor cuenta y noticia de la gente que habia para todas las cosas que los Reyes Ingas los hubiesen menester, ó fuese para la guerra, ó para otras obras públi-

cas, y también para que cuando se pagasen las rentas reales ó se echasen tributos y otras imposiciones, se tuviese orden en cogerlos.

Lo segundo, para que dividió aquella ciudad en tantos barrios fué para que, como hombres que tenían diversas opiniones, y que presumía cada uno de ser tan bueno como otro, al tiempo que el Rey los hubiese menester para alguna necesidad y afrenta, hallase cada bando tan hecho á ganar honra que por pasar adelante al otro hiciesen cosas grandes y señaladas, imitando en esto á lo que hoy vemos en toda nuestra España, que divididos los vecinos en colaciones ó parroquias cuando son llamados para la guerra, ó para otras obras del bien público, cada parroquia presume demostrarse ser más, ó sacando libreas, ó haciendo mejor aquello para que se ayuntan, ó son llamados.

Hizo edicto, y publicó ley, mandando que todos los señores principales de vasallos hiciesen lo mismo, dividiendo todos los lugares en dos partes, y después cada parte fuese desmembrada como las del Cuzco.

Después dividió todo su reino en dos partes con nombres muy distintos, llamando al medio reino Hanan, y al otro medio Rurin, que era tanto como decir nosotros, castellanos y arago-

neses, y así cuando alguna provincia habia de hacer alguna obra pública por mandado del Inga, ó pagar algún tributo, cuando venia al Cuzco tenía su distinto lugar la de Hanan, y distinto la de Rurin, y desta manera habia gran concierto, y no se embarazaban tanto aunque fuesen muchos los que venian, y así también se veían cuáles eran más diligentes y prestos para el servicio del Rey, y cuáles lo hacian mejor: esto no solo era en las cosas que tocasen á tiempo de paz, mas en cualquier llamamiento que se hiciese, y en cualquier fiesta y regocijo público, y en tiempo de paz y guerra.

Cosa notable fué como fué obedecido este príncipe, y como introdujo lo que quiso, sin serle resistido nada.

Usó de un ardiz notable para perpetuar lo que hacía y para que se entendiese que no lo hacia á caso, y fué, que los persuadió á que era hijo del Sol, y así se intitulaba por este vocablo Capaiga, que quiere decir Solo señor; y añadía otro título de que más se gloriaba, que era de gran excelencia, y este era Indichurí, que significa hijo del Sol, y decían que el Sol no tenía otro hijo sino á él, y que él no tenía otro padre sino al Sol, y así, cuando hacía ú ordenaba alguna cosa para bien de la República,

luego decía que aquello era determinado por el Sol.

Parece que esta industria de que aquí usó este Inga, fué semejante á lo que leemos de Numma Pompilio, el cual decía cuando mandaba algo que se lo decía Egeria su mujer, que era una Nimpha, y que de noche tenia su consejo con ella, y ordenaban las leyes, y que él no hacia más que promulgarlas, porque en lo demás todo era por determinación de la Nimpha, que era diosa de la agua, (lib. 15) como lo nota Ovidio en sus *Methamorphoseos*, (lib. 3) y en los *fastos*.

CAPITULO XIII

De las cosas que ordenó y proveyó en sus reinos este príncipe para bien de su reino, y provecho común.

Después que dividió todas sus ciudades y lugares principales en regiones ó parroquias, dió orden como cada pueblo tuviese los oficios necesarios, para que cada uno hallase lo que hubiese menester.

Esto hizo él con gran prudencia, porque lo primero que hizo fué contar de cada oficio cuántos maestros habia en sus reinos y después hizo diligencia que se mirase qué pueblos había dispuestos para labrar campos, cuáles para labrar oro y plata, cuáles para hacer mantas y otras cosas, y según hallaba la disposición, así pro-

veía de oficiales de nuevo, ó añadía adonde aquella arte se podía multiplicar, de manera que como hoy en Segovia se tratan las lanas, en Valencia, Murcia y Granada la seda, en Salamanca los reposteros, en Alcaráz las alhombas; así en el Perú había pueblos adonde se trataban unas cosas, más en unos pueblos que en otros.

Tenia en esto gran orden que si sacaba de un pueblo oficiales para otros, enviaba con ellos sus mujeres y familia con todo su ajuar, y allí los señalaban casa y tierras y campos adonde sembrasen.

Otras veces se trocaban las vecindades de unos pueblos en otros, de manera que si en uno había plateros y faltaban labradores, enviaba plateros, y traía quien labrase y cultivase la tierra.

Toda la diligencia que pudo hizo, porque se conociesen las tierras para que eran de manera que miraba cual daba frutas, cual semillas, cual algodón y así en todo lo demás.

También miró las condiciones de las gentes y sus inclinaciones naturales, y así los mudaba de una parte á otra, para que el bullicio se hiciese quieto adonde las gentes eran más mansas y quería que supiesen todos por qué hacía

aquello, porque desta manera cada cual supiese lo que habia de hacer según la voluntad de su señor.

En las fronteras de su reino no estaban escuadras ni capitanías de soldados, por vía de paga, ó para que por tiempo sirviesen, mas puso por todas las partes por donde se dividía el reino, los más esforzados hombres que hubo en su reino, y los que vió inclinados á la fuerza, y á seguir las armas, y á los vecinos quitóles de alli y metiólos dentro del Reino, y á los tales que habian de guardar la tierra y defender el reino, mandó que fuesen con sus mujeres y familia allá: y porque esto hiciesen de mejor gana, dióles muy grandes campos que rompiesen y que hiciesen castillos y fortalezas adonde se defendiesen y concedióles privilegios, por donde pareciesen ser más nobles.

No mudaba las gentes á tierras, así á poco más ó menos; más procuraba que fuese la tierra adonde los ponía muy conforme á la que dejaban, porque así se hallasen mejor y más sanos, y así sintiesen menos la propia y natural: tuvo singular cuidado de saber cuántos vasallos tenía su reino y cuántos viejos y viejas, cuántos niños y niñas, cuántos mancebos y doncellas, y sin esto miraba cómo iban creciendo en edad,

porque llegados á edad de veinte y cinco años, luego procuraba que se casasen.

En fin, no hubo criatura racional, que él no supiese en su reino de que vivía, qué edad tenía, cuando moría y nacía.

Para esto dió este orden, que toda la tierra se dividía por centurias, que ellos llamaban Padiacas, estos tenían cargo de cien hombres.

Sobre estos Centuriones había otros Milenarios, que se llamaban Guarangas; cada uno de estos tenía mil hombres, que eran diez Centurias.

Habia otros más principales, que se llamaban Huños, que mandaban diez mil Indios, estos eran como propios señores, que eran los que señoreaban aquella tierra, cuando eran libres y no conocían Rey.

Sobre estos diez mil Indios que contenía una provincia, ponían un Visorey, ó gobernador, que era persona de gran autoridad, y siempre era deudo, ó muy privado.

Este magistrado se llamaba Tocrico, que quiere decir Veedor de todas las cosas, porque tenía éste cuidado de ver todo lo que acaecía en aquella provincia, así de remediar las necesidades de los pueblos, como de hacer que fuesen

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 3

bien tratados los vasallos de los inferiores señores. Cada uno de estos señores tenía la jurisdicción limitada, porque no podían en sus vasallos ejecutar pena de muerte, ni mutilación de miembros, ni sacar sangre; solamente reconocían de los agravios menores, como eran rencillas livianas, si se hablaban algunas palabras descorteses, y esto se determinaba con llevarles algunas penas pequeñas, ó concertándolos por vía de paz y reprendiéndolos.

Los señores de mil vecinos tenían más autoridad, pero con todo eso no condenaban á nadie á muerte, si el caso no era tal que ya de suyo mostraba ser digno de aquella pena, y aún entonces era avisado el Tocrico, que como dije, era como Visorey.

Si el delito era grave y el que lo cometía era algún señor, no procedía contra él el Visorey, mas daban parte al Rey Inga, y así si había de morir por ello ó llevar otra pena, el Rey pronunciaba la sentencia.

Estos números de vasallos que tenían estos señores, no se entendían de los que eran de menor edad, y estos eran los que no habían llegado á cincuenta años, porque hasta allí, aunque fuesen casados, no tenían cargos en la República ni se contaban por vecinos.

Todos los caminos aderezó, y principalmente hizo dos por donde fuesen á todo su reino.

Esta fué una obra la mayor que se hizo jamás en el mundo, porque sin duda excedió á todas las obras romanas y á cualquiera de las siete maravillas del mundo; su largura fué ochocientas leguas, y por parte iban mil y más leguas, según que todos los españoles vieron y escribieron en muchas memorias que nos dejaron.

El uno destos caminos iba por los llanos, y el otro por la sierra y montañas, mas aunque era hecho en montañas, no por eso era agro de subir, mas tan llano como la palma, porque todas las sierras se ahondaron para que viniese igual como por los valles; su anchura era por lo más estrecho de manera que podian correr á las parejas muy holgadamente seis caballos; van estos caminos tan derechos como una calle ordenada por nivel y compás.

Por aquellas partes adonde habia cuestras que humanamente no podian allanarse, estaban hechas unas escaleras, hechas de losas de tanto primor, que en los jardines reales ni en los palacios de grandes Príncipes no se pueden labrar mejores; toda la obra tenia por los lados unos baluartes muy anchos y fuertes.

Las acequias y ríos que pasan y atraviesan aquellos caminos, tenían sus desagüaderos y corrientes por debajo del camino con gran artificio, de manera que no corrían peligro los caminantes, ni tenían necesidad de barcas ni puentes; en la mayor parte destos caminos estaban señaladas las leguas y medias leguas en unas piedras, con señales que se dejaban entender.

Esto hoy parece desde el Cuzco hasta el Estrecho de Magallanes, de manera que el caminante, sin reloj, sin otra cuenta alguna, sabe donde va y cuánto ha caminado.

No eran estos caminos solos y despoblados, porque pasaban por medio del Cuzco y por otras poblaciones grandes, y de cuatro en cuatro leguas, y algunas veces de tres en tres leguas, había ciertas caserías (como ventas acá entre nosotros) y de seis á seis leguas, y á lo menos á doce, había pueblo.

Estaba el cargo de reparar estos caminos á los vecinos de cada provincia por donde atravesaban, y no había en esto descuido.

En el camino alto, por ser tan áspero, no había cosas tan agradables de ver como en el llano, porque el que iba por la planura era más ancho y con más cosas que ver.

Primeramente, todo el camino estaba lleno de árboles de diferentes suertes, de manera que podían ir con la gran furia del sol por debajo de las sombras, y cuando había lugares arenosos por donde el camino iba, porque no podía haber árboles, había columnas de piedra y madera y sus cobertizos.

Puso grandes alhóndigas y casas de provisión por todo el camino, porque no faltase nada á los caminantes.

Dividió la tierra que le cabía á los templos, y para sí, y aquella mandaba granjear y que la cultivasen, y de aquello comía él y todos los de su casa, y lo que le sobraba poníalo en lugares públicos, para suplir la necesidad del reino; no llevaba grandes pechos, mas solamente le daban una cierta medida, más por reconocimiento que no por vía de tributo. Tenía grandes depósitos de ganados y delana, porque de esta manera no fuese cargoso á los pueblos.

De tres en tres años visitaban aquellos Visoreyes los depósitos de sus provincias, y tomaban estrecha cuenta á los que tenían cargo de guardar aquella provisión.

Tenía sus postas para saber lo que quería de presto, y para enviar con brevedad á proveer negocios de importancia.

El orden que se tenia en esto era este: mandó hacer este Rey en cada legua tres casillas ó tendejones arrimadas al camino, de manera que de mil en mil pasos habia una, y allí estaban en cada una dos indios, por espacio de un mes, el cual pasado venian otros dos.

El uno velaba toda la noche y el dia, y el otro descansaba.

Ponia estos dos indios el pueblo, en cuyo término estaban las chozas ó casillas.

Cuando el Rey queria enviar á mandar algo á algún pueblo ó provincia, ó á los señores ó gobernadores, ó ellos respondian ó pedian algo al Rey, decian á los indios de la primera posta que llevasen aquel recado que le daban, y luego el uno que le cabia aquel dia caminar, ponia en la memoria lo que le mandaban (que no habia cartas) y corria aquellos mil pasos con toda furia, y quando llegaba cerca de la otra posta, iba dando grandes voces como agora lo hacen nuestros correos con las cornetas, y salia luego el otro y recibia luego la embajada, y sin detenerse corria adelante, y desta manera iban de mano en mano, y con tanta presteza se hacia esto, que quinientas leguas se andaban dentro de tres dias y medio.

Tanta era la presteza destas postas, que en-

tre las otras cosas que los Ingas tenían por magnificencia era esta una, así cada día comían pescados frescos traídos de ciento veinte leguas, de manera que pescados en el mar de Tumbez, venían al Quinto dentro de veinticuatro horas.

Llevaban estos correos sus señales para que fuesen conocidos y les fuese dado crédito en el negocio que llevaban, y estas eran un palo de palmo y medio con ciertas señales; llamábanse estos correos en la lengua del Perú Chanzquis, que quiere decir el que toma, porque recibía el mensaje uno de otro.

Había entre esta gente una cosa notable, y es que si caminaban hombres y mujeres juntos, habían de tener diferentes sendas, de manera que no habían de ir juntos.

Y lo mesmo acaecía en las puentes, porque donde quiera que habían de pasar por ríos, había de haber puente para hombres y puente para mujeres.

Todos los pueblos y provincias tenían sus límites y aldeaños señalados con sus mojones.

Teníase por ley en estas gentes que cada pueblo anduviese señalado para que fuese conocido, de manera que si venían á la presencia del Rey Inga por la señal que cada provincia

traía, sabia de donde era, y con la otra señal de que venia señalado otro, con aquello entendia de qué milenario era, y de qué centuria, que cierto era cosa notable; unos traían unos aros de cedazos, otros los cabellos trenzados, otros revueltos á la cabeza, y así cada uno tenia señal conocida.

Esto de las señales no solamente se guardaba en lo que ponian sobre la cabeza, mas cuando naciañ los niños, las comadres les ponian las cabezas de tal manera, que aquellas señales le viniesen bien.

La magestad de los Reyes Ingas era grande, porque ningún Rey súbdito suyo podia entrar sino descalzo á su presencia, y desta manera todos los grandes señores andaban en su presencia muy humildes, nadie se asentaba delante dél, ni podia tener silla ningún grande del reino dentro de palacio, sino concediéndoselo por privilegio y merced.

Andaban los Reyes Ingas en andas de oro macizo, que las llevaban los indios, y era gran favor y honra el llevarlas.

Otro alguno tampoco podia andar en andas, sino por especial privilegio, y alcanzábanlo pocos.

Todos los grandes del reino estaban obliga-

dos á enviar sus hijos á la corte del Rey, porque allí se criasen y aprendiesen la lengua principal, y así se hiciese gente política y ordenada, y se ensayasen en ejercicios de caballería, que también la habia como entre nosotros, según se dirá en el tercero libro.

Allí hacian homenaje al Rey de serle leales y fieles, y así la mayor deshonra que un indio podia adquirir, era ser traidor á su Rey, y por esto el que era traidor, y la provincia que una vez se rebelaba, la pena era privarla de las armas, por lo cual eran infames, de la manera que nuestros moriscos, que por ello los privaron deste ornamento tan noble para los hombres.

Cuando morian los señores y dejaban hijos ya de edad, luego el Rey les daba licencia para que fuesen á heredar á sus estados y á gobernar sus vasallos.

Mas si eran inhábiles, proveía el mesmo Inga de nuevo señor, y si eran de poca edad, quedábanse en la corte, y enviaba otro gobernador, hasta que fuese de edad el señor nuevo.

Cuando algún caballero había caido en algún mal caso, de manera que por ello mereciese muerte, aunque se ejecutase en él, los hijos no quedaban desheredados.

Teníase gran cuidado que la lengua general que era la del Cuzco, supiesen todos los otros reyes y señores de su imperio, lo cual él hacía porque por aquella via se amasen todos y así se conservase la paz.

Tenian así mesmo los Reyes hecha ley como se habia de dar limosna á los pobres, y para esto todos los Visoreyes enviaban el memorial de todos los pobres menesterosos que habia en su provincia, y el mesmo cuidado habia de los huérfanos y viudas, á los cuales todo proveia de sus rentas con mano liberal, y no por eso echaba imposiciones ni tributos.

No podían salir de sus tierras los indios para andar navegando sin licencia de sus gobernadores; de manera que el de Aragón no podia venir á Castilla, ni el castellano á Valencia; y si se desmandaban eran castigados ásperamente, y hacíanlos volver á su tierra.

No se permitian hombres ociosos ni vagabundos, habian de trabajar todos, y habian de dar cuenta de qué vivían.

Era costumbre que los Reyes tuviesen pobres cabe sí cuando comían, y estos eran tres ó cuatro.

Comian en público y en las plazas y calles todos, y el mesmo Rey el primero, imitando en

esto á las leyes de Licurgo, que mandó á los lacedemonios hacer lo mismo.

Salía el rey cada día en amaneciendo á la plaza, y allí estaba un buen rato; si hacía frío hacian lumbre; si llovía, tenian unos portales abiertos por todas partes á manera de lonjas. Las mujeres servian los primeros platos de la comida, y al rey la reina le daba la comida y después sentábanse cabe sus maridos, pero no se ponian cara á cara, mas de espaldas, de manera que ella comia en una mesa, y el marido en otra, pero comian de tal manera y bebían que se convidaban el marido y mujer y levantábanse ellos mesmos á darlo, aunque tuviesen criados, porque aquello era señal y prenda de que se querian y amaban.

Todos trabajaban comunmente, no comian más que dos veces al dia, ni tampoco permitian que si comian estuviese otro mirándolos, mas habia de comer de lo que comian ó se habia de ir, porque no podian sufrir que otro no recibiese de su comida algo, por la mucha humanidad que entre sí tenian.

Era tenido por cosa afrentosa el emborracharse, pero el beber mucho no lo era, antes el que bebía excesivamente, si no se emborrachaba, era tenido por hombre valiente.

Sus comidas eran muy pobres y simples, y en las demás cosas eran moderados.

Esto es lo que puedo hallar de sus costumbres en común, después adelante diremos algo acerca de otras cosas señaladas que tenían en paz y guerra, y de sus matrimonios y mortuorios.

CAPITULO XIV

De las leyes más principales que esta gente tenía, y por donde se gobernaba.

Hizo este rey Pachacuti Inga, otras cosas muy principales para dar principio á la república ó monarquía que en él había comenzado, y entre las otras cosas buenas que proveyó fué dejar leyes por donde se rigiesen, y así como se dijo arriba, tenía grandes graneros y depósitos de todo mantenimiento.

Estas provisiones de tres en tres años se renovaban, y quitando el grano que estaba añejo, y las carnes que ellos salaban, después de repartido todo en gente necesitada, se ponía de nuevo otro tanto ó más; esto ya estaba por ley

real que se habia de hacer así en este tiempo, y lo mismo estaba mandado para los que habian de tomar estado de vivir, porque de tres en tres años se casaban todos los que estaban para ello, y no habia falta en esto; á este tiempo pedia cuenta á todos los oficiales de su reino, y los gratificaba y castigaba si habia cosas contra ellos.

Habia ley contra los adúlteros, á los cuales mataban; si el hombre forzaba á la mujer, él moría. Los hurtos se castigaban áasperamente, porque al primer hurto en que hallaban al ladrón, si la cosa que tomaba era grande, luego moría por ello.

Esto se hacía, porque no se daba ocasión en el reino para hurtar, por causa y respecto de la mucha y abastada provisión que habia para todos, ó fuesen ricos ó pobres.

Hurtillos pequeños, como de frutas y alguna pluma, no se castigaban con rigor, ni venian las tales causas á la audiencia real, mas cada señor en su pueblo conocía de ellos.

El castigo era darle con una piedra ciertos golpes en las espaldas.

Los que mataban á alguno, morian por ello, sin esperar favor del Rey, porque en este caso, el grande y el chico eran iguales.

Los mentirosos eran castigados según la calidad de la mentira; pero si las mujeres eran notadas de este vicio, por pequeña mentira que dijesen, eran tresquiladas en pena de su delito.

Si hoy se guardase esta ley faltarían barberos, y no cabezas de mujeres tresquiladas.

Los hechiceros y brujos eran castigados cruelmente, principalmente los que causaban en las mujeres esterilidad, y en los hombres impotencia para engendrar, y los que mataban con hechizos; á estos tales no los castigaban adonde cometían el delito, mas traíanlos á la ciudad del Cuzco, adonde el Rey estaba y su corte, para que allí se señalase la pena que merecían, y se supiese más presto por todos sus reinos.

Los delitos que se cometían en perjuicio de la comunidad y de otras cosas graves, los visoreyes los castigaban, mas estos pocas veces condenaban á nadie á muerte sin particular consulta y determinación del Rey, porque como queda dicho, toda jurisdicción criminal reservaban los reyes para sí.

Si alguno de sus mayordomos y contadores era hallado en fraude y engaño, luego era muerto por ello.

Si algún señor era deudo del Rey ó de sangre real, cometia algún crimen por donde mereciese morir por ello, no lo mataban, porque era privilegio de las tales personas, empero condenábanlo á cárcel perpetua.

Esta era una pena cruelísima: tenían para esto una fortaleza fuera del Cuzco, que se llama Biubilla, y allí era encerrado hasta que moría.

Habia ley contra los que falseaban los pesos y medidas.

Habia ley que ninguno entrase ni saliese en la ciudad del Cuzco puesto el Sol, porque se supiese y conociesen todos los que entraban y salían en la ciudad y de donde venían, y á donde iban y de donde eran.

Otras muchas leyes tenían que eran necesarias para su república y aun para otra cualquiera de los cristianos que si se usasen, no harían daño; mas porque muchas dellas eran comunes á los de la Nueva España y á los del Perú, yo no quiero cansar al lector ni á mí tampoco.

CAPITULO XV

De lo que sintieron estas gentes de las Indias Occidentales de la creación del mundo y del primero regimiento que tuvieron con otras cosas al propósito.

La gente nuestra del mar Oceano, quanto más remota fué de la conversación nuestra, tanto más parece dificultoso el saber su origen y principio; muchas cosas han dicho, porque les parece que son antípodas.

Otros dicen que en ciertas comarcas de estos vivieron ó tuvieron comercio los criados del Rey Salomón.

Y alguno dijo que la isla de Santo Domingo fué habitada de gente sujeta al pueblo romano.

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV.

Las razones que cada uno da en este propósito, son flacas, por llevar ruines fundamentos y conjeturas sin apariencia; yo no tengo por qué gastar tiempo en averiguar esto, pues no escribo historia ni comentarios de los sucesos de estas gentes, mas lo que aquí pretendo es mostrar cómo vivían gentes tan remotas á nosotros, y qué ritos tenían en su religión, y cómo se gobernaban al tiempo que nuestra gente comenzó á tener trato y comercio con ellos; para esto no entiendo que es necesario comenzar por el origen destas gentes, ni cómo comenzaron á poblar aquella tierra, ó donde vinieron á la longitud y latitud de la tierra, ni medir los grados, porque esto quedará á los que tienen cargo de escribir las historias reales, si lo supieren hacer, pues llevan gajes y sueldo de su Rey y señor.

Yo sólo quiero llevar el orden adelante en lo que queda de decir, acerca de las costumbres que tenían en sus matrimonios y sepulturas, cómo acabó esta monarquía, y esto es lo que me parece que es lo que responde al argumento de mi obra, y á lo que lleva mi intento.

Cuanto á lo primero porque esta gente quede notada de haber sido política y no tan bárbara quanto algunos la pintan, diré en una palabra

cómo guardó el orden de vivir que todas las demás gentes que hubo en el mundo.

Ellos es cierto que es gente descendiente de Adan, como todos los demás hijos de los hombres; si aquella gente fué luego después del diluvio á poblar aquella tierra ó no, no hay para qué tratarlo ni averiguarlo, pues cierto es que entonces perecieron todos los hombres y animales, salvo los que se conservaron en el arca para la nueva restauración del linaje humano.

Si son del linaje de Japhet, ó Sem ó Cham, tampoco hay para qué tratarlo, porque sólo el pueblo hebreo se puede decir de dónde viene, y no otra nación del mundo.

Esta gente, aunque fué bárbara, todavia tenia noticia de la creación del mundo y del diluvio, no de la manera que nosotros lo creemos y sabemos, mas confusamente, y así decian que antes de ella no habia tierra, ni cielo, ni sol, ni luna, ni estrellas.

Tenian un error entre otros, y era que hubo un marido y una mujer que eran divinos, y llamóse el hombre Xchel, y la mujer Xtcamna, á estos daban padre y madre, los cuales engendraron tres hijos, y que el mayor con otros algunos se ensoberbecieron, y quiso hacer por sí criaturas, contra la voluntad del padre y ma-

dre, pero no pudieron, porque la obra que salió de sus manos fueron unos vasos viejos para servir en cosas viles, así como ollas y jarros, y áun cosas más bajas.

Los hijos menores, que se llamaban Huncheuen y Hunahan, pidieron licencia al padre y madre para hacer criaturas, y concediéron-sela diciéndoles que saldrian con ello porque se habian humillado, y así lo primero hicieron los cielos y planetas, fuego, aire, agua y tierra.

Después dicen que de la tierra formaron al hombre y á la mujer.

Los otros que presumiendo quisieron hacer criaturas contra la voluntad de los padres, fueron lanzados en los infiernos.

Todos los oficiales que tenian ingenio, como pintores, plumeros, entalladores, plateros y los semejantes, honraban mucho á estos dos hijos menores, y les pedian favor y ayuda para ser perfectos en sus artes y oficios, pero no los tenian por el Dios mayor, porque el Dios que tenian por supremo, como nosotros, llamábanlo en la provincia de Guatemala Cabouil. y en la de México Teult.

Esto es lo que tenian de la creación del mundo.

Tenian por opinión y por cosa averiguada

que habia en la otra vida infierno y que daban en él tormentos.

Cada provincia le tenia nombre señalado.

Los de Guatemala le llamaban Xibalba, y los mexicanos Mictla; decian que allí eran atormentados los hombres, y que eran comidos de muchos géneros de animales ó de sabandijas, y que sufrían grande hedor, y eran quemados, y que bebían podre, del cual habia en aquel lugar mucho.

Afirmaban que habia bocas de infierno, y que una estaba en un pueblo de la Vera Paz, llamado Coban, y que la habia topado el diablo, llamado Exbalanquen, que fué el demonio que los persuadió á sacrificar hombres.

Creían que habia espíritus y ángeles buenos y malos, aunque no les daban los nombres que nosotros.

Daban á entender estas cosas por lo que agora diré.

Cuando instruían los hijos para que fuesen buenos, les decian que mirasen cómo vivían, que no resistiesen ni contrastasen al que los guiaba, y que hiciesen lo que les aconsejasen, y que no diesén crédito al que los inducía á mal obrar, porque era el pecado, ó desdicha, ó mal acontecimiento, y cuando alguna adversi-

dad los sucedia, como írsele la mujer, ó á la mujer el marido, ó despeñárseles algún hijo, ó quemárseles la casa, ó venir otra desdicha, decian que habian encontrado al pecado y que les habia hecho el mal.

Habia entre ellos noticia del diluvio y de la fin del mundo, y llamábanle Butic, que es nombre que significa diluvio de muchas aguas, é interpretábanlo juicio de aguas, y así creen que habrá otro Butic, que es el juicio último; dicen que será de fuego, el cual dicen que verná al fin del mundo, en el cual han de revivir todas las criaturas, en especial las que sirven al hombre, como son las piedras en donde muelen su maíz ó trigo, las ollas, los cántaros, dando á entender que se habian de volver contra el hombre, y que se eclipsará la luna y el sol, diciendo que serán comidos, que es su manera de hablar, porque cuando hay eclipse dicen que es comida la luna ó el sol.

Finalmente, creen que ha de tener fin el mundo, y que las ánimas son inmortales, pero no tuvieron noticia del premio ó pena que habian de llevar después.

Creen que de ciertas personas que se escaparon del diluvio se poblaron aquellas sus tierras, y que á un hombre llamaban el gran padre y

á una mujer la gran madre; sin duda, según esto, parece que tuvieron noticia de Noé, que anduvo gran parte del mundo.

Después que cesó el diluvio, dice esta gente que multiplicados los hombres, hicieron pueblos, y viendo que tenían necesidad de cabeza y quien los gobernase, tenían reverencia á aquel de quien habian procedido, y así obedecían á aquel en lo que les mandaba y teníanle toda reverencia.

Cuando estos padres de familias morían, señalaban alguno de sus hijos ó algún pariente que fuese para ello, mayormente si era viejo y experimentado, que les sucediese en la gobernación, en lo cual no tenían respecto á que fuese el mayor de los hijos ó el menor, mas al que veían más hábil y prudente.

Y cuando se quería morir aquel á quien reconocían, decían: «Fulano sea vuestro gobernador», y luego desde aquella hora lo recibían por tal sin contradicción.

Siempre procuraban que ningún mozo gobernase, de manera que si el gobernador que moría tenía hermano, aquel precedía al hijo, y si no había hermano, elegían al pariente más cercano, y si no lo nombraba él, el pueblo lo elegía, y no había réplica ni contradicción en ello; pero

no habia de ser hijo de esclava, porque entonces era excluída la elección; mas como ellos tuviesen muchas mujeres, todas eran legítimas, como no fuese la mujer tomada en guerra ó comprada, porque estas eran propiamente entre ellos siervas y esclavas.

Es verdad que los hijos de la primera eran antepuestos, mas no por eso los demás eran desechados.

Después que el señor nuevo era nombrado y recibido por tal de todos, eran llamados todos los señores comprovinciales y vecinos, los cuales venian luego, y el que no podia enviábase á excusar y venia su hermano ú otra persona muy principal en lugar suyo, y cada uno traía su presente para el nuevo señor, y hacíanse grandes fiestas y convites, principalmente el dia en que lo juraban y le prestaban obediencia.

Llegada la hora y punto cuando lo juraban, juntábanse todos los señores que habian venido á este auto, y acompañaban al nuevo señor hasta el lugar público adonde habia de ser visto de todo el pueblo, y ponian una estera muy pulida en el suelo, y allí se sentaba en cuclillas, como ellos lo usaban y usan.

Y si era Rey ó señor supremo poníanle do-

seles, que eran ciertos paños muy galanos adonde se asentaba con más magestad.

Estaba entonces muy mesurado el señor, y llegábase á él uno de los más ancianos y principales de la provincia, á quien le pertenecía de oficio (como acá en España el justicia de Aragón) y decíale en nombre de toda la República que fuese para bien su elección, y que tuviese tal ventura en su gobierno y regimiento, que fuese su nombre celebrado por todas las tierras, y que sus pueblos y vasallos viviesen alegres y contentos.

Acabado aquel razonamiento, cada señor le hablaba y se congratulaba con él brevemente, según la calidad de la persona.

Hecho esto, que no era sino prestarle homenaje los unos y otros darle el parabién, se acababa la fiesta é ibanse para sus casas; todos los magistrados de los pueblos y procuradores quedaban con él y requeríanle para cuando quería que se juntasen los pueblos para labrarle casa, y que dijese de qué manera y adonde la quería hacer.

Y si era tiempo de sementeras luego iban á sembrar las tierras que estaban depositadas para los señores, porque allá nadie heredaba las rentas reales, sino el que sucedía en el reino

como hoy se hace en las dignidades eclesiásticas y en el imperio.

El modo que se tenía en pagar los tributos y dar al señor y Rey las rentas para sustentarse conforme á su estado era este:

En algunas provincias ó en las más tenían dias señalados para pagarlos, de manera que de ochenta en ochenta días le daban lo que eran obligados.

Los que cogian estas rentas eran los más, principales de los pueblos y quedábanles por su trabajo alguna pequeña parte, y si ellos no lo tomaban el Rey ó señor se lo daba.

Tenian otra manera de recibir tributos los señores, y era con título de conservar la paz con tal ó tal pueblo de tal provincia: de manera que pagaban unos señores á otros parias como lo hacian los Reyes moros á los Reyes de Castilla y León.

Y el modo de cogerlo era este: que el mesmo rey y señor era el primero que pechaba y contribuía para esto, y después iba por todos los vasallos.

Cogida la suma que se habia de llevar al tal Rey, señalaba solemnes embajadores y llevábanle la tercia parte de lo que se habia allegado, y llegados en la presencia del príncipe á

quien llevaban el tributo, lo primero que hacían era ponerle delante el presente, y después decían su embajada, y esto hacían estando en cuclillas, y allí le referían el amor que tenía su señor á sus cosas, y que quería refirmar de nuevo la amistad y paces, y pedíanle encarecidamente quisiese él hacer lo mismo.

Si el señor á quien venia la embajada no tenía alguna querella contra el príncipe tributario, respondía con rostro alegre y dábale las gracias por la voluntad que le mostraba, y por el reconocimiento que le hacia, y daba la quincena parte de lo que traían á los Embajadores y lo que se quedaba ofrecía á los dioses.

Algunos Reyes enviábanlo al templo, otros quemábanlo luego, como á sacrificio, y no hacer esto era gran pecado.

El mismo señor luego despedidos los Embajadores, hacia otros para confirmar las paces de nuevo, de la manera que los Príncipes de Europa lo hacen.

Mas si el señor estaba agraviado no quería recibir el presente y parias, antes despedia luego los Embajadores y no los veía, y enviaba á decir que si no le restituía los pueblos que le tenía, ó le deshacia los agravios, que desde luego le tenía por enemigo, y que no quería paz

con él. También usaban otros géneros de tributos, y estos eran que mandaban echar lo que nosotros llamamos derrama, por los pueblos para celebrar las fiestas ó sacrificios á sus ídolos, y para las comidas y convites que en ellos se hacían que eran cinco ó seis veces en el año, de la cual derrama ó sisa, compraban esclavos y esclavas para el sacrificio, según era la fiesta, y para hacer presentes á los que venían de otras tierras á solemnizar las fiestas porque aunque es verdad que los otros pueblos tenían las mismas solemnidades, con todo eso era costumbre que los unos pueblos enviasen á los otros el mismo día ciertas personas en nombre de toda la comunidad, para que asistiesen á los sacrificios, y esto se tenía por gran honra.

No se gastaba todo este tributo en los sacrificios, mas la mitad, y el resto era de los Reyes, y era lícito tomarlo porque era parte de sus rentas.

Cuando los señores principales casaban sus hijos ó hijas el dote daban sus pueblos en oro, ó en plumas, ó en cacao ó en gallinas.

De ochenta en ochenta días daban en señal de reconocimiento una pluma cada vecino.

También llevaban los señores tributo de lo que cazaban los vasallos y los que criaban ga-

llinas después que habian criado sus pollos daban al señor una dellas, y cuando se la presentaban decía:

—Tantos hijos me ha dado mi dios de mis gallinas, toma tú esta para que comas en pago de que nos mantienes en paz y justicia.

Todo vecino á quien nacía hijo ó hija le llevaban una gallina ó su equivalencia.

Cuando casaba un vecino sus hijos iba al Rey y señor y llevábale un presente, y decíale:

—Tu hermano menor é hijo, te sirve con esto.

Esta era su manera de hablar, para significar ser su vasallo; la razón era, porque todos los vasallos tuvieron origen de los primeros señores, como se puede ver por lo que hemos dicho que ellos entre sí criaban los señores; en su lengua, tanto es decir maceola como vasallo.

Por otra parte venia el padre de la moza que se habia de casar y decíale:

—Mi hija quiero casar con el hijo de fulano y estamos ya concertados; ten por bien de recibir este pequeño don para tus criados.

Esta era regla general que ninguno venia á negociar delante del Rey y señor que no le trajese alguna cosa en reconocimiento.

Cuando cogian las mieses y hacian su Agos-

to, de lo primero que cogían llevaban al señor cierta parte, no como tributo, sino como presente voluntario, diciendo:

—Esto te traigo de la parte que Dios me ha dado; esta es tu parte porque te acuerdes que soy para siempre tu vasallo.

Los mercaderes, cuando volvían á sus casas, de lo que habían ganado le ofrecían cierta partecilla, ó alguna cosa nueva que no producía la tierra.

Este reconocimiento también lo hacían todos los mercaderes extranjeros como los naturales, porque esto era como los derechos reales.

Cuando venían huéspedes extranjeros, cogían por todo el pueblo los regidores lo que habían de comer, y dábaseles en abundancia mucho maíz, cacao ó gallinas.

Cuando alguno moría ya era ley que había de mandar que se diese tal pieza ó tal cosa al señor, y cuando alguno moría que no tenía heredero forzoso solía dejarlo todo para el Rey.

Todas las penas ó las más de los delincuentes se aplicaban para el fisco del señor.

Tenían también los señores tierras que llamaban realengas, las cuales arrendaban á los vasallos, que eran pobres, y esto por muy poca renta.

En ciertas partes de ellas, como en alquerias, tenían sus esclavos casados, los cuales servían con tributo, el cual pagaban en leña, tea de pino y en los frutos que cogían.

Tenían así mesmo esclavas en su casa que los servían guisando la comida y en lo demás que era menester en casa.

Los hijos que nacían destos esclavos, aunque estuviesen casados con mujeres libres, eran siervos si no fuesen hijos de señores, que entonces eran libres.

Estas son las leyes por donde vivían estas gentes, en cuanto al reconocer sus señores, y esta era la potencia de los Reyes y Príncipes de aquella gente, mas cuando comenzó á haber Reyes que eran como monarcas, de otra manera iba la cosa, pero de esto diremos algo en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI

De la manera de conservar sus memorias los Indios, qué libros tenían, cómo escribían sus hechos y las cosas que habían acaecido desde los primeros tiempos.

Los indios, aunque tuvieron otras cosas buenas y muchas, de una cosa carecieron, y fué de las letras, las cuales sin duda sin que yo gaste mucho tiempo son alabadas y necesarísimas.

Mas con todo esto tuvieron sus figuras y señales con que conservaban sus memorias y hacían sus contratos, de manera que les servían de lo que agora las letras, y esto era de tal suerte que conservaban sus antiguas hazañas, como nosotros en los libros é historias, y libros tuvieron porque con sus pinturas, á veces de

animales y de aves, y á veces de árboles que hacian el oficio de a b c, y cierto fuera una cosa principal y notable si los tuviéramos, lo cual se pudiera haber hecho facilísimamente si ciertos padres Dominicos no los hubieran hecho quemar, diciendo que aquellos traían perjuicio á la conversión de los indios, como si no pudieran guardarse ó enviarse á España, para quitar ese inconveniente.

Cierto las memorias antiguas siempre se habian de conservar y guardar, porque como dice D. Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, y fraile de Santo Domingo en el *Tratado del adivinar*, aunque algunos libros son dignos de ser destruidos y quemados para en lo común, todavía en particular es bien que se guarden, porque tiempos hay que pueden aprovechar para defensa de la iglesia y religión cristiana, y para confusión de aquellos que usaban de ellos.

Ansí que estos libros de los indios fueron muy provechosos en la Iglesia y para lección común de los hombres curiosos y doctos; y en la verdad no sé yo qué daño podían traer estando escritos en aquellas pinturas y figuras de animales, pues no podian ser entendidos sino de personas doctas.

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV.

5

Volviendo, pues, á mi intento, digo, que esta gente, á diferencia de las letras jeroglíficas que usaron los egipcios, que fueron dichas sagradas, tenían sus memorias escritas en pinturas.

Cinco libros tenían notables, en los cuales se comprendían las cosas famosas de aquella gente.

El primero contenía la historia y cuento de los tiempos y de los años.

El segundo daba noticia de los días solemnes y festivos de cada año, á manera de calendario ó martirologio.

El tercero hablaba de los sueños y de los agüeros y supersticiones que cerca desto usaban.

El cuarto trataba del nacimiento de los niños y de sus nombres que les eran puestos luego que nacían.

El quinto de las ceremonias y ritos que tenían en sus matrimonios cuando se casaban.

Tenían en estos libros gran orden y concierto, porque todas las cosas que tocaban á la religión y á las guerras y á los buenos y malos sucesos que les habían acaecido, todos estaban por sus tiempos y años, y en tiempo de qué Reyes acaeció cada cosa, por ellos se supiera

agora quienes poblaron la tierra la primera vez, después adelante quién la aumentó, y así sabrían muchos hombres curiosos lo que habia acaecido en ochocientos años, como lo sabemos nosotros por nuestras historias.

Tenian estas gentes sus cronistas é historiadores, los cuales escribian ó ponian por memoria todas las cosas que acaecian, y tanta curiosidad tenian en esto, que sabian el principio de todas las cosas que habian acaecido en muchos siglos pasados.

A ellos acudian los que querian saber algo de bueno, cómo se gobernó el reino en tal tiempo, y cuántos Reyes hubo, y cómo iban ampliando su reino, cuáles fueron buenos ó malos.

Tenian escritas vidas de capitanes y valientes hombres en la guerra.

A estos pertenecia escribir los meses, años y dias, todo por sus figuras.

Los del Perú también tuvieron su invención para dejar por memoria lo que querian, pero no iba por pinturas, ni cifras, mas por otra arte harto más curiosa y digna de ser sabida.

Esta era un género de ñudos hechos en unos cordones algo gruesos, á manera de *pater nosters*, ó de rosario, ó ñudos de cordón de San Francisco; por estos contaban los años, los me-

ses y dias, por estos hacian unidades, decenas, centenas y millares, y para que las cosas que querian contar diferenciasen, hacian los ñudos mayores y menores y con diferencias de colores, de manera que para una cosa tenian ñudo colorado y para otra verde ó amarillo, y así iba lo demás; pero lo que á mí más me espanta es que por los mismos cordones y ñudos contaban las sucesiones de los tiempos, y cuánto reinó cada Rey, y si fué bueno ó malo, si fué valiente ó cobarde, todo, en fin, lo que se podia sacar de los libros se sacaba de allí.

Cómo fuese esto, yo no lo sé, ni lo entiendo, esto es cierto que hasta hoy lo hay y tratan de ello los viejos.

Tenian grandes montones destas cuentas, á manera de registros, como los tienen los escribanos, y allí tenian sus archivos, y de tal manera, que el que queria algo, no tenia más que hacer de irse á los que tenian este oficio y preguntarles cuánto ha que acaeció esto, ó cuál Rey hizo tal ley, cuándo fué año seco ó abundante, cuándo hubo pestilencia y todo lo demás, y luego él sacaba sus cuerdas y daba razón dello sin faltar un punto.

Nuestra gente, como no hallase quien les interpretase aquellas jerigonzas, no curaron mu-

cho de conservar aquellos registros, y así pereció todo; pero si esta gente quisiera ó hallara quien la enseñara á escribir, aunque no tenia tinta ni papel del nuestro, todavia la tierra habia producido materiales con que aprovecharse, porque un árbol llamado Xagua da una fruta cuyo zumo es blanco al principio y luego poco á poco se va tornando negro como tinta, con el cual los indios solian teñir su algodón, y los españoles se aprovechaban dél para escribir y no era mala tinta, y las plumas hacian de otro árbol llamado Copey, del cual sacan no sólo plumas, más aun papel y tinta, y los primeros españoles se aprovecharon destes instrumentos cuando les faltaban los propios, aunque no sé yo qué más propios, pues los antiguos no escribieron con mejores materiales.

Fin del segundo libro.



LIBRO TERCERO



ARGUMENTO DEL TERCERO LIBRO

Contiene el tercero libro desta República cosas muy particulares: Primeramente, en ella se tratará de los vestidos de que esta gente usaba y de sus mantenimientos y juegos y regocijos particulares. Aquí se verán las ceremonias que tenían, así los indios de la Nueva España, en celebrar sus bodas y matrimonios y cómo enterraban sus muertos, con muchas cosas importantísimas. Hallarase el orden de cómo criaban sus hijos é hijas, y las cosas que les enseñaban. Y porque no quede nada por decir, trataremos de la manera de hacer guerra to-

das estas gentes; cómo había orden de caballería, y cómo los armaban y degradaban, si hacían por qué; y en fin, mostraremos la caída y final destrucción de las dos repúblicas de México y Perú, y así acabará la República de los Indios.

CAPÍTULO PRIMERO

De los vestidos que usaban estas gentes, qué manjares comían, de qué juegos y regocijos usaban en sus fiestas y días solemnes que tenían.

La poca conversación que tuvieron los indios con gentes peregrinas y extranjeras, fué causa de que tantos siglos perseverasen en sus costumbres bárbaras y simples, porque miradas las casas, los trajes y manjares que comían, se ve harto claramente que nunca tuvieron más

policía de la que heredaron de sus antepasados, los cuales no curando de más que remediar á naturaleza (que se contenta con poco) buscaban lo necesario.

Todas aquellas gentes de Indias y Perú, fueron casi unas en los trajes y comer, y aun en las demás cosas, así en las de la religión como en el vivir quieta y pacíficamente.

Cuanto á lo primero, los más pueblos andaban casi desnudos, así hombres como mujeres, aunque unos más que otros; sólo en lo tocante á los lugares de la honestidad en traerlos cubiertos eran comunes, como lo es á todas las gentes del mundo, aunque en esto había más y menos, porque unos hombres cubrían aquella parte metida en unas calabazuelas, otros se ponían unos delantalejos.

Las mujeres usaban de unas trenzas atravesadas por medio que cubrían harto poco, y otros tenían unos como almaizares que se daban por los muslos veinte vueltas, de manera que los unos y los otros eran extremados.

También había un género de caracoles grandes, que servían de lo de las calabazas, y los que eran ricos y poderosos lo metían en embudos de oro.

En las mujeres había esto: que las casadas

ó traían aquellas trenzas ó unas faldillas de algodón ceñidas que cubrían desde la cintura hasta la rodilla, pero las vírgenes andaban en carnes, porque así fuesen más obligadas á ser más honestas.

No fuera mala esta ley para nuestra gente de España.

Los señores en algunas partes usaban vestirse de de unas camisetas de algodón sin mangas que allegaban poco más que á la rodilla, sobre todo era la manta, este era hábito más honrado.

Eran las mantas en alguna manera de la hechura de estos mantos que usan las gitanas en nuestra España, salvo que al hombro daban un fiudo donde se trababa muy bien y galanamente hecho.

De estas usaban en común todos, salvo que había mantas ricas y pobres; los poderosos y que habían hecho proezas en la guerra en estas mantas lo mostraban.

Usaban en algunas provincias un género de zapatos de cueros de pescados y de venados, y sabían en el Perú labrar unos como alpargates de cierto hilo ó cáñamo que sacaban de árboles.

Los hombres y mujeres usaban traer las ore-

jas llenas de zarcillos tan grandes como manillas, y por las narices pasaban argolletas de metales preciosos, y aquello tenían por gran gala y hermosura; colgaban de estas arracadas águilas y tigres y otros animales bravos de oro, como nosotros ponemos joyeles y perlas, y piedras, ó imágenes y figuras, conforme á nuestra imaginación.

En los pechos poníanse unas grandes planchas que llegaban á la garganta á la forma de media luna, tenían collares bien labrados, joyas de oro cuántas podían traer, hacían gargantillas de huesos de pescados ó de piedras de poco valor, aunque ellos las estimaban en mucho.

Esto de las gargantillas también las ponían en las muñecas y en las gargantas de los pies.

Las señoras hacían un peto de oro ó plata de manera que en el mismo metal fuesen vaciados los pechos y tetas.

Los cabellos eran comunes así á los hombres como á las mujeres, y así los traían largos y compuestos; jamás los cortaban después que desde niños de nueve años los tresquilaban y les ponían el segundo nombre, como se dirá hablando de la crianza de los niños.

Usan hasta hoy hacer trenzados de ellos, unos los traen por el cuello, otros hacen gentilezas con ellos, porque los hacen penachos ó coronillas y con sus lazos hacen que parezcan bien. Entre las gentes que se precian de más curiosidad en lo de los vestidos y policía, son los de la provincia de Civola, porque no traen mantas que no sean de algodón, y estas muy pintadas, y las mujeres por ser más blancas, parecían mejor.

También hay gentes bárbaras que se visten de cueros, los que les son como alarabes que andan vagueando por diversas partes, unos tienen por hermosura pintarse todos los labios de negro, otros tiñen los dientes, otros hay que cara, brazos, pechos y muslos, y cuanto tienen lo labran y hacen mil pinturas, con lo cual creen parecer muy bien y hermosos.

Esto es lo que puedo hallar de sus vestidos y ornamentos.

En lo que toca al comer y mantenimiento, también en la Nueva España como en el Perú, usan de un mesmo mantenimiento, que es maíz, cacao, aves en abundancia, y árboles de donde sacan vino, como también se dirá.

En la isla Española no tenían maíz, ni los primeros conquistadores lo hallaron.

Al principio comía aquella gente raíces diversas, de las cuales hacian pan; habia una raíz que se llamaba guayaga; es esta raíz á manera de cebolla albarrana, pero las hojas y ramos que echa de fuera son como hojas de palmitos, aunque son más lisas.

El pan que destas se hace es cosa notable oírlo, y por eso lo diré.

Cogidas estas raíces sécanse y enjúganse después, en unas piedras ásperas que tienen como rалlos que sirven desto las rallan, sale entonces de ellas una masa blanca y juntan á pedazos y hacen panes redondos como bolas de birlos, ó mayores si quieren, después ponen estos panes á secar al sol, con el cual se ponen después del color de salvados, están al sol uno, dos y tres días, y al cabo dellos aquellos panes se hinchan de gusanos como si fuesen carne podrida y entonces se paran tan negros como tizne.

Después que ya los panes están llenos de gusanos y negros, hacen unas tortillas porque se vuelve á tornar muy blando como la masa de nuestro trigo, y las tortillas métenlas en unas como cazuelas hechas de barro, y puestas entre ciertas piedras como trébedes, les pegan fuego, y así se cuecen de un lado, y después, como á

tortillas de huevos vuelven las tortillas, y allí bullendo los gusanos se queman y el pan queda limpio, y este era el pan que aquellas gentes tenían, en lo que hoy dicen de Santo Domingo.

Hay otro pan en esta mesma isla Española que se llama Cazabi, este es razonable pan, porque es muy sano y facil de hacer, porque pocas personas lo pueden aderezar para mucha gente; tiene una falta, y es que comido á solas no tiene sabor, pero comido con manjares es excelente, mas si se come con potaje ó leche sabe mejor que el pan de trigo.

Este pan, quando se siembra y se coge y se amasa tiene cierta invención graciosa.

Quando lo plantan, porque no es semilla, hacían esto: en la heredad adonde se había de poner hacían unos montones de tierra de trecho en trecho, como quando se estercolan los campos, y eran tan altos como una vara de medir, y nueve ó diez pies de ancho y de circuito.

Estaban apartados unos de otros dos ó tres pies, y así hacían infinidad de estos montones, según era la heredad.

Hecho esto, tomaban las ramas, que eran tan altas como un hombre, y de la manera que plantan los majuelos así ponían aquellas ramas

dentro de aquellos montones; y tanto los metían que no quedaba sino muy poco fuera de la tierra, iba la heredad muy galana con estas posturas, porque no iba en las rengleras que acá usan los labradores, mas hecho en cuadro, y después labraban con las posturas un alquerque en que suelen jugar los muchachos.

Pónese esta postura en tiempo seco y que la tierra esté hecha polvo, después, venidos los temporales crece en gran manera, y extiéndese haciendo grandes ramos y mucha hoja, de manera que parecen los campos unas viñas muy fértiles, pero cuanto más va creciendo por lo alto en ramos, tanto más la raíz se extiende y se hace gruesísima, de manera que si la tierra es fértil, se hace como la pierna de un hombre.

Estas raíces, que han de ser después pan, de un año no son buenas, pero á necesidad aprovéchanse dellas, y si las dejan año y medio y dos años son principal cosa, y mucho mejor cuando están tres años, pero de allí adelante no es buen fruto.

Cuando ya este pan está sazonado van sacando dél lo que quieren, porque cada montón de aquellos produce media carga de raíces, como zanahorias, y llevadas á casa las raspan con

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 6

unas destas conchas, y quítanles una tela que tienen encima de color leonado, y ellas quedan blancas como la nieve, y rallan aquellas raíces sobre cosa limpia, y juntada toda aquella harina, cúbrenla como para lludar por espacio de un día natural, para después hacer el pan.

Tenian unas mangas hechas de empleita de cierta yerba y hoja y allí metian aquella harina ó masa y sentábanse sobre ella, y porque es muy húmeda aquella materia de que se hace, exprímenle toda aquella agua que tiene, como si exprimiesen orujo de uvas, y después en unos harneros que tienen los agujeros menudos y pequeños ciernen aquella harina que de ser antes como masa se vuelve después en harina, y entonces amásanla y cuécenla en unos hornillos tan grandes como una gamella ó librilla, pero aunque se cuece no queda el pan tieso ni duro para poderlo tratar, antes queda cuajado como tortilla de huevos, pero no duro, y por eso acabado de cocer lo sacan al sol y allí dentro de dos ó tres horas se torna tan tieso como un plato de barro que ha estado en el horno.

Y así después cuando lo han de partir para comer es menester partirlo á puñadas, porque como es delgado y duro dánle porrazos como á plato y así lo quiebran, y no lo comen á solas

ni seco, sino en caldo, y es tan fácil de ablandar allí que si después de echado lo tienen un patenoster se convierte en harina, y por eso no hacen sino mojarlo y sacarlo.

Tiene el zumo ó agua que sale del tal pan esta propiedad, que si uno bebiese de aquella agua que exprimen, luego que sale, mataria súbitamente.

Mas como aquella agua sea puesta al fuego, de un hervor pierde toda la maleza y sirve de vinagre muy sabroso.

Tenian todos los de estas islas mucho maíz, que es el trigo común de los indios; pero no se aprovechaban dél para pan, sino para fruta, y otras muchas golosinas.

También hacian pan de batatas, esta raíz acá la traen muchos y la comen asada y con vino.

Tiene talle de raíz de lirios morados y amarillos, y desta raíz hacían mucho pan aquellas gentes.

Esto es lo que toca cuanto al pan particular, en el resto de todas aquellas provincias todo era maíz, que era buen mantenimiento, según que lo he oido á muchos que lo han comido en todas tierras y provincias.

Carnes tienen estos muchas más que nosotros acá, porque tenian muchos carneros en muchas

partes del Perú, tan grandes como asnillos, que tenían su lana y cuernos, comían muchas gallinas de Indias, que hoy llamamos gallipavos.

Tenían cierta especie de conejos que parecían á los nuestros.

Tenían unos perrillos que no ladraban, á los cuales caponaban porque engordasen, y comíanlos.

Frutas y árboles preciosísimos, hay muchos y de grandes provechos, de manera que todas las frutas que acá hay así en sabor como en cantidad de ellas son nada en su comparación.

Yo, para ejemplo de esto, no quiero traer otro sino el de un árbol llamado Maguey que también es dicho Melt, del cual he hecho mención en diversas partes de esta república, y por que es cosa notable diré algo dél.

Es este árbol á la manera de la zabila, de donde se hace el acibar, que en griego se dice aloes, solo se diferencia en la altura, porque la zabila no es más que dos y tres palmos de alto, y el Maguey es de altura de dos estados de hombre.

Las utilidades y grandes provechos que este árbol trae no se escribe cierto, porque si miráremos en ello todo lo que naturaleza pudo dar

para vivir todos los hombres lo puso en este arbol, asi para vestir como para calzar, y también para comer, para la salud y para lo que mas quisiéredes saber, dél sacan primeramente pan, vino, vinagre, miel, arrope, azucar, conservas, papel, lienzo, sacan cáñamo, lana para mantas, calzado, sacan esteras, labran cabestros, xaquimas y cinchas é hilo para coser, agujas, clavos, leña para quemar, ceniza muy fuerte para hacer lejía, sacan madera para los edificios y coberturas y tablamentos, que son las hojas que son fortísimas.

Deste arbol sacan zumo con que sanan las llagas, sacan la triaca para las mordeduras de los animales ponzoñosos, podria traer otros muchos árboles de gran provecho que esta nación tiene.

Hacen vino de maíz y deste arbol y del cacao y de otras muchas cosas que ellos tienen sabidas.

Eran grandes borrachos comunmente, porque en todas las fiestas que celebraban se emborrachaban y esto era muy usado, es verdad que en muchas provincias se tenia por cosa fea y mala aunque el beber mucho nunca se reprendió entre ellos, y de haber usado tanto el beber cuando topan con vino de uvas no hay que qui-

társelo de las manos, y así se emborrachaban á cada paso, y cuando llaman allá vino de cazalla y otros nombres dicen ellos, que por qué no traen aquellos hombres y mujeres á las Indias, porque ellos creen que vino de San Martin es vino de algún hombre y que ese mismo hombre echa vino como las cepas.

Abundan muchas provincias de sal así de agua como de piedra y era este mantenimiento tan grande y necesario entre ellos, que los de Tlascala holgaron de servir á los españoles, porque Motezuma les quitaba la sal, de la cual ellos carecían.

Tienen sus especias, que son estos axis, que nosotros decimos pimientos de Indias, en fin, ellos eran gente que tenian todo lo necesario para su mantenimiento.

Tenian también para su deporte bailes y juegos para dias señalados, jugaban á la pelota, pero la hechura ó la materia de la tal pelota era cosa maravillosa.

Hacíanse las pelotas de un árbol, el cual, dándole ciertos golpes, echa una goma blanca, y juntando mucha della, según que quieren que sea grande la pelota, la van pegando y redondeándola muy bien, la hacen botar y saltar dos tanto más que las nuestras de viento.

Juegan este juego diestramente y no la rebaten con la mano ó puño, mas con las nalgas, y esto con tanta facilidad, que no puede ser más, y no solamente juegan los hombres á la pelota, mas aún las mujeres, con la mesma destreza. Tienen un juego muy gracioso, y que hoy lo usan, y en tiempo que habia Reyes se hacia delante dellos por cosa notable, y sin duda lo era el juego.

Tomaba un indio una estera pulida y tendida en el suelo, y él, desnudo en carnes, salvo sus vergüenzas, se tendia cuan largo era, y tomaba un palo rollizo, tan grueso como un eje de carreta, ó poco menos.

Este palo no lo tomaba con las manos, mas con el un pié, y echábalo en alto, y tomábalo con el otro.

Y hacia esto con tanta ligereza y desenvoltura, que si queria cien veces alzarlo y tomarlo con el pié, le era cosa fácil.

Y algunas veces lo echaba tan alto, que parecia que le venia á quebrar la cabeza, y viérandes cogerlo con otro pié con la facilidad que acá un jugador de pelota echa con una mano y la recoge con otra.

Este juego hoy en dia lo hacen muchos indios por fiesta y regocijo.

Bailes tenían y cantos muy graciosos y dignos de ser vistos y oídos, y con ellos cantaban las proezas y virtudes de los Reyes y capitanes y personas de cuenta.

Tenían invenciones para sacar fuego con palos muy curiosas y más fáciles que las nuestras del pedernal.

Esta gente era muy diestra en sus oficios, así como en pintar, labrar de pluma, había grandes plateros, en fin, muchas cosas tenían que demostraban ser República ordenada, y porque los que tienen cargo del escribir las historias de estas gentes podrán tratar más largo desto, yo no quiero detenerme en ello, pues otras cosas hay más dulces que darán gusto al curioso lector.

CAPÍTULO II

De la manera que tenían los indios de Nueva España para celebrar sus matrimonios.

Todas las naciones del mundo han sido conformes en lo tocante á los casamientos, y procuran los hombres tener mujeres conocidas y propias, y en todo el mundo fué conocido este sacramento, que en ellos era dicho contrato, con el cual se juntan dos voluntades en una, y de dos corazones muy diferentes vienen á ser una voluntad.

Ya queda en otra parte tratado de los casamientos de las otras gentes, agora vengamos á tratar de lo que hacian nuestros indios en el

tiempo que eran idólatras y apartados de la luz, que sin duda tenían muchas ceremonias dignas de ser sabidas.

La primera que usaban era de una gran superstición, principalmente los que eran gente poderosa y principal, y era que tenían ojo al día, hora y momento que había nacido cada uno, y porque no todos sabían la significación y fuerza del planeta y signo en que había nacido, aunque sabían el día y la hora, llamaban á los astrólogos y adivinos, los cuales según su cuenta interpretaban lo que había de ser, el efecto bueno ó malo que consigo traía aquel día, hora y punto en que habían nacido.

Lo mesmo inquirían de la doncella con quien habían de casar, y miraban el día y signo, y así por lo que aquellos borrachos les decían juzgaban si serían bien casados ó no y si tendrían ventura buena ó mala.

Si veían que eran días infelices y que no se correspondía el nacimiento del marido con el de la mujer, nunca se casaban, pero si tenían los signos celestiales propicios el mancebo y la doncella, luego se trataba del casamiento.

Ya que en lo de los signos estaban satisfechos, según la declaración de los agoreros, luego los parientes más cercanos del mancebo

tomaban la mano y eran los casamenteros.

Los padres y las madres de las doncellas nunca buscaban casamiento para las hijas, porque esto pertenecía á los mancebos pedir las.

Estos parientes, tratando del casamiento y viendo que era á contento de todas partes, enviaban dos mujeres honradas y honestas, que serian por ventura sus mujeres, é iban á casa de los padres de la doncella, con la cual se queria tratar casamiento, y llegados, proponíanles su demanda y hacíanles su razonamiento, cómo venia á todos bien este negocio.

La primera vez que esto se pedia ya se estaba por cierto que no se habia de conceder, porque luego decian los padres que no habia lugar, esto era ceremonia comunmente, porque aunque fuera la mujer más baja del mundo, y el que la pedia fuera hijo del Rey, no se le diera otra respuesta.

Es verdad que si de hecho no la querian dar, ya habia su respuesta demostradora de lo que pretendian y descubrian sus pechos, pero si era negocio que se habia de hacer, ellos tenian sus respuestas, por las cuales convidaban á que se hiciese. Las matronas volvian á quien las enviabacon la respuesta, y decian lo que sentian en el negocio.

Pasados algunos días, volvian las dichas mujeres segunda vez, y entonces rogaban á los padres que mirasen que aquello convenia á todas las partes.

Entonces trataban de las partes de la moza, qué riquezas tenian y otras cosas que entre sí tenian por necesarias al casamiento.

Ya entonces los padres, aunque no daban el sí, respondian muy blandamente, y decian que lo tratarian con los parientes de la doncella y con la misma hija, para si venia en ello.

Tratado con los parientes y dado el sí la moza, luego la aconsejaban todos juntos que fuese buena y que sirviese á su marido bien, porque donde no, la dejaria y tomaria otra, y ellos quedarian afrentados.

Las buenas dueñas volvian con aquella respuesta, y no volvian más, porque ya entonces se topaban los unos deudos y los otros, y los padres y madres de los novios, y allá trataban el negocio.

Cuando ya estaba concluído, también los padres y parientes llamaban al mozo y decíanle cómo le querian dar mujer, y persuadíanle á la virtud, y dábanle otros buenos consejos, como convenia para lo que determinaba hacer.

El día que se habian de casar, todos los pa-

rientes de la desposada iban á su casa y la traían á casa del esposo, si era gente no rica, traíanla acuestas, si noble y principal, en unas andas que ellos usaban.

Cuando llegaban cerca de la casa del desposado, el esposo la salía á recibir acompañado de sus parientes y amigos hasta la puerta, el cual llevaba un braserillo con brasas y echaba dentro su incienso, y á ella le traían otro, y en lugar de saludarse se incensaban el uno al otro. Hecho esto, el desposado la tomaba de la mano y metíala en el aposento que ya les tenían aderezado, y allí junto á la chimenea y hogar se sentaban sobre una estera labrada, que era entre ellos como estrado de alfombras.

Toda la otra gente quedaba cantando en el patio, sentados uno sobre otro.

Venían los que servían como padrinos y tomaban las puntas de sus mantas, que eran los vestidos suyos, y atábanlas una á otra, y él dábale á ella unos vestidos de mujer que tenía nuevos, hechos para aquel punto, y ella dábale vestidos de hombre.

Esto era como darse las arras y decir: «Yo me caso contigo.»

Luego venía la comida, y él daba de comer á la esposa por su propia mano y ella á él.

Los parientes de la mujer daban mantas y otros dones á los deudos del esposo, y los del esposo á los de la desposada.

Todos los parientes y deudos de ambas partes comian juntos y hacian gran fiesta desde hora de vísperas hasta la noche, porque aquella hora los casaban, y luego, como estaban todos borrachos, comenzaban á bailar y cantar, pero los novios no dormian juntos ni gozaban de aquellos regocijos, antes desde aquella hora comenzaban á hacer penitencia por espacio de cuatro dias, pidiendo á los dioses que les hiciesen bien casados y les diesen hijos.

En todo este tiempo no salian del aposento, si no era por sus necesidades naturales, porque si salian fuera, teníanse por mal agüero, y principalmente la desposada, porque si la vieran fuera del aposento, creyeran que habia de ser mujer deshonesta en tiempo venidero.

Acabada la penitencia, á la cuarta noche, que era cuando habian de consumir el matrimonio, aparejábanles una cama, y esta era dos esteras muy pintadas, y esto hacian dos viejos venerables, que eran guardas del templo, y ponian enmedio unas plumas y una piedra llamada Chalchihuitl, que es como esmeralda; ponian también un pedazo de cuero de tigre debajo de

las esteras, y sobre ellas tendían sus mantas.

A las cuatro partes de la cama ponían unas cañas verdes y unas puas ó espinas del Maguey para se sacrificar los novios y sacarse sangre de las orejas y lenguas para ofrecer á sus dioses, y después aquellas puas que quedaban ensangrentadas, poníanlas sobre la cama con reverencia.

Nunca se lavaban los desposados en aquellos cuatro días que duraba la penitencia.

Vestíanse también nuevas vestiduras, con ciertas insignias y señales de los ídolos en quien tenían mayor devoción, á la media noche y al medio día.

En estos cuatro días salían de su aposento y ofrecían incienso en el altar que tenían en su casa.

Incensaban también las cañas que estaban á los cuatro cantones de su cama, y ponían cosas de comer á los ídolos, para tenerlos propicios.

Llegada la noche y consumado el matrimonio, luego por la mañana, en levantándose, lo primero que hacían era tomar la estera y la ropa de la cama y otras ofrendas, é iban marido y mujer al templo, y ofrecíanlo á los dioses.

Si acaso á la mañana hallaban algún carbón caído de los que estaban en el brasero, teníanlo por mal agüero (que, como está dicho, eran grandes agoreros ó hechiceros) y creían que no habian de vivir mucho tiempo juntos, mas si hallaban algún género de maíz ó de otra semilla, tenían creído que vivirían gran tiempo juntos.

El quinto dia se bañaban sobre unas esteras hechas de espadañas verdes, y estaban desnudos entrambos, salvo sus vergüenzas, y servíales de dar agua uno de los ministros del templo.

En lo cual denotaban que los bendecía.

A los grandes señores se les echaba cuatro veces agua con un plumaje á manera de aspersorio con hisopo, y esto era en reverencia del dios del agua y otras cuatro de vino en honra del dios del vino.

Y hecho esto vestian á los novios de ropas nuevas y muy limpias, y daban al novio un incensario para que hiciese sahumerios á ciertos dioses que tenía en su casa.

A la novia poníanle (cierta persona que es-
ba diputada para ello) una pluma en la cabeza, y los pies y manos le emplumaban con plumas coloradas.

Acabadas todas estas ceremonias, volvian á dar mantas de nuevo y á repartirlas entre los deudos y parientes, y cantaban todos y bailaban y comian y borracheaban, porque no había fiesta adonde no quedasen los más principales borrachos, y el que menos bebía se tenía por menos principal entre esta gente.

Esta era la general costumbre que tenian de casarse en común, y este era el aparato con que se celebraban los matrimonios.

Algunos que se casaban por amores y habian consumado matrimonio y habia tiempos que estaban abarraganados, si querian casarse, no guardaban estas ceremonias sino cada uno de ellos hablaba á sus parientes, y allá con poco fausto, y sin estas ceremonias se casaban, y comian con silencio los amigos y deudos y sin bailes y con esto quedaban tan casados como los otros que tenian tantas ceremonias.

Los de Mechuacan, cierta gente de las Indias, entre otras ceremonias que tenian en este contrato era una y la más principal, y era que se estaban mirando mucho el uno junto al otro, y aunque estuviesen juntos muchos días, si no gustaba el uno del otro, y no se miraban, no eran casados, y si el uno del otro se quejaba

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 7

porque no hacian vida juntos, con responder que no miró á la mujer al tiempo de las bodas, quedaba absuelto, y lo mesmo la mujer.

Los Macatecas, entre otras de sus ceremonias, era ésta: que ayunaban y estaban en penitencia veinte días, y no consumaban el matrimonio hasta que era pasado todo este tiempo.

Entre los Mextecas usaban cortar una guedeja de cabellos al desposado, y otra á la desposada, y tomábanse las manos los dos, y atábanse las manos unas con otras, y tomaban á cuestras los desposados, por un buen trecho, y con aquello ya eran casados.

En otras provincias, en señal de matrimonio, tresquilaban á los niños, si algún mancebo se enamoraba de alguna moza, y se ayuntaba á ella sin voluntad de los padres de ella, aunque tuviese voluntad de se casar, y le hubiese hecho todas las protestaciones, no valía el matrimonio, pero para que valiese habia de allegar el mozo alguna cosa si era pobre, y después de algunos días iba á la casa de los padres de la moza y con gran humildad les pedia perdón, y confesaba que los habia ofendido y mostrábales cómo de consentimiento de ambos se habian ayuntado, y como casados y rogábalos encare-

cidamente que consintiesen en aquel matrimonio, y prometían los dos juntos de ser mejores de allí adelante.

Los padres y parientes que allí se hallaban, decían que ellos lo daban por bien, con tal que fuesen buenos de allí adelante, y que mirasen que si algún trabajo les viniese, que entendiesen que les venía por sus pecados y no por los de los padres ni parientes.

Esto decían porque como eran tan hechos á hechicerías, sospechaban que por haberse casado clandestina ó secretamente los había de castigar Dios ó habían de cometer algún pecado, por donde se ofendiesen los dioses mucho.

Venidos los padres en el consentimiento, celebraban sus bodas, según lo mucho ó poco que tenían.

Estas fueron las ceremonias con que se celebraban las bodas en la Nueva España.

Y solos eran verdaderos hijos legítimos los que nacían de padre y madre casados de esta manera.

Y los que no eran de ayuntamiento matrimonial con estas ceremonias, eran dichos bastardos.

Cuanto á los grados de consanguinidad, te-

nian otra ley común y muy recibida de todos, y era que no se tenía por legítimo matrimonio si el que se casaba era padre con hija ó madre con hijo ni hermano con hermana, ni suegro con nuera, ni suegra con yerno, ni padrastro con entenada, ni entenado con madrastra.

Todos los demás grados eran lícitos entre ellos.

Los de la provincia de Mechuacán tenían por costumbre que si la moza que se casaba no era de edad, la madre suplía las veces con el yerno.

También fué costumbre en algunas partes, que como tenían muchas mujeres muerto el marido, los hijos tomaban algunas de sus madrastras por mancebas, y esto á solo el heredero era permitido, porque así como así las había de sustentar.

También se usaba que si algún mozo se casaba con vieja (porque después no la dejase) le daba la hija para que gozase della, y así tenía en uno la madre é hija por mujeres, ó á lo menos por amigas y mancebas.

A los señores solos les era permitido tener muchas mujeres; al común pueblo no le era lícito tener más que una.

CAPITULO III

De la manera que tenían en casarse los Indios de la Vera Paz, con otras cosas dignas de ser leídas, y de los matrimonios de Nicaragua.

Cuanto á los casamientos y matrimonios de los indios de la Vera Paz, diremos algo con brevedad, porque no se nos pase nada de aquello que hace al propósito de esta historia.

Cuanto á lo primero, no se casaban las mujeres con hombres de su linage, por línea de varón, que por la de hembra sí, porque esto estaba así introducido.

Los padres procuraban mujeres para los hijos.

De las hijas no curaban, porque á él le habían de venir á rogar por ellas.

Si era persona de calidad el que se quería casar, procuraba enviar tales mensajeros cuales convenian á su estado, y á quien se enviaba la embajada, y suplicábale que tuviese por bien de que se casase su hijo con su hija, y ofrecíale presentes; pero si no la quería dar no recibía nada, y excusándose despedía al que traía la embajada; pero si recibía el presente, era indicio de que había de hacerse el casamiento; pasados algunos días enviaba de nuevo segunda embajada y con ella doblados los presentes, y después iba tercera embajada, y con ella mayores presentes y dones, y siempre le rogaba que casase su hijo con su hija, y á la tercera vez le enviaban lo cierto del negocio y de allí adelante se trataban como deudos de la una casa y la otra.

Después aparejábanse las cosas necesarias á la boda y señalaban día cuando se había de llevar la desposada á casa del marido.

Cuando esto estaba ya concertado, enviaba el suegro muchas mujeres ancianas y principales para que acompañasen á la desposada, la cual traían ciertos hombres principales acuestas, aunque viniese diez y veinte leguas en

casa del padre de la señora; aquel día que la daban era muy solemne y principal, y no habia pariente pobre, porque aderezaban gran comida y muchas diferencias de vinos que ellos sabian hacer, y habia grandes bailes y cantares.

Sacada de casa de su padre la novia y llevada adonde habia de ir, ya que llegaba junto al pueblo á cierto lugar señalado, salian ciertos hombres honrados enviados por el suegro, y delante de la novia ofrecian cuatro ó cinco veces incienso y codornices á sus dioses, dándoles gracias de la buena venida de la señora.

Llegada á casa, luego la ponian y asentaban en un tálamo bien aderezado y comenzaban grandes bailes y cantares y otros regocijos muchos con que la fiesta fuese muy solemne; si el casamiento era de señor á señora, venia otro principal cacique y tomaba las manos de los desposados y juntábalas, y tomaba los cabos de sus mantas y atábalas una con otra, y así hacia otras ceremonias que ellos tenian, y amonestábalos que fuesen buenos casados y que agradeciesen á Dios haberlos juntado para marido y mujer.

A la noche, dos mujeres honradas y viejas los metian en una pieza y enseñábanles cómo se habian de haber en el matrimonio.

En lo tocante al dote de los señores, los súbditos y parientes contribuían que era un pecho ya conocido, y hecho esto quedaban casados, esto es en cuanto á las bodas de los señores.

La gente común, ó iban los padres á buscar mujeres para sus hijos, ó un hermano ó pariente, y si el mozo no tenía padre ni tío, su curador tenía este cargo.

Estos, cuando iban á buscar la mujer, la primera vez llevaban lo que habían de dar en arras y en señal de lo que el desposado tenía de hacienda, y cuando era el día que había de venir á casa del suegro la novia, la madre del desposado iba por la esposa, y traída, un viejo del pueblo los casaba y los amonestaba á que fuesen buenos casados.

Comunmente estas gentes compraban la mujer, y aquellos dones que llevaban eran el precio, y así la mujer jamás volvía á casa de sus padres, aunque enviudase, porque luego el hermano del muerto la tomaba por mujer, aunque él estuviese también casado, y si el hermano no era para ello, ó no lo había, un pariente tenía derecho á ella.

Los hijos de las tales mujeres no tenían por deudos á los tales abuelos, ni á los demás deudos de sus madres, porque la cuenta de su pa-

rentesco no venia por línea de varones, y así no tenían impedimentos para casarse con las parientas de sus madres; esto se entiende para contraer matrimonio, que en lo demás amábanse y queríanse unos á otros.

Casábanse en todos los grados de consanguinidad de la manera dicha, porque por más hermana tenían la de su linaje, aunque fuese de remotísima sucesión de parientes, que casarse con la hija de su madre, con tal que no fuese de padre y madre, porque entonces no se permitia, de manera que con media hermana muy gentilmente se podian casar todos, con tal que no fuese de la sucesión del padre.

Podíanse también casar con las cuñadas, que tuviesen hijos ó no.

También las madrastras, aunque esto no se hacia comunmente, sino por ciertos respetos y causas, pero cuando se hiciese por querer las dos partes sin otra cosa que hubiese de por medio, no habia pena señalada contra ellos.

Algunas veces se casaban mujeres libres con esclavos, pero los hijos que parian también quedaban por siervos.

Cuando algunos hijos de señores se casaban con doncellas muy pequeñas, los parientes de la desposada le daban una esclava para que

gozase della, hasta tanto que venia la edad para la desposada, pero los hijos que habia della nunca subian á ser señores, aunque no los tuviese de las mujeres legítimas, porque eran hijos de esclava.

Pena en las adúlteras.

Cuando las mujeres eran halladas en adulterio, la primera vez eran corregidas de palabra, y si no se enmendaban repudiábanlas, y si era señor ó hermano ó pariente del señor de la tierra, luego en dejándola se podia casar con quien quisiese.

Los vasallos también hacian esto muchas veces, pero tenian un poco de más paciencia, porque las corregian dos y cinco veces, y llamaban á sus parientes para que las reprendiesen de lo que hacian, pero si eran incorregibles denunciaban dellas delante del señor, el cual las mandaba comparecer delante de sí, y condenábalas á que fuesen esclavas, y de allí adelante el marido podia servirse della como de esclava, y también la podia vender.

Esta mesma pena se daba á las mujeres que no querian hacer vida con sus maridos, después que habian sido muchas veces corregidas. Ver-

dad sea que cuando los maridos tenían hijos en ellas, mucho se disimulaba, pero no teniéndolos, no se les daba mucho porque fuesen castigadas.

Los indios de Nicaragua tenían también sus diferentes maneras de hacer matrimonios, y era desta manera:

Cuando los señores y caciques se casaban, guardaban estas ceremonias: Enviaban sus capitanes y principales hombres de su tierra con embajada al padre de la mujer que había elegido para sí, y rogábanle de parte suya tuviese por bien de darle su hija por todos los días de su vida, y luego se la daba, y volvían con ella con grandes fiestas.

Algunas tierras allí vecinas añadían algo más que con la embajada enviaban algún presente de caza ó de otras cosas de comer.

También en otras partes se usaba que dando el sí el padre de la doncella, el que se había de casar venía con sus capitanes y gente de guerra á casa del suegro, y trataba lo que había de dar por ella, y allí se concertaban.

Y hecho esto, el esposo se volvía á su tierra, y desde aquel día por todo un mes, enviaba él allá cada día un presente.

Pasado el mes, volvía muy acompañado á

casa del suegro, y metíanlo en un aposento muy recogido, adonde desde niño había sido criado y guardado.

El suegro dábale allí delante lo que había puesto y prometido por dote, y todos los demás parientes le daban algo, cada uno según tenía, era liberal.

A la desposada cortábanle los cabellos por las orejas, de manera que se los cercenaban, de la manera que se usa entre las vírgenes consagradas á Cristo, en algunos monasterios de España, cuando son novicias.

Esto de cercenarles los cabellos era en señal de la libertad que perdían casándose.

La gente común cuando trataba casamiento, nunca daba la hija, hasta que el desposado servía un año en los campos y heredades del padre de la desposada.

Cumplido el año, era ley que le entregasen luego la desposada en premio de su servicio. Podían en esta provincia casarse con cuantas mujeres pudiesen mantener.

Podían contraer con cualquier grado, salvo con madre y hermana.

Parían las mujeres casi sin dolor, y luego que acababan de parir se iban al río, y lavábanse á sí y á lo que habían parido.

También las mujeres de la isla Española parían con mucha facilidad, y luego se sentaban á trabajar en cualquier oficio que sabian; lavábanse á sí y á las criaturas en las corrientes de los ríos, y después daban leche á sus criaturas.

Los indios de la isla Española, que hoy llamamos Santo Domingo, con toda aquella comarca, también tenían sus solemnidades en los matrimonios.

No se halla que casasen con hermanas, ni con primas hijas de hermanos, ni tenían más de una mujer los hombres comunes.

No se puede saber si sus casamientos eran perpetuos, ó si se deshacían por algunas causas.

Qué ceremonias tuviesen en sus bodas yo no lo sé.

Los grandes señores y Reyes tenían muchas mujeres; si eran todas iguales ó la primera, no se puede saber, porque los que fueron entrando no tuvieron ojo á esto, sino á se hacer ricos, aunque yo no sé quien lo sea de los que traen la hacienda de aquellas gentes.

No heredaban los hijos de los señores los estados, sino los hermanos.

Compraban comunmente los hombres las mujeres, y la paga más principal era: enviarles

unas cuentas hechas sartas, que ellos llaman Cibas, que quiere decir, piedras preciosas.

Daban también por precio unas hojas de guainin, que era cierta especie de oro muy bajo en quilates.

Estas eran unas joyas que ellos tenían por cosa honrosa para ponerse en las orejas como arracadas.

Dícese que tenían cierta virtud y que olía aquel oro, ó metal, muy bien.

En fin, este era el más estimado precio que hallaban para comprar las mujeres, y así nuestros españoles, cuando querían cazar algunas hermosas mujeres las ponían estas joyas por cebo.

CAPITULO IV

De las ceremonias, cómo celebraban los Indios del Perú sus bodas y matrimonios.

Como está visto, la gente del Perú, así como eran diferentes en las cosas de la religión, y guerra, así también en lo demás que hemos tratado y se tratará.

Esta gente tuvo gran cuidado en solemnizar sus matrimonios con diversas ceremonias y aparato.

Cuanto á lo primero, ninguno se casaba con su hermana, ni con tía, ni con sobrina, siendo hija de hermano ó hermana del padre.

Cualquiera que iba contra esto, era castigado, porque los tíos eran llamados de los sobrinos

padres, y los sobrinos hijos y á los primos decían hermanos; esto, como digo, se entendía por parte del padre.

Casábase siempre con sus iguales (que es una cosa harto necesaria.)

Los señores con señoras y los plebeyos con plebeyas. La edad de casarse era después de haber cumplido veinte años.

Cuando se casaban los señores, los cuales tenían licencia de tener muchas mujeres, con la mujer que tomaban por principal, hacían algunas ceremonias de más religión que con las otras, en señal de que aquella había de ser la mayor de su casa, y la fiesta era comer y beber y hacer bailes y danzas, y cantaban diferentes cantares para regocijar la fiesta.

Si el marido era algo más noble que la mujer ó la mujer más que el marido, daba el menor algunos dones al padre del que era más noble: los dones de mejoría eran algunas ovejas, carneros, vasos de plata, ciertas sillas en que se solían asentar, y algunas veces alguna mujer con que fuese inferior á la primera.

Todo esto daba en reconocimiento del beneficio que le hacía en darle su hija, y para confederación del parentesco que contraían para siempre.

También se hacía para que la mujer amase más al marido y lo sirviese viendo que daban á sus padres tantos dones por ella.

Era la principal mujer de las muchas que los señores tenían, la más noble en linaje ó la más hermosa, ó la que tenía más dones naturales, como labrar mantas bien y tejer cosas curiosas para su marido, ó la que le regalaba más.

Esta tenía estrado, tenía más honrado lugar, era suya la cama cuando quería, y en fin, las demás mujeres la servían y ella mandaba á todas y todas obedecían.

Los hijos desta eran antepuestos á los de las otras, y estos llevaban mejor parte en la hacienda.

La gente común, pocas veces tenía más que una mujer, y entre ellos dos no había más que entre hermanos, y así se llamaban y nombraban con un vocablo que representaba lo mismo que hermano ó hermana.

En el Perú había dos géneros de gentes que vivían muy diferentemente unas de otras, que eran los que vivían en los llanos y los que habitaban los altos.

Los serranos tenían por oficio que los maridos trabajasen en los campos y en su sembrar y cojer los frutos de la tierra.

Las mujeres criaban los hijos y lavaban, tejían y labraban y hacían otras cosas tocantes á mujeres; pero también en la sierra había pueblos que hacían lo contrario, porque las mujeres sembraban y cavaban y andaban en el campo, y los maridos se quedaban en casa hilando y tejiendo, y hacían lo que las mujeres habían de hacer (1); «pero los de los llanos, eran como señores é hijos-dalgo, que se despreciaban de trabajar en cosas comunes y bajas, porque esto hacíanlo los siervos y gente que tenían para el ordinario servicio.»

Esto se usó en el Perú antes que aquellas gentes tuviesen Reyes y monarquía de los Ingas.

Después hubo otro orden en los matrimonios, aunque poco diferente.

Ordenaron los Reyes Ingas que hubiese tiempos señalados para los casamientos, y era desta manera:

A ciertos tiempos del año mandaba juntar el Rey á todos los mancebos y doncellas que tenían edad para casarse, venían delante del Rey

(1) Las líneas que siguen entre comillas, se hallan en la edición de Salamanca de 1594, y no en la primera.

las doncellas que se habian criado con las monjas que ellos tenian, que se llamaban Mamaconas, de las cuales hice mención en el primero libro desta República.

Poníanse los mancebos á una parte y las doncellas á otra.

De aquellas que se habian criado con gran encerramiento con las Mamaconas, escogían cuatro ó cinco, las más hermosas y principales para mujeres del sol, las cuales guardaban virginidad perpetua, y después escogían otras dos ó tres para el Rey ó señor de la provincia, si se hallaba presente, y si no tenia cargo el Visorey de escogerlas.

De las demás doncellas que se criaban con las monjas dábanlas á los hijos de los grandes y señores del Reino.

Y el Rey, por hacer favor á los señores, tomábalas de la mano y dábanlas á los que privaban mucho con él, y ellos tenian por gran favor el dárselas.

Las demás doncellas de todo el pueblo y provincia, casábanlas con los mancebos conforme al estado de cada uno, dando licencia que los padres tratasen los casamientos á su voluntad.

Luego así se daba orden de como se casasen

y concertasen en las dotes, así de la mujer como del marido, porque todos daban.

Concertados los casamientos y hechos los contratos, estaba cada doncella con el varón que habia de ser su marido, y puestos por buen orden, el Rey ó señor que presidia en su lugar les hacia una plática muy larga, por la cual les persuadia á que fuesen buenos, y que la mujer sirviese y amase al marido, y el marido tratase bien á la mujer, porque el sol les haria por ello mucho bien.

Hecha la exortación, mandaba traer ropas y joyas y otras alhajas y repartíalas entre todos.

A otros mandaba dar cierto número de ovejas y otras dádivas.

También en aquel dia concedia privilegio á los hijos de grandes por honra de la novia, que pudiesen sentarse en sillas en sus propias casas, y dábales esas sillas que era gran honra, porque ninguno que de su reino tuviese este privilegio, podia sentarse en la tal silla.

Acabado esto, mandaba que los que tenian cargo de los conventos de las Mamaconas, fuesen por todo el reino y trajesen las doncellas de diez años arriba que fuesen hijas de señores, á los dichos monasterios, para que se criasen

allí hasta que tuviesen edad para se casar y aprendiesen á ser muy recogidas y otras cosas que aquellas mujeres religiosas les enseñasen.

Cuando cada uno tenia ya su mujer y se habian acabado todos los autos y ceremonias de los casamientos, luego comenzaban las fiestas, así de bailes como de cantares y otros juegos que ellos tenían, pero estaban apartadas las mujeres de los hombres.

Este orden de hallarse los Reyes en estos casamientos, no todas veces se podía guardar por ser grandes los reinos, pero andaba las ciudades más principales, y lo que él no podia hacer mandaba á los Visorreyes y á otros magistrados, los cuales andaban por todos los lugares mayores de su provincia, á los cuales venian de las aldeas, y allí se hacia lo que hemos dicho.

Procuraban los Reyes Ingas que todos sus vasallos fuesen casados porque no hubiese adulterios ni otros pecados, y así no habia comunmente mala mujer, y cuando se hallaban estos pecados, castigábanse cruelísimamente.

A solos los Reyes les era permitido casar con las hermanas, por razón de la sucesión y herencia de los estados y reinos, porque aquel que

era hijo de Inga, y de su hermana, heredaba como más propíncuo y más cierto, á todos los demás, era prohibido casarse dentro de los grados que al principio dije, y pecar con alguna mujer de aquellas se tenia por gran culpa, y con esto quiero dar fin en lo tocante á los matrimonios, porque creo que me he detenido mucho aunque no ha sido más en mi mano.

CAPITULO V

De la manera que tenían los Reyes y grandes señores de las Indias, en doctrinas y enseñar sus hijos buenas costumbres.

Entre las cosas notables que la república de los Indios tuvo, fué el criar y enseñar á los niños y doncellas virtuosamente, porque aquella edad como blanda y nueva, se hace dispuesta para la virtud ó vicios y entonces se conoce cuál será el hombre ó la mujer, y por eso todos aquellos que tienen cuidado de la honra de sus casas, procuran que sus hijos sean amaestrados en la menor edad, para que después los padres tengan buena vejez.

En este capítulo, aunque no hable del hijo

del pobre y de poco valor, todavía por lo que se dijere de la crianza de los hijos de los grandes señores, se entenderá como comúnmente todos eran más ó menos doctrinados.

Luego, pues, que los Reyes tenían hijos y comúnmente los otros hombres de cuenta, lo primero que ordenaban era que sus mismas madres los criasen, y esto era ley general, y cuando la madre acaso estaba indispuesta, procurase que la ama que lo criase tuviese muy buena leche.

Tenían ellos por buena leche aquella que echando una gota en la uña no corriese y estuviese espesa.

Procuraban por todas las vías posibles que los niños no comiesen sino de un solo manjar, y que la madre ó ama no usase de otros manjares, salvo de los que comenzó á usar cuando dió la primera vez leche.

Algunas comían carne, otras pan caliente con sal y algunas frutas, principalmente una que ellos llaman Tomatl, daban leche cuatros años á las criaturas.

Amaban las mujeres tanto á sus hijos y tanto cuidado tenían dellos, que por no dejar de darles leche todo este tiempo, huyen de llegarse á los hombres por no hacerse preñadas.

Si quedan viudas y con hijo que aún no está criado, por ninguna cosa desta vida se volverán á casar hasta que ya de todo punto lo hayan criado y pueda comer y hablar y andar por sí, y si lo contrario hiciesen, serian tenidas por malas mujeres.

En llegando á los cinco años, no estaban más en casa de sus padres, porque luego eran llevados al templo para que sirviesen allí á los dioses, y fuesen enseñados y doctrinados en las cosas de su religión, y supiesen bien las ceremonias y todo lo que tocaba al culto de sus dioses.

Allí eran enseñados de los sacerdotes y ministros de los templos, servian en las cosas menores en los sacrificios, y á cualquiera hora de la noche que los sacerdotes se levantaban á ofrecer á los demonios sacrificios ó á hacer alguna penitencia ú oración, los muchachos se hallaban presentes.

Si se habian de barrer los templos y habian de adornarlos con mantas ó esteras.

Si habian de lavar algunos vasos, á ellos pertenecian, y el que era allí hijo del Rey era el primero, y creia que le hacian gran merced y honra.

Estaban en los templos, no cuatro ni seis

años, mas todo el tiempo que les faltaba hasta casarse, de allí iba cada uno señalado para lo que habia de ser hasta la muerte.

Si habia guerra, de allí escogian los dispuestos para ella.

Las doncellas é hijas de los principales señores eran criadas con gran solicitud y mucha honestidad, para lo cual habia maestras y ayas rigurosas.

Desde los cuatro años tenian cuidado de enseñarles buena crianza, vergüenza y gran honestidad.

Eran castigadas cruelmente si hablaban palabra que no fuese honesta, y procuraban ensayarlas á que estuviesen muy encerradas, y en tanto era el rigor de este encerramiento, que muchas de ellas, desde que dejaban la leche hasta que se casaban, no salian la puera afuera, y cuando salian era al templo, y esto muy pocas veces, y volvíanse luego, y no se hacia sino por algún voto que habian hecho los padres, porque la habian tenido enferma, ó en la fiesta de aquel ídolo á quien la encomendaron.

Algunas veces salian las doncellas cuando habia alguna fiesta general, iban acompañadas de muchas viejas, y con tanta honestidad y sosiego, que no osaban alzar los ojos del suelo, y

si por ventura alguna vez se descuidaban, luego las maestras y ayas las reprendían y doctrinaban, y volvían á guardar la mesura acostumbrada.

En el templo no era permitido hablar las doncellas ni abrían sus bocas sino para decir las oraciones de que ellas eran enseñadas.

Tampoco hablaban en la mesa mientras comían, porque se tenía por mal caso hablar palabra allí.

Comían con gran silencio y muy templadamente.

No era permitido comer algún hombre con ellas.

Tenían los grandes señores sus casas de tal manera trazadas, que las mujeres viviesen por sí, y allí tenían sus vergeles y huertos donde se recreaban, y si por malos de sus pecados salían de aquellos aposentos las doncellas, el castigo que les daban era punzarles cruelmente los pies con aquellas puntas del árbol llamado Maguey y sacábanles sangre y reñíanlas cruelmente.

El castigo que había para las doncellas algo desenvueltas era desnudarlas y herirles con ortigas y darles muchos pellizcos, de manera que traían acardenaladas las carnes.

Enseñábanlas cómo habian de hacer medida á los caballeros y todas las demás cosas de cortesana, conforme á su estilo.

En llegando las niñas á ser de edad de cinco años, luego las enseñaban á hilar, tejer y labrar, y otros buenos ejercicios, no habia de haber ociosidad en ningún tiempo, salvo en ciertas horas que ya tenian señaladas para recrearse, pero habia de ser delante de sus madres.

Hacíanlas velar mucho y que trabajasen siempre, y durmiesen poco, porque con el sueño y ocio no se hiciesen torpes y viciosas.

Procuraban que anduviesen limpias, y porque se inclinasen á ello, las hacian lavar tres y cuatro veces al dia, y la que no lo hacia la llamaban sucia y perezosa; no salian del aposento solas.

Cuando alguna era notada ó acusada de alguna culpa grave ó de alguna sospecha, si de ello estaba inocente, para purgarse de la infamia, hacia juramento en esta forma: «¿Por ventura no me ve nuestro señor Dios?» y nombraban el mayor dios de sus dioses, el cual tenian por cosa mayor, é hincando el dedo en tierra besábalo, y con este juramento quedaba purgada y salva, porque ninguno se atrevia entre ellos jurar tal juramento sino diciendo verdad,

porque tenian por cierto que si no decia verdad y juraba falso, que aquel dios por quien juraba lo habia de perseguir con alguna enfermedad ó infortunio.

No estaban los hijos con el padre ni lo trataban, mas cuando lo querian ver avisábalo y llevábalos una matrona noble y honrada en procesión, y llegados á la presencia del padre mandábalos sentar, y la mujer que los llevaba saludábalo en nombre de ellos, y allí callaban y no se movian, y la aya representaba los presentes que cada uno le traía, y estos presentes eran flores, rosas y frutas, que la madre les daba para que lo llevasen á su padre.

Las hijas llevaban lo que habian labrado y tejido con sus manos, así como mantas de labores, y esto daban al padre ellas con otros donecillos que tenian ó podian haber.

El padre hablábales á todos avisándoles y rogándoles que fuesen buenos y guardasen las doctrinas y amonestaciones de sus madres y amas, que las tuviesen en gran reverencia, y dábales gracias por los presentes que le habian dado y por el cuidado que habian tenido de labrarle mantas.

Ninguno respondia ni hablaba palabra, ni cuando se despedian, mas haciendo una in-

clinación casi como de fraile, se despedían.

Procuraban mucho las madres y las amas de no allegar de noche á sí las criaturas cuando eran chiquitas, porque no las ahogasen.

Ningún hombre entraba adonde se criaban las doncellas, ni ellas hablaban con alguno, aunque entrase adonde ellas estaban.

Una vez acaeció que un caballero mozo hijo de un señor principal, saltó las paredes y entró en el aposento adonde se criaban las hijas del Rey de Tezcucó, por ver y hablar á una hija suya que él amaba mucho, y porque solamente lo vieron hablar con ella y en pié, y el Rey lo supo, el caballero huyó y la señora fué ahogada luego, y aunque le rogaron muchos señores por ella, él no quiso concederles lo que pedían, diciendo que hiciera mal si no castigara tan gran delito.

La gente popular no se descuidaba de criar sus hijos é hijas bien, porque aunque no eran tan poderosos ni tenían tantos medios para ello, todavía tenían cuidado, según su posibilidad, de hacer que los mozos fuesen virtuosos.

Entre esta gente plebeya, luego que el niño tenía algún juicio de razón, lo amonestaban y daban buenos consejos, y los apartaban de cualquier rastro de vicio que en él veían.

Poníanles á que sirviesen á los dioses en oficios más bajos que los hijos de los caballeros; llevábanlos á los templos y enseñábanles oficios á cada uno, según la inclinación y habilidad que tenia.

Lo más común era enseñar á sus propios hijos el mismo oficio que ellos se sabian.

Los que salian traviésos, si no se querien enmendar con amenazas y palabras, desnudábanlos en carnes, que no era menester mucho, según que traían de poca ropa, y con manojos de ortigas les daban, porque ellos aún no habian hallado el uso de los azotes en las nalgas, y otras veces les daban con varas delgadas de zurriagazos, y cuando del todo eran traviesos, dábanles humo á narices, como nosotros lo usamos, colgándolos los piés arriba y la cabeza abajo.

Y la misma pena daban las madres á las hijas; y si se huían de casa, buscábanlas los padres con mucho cuidado y volvíanlas á casa y castigábanlas cruelmente; pero cuando eran tan malos dejábanlos libremente, porque ellos venian después á ser esclavos, y los mataban como á bestias en sus sacrificios.

Castigaban los padres ásperamente si mentían á los hijos, y así les daban pena pública,

y era hendirles un poco del labio, ó bezo; por lo cual los muchachos amedrentados de tal castigo, dejaban el mentir.

Tenian los muchachos unos como maestros y mayoresales que llamaban Telpuchtlato, y dividíanse por barrios, como nosotros por parroquias; á este pertenecía recogerlos, y trabajaba con ellos en traer leña para los sacrificios de los templos.

Si se edificaba ó reparaba algún templo, ellos servian allí como gente dedicada para esto.

Ellos mismos se labraban los campos y heredades que tenian dedicadas para que se mantuviesen, y tenian sus reglas por donde habian de vivir, cuándo habian de ayunar, cuándo barrer el templo; cuándo se habian de sangrar de las orejas y de los brazos y piernas y de otros miembros del cuerpo, porque desde muchachos se ensayaban á esto.

No se les permitía andar ociosos, y si cometian algún vicio eran castigados ásperamente.

El maestro en ciertos días los juntaba á todos y les leía y enseñaba lo que habian de hacer y los persuadía á que fuesen buenos.

Si se levantaban guerras miraban si eran

grandes para poder comenzar á seguir las armas, y enviábanlos á ellas, y si no los veían inclinados á reñir ni eran fuertes y osados, llevábanlos para que las vieses, porque perdiesen el miedo y se inclinasen más á pelear.

No sabían replicar á lo que les mandaban, porque les enseñaban á ser muy obedientes.

Cuando venían los Agostos, en los cuales se cogían los frutos de la tierra, pedían licencia para venir por tantos días para ayudar á sus padres.

Acabado de coger el pan ó las demás semillas, tomaban algo para la comunidad y volvíanse.

Dábanles poco de comer y mal aderezado, dormían en el suelo y con muy poca ropa aunque hiciese frío; sus dormitorios eran anchos y sin tejados los más dellos, ó á lo menos eran como soportales.

Todo esto se hacía para que así se hiciesen á los trabajos.

Cuando eran de edad para casarse persuadíanle que viviese bien, y que nunca se olvidase de lo que allí le habían enseñado.

También los pobres tenían cuidado de sus hijas, y las doctrinaban las madres muy bien,

COL. LIB. AMÉRICA.—Tom. XV. 9

y cuando las querían casar, les daban notables consejos, persuadiéndolas á que sirviesen y amasen á sus maridos con toda diligencia y cuidado.

Antes que saliesen de casa de sus podres eran enseñadas en todo aquello que convenia á una mujer honrada.

Mostrábanle cómo había de honrar á los dioses y ser muy devota.

Cómo habia de ser honesta y mirar por la honra, y de qué manera habia de servir y amar á su marido.

Las mujeres cuanto á lo tocante á la religión guardábanlo principalmente, porque en abriendo la alba se levantaban y ponían incienso en el brasero y ofrecian sacrificio á sus dioses.

En lo tocante á la honestidad, comunmente guardaban lo que sus madres les enseñaban, principalmente las mujeres nobles, porque estas sobre manera eran honestas, y todas en común lo eran más que las nuestras.

En cuanto á servir sus maridos, ninguna sierva ni moza gastaba tanto tiempo en servir á su amo como ellas, todo lo expendían en mirar lo que habían menester sus maridos.

Y de tener los padres tanto cuidado de los hijos y las madres de las hijas, venian á ser

comunmente menos viciosos y á tener menos pecados los mozos, y los padres buenas ve-
jeces

CAPITULO VI

De cómo enterraban sus muertos nuestros Indios de la Nueva España, principalmente se trata cómo eran sepultados los grandes señores. Trátanse cosas muy curiosas y dignas de ser sabidas.

Después de haber tratado en esta República de las Indias Occidentales, y de todas las cosas que yo he podido saber y hallar, que vengan al propósito de mi intento.

Paréceme que para ir dando ya remate y fin á esta obra, que será bien tratar de las ceremonias con que eran enterrados los muertos, pues ésta es la última obra piadosa que se suele hacer en el mundo con los cuerpos ya muertos.

Bien creo que ha de ser gustosa la lección, porque en ella se tratan varias cosas.

Ya, pues, queda visto en la República que llamé Gentílica, cuán obligados estamos á usar de piedad con los hombres que salieron desta vida, dejando el cuerpo á la tierra de donde fué formado, y pues allí toqué alguna doctrina moral, no quiero aquí detenerme, sino mostrar cómo y en qué manera sepultaban sus muertos los Indios, y con qué ceremonias.

Cuanto á lo primero, quando algún Rey ó señor moría, luego se daba aviso á todas las provincias y pueblos á él sujetos, y también á los otros señores con quien tenía amistad, y como dicen acá, eran hermanos en armas.

Esto se hacía con tanta priesa que dentro de cuatro días venian todos los grandes de su reino á la corte, porque este tiempo estaba sin sepultar.

Luego que moría, poníanlo en una estera muy rica y pintada, que era entre ellos como ponerlo sobre un dosel de brocado, y allí lo velaban de noche y de día.

Venidos los señores y personas que habían de autorizar las exequias y mortuorio, traían los que tenían cargo de aderezar el aparato de

mortuorio, muchas plumas, muchas rodelas y esclavos que habian de morir por el ánima del Rey, porque aquello les parecía á ellos que era gran cosa.

Ayuntados todos componian el cuerpo muerto, envolviéndolo en quince ó veinte mantas ricas, entretejidas de ricas y sutiles labores, y metíanle una piedra preciosa, que comunmente era esmeralda, que los indios llamaban Chalchinitl.

Decian ellos que aquella piedra le ponian por corazón, y lo mesmo hacian con los ídolos, porque ponían en sus pechos preciosas piedras, y decian que aquellas eran corazones de los dioses.

Primero que envolviesen el cuerpo, cortábanle unas guedejas de cabellos de lo alto de la coronilla, en los cuales decian quedar la memoria de su ánima y el dia de su nacimiento y el de su muerte, y aquellos cabellos y otros que le cortaron cuando nació, que estaban muy guardados, poníanlos en una caja muy pintada de dentro, de figuras de ídolos.

Mortajado y cubierto el rostro, poníanle encima una máscara muy pintada, y allí antemano le mataban un esclavo:

Adornábanlo y vestíanlo de las armas é in-

signias de aquel principal dios, á quien tenían por patrón en aquel pueblo adonde moría el Rey, y era el más devoto en cuya casa ó templo se había de enterrar.

Todas sus mujeres y amigos y señores principales que allí se hallaban al tiempo que lo llevaban á enterrar, iban llorando, y otros cantaban, según les cabía el oficio; pero en este acto no usaban de instrumentos músicos, aunque entre todos ellos es costumbre muy usada, no cantar sino cuando tañen atabales.

Allegados con el cuerpo á la puerta del patio del templo, salía el gran sacerdote con todos los demás ministros á recibirlo, y entrados todos, en la parte del templo más principal, al pie de la escalera que subían á los altares, y adonde estaban todos los dioses, y el lugar de los sacrificios; luego así como estaba revuelto en sus mantas, y con muchas joyas que llevaba puestas, lo quemaban con tea y con otro cierto género de incienso, que llaman ellos Copalli.

Ya dije como luego que le ponían la máscara y lo revolvían en las mantas mataban un esclavo.

Este siervo no era así como quiera hombre vil y despreciado, antes era de los más priva-

dos, porque tenía cargo en la casa real, y era sacerdote de su capilla, porque ponía incienso en los altares de los ídolos que el Rey tenía en palacio, y este pago le daban en premio de su trabajo.

Es verdad que ellos lo mataban para que fuese su ánima delante para aparojar otro oratorio adonde habia de ir la del Rey, y así acá y allá creían que iban á hacer un oficio.

Estando, pues, quemándsse el cuerpo porque la ánima del Rey sintiese descanso adonde estaba matábanle muchos esclavos, y tantos más mataban cuanto el señor era poderoso, de manera que al Rey matarian muy muchos, y á otros menores príncipes no tantos.

Estos esclavos todos eran de los de su casa, y de los que habian traído sus amigos y los otros señores sus vasallos que habian venido á la salemnidad y obsequias.

Cuando los mataban sacábanles los corazones y echábanlos en el fuego para que así se quemasen con el señor.

Estos esclavos eran queridos de los señores, porque con ellos pasaban tiempo por ser corcobados los unos y otros enanos, y matábanlos para que en la otra vida sirviesen á su señor de darle recreación y alegría.

Cuando iban á este abominable sacrificio, iban vestidos de mantas nuevas y de respeto, porque así pareciesen en los infiernos, adonde iban criados y servidores de tan gran rey y señor.

Ponían en el templo y en el patio que era como entre nosotros cementerio, gran multitud de manjares y de bebida y muchas cosas, á denotar que en la otra vida había de tener lo mismo.

Algunos indios dicen que no sacrificaban aquellos hombres, ni ponían aquellas comidas suntuosas, porque creyesen que allá se comía y bebía y padeciesen las necesidades de acá, mas hacíanlo por la costumbre que tenían de honrar los entierros de los señores con echar aquellas riquezas en el fuego, en señal del amor que les tuvieron como leales vasallos.

Esto en alguna manera parece ser así, porque muchas veces en fiestas y regocijos que ellos acostumbraban de hacer, decían cantando:

—Cantemos y holguemos, porque después de muertos, en el infierno lloraremos.

Esto es también cierto, que creían que después de esta vida había aparejadas penas para los malos en el infierno.

Tenían por costumbre estas gentes matar un



perro para que guiase el ánima del difunto, y la muerte que le daban era tirándole de flechazos, y habíale de herir en todo el pescuezo y no en otra parte, y muerto, poníanselo delante al muerto, y decían ellos que aquel perro lo guiaba, y pasaba los malos pasos que había en el camino, así de barrancos, como de agua.

Creía esta gente supersticiosa que si no llevaba perro no podía pasar los pasos muy peligrosos que había en el camino.

Los cuerpos de los esclavos no eran quemados después que morían junto con el del principal señor, mas en otra hoguera señalada que para esto había aparejada siempre expresamente.

Quemado el cuerpo del Rey otro día se cogía la ceniza, y si por ventura quedaba algún huesuelo suyo, también lo guardaban, y después con la guedeja de los cabellos que le quitaron cuando lo querían amortajar, y con la que también le quitaron cuando nació le metían en una arca ó caja hecha para este propósito.

Metían también dentro la piedra que le pusieron en la boca, si el fuego no la había quemado y consumido.

Esta arca ó caja estaba después puesta en

lugar decente y honrado y ponian encima de ella una figura ó estatua labrada de madera que era la imagen ó simulacro del señor ó príncipe muerto y á esta estatua hacian después muchos sufragios y oraciones (según sus ritos y costumbres que ellos usaban) las mujeres del muerto y sus parientes y amigos.

Llamábase esta ceremonia que esta gente comunmente hacia y usaba, en su lengua, Quitomaltia.

Duraban las honras funerales cuatro dias, en los cuales llevaban ofrendas muy grandes al lugar adonde habia sido quemado.

Algunos que sentian más la muerte de su señor que otros, llevaban ofrendas á la mañana y á la tarde, empero lo común era una vez al día.

Lo mesmo se hacia delante de la caja y cenizas.

Al cuarto dia que era el último de las honras, mataban quince esclavos, porque decian que en todos aquellos cuatro dias iba caminando el ánima y que tenía necesidad de ayuda y creian que le socorrian á buen tiempo matando aquellos hombres.

A los veinte días sacrificaban otros cuatro ó cinco esclavos y á los cuarenta dos, á los se-

senta uno ó dos, y á los ochenta diez ó más ó menos, según la dignidad y merecimientos del señor; esto era como cabo de año, y de allí adelante no morían más esclavos, empero cada año hacían aniversarios y memorias delante de la caja adonde estaban las cenizas, y entonces no se celebraba la solemnidad con sangre de hombres, mas sacrificaban codornices, conejos, mariposas y otras aves.

Ponían delante de la imagen del Príncipe que estaba sobre la caja incienso y ofrenda de comida y vino y rosas y unos cañutos y cañas que dicen ellos Acayetl.

Estas son unas cañas de á dos palmos llenas de cierta confección odorífera, cuyo humo se recibe por la boca y dicen ser sano para la cabeza, y esta ofrenda se hacía por espacio de cuatro años, en los cuales aniversarios y memorias todos comían y bebían hasta emborracharse y bailaban y lloraban acordándose de aquel muerto y de los otros difuntos.

Esto es lo que hallo de las fiestas y ceremonias; escrito que hacían á los Reyes de México y á otros grandes señores de algunas partes de las Indias.

Otras cosas diremos adelante de otras gentes de esta nación que eran algo diferentes.

Muchas destas gentes, como queda visto creían que dentro de la tierra habia infierno y que contenia nueve casas, ó nueve habitaciones, á cada una de las cuales iba cierto género de pecadores.

Los que morian de su muerte natural de enfermedad causada, decian que iban al infierno bajo, los que de bubas iban á otra parte, creo que porque no se las pegasen á otros.

Los que de heridas tenian licencia de ir con los bubosos, los niños tenian lugar señalado; los que morian peleando y los esclavos que morian en los sacrificios, tenian creído que iban á los palacios del sol, y que allí descansaban, no que entrasen dentro, sino en ciertas moradas, porque junto al sol ninguno podia vivir.

Comunmente vestian á los difuntos de diversas maneras, porque les ponian las insignias de los dioses en quien ellos tenian más devoción y conforme á la enfermedad de que moria cada uno, así habia Dios que tenia ropas señaladas y de aquellas también vestian al muerto que moría de la enfermedad que tenian aplicada al ídolo.

Al mercader amortajaban de una manera y al niño de otra, y al señor de otra, y los ricos se diferenciaban también en esto de los pobres.

Si moria uno en la guerra allí lo enterraban sin ceremonias, y cuando volvian de la guerra traían una saeta del muerto y dábanla á los de su casa, los cuales la componian y ataviaban y la tenian por imagen del muerto, y después vestida con las insignias del sol la quemaban.

A los que mataban por adúlteros, los de su casa les hacian una imagen y componíanla con los ornamentos de un dios llamado Tlacolteutl, que quiere decir dios de la basura ó de la suciedad, á este encomendaban las ánimas de los tales porque holgaba de ser servido de hombres torpes y sucios.

A los que morian ahogados sino hallaban sus cuerpos hacíanles sus figuras y poníanles las insignias del dios del agua, porque lo hiciesen bien con ellos pues los habia llevado para sí.

En algunas partes á los que no eran casados aunque vestian y ataviaban sus cuerpos no los quemaban, mas sepultábanlos debajo de tierra, esta manera de sepultar los difuntos era lo más común en todo lo más principal de la Indias Occidentales.

CAPITULO VII

De las ceremonias que se guardaban en los entierros y sepulturas de los Reyes de Mechuacan, de la mucha gente que mataban para enterrar con el Rey.

Todavía en diversos reinos y provincias de las Indias habia diferentes maneras de sepultar los muertos, y si en alguna parte se trataba este negocio con gran cuidado, era en el reino de Mechuacan, y ansi me parece que es bien que digamos algo, que no sabrá mal al que es amigo de saber cosas tales, cuales esta república tiene.

Cuando el Rey de los de Mechuacan enfermaba, todos sus médicos se juntaban para cu-

rarlo, y si su enfermedad crecía enviaban á llamar todos los médicos más famosos de su reino y procuraban lo posible para su salud.

Si la enfermedad era mortal, luego el que habia de suceder en el reino enviaba á llamar á todos los señores del reino y á los gobernadores y capitanes; cualquiera que no venia caía en mal caso y pasaba por la pena de traidor, si ya no enviase á excusarse legítimamente, y venidos, cada cual, según venia y era de calidad, hacia un presente al Rey enfermo.

Cuando ya se veía estar cercano á la muerte, no entraba nadie á él, aunque fuese otro Rey ú otro gran señor.

Muerto el Príncipe, poníanlo en el patio de su palacio, y los dones y presentes que le habían traído sus vasallos poníanlos acerca dél, y allí tenían su silla é insignias y armas de que él habia usado viviendo.

Puesto allí el Rey, el heredero avisaba á los señores y á todos los que estaban en la corte como era muerto el Rey su señor, lo cual sabido por ellos, luego alzaban gran grito y alaridos por la muerte del Rey, y abiertas las puertas del palacio, entraban todos al lugar adonde estaba el Rey difunto.

Estos señores, con los más privados y ancia-

nos de la casa real, tomaban el cargo de aderezar el cuerpo, y lo primero que hacian era lavarlo y lo mesmo se hacia con aquellos que después habian de morir para lo acompañar, salvo que á ellos lavábanlos en vida y al otro después de muerto.

Los ornamentos que llevaba eran estos: poníanle junto á las carnes una buena camisa de las que usaban, los señores calzábanle unas como sandalias, que son unas suelas como de alpargatas, pero hechas con gran primor y policía, las cuales tenian para que se apegasen á los piés unas correas hechas de cuero de venado adobado, las cuales se prendian sutilmente á los dedos de los piés.

Poníanle cascabeles de oro en las gargantas de los piés, y en las muñecas sartaes de piedras turquesas, que son las madres de las esmeraldas, las cuales precian mucho ellos.

Añadíanle un trenzado de pluma muy rico, y al pescuezo le ponian unos collares también de piedras preciosas, y en las orejas le ponian unas arracadas de oro muy grandes y ricas, poníanle en los brazos dos brazaletes de oro y en los labios le hacian un agujero y allí también le ponian unas argollas de oro y turquesas.

Hacíanle una cama muy alta con infinitas mantas tejidas y labradas ricamente con varia difereucia de colores, y sobre ella ponian el cuerpo, y encima le ponian otras mantas más ricas, de manera que ansí lo tenian acostado como si estuviera vivo.

Esta cama estaba armada con sus tablones y tenia hechos unos agujeros por donde metian unas palancas para poder llevar á hombros el cuerpo, al modo de nuestras andas.

También hacian encima de la cama otro bulto menor, adonde ponian un muy rico penacho de plumas verdes, y allí ponian todas las armas reales y un carcax de cuero de tigre con el arco y flechas.

Aparejado de esta manera el túmulo y cama en que habia de ir el Rey muerto, salian sus mujeres y comenzaban á llorar á grandes voces.

Era ley, y que no se podia quebrantar, que fuesen sepultados muchos hombres y mujeres con el Rey, y ansí luego que el Rey moria morian ellos, porque los sacrificaban, y ansí mesmo los vestian ricamente, porque habian de ir en la procesión con el Rey muerto, por cuanto enterrándolo habian de ir las almas de aquellos con él á servirlo.

No morían estos acaso ó tomaban cualquier hombre común, mas el sucesor en el reino nombraba los que habían de morir.

Señalaba principalmente siete señoras principales para que cada una tuviese en la otra vida su oficio.

La primera llevaba todas las piezas de oro y joyas que habían puesto al Rey, y ella las llevaba al pescuezo.

Y la segunda era la camarera, la cual había de tener cargo de sus vestidos y joyas.

La tercera era la que había de servir de copa dándole á beber de su vino y cacao.

La cuarta le había de dar aguamanos, y le tenía la taza mientras bebía.

La quinta era cocinera y otra que le daba el orinal. La séptima no halló qué oficio tuviese


Sin estas mujeres principales, morían otras inferiores para el servicio de las señoras y para otras cosas que ellos creían ser necesarias.

También habían de ir muchos hombres, y entre ellos eran algunos principales, porque había persona señalada que llevaba las mantas y vestidos reales, otro que lo peinaba y trenzaba los cabellos, otro para que le hiciese las guirnaldas de flores, otro para que le llevase la silla, otro para que llevase hachas de cobre para cortar

leña, otro para llevarle el ventallo, otro que llevase el calzado, otro para los perfumes y cañutos que arriba dije, que eran para confortar el cerebro, otro para barquero ó remero, para cuando pasase ríos y mar, otro para barrer, otro para cazador, un portero de su sala, un portero de las mujeres, un oficial de hacer plumajes ricos, un platero para que le hiciese joyas, un tañedor y un bailador, un oficial de hacer atabales, otro que supiese hacer arcos y flechas, dos ó tres monteros.

Algunos de aquellos médicos que no lo pudieron sanar, que sin duda él llevaba una gentil provisión, porque no matasen á los que quedaban, un truhán, un hombre gracioso, que le solia contar cuentos y novelas, un botiller que le hacia los vinos, y ansí iban otros hombres que sabian diversos oficios.

Sin estos que señalaba el nuevo Rey, habia otros que de su voluntad querian morir, por el amor que tuvieron á su señor, y decian que aquello hacian porque habian comido su pan, y que quizá el Rey que sucedia no les haria tan buen tratamiento; pero muchas veces no se les permitia ir ni morir, porque decian que bastaban aquellos para servirlo, y tenian razón, porque todos sobraban.



Todos estos hombres y mujeres que habian de morir los aderezaban de vestiduras ricas, dándoles mantas muy blancas y poniéndoles guirnalda en las cabezas, teñíanles los rostros de color amarillo, y unos iban tañendo con unos huesos de lagartos, ó por mejor decir de cocodrilos, y otros con unas rodela ó conchas de tortugas, que son mayores que una gran rodela de las nuestras, y así iban en procesión y por buen orden.

Los señores y sus hijos tomaban el cuerpo en los hombros, y los parientes del Rey y los de sangre real iban junto al cuerpo, cantando un cantar que ellos tenian acomodado para aquella ceremonia.

Estos tales llevaban sus insignias y señales de caballeros y valerosos hombres, ó las que ellos habian adquirido por sí, ó las que habian heredado de sus mayores.

Sacaban del palacio real al difunto á media noche, pero llevaban tantas luminarias delante de sí, que parecia de dia, y llevaban así mesmo muchos instrumentos músicos á su modo.

Delante de todos iban los que habian de morir, barriendo la calle y diciendo: «Por aquí has de venir, mira no pierdas el camino.»

Y por este orden llegaban hasta el patio del

templo. Estaba en aquel lugar una gran hacina de leña seca, bien puesta, toda de rajas de pino; llegados allí, daban todos por el orden que venian cuatro vueltas al rededor de la leña tañiendo sus instrumentos músicos, y luego así como venia con su cama y muchas mantas, lo ponian sobre la hacina de la leña, y los deudos y de la casa real comenzaban á cantar otro nuevo canto que estaba acomodado para aquel tiempo, é incontinenti pegaban fuego á la leña por diversas partes, y comenzando á arder el fuego con fuerza, salian los que estaban diputados para sacrificar aquellos hombres que habian de morir, y con unas grandes mazas les achocaban las cabezas, y llevábanlos á enterrar detrás del templo, y en las oyas los metian de cuatro en cuatro, empero antes que los matasen les daban de comer mucho y de beber hasta emborracharlos, porque no sintiesen tanto la muerte. Y tanta priesa se daban, que cuando amanecia ya estaba quemado el cuerpo del Rey y hecho ceniza. Todos aquellos señores que habian venido á las obsequias estaban presentes allí sin moverse un punto, y por ser gran cosa aquella, no podian atizar la lumbre otros sino ellos, ni tocar en cosa alguna de aquellas, porque las tenían por cosa grande.

Quemado el cuerpo, tomaban las cenizas y los huesos que quedaban, y las joyas ricas que se habian derretido, y todo junto lo echaban en una manta, y sobre ella hacian un gran bulto, y aquel lo trazaban en forma de estatua y le ponian una máscara y muchos penachos y otras piedras y joyas, y poníanle también una rodela á las espaldas, que era toda de oro, y al un lado sus arcos y flechas, y calzábanle unos zapatos ricos y muchos sartales de piedras preciosas y otras joyas en las piernas, de manera que tan ricamente aderezaban aquella estatua, como el cuerpo difunto cuando lo querian llevar á quemar.

Hecho esto hacian al pié de las gradas del templo, adonde habia de ser sepultado, una grande y honda sepultura, y entapizábanla de aquellas esteras ricas y finas que tenian, y en el suelo armaban otra cama muy suntuosa, y uno de los sacerdotes que tenia cargo de llevar los dioses á cuestras, tomaba aquellas cenizas con aquel bulto, y cargado en las espaldas lo llevaba á la sepultura, la cual estaba también cercada de rodela de oro y plata, y muchos carcaxes, y arcos, y flechas, como trofeos de las victorias y memorables hazañas que habia hecho.



Poníanse también allí muchas ollas y vasos con manjares y vino.

El sacerdote asentaba el bulto sobre una tinaja que estaba al lado de la sepultura, y de allí lo ponía sobre la cama.

Habia alrededor infinidad de cajas hechas de hoja de palma ó de cañas delgadas en cuerdas, que ellos llaman en su lengua Petacas.

Dentro destas habia infinitas cosas de la recámara real, porque habia penachos de diversas maneras, mantas ricas, joyas muy preciosas, y en fin, cosas de gran precio y valor, y todo lo que quedaba vacío de la sepultura, henchían de semejantes cosas, creyendo que todo aquello le era necesario al Rey después de muerto. Ya que estaba llena la sepultura, cubríanla con unas vigas, y sobre ellas unas tablas, y sobre todo echábanle un suelo de tierra ó cal ó de otra materia que ellos tenían para este menester.

Concluído con esto, todos aquellos que habian tocado en el Rey muerto ó en los otros que habian sacrificado, se iban á bañar porque no se les pegase alguna enfermedad, los cuales lavados, volvian al mismo lugar de la sepultura, y juntos con aquellos grandes señores y caballeros, volvian al patio del palacio real, y allí les

estaban aparejadas mesas y asientos, según la calidad de sus personas, y daban un gran convite á su estilo, y el Rey que sucedia se sentaba con ellos, pero las mesas no tenian aquel dia manteles, mas enviaba el nuevo Rey á cada uno un poco de algodón en pelo, para que se limpiase los hocicos y manos después de haber comido.

Acabada la comida, estaban en aquel patio casi todo el dia, por espacio de cinco dias, adonde ni hablaban ni miraban á alguna parte, mas fijos los ojos en tierra estaban en gran silencio, con gran representación de tristeza.

En aquellos dias ninguno trabajaba (digo de los que vivian en la ciudad) ni molian maíz, que era su pan ordinario, ni se encendia en ninguna casa lumbre.

Todos los tratos y mercados cesaban, nadie compraba ni vendia.

Estaba la ciudad sola y con gran silencio, porque ni mujeres ni hombres no salian por las calles, lo cual era como en señal de que se les habia muerto su señor.

Los señores de las provincias salian de noche, unos una noche y otros otra, é iban á los templos y á la sepultura del señor, y allí hacian oración toda la noche.



El que tenia cuidado que estas ceremonias se hiciesen y que hubiese buen orden en todo, era el que sucedia en el reino, lo cual él hacia como en señal de reconocimiento de que le habia dejado tantos reinos y señoríos, y porque creía que si él lo hiciese bien, su sucesor haria lo mesmo con él cuando muriese.

Estas, pues, son las ceremonias que se guardaban en las obsequias y enterramientos de los Reyes de Mechuacan, que son harto diferentes de las que hemos escrito de los Reyes de México; yo creo que en el resto de las Indias ó Nueva España habia poca más diferencia en las obsequias de los demás Reyes y señores; á lo menos yo no he hallado más, y por esto acabo aquí con este punto.

CAPITULO VIII

De las ceremonias que hacian los indios de la Vera Paz en los enterramientos de sus muertos. Con otras cosas dignas de ser sabidas.

Cuando los caciques y señores de la Vera Paz caían enfermos, lo primero en que se entendia, era en juntar y llamar médicos.

Esto no sólo era entre aquellos señores común cuando llegaban á lo extremo ó tenían alguna indisposición aguda ó peligrosa, mas á cualquier Ax (como acá solemos algunas veces decir), llamaban los médicos ó físicos.

Estos físicos reverenciaban tanto á sus señores que jamás se apartaban de sus presen-

cias, y así los curaban con suma diligencia.

Sus medicinas eran de yerbas y otros simples que ellos conocian y sabian.

Aplicadas las medicinas, luego venia un hechicero, ó nigromántico, ó agorero, que tenian cuenta con mirar las suertes, para ver qué sacrificios harian que fuesen más agradables á los dioses, para que diesen salud á su señor enfermo.

Entonces si mandaba el hechicero hágase esto ó lo otro, luego se habia de hacer.

OfreCIAU algunas veces pájaros de tal color y tal naturaleza.

Otras veces sacrificaban animales, y tan ciegos los tenia el demonio, que mandaban sacrificar hombres y mujeres, y á veces vírgenes, y tal vez llegaba que habian de ser de las más principales, y en esto no habia réplica, porque ello se habia de hacer, y cuando la enfermedad era grande y la persona era de mucha autoridad, mandaban los hechiceros ó agoreros que sacrificasen por su salud á su propio hijo, y en esto tampoco habia réplica ni dificultad.

Algunas veces, ó las más eran los que morian los hijos de las esclavas, y cuando estos faltaban, sacrificaban á los legítimos y no perdonaban al único.

Pero cuando llegaban á sacrificar hombres, era después que las diligencias humanas no bastaban.

Hechas estas diligencias y otras, mandaban al enfermo que confesase todos sus pecados.

Lo que estos Indios confesaban comunmente era el pecado de la fornicación, ó adulterio, porque esto era lo más grave que ellos tenían, porque aquello era en perjuicio de partes, ó habia pecado con alguna mujer libre, porque si era su esclava no se tenia por grave pecado, porque la tenia á su uso y voluntad, como otra cualquiera cosa comprada, de manera que si se confesaban y decían seis pecados tengo, cuatro pecados tengo, ya se entendia que eran de la carne, también tenían por pecado quebrar algunas de sus cuaresmas, pero no confesaban el haber comido fuera de hora, ó más de lo que permitía el ayuno, mas lo que era pecado aquí, era porque habia dormido el casado con su mujer, y habia tenido cuenta con ella, ya que el enfermo llegaba á la muerte, si era persona principal, la primera cosa que le ponian después de muerte en la boca, era una piedra preciosa, otros decian que no se la ponian después que moría, sino al tiempo que quería espirar, porque para eso le ponian aquella piedra, que

era para que recibiese su ánima y en espirando luego le fregaban el rostro con ella livianamente, el ponerle aquella piedra á aquella coyuntura, y tomarle aquel postrer espíritu ó resuello era oficio de por sí, y muy principal, de manera que en el pueblo, el más noble lo habia de hacer, y si era en casa de Rey, ó gran señor, el más privado; la piedra era guardada con gran cuidado de la mesma persona, por ello era tenido en gran reverencia de todos, y á la piedra, después solían á ciertos tiempos, ofrecerle sacrificios.

Muerto el señor de la tierra luego se despachaban mensajeros á todos los pueblos sujetos como lo hacian las demás provincias.

Y también se daba aviso á los otros señores que eran amigos encomendándoles que se hallasen al enterramiento, porque hasta tantos dias aguardarian.

El cuerpo en este espacio de tiempo que venían los señores y los vasallos que eran ya avisados, poníanlo en un lugar público asentado, porque así se enterraban en esta provincia los moradores della, y vestíanle vestiduras ricas y preciosas, las cuales cada uno según su estado iba allegando desde que comenzaba á envejecer, para mandar cuando muriese se las pusiesen acuestas y lo enterrasen con ellas.

Venido el día del entierro, todos aquellos señores traían joyas y otros dones, y un esclavo ó esclava por lo menos, y algunos traían lo uno y lo otro para sacrificar, todas estas joyas las ponian sobre el muerto, y después lo cubrian con muchas mantas y bien empañado lo metian en una caja grande de piedra ó de madera de manera que él cupiese estando asentado en cuclillas, que este era su común asentar.

Después hacian la sepultura en tierra muy honda y grande, y allí metian el ataúd ó caja, pero no era llevado á enterrar á los templos, como en las otras provincias, mas subíanlo á los cerros y altas cumbres de las sierras, y allí era su sepulcro para siempre.

En muriendo, luego mataban cuantos esclavos y esclavas tenía para su servicio, para que fuesen delante á aparejar posada para su amo, porque ya ellos creían que de lo mismo que habian servido en el mundo habian de servir después en el otro.

Cuando enterraban estos esclavos, cabe ellos ponian los instrumentos con que habian servido á sus amos.

De manera que si era esclavo de labranza, allá había de ir la azada, arado y podadera, y así, por consiguiente, todos los demás.

Metidos los esclavos en la sepultura con su amo, si algo sobraba de vacío, hinchábanlo de tierra é igualábanla.

Hecho esto levantaban un altar sobre ella de altor de un codo de cal y piedra, sobre el cual se quemaba de ordinario mucho incienso y ofrecían sacrificios.

La gente común que no tenía tanto caudal, para hacer aquellas cajas ó ataúdes, hacia una sepultura grande y ancha, y después al un lado hacían una cueva y metían el difunto y asentábanlo y después volvían á cerrar la sepultura, pero el cuerpo no quedaba cubierto de la tierra.

Estas ceremonias que he dicho que hacían con los difuntos poderosos, se guardaban con los demás del pueblo, porque lo que los señores hacían en honrar al difunto y asistir á sus honras, y en lo de traer joyas y esclavos con los demás, hacían esto los deudos y parientes del muerto, los cuales traían joyas, esclavos y mantas y todo lo necesario.

Los indios de Nicaragua también tenían sus ceremonias en los entierros de sus difuntos, en cuanto á la persona real como en lo del común pueblo.

Cuando el Rey enfermaba, luego hacía con-

sultar sus dioses, y para esto habia sacerdotes y agoreros.

Si el diablo respondía que habia de morir de aquella enfermedad, luego echaban la mitad de sus joyas en el río, y la otra mitad se llevaba él á la sepultura cuando moría.

Hacíanse grandes llantos en la muerte del Rey, llevábalo á sepultar á los altos y en los cerros.

Muerto el Rey heredaba los estados el hermano, y no los hijos; pero si faltaba hermano, los sobrinos heredaban.

En otras provincias vecinas á Nicaragua, que debían estar sujetas al mismo Rey, añadían á las obsequias reales que el señor que enterraban no iba solo, porque metían con él sus propias mujeres, y á las otras criadas y personas que lo servían y porque allí no tuviesen hambre, henchian la sepultura de cosas de comer, y porque la sepultura por tiempo no se perdiese y no la hallasen, hacian una señal perpetua, y era que ponian una estaca de un arbol verde y curando de ella dentro de poco tiempo se hacia un gran arbol.

Cuando volvian estas gentes de enterrar al muerto, cortábanse los cabellos en señal de luto y tristeza.

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV.

11

Duraban los llores y obsequias un mes entero, y al cabo dél, los vecinos del pueblo alzaban por señor al hijo del muerto, y con aquello se quitaba el luto.

En otras partes, así como en la provincia del Darien, hacían lo mesmo en los entierros de los señores; empero añadian una cosa y era: que todas las joyas y ornamentos preciosos los envolvían en unas que llamaban hamacas, que eran como camas, las cuales se colgaban en el aire entre dos árboles ó estacas, y allí dormían, y puestas en la cama ponían el cuerpo junto á ellas y las armas con que solía salir á las guerras; pero si era hombre común poníanle los instrumentos con que ganaba de comer. Para todos era común ponerles mantenimiento en la sepultura, para que comiesen teniendo hambre.

Vueltos á sus casas los que habían ido á enterrar el muerto, hacían grandes meneos y cantos proporcionados y acomodados á las muertes y muy representantes de tristeza, en aquellos cantares cantaban las buenas obras que había hecho el señor en guerra y paz.

Levantaban en señor al hijo mayor, dándole todo el pueblo toda la autoridad y poder que su padre tenía, y así se lo decían cuando le prometían de serle súbditos.

Duraban las obsequias por espacio de un año. Otros pueblos, cuando el señor estaba á la muerte, llamaban á sus vasallos y en su presencia hacía que tomasen á su hijo por señor.

Después de muerto llorábanle mucho, y envolvíanlo en unas mantas de algodón y muy bien liado con ciertas sogas, poníanlo en ciertas parrillas hechas de madera y poníanle fuego por debajo mansamente, porque así poco á poco se fuese consumiendo todo lo que había de húmedo en el cuerpo, y así quedase enjuta la carne.

Mientras que estaban quemando el cuerpo, desta manera cantaban endechas y dolorosos cantos que era el oficio que hacían por su alma.

Estos cantaban al revés de los otros, porque no cantaban las hazañas del muerto, mas las las miserias del mundo que quedaban para los vivos.

Consumido el cuerpo era llevado á la sepultura y con él iban ciertos esclavos que habian de morir para que lo sirviesen en aquella jornada; quemaban junto á la sepultura su arco y flechas y las demás armas de que usaba y todas las demás cosas que tenía para su particular servicio, lo cual hacían por no acordarse más del muerto.

Solían muchos señores guardar á sus padres así secos y consumidos en salas y piezas ricas, espetados ó compuestos á manera de armados, y llenos de muchas joyas y riquezas, como las solían traer viviendo.

Y así cuando nuestros españoles pasaron en aquellas partes, un Vasco de Balboa, vió en los palacios de un gran señor llamado Pomogre, muchos cuerpos destos enjugados al fuego con ricos aderezos.

Esta manera de conservar los cuerpos era como lo que nosotros usamos, cuando los embalsamamos.

Los reyes y señores de la provincia de Paria, Cumaná y Chiribiti, después que eran muertos, tendíanlos sobre unas parrillas, hechas de cañas, que allá son gruesas y muy duras, y pegaban fuego con ciertas yerbas y consumíanles lo húmedo, como lo hacian las gentes que atrás queda dicho.

Estos cuerpos después eran colgados por los rincones de casa, y eran tenidos en tanta reverencia, que eran adorados por dioses, de la manera que los gentiles tenian sus Penates.

El pueblo común no hacia esto, mas hacian también dentro de casa sus hoyos y sepulturas y allí los enterraban con muchos lloros y llantos.

Pasado un año que el difunto fué enterrado, convidaban toda la parentela y vecindad, cada uno según tenía más ó menos posibilidad, y traía cada convidado la comida y bebida, según podía.

Estando ya juntos á prima noche (que esta era la hora en que se hacía lo que diremos) abrían la sepultura y sacaban los huesos, y viéndolos todos lloraban, y dando grandes voces, aunque no tuviesen gana dello, ponían los huesos en medio del patio ó aposento adonde habian de comer, y ponían las cabezas entre las piernas, y esta era una señal de gran tristeza entre ellos.

Después extendían los pies y alzaban las manos y ojos al cielo, y lloraban con grandes ahullidos, y cuanto más disformes y feos parecían, tanto más celebraban la fiesta con más solemnidad.

Después quemaban los huesos todos, salvo el casco de la cabeza, el cual daban por prenda de más amor á la mujer primera que tenía el difunto, y ella iba muy contenta con su joya, y luego comían lo que habian llevado, y hecho esto cada uno se volvía á su casa.

Tenia esta gente sobre todas las otras de las Indias, que las ánimas de los hombres son in-

mortales, y que después de muertos van ellas á vivir en ciertas montañas ó florestas y en cuevas, y que van á lugares adonde tienen para siempre de comer y de beber.

Los de la provincia del Cenu, tenían para sus entierros unos fosarios, como nosotros los usamos en los hospitales, y eran de esta manera:

Hacian un hoyo grande y cuadrado, y si era de señor ó persona de calidad, poníanle cierta madera por encima, y sobre ella tierra, de manera que la sepultura quedaba hueca, como un algibe ó silo, y en medio della ponian el cuerpo y alrededor dél las armas con que peleaba, y todas sus joyas de oro, y todas las demás cosas preciosas y estimadas.

Ponian así mesmo bastante mantenimiento y sus tinajas de aguas, y abriendo nuestra gente algunos sepulcros de estos, hallaron agua tan clara como si fuera de rosas, sacada por alambique; pero nadie osó beber della.

Otras gentes hacian sus sepulturas en las paredes, y allí ponian los cuerpos.

Otros, hacian sus sepulturas como promontorios y sierras de tierra y en el medio edificaban una bóveda donde el cuerpo cupiese con muchas mantas y alhajas de casa.

Enterraban juntamente con los maridos las mujeres que tenían más hermosas y algunos niños y todos vivos, pero antes que los metiesen allí, los embeodaban muy bien, porque no sintiesen aquel género de muerte, que es más cruel de todos.

En algunas partes, cuando morían los señores, las mujeres se trasquilaban los cabellos, y ellas muchas veces se mataban.

En cierta provincia llamada Tauya, cuando moria algún señor ponian el cuerpo en unas Amacas, que son camas hechas en el aire, y debajo hacian unos hoyos, y pegaban un fuego lento debajo, é íbase derritiendo aquella grasa del cuerpo y caía en aquellos hoyos, y cuando estaba medio seco el cuerpo, venian los parientes y amigos y lloraban al difunto, y después emborrachábanse muy bien y rezaban ciertas oraciones por la ánima del difunto.

Acabado esto, el cuerpo, medio quemado, envolvíanlo en muchas mantas de algodón y metíanlo en un ataúd y teníanlo así algunos años, después que veían que estaba bien seco lo enterraban en las sepulturas que les hacian en sus mismas casas.

En otras partes á los señores les hacian las sepulturas en cerros muy altos y alli les hacian

unas hondísimas hoyas ó cuevas y henchíanlas de muchas cosas de comer y grandes tinajas de vino, y á los pies enterraban aquellas mujeres que más lo quisieron.

En otras partes desollaban los muertos y henchíanlos de ceniza, y poníanlos derechos en unos tablados altos y arrimados, y hacíanles el rostro de cera y poníanles en las manos unos dardos ó lanzas y en pie, de manera que ponían pavor á los que los miraban.

Esto es cuanto á lo que toca á los Indios.

Y pues hemos guardado hasta agora este orden que primero se han contado las cosas de los indios de Nueva España, agora será bien, guardando el orden, toquemos algo de las gentes del Perú, y veamos qué ceremonias y qué cosas se hacian en este propósito acerca dellas.

CAPITULO IX

De la manera que se tenía en el Perú de sepultar los Reyes y grandes señores, y de la otra gente común.

Cuando alguno de los Reyes Ingas del Perú, caía enfermo y estaba peligroso, estaba ordenado por ley real dende Pachacuti (que fué el más valeroso Rey que hubo en todas aquellas gentes) que fuese metido en los aposentos más secretos y apartados de todo el palacio real, de manera que no fuese visto sino de sus mujeres, hijos y muy privados, y los médicos que lo curaban, empero estos postreros desde que caía enfermo hasta que se levantaba ó moría, no salían de su aposento, y guardábase tan gran

secreto en lo tocante á la salud del Rey, que ninguno (fuera de los que allí entraban) sabia si empeoraba ó mejoraba, pero cuando no se esperaba de su salud, todos los medios humanos se buscaban para que nadie lo supiese de los de fuera.

Después que era muerto el Rey, la primera ceremonia que en este ministerio se hacia, era tener secreta su muerte por tiempo de un mes.

Entre tanto, el que habia de reinar avisaba á todas las provincias lo que habia, y principalmente á las que eran más inquietas, y que se tenia que se rebelarian si supiesen la muerte del Rey, y así encomendaba á los Visoròyes y gobernadores que las gobernaban tuviesen cuidado de proveer en todo, y que tuviesen cuenta como no se alborotasen los pueblos.

En este tiempo, porque el ánima del Rey, en tanto que enterraban el cuerpo, no padeciese algún trabajo, mataban algunas personas de las más familiares al Rey, así como sus mujeres y otros privados, pero esto no se hacia por fuerza, sino los que de su voluntad se ahorcaban para ir á servir al Rey, ó los que á veces pedian que los matasen, porque no faltase quien sirviese al Rey en la otra vida.

Para que estuviese el cuerpo hermoso y bien

aderezado, lavábanlo muy bien y vestíanle las más ricas mantas ó ropas que tenia y preciaba, y cargábanle de joyas preciosísimas de inestimable valor, lo cual todo con las mujeres y los demás que morian se enterraban con él juntamente.

Cuando ya constaba al que habia de reinar, cómo todas las provincias estaban seguras, y que estarían siempre á su voluntad y obediencia cuando reinase.

Llegado el mes, comenzaban luego á dar muestras de la muerte del Rey, á lo menos que estaba ya en lo último de sus dias.

Y así, tres dias antes que del todo se dijese y publicase que era muerto á la clara, comenzaban á llorar y plañir, y representar una tibia tristeza, los hijos y mujer y allegados, y los demás que eran tenidos por de la casa real.

Luego el segundo dia hacian un poco de más llanto, porque significaban que estaba más peligroso y que no habia que esperar de su salud; al tercero alzaban mayores alaridos y decian que ya era muerto.

Entonces sacaban las andas muy ricamente aderezadas, en las cuales solia él andar, que comunmente eran de oro, y poníanlo á él con su trono en un cadalso alto, adonde pudiese se

visto de todos, y entonces el pueblo y los que les tocaba algo, lloraban en común y públicamente.

Estos lloros hacíanse con instrumentos musicales, los cuales estaban templados de manera que representaban tristeza y dolor, y al son dellos cantaban endechas y cantos tristes y lamentables.

Habia entre aquella gente mujeres escogidas y grandes maestras que lloraban por precio los muertos, y el pueblo estaba atento á esto con gran admiración.

Estas, á su estilo, cantaban las proezas que hizo el Rey, y sus virtudes, y lo que perdía la tierra en perder tal señor.

Hallábanse así mesmo todos los grandes señores del reino y personas de cuenta, los cuales por sí hacían otro lloro muy solemne por el muerto, y ayunaban dos dias sin comer, y si comían era cosa muy poca, y al tercero dia comían y bebían de manera que cobraban lo perdido.

Hacíase un pregón público, por el cual se mandaba que cualquiera que quisiese ir á servir al Rey en la otra vida que lo dijese, y para ello tuviese libertad, y luego se escribían, y señalaban los que tenían deseo de morir, y po-

níanse á una parte, y allí habia sogas y horcas y otros instrumentos con que acababan la vida presto.

Y algunos que tenian buenos deseos (pero eran tímidos y flacos) rogaban á sus amigos que los ahorcasen, y ellos por no faltar á la amistad en aquella hora, los ahorcaban ó los daban con ciertas mazas, de manera que no habia para qué rogarles otra vez que los matasen.

Decian que no convenia matar á nadie contra su voluntad en tan gran negocio, porque si iban contra su voluntad, nunca servirian bien y se volverian, de lo cual yo les asegurara por pocos dineros.

Estos llores y obsequias no duraban un mes, ó quince días, mas medio año y ocho meses, y á veces duraban un año entero.

En todo este tiempo daban de comer á cuantos iban y venian á celebrar estas obsequias, y en esto no miraban que fuesen pocos ó muchos, porque era grande la liberalidad que tenían.

El luto de que usaban con sus muertos era de color pardo, y este era común á hombres y mujeres.

En todo este tiempo no era permitido traer ornamento ni señal de alegria, como axorcas, collares, manillas ni arracadas.

Ni los caballeros Orejones no usaban del hábito de caballería en todo este tiempo.

Esto que se hacia en las honras y mortuorios de los Reyes del Perú, no era común á todos los demás señores, aunque cada uno en su provincia era llorado con muchas ceremonias y así en los mortuorios comunes, cada provincia usaba de más ó menos cosas; porque en cuanto á esto Pachacuti Inga, que reformó todo su reino, no habló, sino dejó á cada pueblo llorar sus muertos, como lo tenían por costumbre, y así era comun el guardar el cuerpo muerto un mes sin enterrarlo, y en lo tocante á dar de comer á todos los que venian, también se guardaba, como en las honras de los Reyes Ingas.

Acostumbraban con la gente común que vienesen los amigos y parientes á enterrar el muerto, y cada uno traía de lo que podía; unos traían carneros y otros maíz, otros vino, y así cada uno llevaba de comer para sí y para otros.

Esto todo lo ponian en presencia del difunto, que estaba puesto en lo más público de la casa, y allí lloraban hasta que más no podían y si acaso venian vivas las carnes que se ofrecían, sacábanles los corazones y poníanlos en alto en unas grandes varas.

Después que ya habian llorado cuatro días, ó cinco, ó más, si la persona era más principal, tomaban el cuerpo y llevábanlo al campo adonde tenian comunmente sus sepulturas.

Cuando iba, digamos la procesión, llevaban como pendones en alto las insignias y armas ó instrumentos de que vivian, é iban tristes y llorosos, que no parecía sino que á cada uno se le habia muerto su padre ó madre ó hijo ó la cosa más querida desta vida.

Después de sepultado dábase una comida de aquello que habian traído, y de lo que los de la casa del muerto tenian aparejado; era común la comida así á ricos como á pobres; todo el pueblo venia allí y se le daba igualmente lo que habia menester.

Si era gran señor el que moría, siempre en aquel convite se ponía un servicio y quedaba vacío el lugar adonde solía sentarse el muerto, y ponian allí todos los platos que se daban á los que comian.

Y entre plato y plato, ó después que estaban hartos, hacian una parada y lloraban, y después volvian otra vez á comer.

En otras partes, por vía de aniversario, cada luna nueva encendian por los difuntos unas grandes hogueras, y allí echaban á quemar el

pan y carne y vino y otras cosas de comer, por mesmo orden que se las servian quando era vivo; y esto hacian porque estaban persuadidos que representaba el fuego el ánima del difunto y que por eso le daban de comer, porque aquellas llamas subian la comida adonde estaba el alma; lo demás que sobraba allí, no lo comia quien quería, mas solos aquellos que si él viviera comieran de lo que él dejara; y así no lo comía otro sino las mujeres y las más familiares de la casa real.

Esto es, pues, lo que he podido hallar acerca de los mortuorios de todas estas naciones, y creo que no he de cansar al lector aunque he ido prolijo; pero esto yo lo hago como he dicho otras veces, por satisfacer á los hambrientos de saber enteramente lo que es bien que no se ignore, y así he medido los gustos de los otros conforme al mío.

CAPITULO X

De la manera de hacer guerra los indios de la Nueva España , qué armas tenían, por qué se levantaban las guerras, qué privilegios tenían los que seguían las armas con otras cosas muy curiosas al propósito.

Los indios de la Nueva España comunmente fueron pacíficos y poco guerreros, y nunca tuvieron plazas señaladas adonde estuviese la gente de guerra, ni los reyes tenían gente de sueldo en sus reinos.

Es verdad que tenían guerras algunas veces con los comarcanos.

Y reyes había tan inclinados á las armas
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 12

que nunca las dejaban de á cuestras, así como Montezuma que de su natural fué guerrero.

Con todo eso en fin tenían guerras y enemistades con los señores, vecinos y comarcanos; principalmente los de la isla Española, que es lo que hoy decimos Santo Domingo, peleaban sobre niñerías, así como sobre casamientos, porque si el señor ó rey de una provincia prometía de casar su hijo con uno y después la daba á otro recibiendo algunos doncellitos, como eran gargantillas de piedras baladíes ó de huesos, que ellos preciaban y tenían en mucho, luego movian guerra.

También se hacia guerra porque pescaban y cazaban en los ríos ó montes de los otros términos ajenos, pero no eran crueles, ni bravas, ni duraban mucho.

Cuando querien hacer guerra, no hacian gente escogida ni que supiese de armas, ni ejercitada en batallas, mas todos á una defendian la tierra y se vengaban, y estos eran los labradores, porque en esto seguian la regla del filósofo que da en la Política (Lib. 6, c. 4) y Económica (Lib. 1, c. 2), diciendo que los labradores de los campos son más fuertes para las armas, porque como continuamente trabajan, son más fuertes para los trabajos de la guerra.

Sus armas eran arcos y flechas, y unas varas, que son como dardos, con unos gavilanes de espinas ó huesos de pescados.

Untaban las flechas con cierta leche de una fruta que llaman Gabao, que es como ponzoña, y así el que iba herido con la tal flecha, moría luego ó á lo menos era incurable la llaga.

En algunas partes se usaban unos petos hechos de algodón, que eran muy fuertes, y también tenían armas para la cabeza, y usaban de ciertas rodelas y otras cosas con que parecían bien, como luego se verá.

Tenia cada uno sus armas en su casa, porque cada cual defendía á sí y á su familia.

El modo que se tenía en tirar sus dardos ó lancillas, era éste:

Tenían una tiradera de palo bien hecha y sutil, de largo de cuatro palmos, y al cabo tenía un pequeño pie con una muesca adonde asentaba la vara hecha como dardo, y en la empuñadura tenía hecha de algodón una como asa donde metían la muñeca del brazo, que servía de fiador, para que no se les cayese.

Entonces ponían la vara en la muesca ó pie de la tiradera, y por la empuñadura cogían con los dos dedos el dardo, y con mucha industria y maña tiraban el dardo con ma-

yor furia que si lo aventara una recia ballesta.

Esta era la arma más brava y que más mal hacía en las islas y en lo demás de las Indias.

Peleaban también las mujeres de los indios cuando habia necesidad, y principalmente cuando los enemigos estaban riberas de los ríos, podian ellas mucho, porque eran nadadoras y metíanse en el agua y tiraban sus arcos y después chapuzábanse y quedaban seguras de sus contrarios.

Eran los que seguían las armas privilegiados y habidos por gente de más autoridad; esto se entiende de aquellos que se señalaban más en la guerra, porque los tales traian ciertas mantas de algodón, pintadas con pincel, de diversos colores y con varias pinturas y figuras de águilas, tigres y leones y otros animales feroces, como por señal de su valentía y esfuerzo.

También se mostraban ser aventajados en ciertas bragas que usaban para honestidad, las cuales eran como unos almaizales moriscos, y también eran muy pintados.

En esto se diferenciaban, y cualquiera que los veía con aquel traje, entendía que era persona de nombre y cuenta en las cosas de la guerra.

Tenían también otro privilegio si hacían en la guerra alguna famosa hazaña contra la provincia de sus enemigos.

Podían hacer la casa de la manera que la labraban sus enemigos, porque con aquella novedad de edificio todos supiesen que alguno de aquella nación había sido vencido ó muerto por las manos del dueño de aquella casa, y otro ninguno se atrevía á hacerla, so pena de que fuera por todos juzgado por traidor y enemigo.

Teníase por más honra prender al enemigo y hacerlo cautivo ó esclavo, que no matarlo, y el que los traía delante del rey ó capitán, era digno de mucha honra.

Teníase cuenta que los caballeros é hijos de grandes señores, no pudiesen traer plumajes ni vestiduras ricas, ni ponerse collares, ni joyas de oro hasta haber hecho alguna obra notable y demostradora de valentía, así como prender al enemigo ó matarlo; por lo cual muchos se ponían en cualquier peligro por alcanzar aquel premio que traía cierta gloria, pero después que había hecho alguna cosa destas, podía usar de cualquier género de ornamentos, así como de plumajes, collares de oro, y otras joyas, mantas labradas y pintadas.

Podían ponerse en la cabeza una corona de plumajes tejida en correa colorada, que fuese de cuero de tigre, que era cosa muy honrosa, y el traerla denotaba valentía y esfuerzo.

El que prendía algún Rey, ó príncipe, y gran señor, era remunerado con premios doblados.

La causa de mover guerra los mejicanos, principalmente después que reinó Montezuma, fué por ensanchar su reino, y para que la religión que él tenía introducida fuese recibida de todos los otros reyes y señores comarcanos, porque honraba tanto sus dioses, que no se contentaba con adorarlos él, mas aún quería que todo el mundo hiciese lo mismo, y así enviaba á rogarlo primero, mas cuando despreciaban su ruego, luego les hacia guerra.

Nunca se movía guerra sin dar parte al pueblo, y sin gran consejo y parecer de los ancianos y viejos caballeros que se habian ejercitado en las armas muchos tiempos, y á estos consejos eran llamados los hombres y mujeres de gran edad, como personas que habian oído y visto muchas cosas en los tiempos pasados, para que les dijese que habia sido la causa de las guerras pasadas, cómo habian vencido, y por qué habian sido vencidos.

Cuando entraban en el campo, pintábanse todos de negro y colorado. y poníanse unos bonetes de algodón vellosos, porque así pareciesen feos y fieros y espantables.

Tenian allende de las armas que dije, hondas, varas tostadas y lanzas largas, con las puntas tostadas.

También tenian espadas de palo puestos los cortes de unas piedras agudas de que ellos hacen navajas, que son negras y cortan agudamente, y tanta fuerza tienen estas espadas que bastan á hendir la cabeza á un hombre, aunque no cortan de tajo tanto.

Poníanse brazaletes y grevas y cascos, todo de madera, y muchos de ellos iban muy pintados y dorados y plateados, y también hacian corazas como los nuestros antiguos españoles, hechas de cueros gruesísimos de venados; vestíanse también corazas de algodón muy fuertes; hacian broqueles y rodela de paja ó de varitas delgadas de caña, cubiertas de cuero pintado y de pluma, y muchas eran de hoja de oro y de plata, todas muy hermosas y galanas; con las cuales se defendían de las armas de sus enemigos, aunque para las nuestras no eran de algún momento.

Tenian costumbre, primero que moviesen

guerra, enviar mensajeros á los agraviadores para que satisficiesen á la injuria que habian hecho, ó que restituyesen lo que habian tomado, y donde no desafiábanlos con la guerra.

Entonces los que se sentian culpados y no querian guerra deshacian el agravio y juntaban muchas plumas, mantas, oro, plata y otras riquezas que ellos tenian por grandes, y hacian su embajada y con toda humildad satisfacian la parte, y hecho esto quedaban amigos, empero si los que habian ofendido negaban la ofensa y decian que no habian hecho ningún agravio á nadie, y que no tenian para qué satisfacer, luego se aparejaban para la guerra y salian al campo á pelear y allí esperaban, y esta era la satisfacción que hacian.

Los que salian vencedores en la batalla todos los que prendian quedaban por esclavos, y destos eran los que en sus fiestas sacrificaban á sus dioses.

Y las tierras que quedaban sujetas, quedaban por tributarias, y no hacian mal á los que en los pueblos vivian.

Cuando se juntaban los campos de los enemigos, no era en un lugar hallado acaso, ó donde se encontraban, mas era señalado para aquello particularmente: y tomaban del térmi-

no de los dos enemigos un buen espacio, y allí se daba la batalla.

Llegados los dos ejércitos al puesto, luego el capitán general de cada ejército hacía la señal con un gran caracol, que suena á manera de corneta, aunque en esto de instrumentos músicos habia diferencia, porque unos capitanes usaban de caracoles, otros de atabales pequeños y otros de huesos de diversos animales ó de pescados, de manera que con ellos se hacia la señal á comenzar á pelear y á retirar.

Cuando se juntaban los dos campos, acometian con gran alarido y voces, y usaban de sus ardides y engaños militares, cada uno hacia lo que podia, no tenian cuenta con matar los enemigos, mas con cautivarlos.

Jamás daban libertad al que una vez prendian, ni querian recibir rescate, aunque fuese persona principal y el rescate fuese mucho.

Otras muchas cosas tenian en la guerra notables y dignas de ser sabidas, mas yo no quiero ponerlas aquí por respeto de que haria mayor la historia de lo que pretendo.

Montezuma, como fuese dado á las armas, holgaba de tener continuamente guerra, y así nunca queria vencer ni acabar á los enemigos, y por eso dejaban libres á los de la república de

Tlascala, porque holgaba de tenerlos por enemigos vecinos y pelear con ellos, porque cierto según era su poder grande les pudiera haberasolado mil veces, mas hacia esto con gran industria, porque sabia que si le faltaban enemigos fuera de su reino, nacerian otros dentro, y también porque la gente no teniendo guerra se harian afeminados y viciosos, según que él lo respondió á nuestros españoles cuando le preguntaron que por qué siendo tan poderoso no habia sujetado aquella provincia tan vecina y perjudicial á su reino.

Cierto aquella fué respuesta de valeroso príncipe, porque esto mesmo hemos visto en nuestra España, que mientras tuvimos los moros dentro de nuestras casas, nuestros pasados hicieron hazañas notables y valerosas; pero después que los echemos de nuestra tierra y fueron vencidos de los nuestros, quedaron los españoles tan acobardados que han faltado del nombre antiguo.

Testigo sea la guerra de Granada que vimos en nuestros dias cuando se alteraron los moros de aquel reino.

Así Scipion Nafica, conociendo quanto importaba tener á Cartago por competidora para que los romanos fuesen siempre valerosos y sin me-

nos vicios, dijo en el Senado que no era de parecer que Cartago fuese destruida, y dió la misma razón que Montezuma, Rey bárbaro, como parece por Tito Livio, San Agustín y Paulo Orosio.

CAPITULO XI

De la orden de caballería que tenían los Indios de la Nueva España, con otras cosas curiosísimas al propósito.

Dos cosas comunmente hacen famosos á los hombres, que son las letras y las armas, y así á solo estos dieron los antiguos títulos nobles é inmortales.

A los letrados llamaron filósofos y sabios, y hallaron para ellos títulos y grados, como son bachilleres, licenciados y doctores.

Para los que siguen las armas también hallaron epítetos y títulos de gloria, como caballeros, gentiles hombres, mariscales, condes, vizcondes, marqueses y duques, y en fin por las

armas suben hasta Reyes, que es la dignidad más alta que hay en el mundo.

Los Indios aunque eran reputados por gente bárbara y de poca policía, aunque en otras cosas no se aventajaban, á lo menos en conocer que la principal gloria de los hombres se alcanzaba por las armas bien lo conocieron, pues eran aventajados los que en ellos se señalaban, dándoles ornamentos é insignias de más principales; mas aunque lo que queda dicho en el capítulo pasado bastaba para prueba desto, yo quiero en este que tengo entre manos mostrar cómo entre esta gente habia orden de caballeria que imitaba á la que hoy guardan los cristianos, y por ventura será una lección de las agradables que se habrán leído en estas mis repúblicas, y el cuento pasa desta manera.

Tenian los Indios de la Nueva España cierta orden de armar caballeros, señalándoles á los que merecian este título insignias y hábito particular, y estaban obligados á guardar lo que prometian al cabo del año de su noviciado, que sin duda á esto iban encaminadas ciertas ceremonias que hacian.

Era esta dignidad la más principal después de la del Rey entre ellos, y llamábanse los tales caballeros Tecuytles, derivado deste nombre

Tecuytli, que era la orden como digamos de Santiago ó Calatrava.

Eran grandes las ceremonias que se hacian con estos caballeros noveles, quando eran recibidos al hábito y profesión.

Cuanto á lo primero, dos ó tres años antes que viniesen á la caballería, eran convidados y llamados todos los deudos y parientes y amigos del que iba de recibir la caballería y así mesmo á los caballeros de aquel hábito, y á los altos y ricos hombres del reino; porque todos eran comunmente profesos en este instituto.

Juntos todos, tratábase de cómo quería recibir á su caballería cierto hombre noble y principal (porque si no era de todos cuatro costados ilustre no lo recibian) y que todos dijesen si les parecia que convenia para recibirlo á la caballería, y que señalasen dia para cuándo se habia de comenzar aquel ministerio.

Esto del dia hacíaase porque no fuese dia aciago ni sospechoso; porque era esta gente muy supersticiosa y agorera.

Señalado el dia y aprobado el gentilhombre para la caballeria, juntábanse los señores y caballeros del hábito, y toda la parentela y amigos y con mucha orden lo llevaban al templo principal del ídolo llamado Camastle; porque á

este dios tenían por patrón y abogado de toda la república y subíanlo por ciertas gradas hechas para este propósito, hasta llegar al altar y allí paraban todos, y poníanse de rodillas delante de aquel dios.

El caballero novel tenía lugar señalado en medio de todos y allí puesto de rodillas con gran humildad hacia oración.

En tanto salía el Pontífice ó el gran sacerdote que ellos tenían vestido de pontifical y traía en la mano un hueso de tigre ó águila muy agudo, hecho aposta para el tal menester y horadábales las narices, y poníale en los agujeros unas pequeñas piedras negras.

Esto hecho, luego comenzaban á afrentarlo de palabras, y á decirle lo que no hizo ni jamás pensó, de manera que le daban vejamen como á nuevo doctor; allende de estas afrentas que le decia, le hacia otra mayor, porque lo desnudaba en carnes, no dejándole más que sus bragas ó paños honestos.

Hecho esto, el caballero novel se iba de allí á una sala ó pieza del templo, donde velaba ciertos dias y noches sin dormir sino ciertos pequeños ratos, y entonces asentado y no echado.

Todo su oficio en aquellos dias no era sino

rezar y estar muy devoto, y siempre asentado en el suelo.

Este día cuando se comenzaba á celebrar la caballería, tenían aparejada gran comida para los convidados que vinieron al acompañamiento, y allí, según la calidad de las personas, estaban ordenados los asientos, según sus costumbres, y habiendo comido, se iban á sus casas cada uno, sin hablar palabra al nuevo caballero.

Petate, qué es.

Venida la noche, los sacerdotes comunes de aquel templo le llevaban unas mantas bastas y groseras y de poco precio para que se vistiese, y poníanle una estera muy ruin, que ellos llamaban en su lengua Petate, para en que durmiese, y poníanle un pedazo de madero por almohada, y otro por silla en que se asentase; traíanle también unas espinas tan agudas como alesnas, que salen del árbol llamado Maguey, para que se punzase la lengua, y labios, y orejas, y los molledos de los brazos y otras partes del cuerpo, y así les saliese de todas esas partes sangre para sacrificio de sus dioses.

Poníanle un brasero con su lumbré é in-

cienso, para que de rato en rato incensase y perfumase á los ídolos.

No estaba nadie con él, salvo tres viejos, de los más valientes que hubiese habido en todo el reino, para que estos, como hombres prácticos en las armas, lo enseñasen y le diesén lección cómo había de menear las armas y seguir la guerra.

Si se dormía en aquellos días demasiado, aquellos viejos lo punzaban con aquellas espigas, y así lo despertaban.

Era obligado á media noche levantarse é incensar por su orden todos los ídolos que estaban dentro del templo, y á ofrecerles algunas gotas de sangre de aquellas partes adonde se hería con las puntas.

Andaba cada día todo el patio del templo una vez alrededor.

Cavaba con un palo tostado en cuatro partes del templo por igual medida, y en los hoyos que hacía enterraba ciertos pedazos del papel que ellos usaban, los cuales iban bañados de la sangre que había derramado.

Hechas estas ceremonias y sacrificios, dábanle de comer, porque antes de haber hecho todo esto no comía ni se desayunaba, y lo que comía entonces era muy poco, porque no le daban más

que cuatro bollos ó panecitos pequeños de maíz y un vaso de agua.

Algunos destes eran tan devotos que se estaban sin comer cuatro dias.

Pasados cuatro dias, pedia licencia á los sacerdotes ordinarios para volver á hacer aquella mesma penitencia, porque este era el tiempo limitado de aquel que estaba en el noviciado; pero no hacia los sacrificios y aquella penitencia en un sólo templo, mas iba de uno en otro, y acabados los otros cuatro dias, ó volvía al primero, ó iba al que más devoción tenia, y en esto gastaba todo un año, como año de noviciado entre frailes.

Pasado el año, aguardaban un dia alegre y que no fuese aciago ni tuviese señal de mal agüero, y juntábanse los mesmos que fueron convidados el dia que vino á tomar el hábito de la caballería, y juntos en el templo, lo primero que hacian por la mañana era lavarlo y limpiarlo, y después llevábalo con mucha música y regocijo al templo mayor de la ciudad, y subíanlo hasta el altar, como cuando vino la primera vez, y allí era desnudado del hábito grosero y pobre, y estando casi desnudo para comenzar á armarlo caballero, lo primero que hacian era cogerle los cabellos y atárselos al colo-

drillo con una venda de cuero colorado, de la manera que nuestros españoles prenden los suyos.

Poníanle en el ñudo que le daban unos penachos ó plumas, cubríanlo con una manta muy rica, que era la vestidura más preciosa de que ellos usaban, y encima de aquella primera manta le ponian otra más fina y rica con muchos colores y pinturas diversas, y esta era como la insignia y hábito de caballería.

Dábanle en la mano izquierda un arco y en la derecha una flecha; hacía el gran sacerdote (que era el que le daba la profesión) una habla muy ordenada exortándole á que considerase la caballería en que entraba y la profesión que hacia, y que, por tanto, trabajase de se aventajar siempre á todos los otros hombres en ser defensor de la patria y en mirar por la religión y templos, y que por la honra de sus dioses muriese, y que fuese valiente y animoso como Aguila y Tigre en las guerras, y que por lo tanto le habian agujereado las narices con el pico del Aguila y hueso de Tigre, porque tuviese vergüenza de hacer cosa mala, pues ya en el hábito y nombre excedia á todos los otros, y que así como el Aguila excedia á todas las otras aves, y el Tigre á todos los demás animales de

la tierra, así él fuese más aventajado entre todos los otros hombres.

Persuadíanle á que fuese generoso, liberal y franco, bien acondicionado, muy cortés y humilde y llano.

Finalmente le daba otro cierto nombre, mudándole el primero, como acá lo usamos los monjes cuando damos la profesión al novicio, y esto se hacia con otras ceremonias particulares ya ordenadas para esto.

Hecha esta plática, bendecía el gran sacerdote al nuevo caballero, y decíale que se fuese con Dios.

Luego acabada la solemnidad, estaba aparejada una gran comida, en la cual se servían todas las aves que podían ser habidas humanamente por toda la tierra.

La comida era en el patio del templo, y allí se sentaban por su orden todos los principales; los demás tañían y cantaban, y hacían otras representaciones de mucho regocijo.

El nuevo caballero Tecutl tenía grandes joyas y mantas aparejadas para dar á todos los grandes señores y caballeros de su hábito que habían honrado la fiesta, y así era franco y liberal, según que era poderoso y rico.

En los agujeros que le había hecho el gran

sacerdote con el pico del Aguila ó el hueso del Tigre, ponía ciertas joyas, como las mujeres las ponen en las orejas, en la cual señal era principalmente conocido ser caballero Tecult.

También cuando iba á la guerra era conocido en el ejército, porque solos los deste hábito se ataban los cabellos en la coronilla, haciendo dellos una guedeja ó borla.

Tenian estos caballeros grandes preeminencias entre los otros nobles, porque en cualquier lugar público tenian los asientos primeros y más honrados, y cuando se pedia en el ayuntamiento que el Rey juntaba para hacer alguna cosa voto, ellos daban el primero, y después entraban los otros votantes.

Podian traer un paje detrás de sí que les llevase una silla para asentarse adonde quiera que quisiesen, lo cual era señal de mucha honra y preeminencia.

CAPITULO XII

*Del orden militar y ejercicio de guerra que
tenian los del reino del Perú, con otras
cosas dignas de ser sabidas.*

En ninguna provincia y reino de todas las Indias Occidentales se halla que se tratasen las cosas de la guerra con tanto primor y curiosidad como en el reino del Perú, porque cuando nuestros españoles fueron á conquistar aquel nuevo mundo, nunca hallaron tanta disciplina militar ni tantos aparejos de guerra como en el reino de los Ingas, porque se tenia particular cuenta en cuanto tener fronteras y capitanes de gente de guerra continúa y con sueldos largos, para que siempre que hubiese guerra tuviesen

los Reyes gente ejercitada y diestra en las armas.

Y pues hemos tratado en este propósito de las cosas de la Nueva España, verná bien aquí decir algo del reino del Perú.

Cuanto á lo primero, diré qué orden se tenia en hacer la gente de guerra.

Todos los pueblos que eran algo tenian capitanes y otros oficiales de guerra, que eran como maestros, para que los que habian de seguir las armas fuesen amaestrados de ellos; estos tomaban los niños de diez años hasta dieciocho, y en cierta hora señalada del dia les enseñaban á reñir de burlas entre sí, y dábanles armas acomodadas para esto, para que las meneasen y se ejercitasen en ellas, y hacíanles acometer muchas cosas porque se animasen y no temiesen, perdiendo el temor por aquella via.

En esto miraban los maestros cuáles había osados, cuáles desenvueltos y aficionados al tal ejercicio, y también quiénes se mostraban cobardes y pesados.

Esto hacian para escoger los mejores, porque confiados dellos pudiesen acometer sin miedo á sus enemigos.

Cuando ya eran amaestrados y eran desenvueltos en jugar de las armas, eran llevados

delante del Rey y hacian muestra, así de su disposición y desenvoltura, como de lo que habian aprendido.

Y el Rey, viendo la buena manera de aquellos mozos y cómo daban esperanzas de valerosos, mandaba que fuesen señalados y llevasen premios y sueldo y los tratasen bien, porque se hiciesen hombres robustos y que gozasen de privilegios de soldados.

Tenian también otra manera de probar los niños en las cosas de la guerra para ver lo que serian después, y era esta después que habian allegado á los dieciocho años, poníanlos delante del capitán general ó de aquel maestro que tenia cargo de enseñarles, y decia á uno que tenia alguna maza ú otra arma: «Vé y márame aquel muchacho», y él iba, y si aquel otro muchacho, cuando veía que le querían herir, rehuía la cabeza, luego era apartado y señalado para labrador.

Mas el que no rehuía, mas antes acometía al que lo amenazaba con la arma, luego le dedicaban para la guerra, y mandábanle que de allí adelante no se ocupase en otro ejercicio, y desde luego era hijodalgo y gozaba de los privilegios militares.

Por la diligencia que los Reyes tenian en

buscar la gente de guerra con tanto cuidado, tenían grandes guarniciones y capitanes de gente de guerra.

Todos los privilegios y exenciones que tenía la gente de guerra, era á costa del Rey, y cuando movía alguna guerra, él pagaba de su tesoro todo lo que en ella se gastaba sin pedir á su reino un grano de maíz.

Tenían, para que en esto no hubiese falta, los Reyes un orden maravilloso y digno de ser sabido, y era éste:

Tenían de antiguo los Reyes Ingas en los cerros muy altos y en otros lugares acomodados que correspondiesen á las provincias de sus reinos unas casas, á manera de casas de campo adonde se conservasen y guardasen todos los mantenimientos, que para la casa real se cogían, ó fuesen de tributos, ó fuesen de las mismas rentas reales.

Estos eran como depósitos ó alhóndigas muy grandes y muy capaces adonde cabía infinidad de maíz, y otras semillas de que aquella gente se mantenía; había así mesmo depósitos de sal y de carne seca y curada, como digamos cecina, y pescado de mil maneras conservado.

En fin, ninguna cosa había de comer en la provincia y región que no se guardase en sus

lugares públicos, y esto en grande abundancia.

Habia así mesmo otros depósitos de ovejas y carneros para comer y también para llevar cargas, porque aquellos animales son grandes y pueden llevar alguna poca de carga.

Habia señaladas casas adonde tenían mucha lana y algodón, así en pelo como hilado.

En otras partes tenían ropa hecha, como camisas á su modo y mantas labradas de diversos colores.

Tenían otras mnchas jarcias necesarias, como sogas, zapatos y alpargatas que ellos hacían.

No sólo había vestidos para hombres, mas para mujeres, y así había unos ricos y otros medianos, para dar á cada uno según su valor y merecimiento; tenían depósitos de toldos ó tiendas de campo labradas de diversas maneras, para que los ejércitos tuviesen adonde guardarse de las tempestades del agua, nieve y granizo y de la furia del sol.

Todo género de armas había y cada uno en casa particular, de manera que no se embarazaban los honderos con los ballesteros, ni los que usaban de arcos con los que traían mazas y porras hechas de cobre y de palo muy duro.

Tenían colores y plumajes para pintarse y aderezarse para salir al campo cuando venia el

enemigo, para que con las espantables formas que representaban, los contrarios los temiesen.

De manera que ninguna cosa faltaba en estas casas para la provisión que habian menester los que seguian la guerra.

Cada una alhóndiga de estas estaba puesta en lugares cómodos adonde, ó estaban en fronteras, ó á cerca adonde se daban las batallas, porque así no faltase nada á los que peleaban en pro de la patria.

Las mazas, que era arma terrible, ó eran de cobre ó plata, y eran á manera de estrella unas y otras con unos pomos como de espadas.

Estas traíanlas atadas por medio del brazo y también tenian hachuelas con que herian cruelmente, también tenian diversas armaduras para lo más del cuerpo y muchos hombres poderosos las hacian de oro.

Las causas porque movian guerra estas gentes era, ó porque algunas provincias se quejaban de la mala vecindad que les hacian otros que no eran sujetos al imperio de los Ingas, ó porque otros que eran sujetos se rebelaban, y estas eran las ordinarias.

También acaecía que estos príncipes, como eran poderosos, querian ensanchar su imperio.

Antes que hubiese Reyes Ingas no eran las

guerras en aquella tierra por cosas árduas, y así no eran crueles ni muy sangrientas, porque todas sus contiendas eran por las aguas y campos que les quitaban los vecinos de un pueblo, que era más poderoso que el otro, y así como eran poco revoltosos los que podían menos, no hacían sino fundar sus pueblos en lo alto y hacer casas fuertes como ellos sabían, y allí se acogían cuando venían los enemigos.

No tenían armas terribles, solamente acometían con hondas y defendíanse con rodela,

Los que vivían en los llanos todavía tenían más primor y sabían hacer mal á quien los enojaba, pero todo esto se puso en más perfección cuando se gobernó por Reyes.

Cuando la provincia contra quien se quería hacer guerra era pequeña, enviaba el Rey un pariente suyo por capitán general, pero si era grande, él iba en persona á dar la batalla.

Había gran disciplina militar, todos eran muy sujetos á los capitanes y á los menores oficiales.

Aunque fuesen cincuenta mil hombres de pelea ninguno se atrevía á salir del camino ni entraba en pueblo ni casa, mas todos se aposentaban el campo, y si convenia por algún respecto entrar en los pueblos todos, se iban á

las plazas y nadie entraba en casa ajena. y aunque viniesen fatigados y muertos de hambre, ninguno se desmandaba á tomar un pollo ni áun tan solamente un grano de maíz ú otra cosa que fuese de comer sin voluntad del dueño, pero no era necesario hacer ningún desafuero, porque el Rey enviaba delante oficiales que sacaban de los depósitos todo lo necesario, y lo guisaban y repartian por las escuadras y capitánias; esto mesmo se guardaba en proveer de vestido y calzado y tiendas, de manera que cuando llegaba el campo á su alojamiento, sin ningún ruido se iba cada uno á su puesto, en todo habia extremado orden, nadie se desmandaba, todos eran corteses, no habia hurtos ni robos, porque cualquiera que cometiera algún delito, por pequeño que fuera, era castigado severamente; esto procedia de la gran sujección que tenian comunmente á sus Reyes y señores.

El orden que tenian en el acometer á los enemigos, era este: primeramente acometian con hondas, porque en esta máquina eran diestrísimos, y así hacian gran estrago en los enemigos, y después, como se iban acercando los enemigos, tiraban sus flechas, y al cabo venian á las manos y usaban de las porras y hachetas.

Si la gente contraria y que tenia culpa y habia dado ocasión á la guerra venia á pedir paz con humildad y satisfacía la injuria, luego era perdonada y trataban de concordia, y á los que hacian guerra nunca los destruían, mas en sujetándolos, los dejaban como si fueran amigos.

Y si alguna vez se desmandaban, tomábanles algunos de los vencidos para esclavos, pero no eran tratados con rigor, antes los diferenciaban poco en el tratamiento á los demás del pueblo.

No eran crueles contra los enemigos, ni se holgaban de matar, ni hacer en ellos crueldades después de vencidos, antes con mucha facilidad se aplacaban y perdonaban la injuria después que habian salido vencedores, por esta manera de pelear, y por el buen orden que había en los capitanes, venian comunmente á ser vencedores, y así los Ingas desde el primero hasta que nuestros españoles fueron, jamás perdieron batalla notable, antes siempre salían vencedores y quedaba por ellos el campo.

CAPITULO XIII

De la orden de caballería que había en los reinos del Perú, y cómo eran armados caballeros.

Aunque es verdad que en el capítulo pasado pudiera caber lo que ahora diré, todavía me pareció que el lector gustaría más de ver aparte esta elección tan gustosa, que no revuelta con lo que queda dicho, aunque parezca que toda era una cosa, yo dije sino me engaño en el capítulo décimosexto cómo en las Indias de la Nueva España hubo orden de caballería y que no se daba á gente que no fuese principal é ilustre y que el que era caballero con la cere-

monia que estos eran armados, se tenía por gran cosa.

Esta orden de caballeros se llamaba de los Orejones, la cual fué instituida para que los que la profesasen hiciesen valentías y hechos notables.

No podía cualquiera recibir esta caballería, mas solos aquellos que venían del linage de los Ingas, y había de dar el rey licencia para ello.

Las ceremonias que se habían de hacer en este acto eran estas:

El que había de ser Orejón (que era tanto como caballero) había de ayunar cuatro días sin comer cosa alguna en todo ese tiempo, y al cabo de ellos hacíanle correr ciertas carreras por unos cerros altos por donde lo veía todo el pueblo.

Después mandábanle luchar con ciertos mancebos y ejercitado y probado en esto, horadábanle las orejas por lo más bajo dellas, que es lo más blando y metíanle por el agujero un palillo delgado y pequeño, y después le hacían otro mayor agujero, y metíanle otros palos más gruesos ó unos cercillos, los cuales hacían de oro y plata, los que eran más ricos y poderosos.

Esta era la suprema hidalguía, honra y ca-

ballería entre ellos y manera de armar los caballeros, y eran de tan gran autoridad acerca de todos que sino era ser rey ninguno les igualaba; ninguno podía usar de esta insignia de tener las orejas agujereadas, sino los que eran del linaje real ni sin su autoridad y licencia, ni sin hacer las ceremonias dichas.

Hacia empero el rey merced, aunque raras veces, á algunos señores grandes, que pudiesen hacer estas ceremonias y traer las orejas grandes como los Orejones.

Después que los españoles fueron, muchos señores que no eran de alto solar, usaron libremente desta caballería, porque no había quien se lo prohibiese.

Quitábanles el día que los armaban caballeros el nombre propio y poníanles otro de nuevo, del cual habían de usar todos los días de su vida.

Esto de los nombres ya era cosa antigua entre estas gentes mudarlos tres veces, uno cuando nacian, y el segundo cuando eran los niños grandecillos, y el tercero cuando se armaban caballeros; pero el común pueblo no lo mudaba más que dos veces.

Concluida esta solemnidad todos los parientes y amigos regocijaban la fiesta con grandes

COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 11

bailes en honra del caballero novel, y aunque esta manera de armar caballeros no era tan suntuosa como la de los de la Nueva España, todavía es cosa notable y digna de ser sabida.


CAPITULO XIV

De la caída de los Reyes de la Nueva España y de cuantos fueron, y cómo acabó aquel imperio tan poderoso.

Cosa averiguada es que todos los reinos quando han venido á perecer y acabarse, ha sido al tiempo que ellos estaban en gran potencia y majestad.

Tenemos ejemplos desto de los persas, de los asirios y aun de los hebreos, los cuales, quando los reinos estaban más ricos, más pacíficos y más aumentados de honra y nombre, vinieron á caer.

Si miramos á otros reinos menores que después ha habido, podremos decir lo mesmo.



Los godos nunca estuvieron más pujantes que cuando fueron destruidos de los moros.

Y los longobardos estaban en su punto cuando Carlo Magno venció al rey Desiderio de los longobardos, y así podríamos traer mil ejemplos; pero ninguno mayor que el que tenemos en las manos.

Ya al principio de esta República traté de la conquista del reino de los indios, y como se comenzó á hacer la jornada en aquellas partes por nuestros españoles, ahora yo no quiero más que brevemente mostrar cómo acabó este reino é imperio, del cual hemos dicho tantas cosas.

Entre los valientes hombres que salieron de España para descubrir aquel nuevo mundo, fué Hernando Cortés; el cual, después de haber andado muchas partes y tomado la posesión de muchos pueblos y provincias por el Emperador nuestro señor, llegó en la ciudad de México grande y populosa, y que en Majestad y ser podía igualar y competir con las mayores que antiguamente y hoy hay en el mundo.

Los acaecimientos que sobre ganarla tuvo, no está á mi cargo escribirlos, pues ya tiene el reino sus cronistas, basta que podamos decir que la conquistó dos veces.

La primera con industria y la segunda con

armas y valentía, aunque la primera también tuvo grandes revueltas y muertes; pero no por entrar en México, más por la avaricia de algunos españoles.

Era á la sazón rey Montezuma, segundo de los así llamados, el más poderoso y de más riquezas y esfuerzo que habian tenido los reyes sus antecesores.

Camenzó su infelicidad en muchas señales que se vieron de su caída y como habia de acabarse aquella monarquía que habia durado más de setecientos años, debajo de treinta y dos reyes muy poderosos y grandes; empero lo que más se ha de sentir es ver un poderoso rey preso y con grillos, y echados por mano de un hombre particular cual fué Hernando Cortés, que aunque valeroso y digno de inmortal nombre, no podía él, según leyes divinas y humanas, tratarlo de aquella manera, aunque lo quisiera matar, pues la tierra era suya.

Después este gran rey murió infelizmente, porque habiendo levantado un motín los mismos indios, la causa del cual habian sido los mismos españoles, viéndose en peligro el capitán Cortés y los suyos, para que se asosegase la multitud de los indios, puso al rey Montezuma á una ventana para que los hablase y los

mandase que estuviesen quedos; acaeció que un indio tiró una piedra con que le hundi6 las sienes, no porque 6l lo quisiera hacer, mas acaso, y aunque se puso remedio, aprovech6 poco, y as6 muri6.

Trataban de paz los cristianos, pero no lo quisieron oir los indios, y as6 creci6 el aborrecimiento contra los espa6oles, y tanta resistencia les hicieron los indios, que tuvieron por bien de irse los cristianos.

Eligieron en rey los mejicanos 6 Cuetlauac, el cual seg6n algunos dicen era sobrino, y otros que hermano de Montezuma; este no rein6 m6s que sesenta d6as, porque cay6 enfermo de viruelas que le peg6 un esclavo espa6ol.

A este sucedi6 Cuahutimoc, en tiempo de 6ste volvi6 Hernando Cort6s y gan6 valerosamente la gran ciudad de M6xico, y queriendo saber de las riquezas de Montezuma, y de los tesoros reales, y de los que estaban dedicados 6 los templos, puso 6 cuesti6n de tormento al Rey, y al cabo fu6 muerto, cosa la m6s mala y m6s cruel que ning6n hombre hizo en el mundo, y por tal la pongo yo aqu6 para memoria de los venideros, y lo que 6 m6s tengo es que no hubo castigo para esto, 6l se disculp6, pero la disculpa fu6 tal que trajo consigo culpa, pues

por librarse de la infamia que le oponían, quiso matar á un gran rey.

Número de los reyes de México.

Los reyes que hubo en aquellas Indias que llamamos de Nueva España son estos: el primero fué Totepeuch, reinó casi cien años; en su lugar su hijo Topil, reinó cincuenta años; después que murió este príncipe, estuvieron más de ciento y diez años sin rey, después siempre hubo sucesión sin faltar hasta el último, y fueron éstos:

Nauchioción reinó sesenta años.

Quauht Expetlat Vezin, Nonoualcatl Achitometl, Quauhtonal reinó diez años, Achitometl, Maçacin, Queca, Chalchiutona, Quauhtlix Iahualletonac, Chiuhtetl, Xiuiltemoc, Cuxcux, Achamapichtli al sexto año del reinado deste se levantó un poderoso señor de su reino, llamado Achitometl, y codicioso de mandar, mató á su Rey y se apoderó del reino, y reinó doce años tiránicamente, y porque se asegurase más el reino, determinó destruir toda la casa real, y así mató á muchos, pero la Reina Illancueitl, que era mujer del Rey Acamapichtli, escondió un hijo entre los otros, llamado Acamapichcin,

y criólo secretamente, y el mozo, saliendo valeroso, vino á su propio reino, el cual siendo visto de los naturales y que aquel verdaderamente era el señor propio, lo recibieron con gran amor y lo casaron nobilísimamente, y veinte señores le dieron veinte hijas por mujeres.

Y el tirano, viendo que ya habia quien le resistiese, temeroso de que no le acaeciese alguna infelicidad ó verse depuesto, huyó en los montes, y allá acabó infelizmente.

Reinó, pues, Acamapichcin pacíficamente, y dejó tres hijos que reinaron después dél cada uno por sí, y á él sucedió Viciliuitl, á este sucedió Chimalpopaca Izcoua Montezuma, primero de este nombre.

A este heredó una hija única que tenia, cuyo nombre no hallo.

Tuvo hijos y reinaron después, y el primero fué Axayaca.

Después reinó Ticocica, después reinó Auhi-zo, reinó después de los hermanos Montezuma, en tiempo del cual vinieron los españoles y acaeció lo que hemos contado.

A Montezuma sucedió Cuetlauac, y después el último fué Quahutimoc, que fué sobrino de Montezuma y sacerdote mayor de los ídolos, el cual, por reinar seguro y á su contento, mató á

Xayaca, á quien pertenecía el reino, y tomó por mujer á una hija de Montezuma, que se llamó después de cristiana doña Isabel.

Muerto á tormentos este Rey, como queda dicho, sucedió en el reino de México el potentísimo Rey don Carlos, que fué Emperador de Alemania y Rey de los españoles, y á él sucedió el cristianísimo Rey don Felipe II de los así llamados, nuestro señor, de manera que ha tenido aquel reino treinta y tres Reyes, y con esto concluyo con las Indias y con el capítulo que se sigue daré remate al reino del Perú y á esta República.

CAPITULO XV

De la caída del reino del Perú, con todos los Reyes que aquella gente tuvo, hasta que se incorporó en la corona de los Reyes de España, como hoy lo vemos.

El undécimo Rey Inga del Perú fué Guaynacap; este Príncipe en su vejez tuvo noticia de nuestros españoles que habian llegado por mar á la costa de sus reinos, él sabiéndolo, quiso informarse de qué gente era y qué queria, y respondiendo Francisco Pizarro que querian oro, él les envió cierta cantidad de ello, pero cuando los indios volvieron con el oro á la costa, ya los españoles eran partidos.

En este medio murió el Inga, y según se

dice, avisó á sus hijos que tuviesen paz y amistad con los barbudos y hombres blancos.

Si esto fué así ó no, yo no lo tengo de determinar aquí, porque no escribo la historia destas gentes, mas su caída.

Este Rey dejó dos hijos, en los cuales dividió su grande y extendido reino.

El uno dellos y el mayor se llamaba Guascar, el segundo Atapalipa, mas como el mandar no sufra compañero ni igual, luego Guascar quiso hacer guerra al menor hermano, porque decia que el reino era suyo, ó á lo menos ciertas provincias, que á él le importaban mucho. Y así como lo pensó, así lo puso por obra, y juntando infinitas gentes, peleó con Atapalipa y le prendió y venció su ejército, y teniéndolo preso, mientras los ejércitos celebraban la victoria con grandes comidas y bebidas, él rompió una pared gruesísima con unas grandes barras de plata y cobre que le dió una mujer, y así huyó y llegado en sus tierras, juntó sus gentes y capitanes é hizoles una ordenada plática en la cual les pintó un gran milagro que el Sol habia hecho con él, y fué que lo habia tornado culebra y lo sacó por un agujero muy estrecho, y que le habia prometido la victoria, si salia á pelear, y así les pintó cómo habia sido

maltratado y afrentado y puesto en prisión.

Esto les dijo con tan buen semblante y demostración de tristeza, que todos se conmovieron á piedad y á furor para vengar la injuria de su Rey. Era Atapalipa de su natural valiente y animoso, y sobremanera liberal, que es lo que suele poner esfuerzo y ánimo á los guerreros, de manera que con lo que les dijo y con la buena opinión que tenían dél, prometieron de servirle fielmente.

Visto por Atapalipa cuán fieles hallaba á sus vasallos, juntó grandes ejércitos, porque lo podía hacer facilísimamente, y teniendo capitanes valerosos y de industria, fué en busca de su hermano y más enemigo, y presentándole la batalla, el otro que no la rehuyó, el Atapalipa salió al cabo vencedor, pelearon otras dos ó tres veces, y venció también, de manera que Guascar llevaba cada día lo peor.

Atapalipa con todo eso no se aseguraba hasta ver en su poder al enemigo, y así rehizo de nuevo el ejército y envió sus capitanes que peleasen de nuevo, y que muerto ó preso, no volviesen sin él.

Y así fué que le prendieron y trajeron en presencia de Atapalipa, y él lo mató, y así se aseguró del hermano, y no miró que tenía otros

cruelles enemigos y mayores que su hermano.

Al tiempo que andaban en estas contiendas llegaron Francisco Pizarro y otro su hermano, y después fueron tres, que se llamaron Gonzalo y Francisco Pizarro, los más malos hombres que salieron de otra alguna nación, y más deshonra ganaron los Reyes de España con ellos y sus compañeros, que lo que se les interesa de tan grandes reinos, porque por ellos se han dicho muchas cosas entre grandes letrados y hombres de conciencia, pero dejando esto aparte, como llegase Francisco Pizarro á este tiempo en el Perú, vino á ver á Atapalipa, y luego comenzaron los nuestros á mostrar gran soberbia contra un poderosísimo Rey y á tenerle tan poco respeto que llegó con la boca del caballo un mal español junto con la del Rey, y levantándose una sedición breve, vino á ser una cruel guerra y á prender el Rey sin más ni más y porque llegase la maldad á lo último, echáronle en una cadena.

Cuando el Inga Atapalipa se vió así, como era de gran corazón y nobilísimo, sintió mucho aquella afrenta y dijo que lo trataran bien y prometió un gran rescate, y como no lo cumplió como ellos quisieran (como si á ello fuera obligado) se procedió contra él con todo rigor

y le amenazaron y trataron mal, y al fin fué muerto; pero la causa es bien que se sepa, pues tratamos de la caída de un potentísimo reino, sin escribir historia ordenada y larga, y fué desta manera:

Un esclavo llamado Philippillo, que era intérprete de nuestra gente para con ellos, enamoróse de una de las mujeres del Rey Atapalipa y ella como mala, queriendo anteponer un esclavo al gran Rey, dijo que se casaría con él si mataban al Rey ó moría.

El traidor del esclavo, preso de la pasión, determinó de levantar un falso testimonio al Rey Atapalipa, y púdolo hacer facilmente, por ser él la lengua entre aquella gente y la nuestra, y fué que dijo que habia oído tratar á los Indios entre sí, que matasen á los cristianos y que el Rey Atapalipa juntaba de secreto grandes ejércitos.

Esto comenzó luego á tratarse entre pocos, y después se supo por todo el ejército cristiano; por lo cual, creyendo ser así, unos decían que matasen á Atapalipa, porque así se asegurasen, otros decían que lo enviasen á España (como si fuera vasallo del Rey) porque era caer en mal caso matar á tan gran Rey, aunque tuviese culpa.

En fin, los avarientos, codiciosos del oro, daban prisa á que muriese, porque decian que mientras viviese Atapalipa, nunca gozarian del oro, y riquezas que habia en aquella tierra.

El traidor de Pizarro, ó por codicia, ó por tener mejor ocasión de ganar la tierra y estar más seguro, determinó matarle y para esto formó proceso contra él (como si le hubieran señalado por juez el Papa ó Emperador para conocer de su causa) y acusáronle la muerte de Guascar su hermano, que también, como está visto, era rey de la tierra, y probáronle que habia querido matar los españoles.

Mas esto cosa averiguada fué que mentian todos, porque aquel siervo Philippillo inventó esta maldad como siervo, porque al tiempo que los indios eran interrogados, si sabian algo, diciendo ellos que no respondia como intérprete lo que quería y se le antojaba.

Y lo bueno era que nunca se procedió contra él delante de los españoles, sino á solas con aquellos que Pizarro queria.

El Atapalipa negó siempre, diciendo que no cabia en razón tratar cosa que no podía salir con ella, por las muchas guardas y prisiones que le tenian puestas.

Amenazó á Philippillo y recusóle y pidió que

no le creyesen, mas no le aprovechó nada, y así lo sentenciaron á muerte.

Y él oyendo la sentencia se quejó mucho de Francisco Pizarro, que, habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba.

Rogóle que le enviase á España, y que no ensangrentase sus manos y fama, en quien jamás le ofendió, y habia hecho rico.

Cuando lo llevaban á justiciar pidió el bautismo, por consejo de los que le iban consolando, porque de otra manera estaba sentenciado á quemar vivo.

Bautizaronlo y ahogáronlo en un palo como á malhechor.

¡Señor, tú que miras de las alturas todas las cosas, mira agora qué ejemplo nos pusiste delante de los ojos, de las maldades que los hombres cometen!

Tú les darás el castigo que merecen.

Murió Atapalipa con esfuerzo de príncipe, y mandóse llevar á sepultar á la ciudad de Quito, adonde estaban los demás príncipes de donde él venia.

Era este príncipe bien dispuesto, sabio, valiente y muy pulido á su modo.

Castigólo Dios porque mató á su hermano, pero mejor título tuvo para matarlo, que no Fran-

cisco Pizarro en matarlo á él, porque lo mesmo hiciera Guascar de Atapalipa, que Atapalipa hizo de Guascar; pero Francisco Pizarro no tenia jurisdicción sobre él, ni el papa Alejandro, ni el Rey don Fernando, ni el Emperador hubieran mandado que entrasen así en la tierra agena, pero Dios castigó tan gran pecado pues el Papa ni el Emperador no quisieron poner remedio, porque un fraile de Santo Domingo, llamado fray Vicente de Valverde, que alteró á los españoles para que matasen los Indios porque habia arrojado Atapalipa la Biblia, ó su breviario, Dios lo castigó ignominiosamente, porque á palos lo mataron, siendo ya Obispo, los mesmos Indios de la isla de Puna.

El Francisco Pizarro ya murió en las manos de sus enemigos y españoles.

Al Juan Pizarro mataron los Indios en el Cuzco.

El Fernando Pizarro, que dicen que no tuvo culpa en la muerte deste Rey, á lo menos Dios lo ha castigado en tantas cosas que no creo le tendria envidia nadie, así castigó Dios á los demás.

El Gonzalo Pizarro murió como traidor, y así acabó la principal gente desta casa.

Y no es menester otro mayor testimonio del
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 15

castigo que Dios dió á esta gente, sino las palabras que dijo un Pedro de Alvarado, que era de los mismos malos, estando á la muerte, y fué así, que como lo hubiese rebatido un caballo que venia rodando por una cuesta abajo, curandolo después y viendo que se moria preguntábanle que qué le dolia, respondia siempre:

— El alma, el alma.

Este, pues, fué el fin de aquel reino y monarquía, la cual como otro tiempo la de los asirios se pasó á los medos, así se pasó la del Perú á los españoles.

Reyes del Perú.

Los Reyes que yo hallo son estos:

1. Ayarmango.
2. Cinchiroga Inga.
3. Lluchiyupangi.
4. Indimaythacapac.
5. Capacyupangi.
6. Ingeroca Inga.
7. Yagnarguacac Inga.
8. Viracocu Inga.
9. Pachacuticapac Inga Yupangi.
10. Topa Inga Yupangi.
11. Guaynacapa.

12. Guascar y Atapalipa.

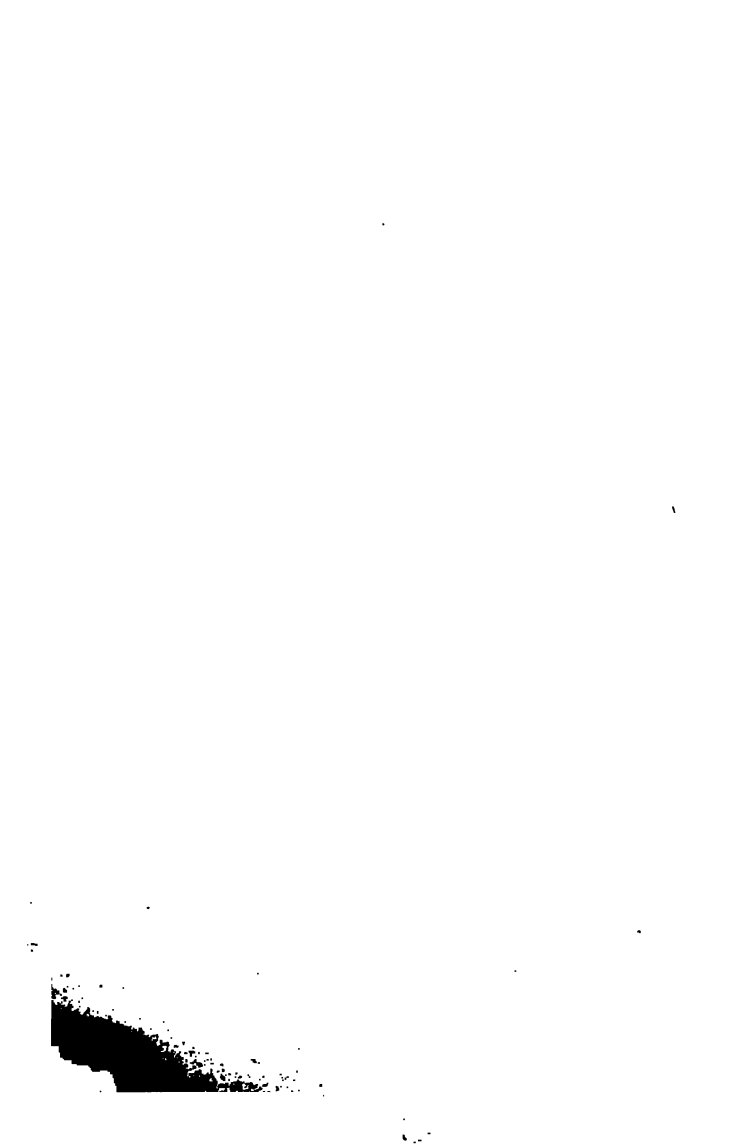
Después que fué muerto el Guascar, como dije, reinó en la prisión Atapalipa, y después que se le fué dado garrote infamemente, como á hombre común, por dorar el pecado que habia cometido Francisco Pizarro, dió el reino (como si él fuera señor) á Mango, hermano de Atapalipa, y fué el treceno Rey de los Indios del Perú; acabóse éste é incorporóse el reino en la corona real de los Reyes de España, y sucedió en el reino, el Rey don Carlos Rey de España y Emperador de Alemania, y fué el 14 Rey del Perú, y el 15, es el cristianísimo Rey don Felipe II, de los así llamados, cuya vida nuestro Señor prospere por largos años, porque verdaderamente si alguno ha tenido algún buen derecho al reino es él, por el gran cuidado que tiene de que se predique el Santo Evangelio, y de enviar hombres de mucha santidad por prelados y jueces rectos, y en fin, vemos que ya no hay quien se atreva á usar de tiranías, ni robos, porque luego son castigados, y por esto vemos que los Indios, cuya es la tierra justamente y no nuestra, son bien tratados y favorecidos de su Rey señor natural.

Fin de la República Indica.

NOTA

En la siguiente hoja puede verse fielmente reproducida la marca que usó el célebre impresor de Medina, Francisco del Canto, que también en hoja suelta se halla en la primera edición de que nos hemos servido para reimprimir esta obra.





ADDENDA

DE

LAS NOTICIAS RELATIVAS

A INDIAS

que hay en la

CRÓNICA DE LA ORDEN

de los

PP. ERMITAÑOS AGUSTINOS

compuesta por

FR. JERÓNIMO ROMÁN Y ZAMORA

é impresa en 1569.



PROVINCIA DE LAS INDIAS

QUE SE LLAMA DEL NOMBRE DE JESÚS

1532

En este trienio fué determinado en nuestra provincia que nuestros Padres pasasen al Nuevo Mundo, que son las Indias Occidentales, para que, predicando el Santo Evangelio, ampliasen la fé de Nuestro Señor Jesucristo y convirtiesen las gentes de aquellas partes; cuánto fruto hayan hecho, cuántas almas hayan sacado del cautiverio del demonio, qué ejemplo diesen, no se puede decir con brevedad; fueron escogidos para la santa obra Padres religiosos, y los que se esperaba que con gran ánimo sufrirían la muerte y cualquier otra adversidad por el nombre del que iban á predicar, los nombres

de los cuales es bien que aquí queden por perpétua memoria, y son estos:

El Padre Fr. Francisco de la Cruz, que por su santidad es llamado el Padre Venerable, del cual más adelante haremos memoria; Fr. Agustín de Coruña, que hoy es obispo de Popayan; Fr. Jerónimo Ximénez; Fr. Juan de San Román; Fr. Juan de Oseguera; Fr. Alonso de Borja, Fr. George de Avila.

Estos varones apostólicos, comenzando á predicar, confesar y bautizar, fundaron la provincia de Indias en Nueva España, no con edificios de piedra, mas con penitencia, ayuno y disciplinas.


En sus principios no traían zapatos mas alpargates y agora los traen y sandalias y con unos pobres sacos de jerga negros andaban y andan por todas partes predicando y olvidados de la provisión de los cuerpos, jamás les faltó lo que habian menester para su sustentación; hase extendido la provincia mucho, porque tienen casi cincuenta conventos el dia de hoy.

Llamáronse á los principios vicarios provinciales los mayores, después, por la dignidad del oficio que administraban, los llamaron provinciales.

Cuando llegaremos á los provinciales ha-

remos memoria de ellos y de sus capítulos, y también brevemente hablaremos de algunos varones religiosos que por vida y ejemplo han florecido entre ellos.

En este año se celebró el primer capítulo provincial en la Nueva España; fué criado en Vicario provincial (que así se llamó el primer prelado) el santo y venerable P. Fr. Francisco de la Cruz, tomáronse las casas siguientes en su tiempo, conviene á saber: la de México, que es cabeza de la provincia y Ocuituco, Chilapa, Totolapa, Tlapa, Yacapistla y Tzacualpa, y el dicho padre venerable volvió á España por frailes y quedó en su lugar por mayor el Padre Fr. Juan de San Román, y en su tiempo fueron pobladas las casas dichas; y cuando el dicho Padre venerable volvió de España con frailes, llevó consigo para leer teología al Padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz, siendo clérigo, y movido de la santidad del varón santo, le trujo Dios á la religión y tomó el hábito en el puerto de la Vera Cruz, año de 1535 á 22 de Junio, del cual después dieemos, y llamóse aquella Provincia de Jesús, porque este dulcísimo nombre predicaban ellos á las gentes indianas que antes á Dios no conocían.



1535

En este año fué conocida la grande santidad del P. Venerable Fr. Francisco de la Cruz, que fué el primer prelado mayor de la Nueva España que de vuelta de España á las Indias con 15 religiosos, dende á pocos dias que llegó á México enfermó y murió á 11 de Junio de 1535, cuya muerte causó gran tristeza en aquel nuevo orbe á todos estados por su gran santidad, y las órdenes de Santo Domingo y San Francisco hicieron gran sentimiento, porque le tenían por padre más que si fuera prelado propio.

En este tiempo se celebró en México segundo Capítulo y fué electo el P. Fr. Hierónimo Ximénez, y tomó las casas de Atonilco, Molanco y Tacambaro.

1539

Celebróse el Capítulo tercero de la provincia de Indias en México, salió en provincial fray George de Avila, después de Fr. Hierónimo Ximénez: tomó las siguientes casas: Oquila, Malinalco, Aculman, Epazayuca, y en su tiempo, D. Antonio de Mendoza, virey de Nueva

España, envió una armada en descubrimiento de las islas del Poniente de las Malucas y fueron de nuestra orden cuatro religiosos con ellos, el P. Fr. Hierónimo Ximénez, prior, y Fr. Sebastián de tras Sierra y Fr. Alonso de Alvarado, y después de nueve años de trabajos por mar y por tierra, en la India, volvieron á Portugal y de España tornaron á Nueva España todos cuatro.

1541

En este tiempo se celebró en México cuarto Capítulo y salió por Provincial el P. Fr. Juan de San Román y tomó el convento de Quachinango y Mezticlan y el de los dos provinciales de Santo Domingo y San Francisco; vinieron á España en favor de los españoles y fué á Alemania donde estaba el emperador D. Carlos, de gloriosa memoria, y quedó electo en su lugar el Padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz hasta que cumplió su tiempo, y entonces alcanzó de S. M. aquella tan larga merced de que á costa suya se hiciese la casa é Iglesia de la Orden en México, conforme á la traza de San Jerónimo de Salamanca.

Fué esta una muy liberal y larga merced á

la Orden, porque aunque antes daba para la obra, era con límite, pero dióla aquí hasta que se acabase todo el edificio y ornato, y la ejecución se cometió al ilustrísimo y prudentísimo primero Virey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, único en todas las cosas y muy docto varón.

En estos dias fué conocida la santidad del P. Fr. Alonso de Borja, que fué uno de los compañeros del Padre Venerable que pasaron en Indias; la vida deste bienaventurado varón fué muy limpia y de gran ejemplo, y por eso determinó la provincia de escogerlo entre los muchos para jornada y empresa tan principal; sólo se hará mención de su muerte por donde sin duda podrá conocer cualquiera su limpieza de conciencia, y fué desta manera:

Como fuese prior del monasterio de Atotonilco, y acaso cayese enfermo, vínose á curar á la ciudad de México (que aquel convento es la enfermería de aquella provincia) y como fuese visitado de los médicos y ellos dijesen que no era nada su mal, él, despreciándolos, pidió al prior que se queria confesar, y confesado, dijo que le diesen el Santo Sacramento, lo cual oído por el prior, dijo que no había para qué enton-

ces, que otro día se podía levantar á decir misa; mas porfiando que se lo trajesen, por no desconsolarle, trajeron el Sacramento de la Eucaristía; después que recibió la sacrosanta Hostia, rogó que luego le diesen la Extremaunción; en esto porfiaron todos que no había para qué, pues estaba bueno y aquella enfermedad no era nada; tanto porfió el varón santo, que se la hubieron de dar, y acabada de recibir, dijo á todos los Padres que le dijesen un responso y que á gran priesa fuesen á tañer la campana á muerto, y vista una tan gran novedad, determinaron hacer lo que él mandaba, y al punto que sonó el primer golpe de la campana, y acabada la oración del responso, dijo:

—*«In manus tuas domine commendo spiritum meum.»* Y luego murió. Cierto este fué un maravilloso testimonio de su santa conversación.

1545

El capítulo 5 de la provincia de Indias se celebró en este año; salió en provincial el Padre Fr. Juan Stacio, tomó en su tiempo los siguientes monasterios: la Puebla, Vaxutla y Mezclitan y Tepecuaquilco.

1548

Celebróse el capítulo 6 de Indias en el mismo día y año que en Toledo, y fué electo en provincial el Padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz; tomó muchos monasterios y muy principales en la provincia de los Otomís, Atucupán, Izmiquilpa, Xilitla, Tututepeque, y en los de Mechoacan, Vayangareo y Urirapundaro, Cuiseo, Vangoo, Charao, Sanctiago y también á Chiatitla.

1550

COMIENZA LA PROVINCIA DEL PERÚ

En este año nuestro Padre Fr. Francisco Serrano, provincial, envió algunos venerables Padres al Perú, para que, como lo hacían los PP. Dominicos, Franciscos y los Mercenarios, predicasen el Santo Evangelio, los cuales, tomada su bendición, fueron á cumplir la obediencia de lo que les mandaba su prelado; poco á poco, con ayuda de Dios, han ido aumentando la religión y tienen 14 conventos.

La causa de no haber en aquella provincia cosas tan señaladas como en las Indias de Nue-

va España, ha sido porque después que se comenzó á conquistar aquel reino, siempre ha habido guerras domésticas y civiles; mandóles nuestro Padre provincial que no innovasen cosa alguna, mas que conforme á la manera de vivir de la provincia de España viviesen, y así no han innovado cosa alguna.

Son estos los primeros frailes que fueron: Fr. Andrés de Salazar, Fr. Juan de San Pedro, Fr. Andrés de Ortega, Fr. Jerónimo Meléndez, Fr. Baltasar Melgarejo y después han ido otros muchos á predicar la palabra de Dios.

1551

El capítulo VII de Indias se celebró en Atonilco en el mismo día y año que en Castilla; salió en provincial Fr. Jerónimo de Santistévan ó Jiménez, segunda vez (varón de gran religión y que nunca, aunque muy viejo, ha dejado la vida común). Tomó en su tiempo á Pauatlan y á Iacona, y en este tiempo se fundó la Universidad en México y dieron al Padre Maestro Fr. Alonso de la Veracruz la cátedra de prima de Teología, por su eminencia en la facultad.

Celebróse capítulo 1.º del Perú y fué criado
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV. 16

en provincial el P. Fr. Juan Stacio, que vino de las Indias de la Nueva España, que le envió el Padre Maestro Fr. Alonso de la Veracruz, siendo provincial, por confesor del ilustrísimo señor Visorey de Nueva España D. Antonio de Mendoza, al cual S. M. mandó pasase al Perú á gobernar aquel reino.

1552

El Reverendísimo P. Maestro Fr. Francisco de la Cruz, obispo de Cabo Verde, de la India Oriental, es digno de toda honra y gloria, pues aun con su vejez continuamente aprovecha en aquella tierra, haciendo mucho fruto en las ánimas de aquellos bárbaros.

Dióle el obispado el serenísimo rey D. Juan de Portugal, digno de llamarse católico y cristianísimo príncipe, por las obras señaladas que ha hecho en sus reinos. Es este reverendísimo obispo de la provincia de Portugal.

1553.

Celebróse el segundo Capítulo del Perú en este año, porque el P. Fr. Juan Stacio (que era Provincial) murió en España, que vino á los

negocios de aquella provincia. Salió en provincial el P. Fr. Andrés de Salazar.

1554.

Celebróse el octavo Capítulo de Indias en la ciudad de México; fué electo en Provincial el P. Fr. Diego de Bertabillo. Fundó estos monasterios de Vquareo, y Tlayacapan y Thezote; ha sido religioso muy probado y aprobado en la orden, por el buen ejemplo y vida que siempre ha guardado y es grandemente amigo del coro.

1556.

El tercero Capítulo que celebraron en el Perú fué en la casa de la ciudad de los Reyes. Salió en Provincial Fr. Juan de San Pedro. Tomó la casa de Truxillo y de la Inebanua, aunque he sabido que la han dejado en el año de 1567.

1557.

Digno es, por cierto, que se publique el celo y amor que ha tenido hasta la muerte el Padre

Fr. Juan de San Román, uno de los primeros que pasaron en las Indias de Nueva España, porque sabemos que ha pasado tres veces en España desde allá por llevar freiles á aquella provincia adonde tan á los ojos vemos el provecho que se hace á todas aquellas gentes; no quiero decir lo que trabajó en aumentar la provincia siendo Provincial y el adelantar el Convento de México cuando fué prior de él; pasó en Alemania á verse con el Emperador para tratar con él de las cosas tocantes á aquel reino, y así hizo otras cosas dignas de memoria, como arriba se dijo, y notablemente ha sido celador del bien y amparo de los Indios, defendiéndolos de los que los quieren molestar.

Celebróse el noveno Capítulo de Indias en Ocuituco en el mismo día y año que en Castilla. Salió en Provincial el muy reverendo Padre maestro Fr. Alonso de la Vera Cruz, puso frailes en Acatlan que estaba de visita, que es como de prestado; tomó de nuevo los monasterios siguientes: la Ermita y Chapuloacan, y Metlatepeque y Vaya Cocotla.

1560.

El cuarto Capítulo de la provincia del Perú

se celebró en la ciudad de los Reyes. Salió en Provincial Fr. Andrés de Ortega. Fundó las casas del Cuzco y de Paria y la de Taparí.

Celebróse el Capítulo 10 de Indias en Aculma. Salió en Provincial el P. Fr. Agustín de Coruña, que agora es obispo de Popayan en los reinos del Perú.

1562.

Fué en este año criado en obispo de Popayan el Reverendísimo P. Fr. Agustín de Coruña, uno de los primeros que fueron á las Indias; éste fué uno de los que grandes muestras dieron de santidad; fué criado en obispo en Indias, mas no por eso mudó su condición ni la aspereza de la vida, antes quien lo viera juzgara que era uno de los santos obispos de la primitiva Iglesia; jamás dormía en sábanas ni traía cosa alguna de lienzo; todas las noches iba á maitines de media noche, y allí cantando como cada uno de los frailes pagaba su deuda igualmente con los demás; aunque era Obispo no calzaba zapatos, mas con unas alpargatas y con un vil hábito pasaba alegremente; si despa-

me pusiese á contar su vida, sin duda el tiempo me faltaría antes que la ocasión de decir.

Celebróse el quinto Capítulo de la provincia del Perú, tomáronse los siguientes conventos: en la ciudad de la Paz, de la Plata y Guadalupe.

1563

Celebróse el Capítulo 11 de Indias en Epazayuca, doce leguas de México, y fué electo en provincial el P. Fr. Diego de Bertavillo.

En este trienio, entre los hombres escogidos que Dios en aquella provincia de las Indias tiene, murió Fr. Antonio de Roa, religioso de gran santidad y rara penitencia, en la cual perseveró hasta el fin.

Traía siempre silicio y rallo y cadena de hierro por cintura junto á las carnes, hacía muy ordinarias y cuotidianas disciplinas y frecuentes ayunos, y fué varón dado á la oración y contemplación y cosas muy singulares de gran penitencia.

Fué hijo de la casa de Burgos y de los quin-
ce que el Padre venerable consigo llevó la segunda vez.

Y porque de los difuntos tenemos licencia más de hablar que de los vivos, también en este trienio murió en la dicha provincia Fr. Ioan de Sevilla, sobrino del buen Fr. Ioan de Sevilla, del cual hemos hablado, religioso bien aprobado, y muy celoso de la Orden y de la conversión de los Indios.

Y también murió el P. Fr. Nicolás de Vite, flamenco de nación, y que de veras dejó el mundo, que era muy rico, y trabajó mucho en la dicha provincia en favor de los Indios, en lo espiritual y temporal.

1565

En este año pasó la armada real desde Indias á los Malucos, y con ella el muy religioso Padre Fr. Andrés de Urdaneta, el cual, siguiendo las armas, antes de fraile fué muy valeroso capitán.

Y con deseo de servir á Dios se hizo fraile de nuestra orden y por ser tan principal en el arte del marear, la majestad del Rey nuestro señor le mandó ir en la dicha armada, y así llevó consigo otros cuatro compañeros que fueron el P. Fr. Andrés de Aguirre y Fr. Diego de Herrera, mi maestro, y Fr. Martín de Erra-

da, peritísimo en astrología y Fr. Pedro de Gamboa; y tomando posesión por el Rey en cierta parte de la tierra, fundando el ejército una fortaleza, el dicho Padre fundó también un convento, del cual fué señalado prior el dicho Padre Fr. Andrés de Urdaneta, y así tenemos nosotros allí un convento y somos los primeros que allí han predicado la palabra evangélica. Y llámase la isla donde están los religiosos la isla de Cebú, en las islas Filipinas.

1566

El doctísimo y prestantísimo Padre maestro Fr. Alonso de la Veracruz en estos días fué conocido en letras y virtud; de lo primero, fuera del testimonio que pueden dar los que lo han tratado particularmente, lo dan público y manifiesto todas las obras suyas que andan impresas; en lo segundo es bien callar de los vivos por ellos y por mí; por ellos, porque hasta la muerte, como dice el sabio, no hay para qué loar á nadie; y por mí, porque no se sospeche que me mueve á decir de ellos el quererlos loar.

Ha sido un perfecto varón en la vida y costumbres, tomó el hábito en las Indias y fué

Provincial tres veces; después fué criado obispo de León de Nicaragua en aquellos reinos, mas no lo quiso aceptar, porque en todo ha procurado el enseñamiento y ejemplo de los demás frailes, estimando más vivir en la religión debajo de la obediencia de sus mayores, que ser señor y mandar; ha escrito obras muy útiles y provechosas que andan impresas, y otras que placiendo á Dios saldrán á luz, y fué en el fundamento de la universidad de aquel nuevo orbe electo catedrático de prima de teología, como dicho es, y tres veces rigió la provincia en Nueva España, y después de haber leído muchos años en la orden y fuera, y predicado á los indios en sus lenguas más de veinticinco años, vino á España llamado por S. M. con los Provinciales á cosas tocantes á aquella nueva iglesia; y por su consejo, S. M. pidió á Su Santidad Pío V privilegio para que los religiosos en las Indias administrasen los Sacramentos á los indios (no obstante el Santo Concilio Tridentino) como antes solían, con sola licencia de sus prelados, sin ser menester licencia del ordinario; y se concedió y dió S. M. cédula para que con solemnidad en todos los pueblos en las Indias se publicase en el año de 1567, por el gran celo que tenia al bien espiritual y tempo-

ral de los Indios; fué muy amado del santo primero obispo de México, Fr. Juan de Zumárraga y de tanta autoridad acerca de él, que en el púlpito alegaba con él, diciendo:

—El Padre maestro Fr. Alonso de la Vera cruz, lo dice.

Y también fué en gran reputación tenido del Virrey D. Antonio de Mendoza y D. Luis de Velasco; y por eso le llevaban consigo cuando salían á visitar la tierra, y por ayudar con grande pecho á los miserables y necesitados, ha padecido humanas emulaciones, que son divinos favores.

En este año se celebró el Capítulo 12 en la provincia de Indias.

Fué electo en Provincial el P. Fr. Joan de Medina; ha regido con mucha prudencia y pacíficamente aquella provincia en su tiempo, como se escribe de allá.

En la provincia del Perú se hizo el capítulo 6. Salió provincial el P. Fr. Andrés de Ortega. Murió por Mayo el año de 1567.

1567

Por muerte del P. Fr. Andrés de Ortega se

celebró el capítulo 7 del Perú y fué electo el P. Fr. Juan de San Pedro en su lugar.

1568

En el fin deste año murió en la provincia de Jesús de la Nueva España Fr. Juan de Moya, ó Bautista, hijo de la casa de Salamanca, uno de los que el Padre Venerable Fr. Francisco de la Cruz llevó consigo la segunda vez año de 1535; este varón Fr. Juan Bautista fué muy docto y de gran virtud, muy humilde y muy pobre para sí, grandemente caritativo con los pobres, muy celoso de la conversión de los indios, muy abstinente y grandemente ejemplar y que se andaba entre los indios confesando y predicando por tierras muy calurosas y ásperas y los indios le llamaban comunmente el Santo. Está enterrado en la provincia de Mechoacan, en el convento de Vayangareo, y dicen que Nuestro Señor ha comenzado á hacer milagros por los méritos y virtudes de este santo varón; huyó siempre de ser prelado y los humildes oficios hacía de buena gana; mayormente servir á los enfermos, quien le conversó treinta años dió testimonio de esto, y en breve no se puede decir su vida tan inculpable.

TABLA DE LOS MONASTERIOS

MONASTERIOS DE LA PROVINCIA DEL NOMBRE DE JESÚS EN NUEVA ESPAÑA

México, del Nombre de Jesús.
Ocuituco, Sanctiago.
Totolapa, San Guillermo.
Iaccapistla.
Chilapa.
Tracualpa, la Concepción,
Tlapa.
Yacapistla, San Ioan Baptista,
Mezquiqui, San Andrés.
Atotonilco.
Molanco.
Tiripitio, San Ioan Baptista.

Tacambaro, San Hieronimo.
Aculman.
Epazayuca, San Andrés.
Meztitlan.
Oquila.
Malinalco.
Quachinango.
La Puebla de los Angeles.
Vaxutla.
Tepecuaquilco.
Tlanchinoltiquipac.
Vayangareo.
Yurira Pundaro, San Pablo.
Vangao, la Concepción.
Cuyseo, la Magdalena.
Charao, San Miguel.
Sanctiago, Sanctiago.
Atucupan, San Nicolás.
Izmiquilpan.
Xilitla, la Asumpción.
Vayacocotla.
Tututepeque.
Tlayapacan.
Chiautla.
Panatlan.
Culoacan, San Ioan Evangelista.
Iacona.

Vquateo, San Francisco.

Tezontepeque.

Acatlan.

Metlatepeque.

La Ermita, San Pablo.

Chapuloacan.

Xonacatepeque.

Santetelcq.

San Philippe, San Philippe.

Chietla.

Ximultepeque.

Cebú en las islas Philippinas del niño Jesús que allí se halló.

PROVINCIA DEL PERÚ

Cuzco.

Truxillo.

Las Charcas.

El pueblo Nuevo.

Guachuco.

Layne Bamba.

Las Chachaporias.

Paria.

Tapamari.

Fin de la Addenda de noticias.

RELACIÓN
DEL
DESCUBRIMIENTO DE LAS PHILIPPINAS
y del

ATAQUE Á MANILA

por el pirata LIMAHON

con noticias

de

FR. MARTÍN DE RADA

SACADA DE LA REPÚBLICA DE CHINA

ordenada por

FR. JERÓNIMO ROMÁN Y ZAMORA

é impresa en

Salamanca, por Juan Fernández, 1595.



Sucedió que por este mismo tiempo la orden de San Agustín envió desde la provincia de México religiosos á predicar el Santo Evangelio á las islas que hoy llaman Philippinas y otro tiempo se dijeron las gentes Celebes y la isla más principal Zebut ó Cubu, adonde podemos decir que murió aquel famoso piloto Fernando de Magallanes, como lo escribe Francisco de Gomara en su *Historia de las Indias*, y como hubiesen hecho aquí asiento los capitanes del rey D. Philippe, nuestro señor, por quien este archipiélago é infinidad de islas se llaman Philippinas, deseosos los religiosos, y ellos hacer algún servicio á Dios y á su Majestad trataron de enviar personas sabias y prudentes á saber qué reino y gente era la de la China por ser tierra firme y muy vecina á estas islas probáronla.

COL. I.B. AMÉRICA.—TOM. XV. 17

una vez y diputaron personas , pero halláronse inconvenientes , por donde se dejó.

Mas deseando los religiosos predicar el Santo Evangelio á gentes de quien se decían cosas grandes, porque cada día contrataban muchos chinos con los españoles trataban como se les ofreciese alguna buena ocasión para intentar lo que deseaban tanto, y halláronla de esta manera: Levantóse contra el rey de la China un caballero llamado Limahón, natural chino de la provincia de Cuytan, y vino á hacerse tan poderoso corsario que traía cuarenta navíos de alto bordo, con los cuales hizo grandes saltos y robos por las costas de la China, en daño de la tierra é injuria de su rey.

Acaeció que sucediéndole prósperamente las empresas, deseoso de que no hubiese otro corsario tan pujante, buscó otro que lo era más, llamado Lintoquian, en la isla dicha Pion, el cual traía setenta navíos, y como estuviese surto y descuidado le acometió Limahón; el Lintoquian, que era diestro, conforme á la priesa que lo tomaron desenvolvióse lo mejor que pudo y comenzó á defenderse y pelear, pero sucedióle mal, porque quedó vencido y muy destrozado, de suerte que le tomó muchas naves, cautivó gente y mató mucha.

Limahón, viéndose próspero, y casi con doblada armada de la que traía, andaba haciendo mayores robos.

Y aunque la armada del rey de la China salió dos veces en su demanda, él tuvo tan buena maña que se puso en salvo, pero viendo que se ponía á mucho peligro si andaba costearo el reino, determinó apartarse y hacer sus saltos en tierras ajenas.

Ayudole para la ocasión haber prendido un navío que venía de las Philipinas de contratar y había salido de la ciudad de Manila, que es la principal, y adonde tiene su asiento el gobernador de Su Majestad.

Los que venian en él le declararon como todo aquel archipiélago era lleno de muchas islas y rico de todas las cosas, y que lo señoreaban los españoles, los cuales eran pocos y bien descuidados de cualquier asalto.

Con esto el Limahón tuvo gana de hacer algún buen salto y quedarse con la tierra.

Y aina saliera con ello, porque él caminó de tal manera, y venía tan apercebido que aunque lo estuvieran nuestros españoles no fuera grande la hazafia por ser pocos.

Como llegase cerca de Manila y desembarcasen de noche hasta cuatrocientos chinos con sus

arcabuces y picas roncás, y bien armados caminaron todo lo que pudieron por llegar antes de amanecer y dar en los españoles, pero no pudieron llegar hasta que fué muy de día.

Y aunque es verdad que los nuestros fueron avisados que venían enemigos, no quisieron creerlo, y así entraron de sobresalto dentro de Manila y dieron sobre la casa del maestro de campo llamado Martín de Goyti.

Él, cuando se vió cercado, púsose en defensa con cuatro ó cinco españoles que se hallaron con él, pero fué de poco efecto, porque echando bombas de fuego le abrasaron la casa en punto, y él murió con otros trece que acudieron á socorrerlo.

Y sin duda que si los chinos pasaran adelante todo el campo quedara por ellos, pero Dios lo ordenó de otra manera, porque ellos se volvieron por do vinieron, habiéndoles muerto los nuestros hasta quince ó veinte.

Vueltos los chinos á sus naos, dejaron descansar á los españoles aquella tarde y otro día siguiente, y en el tiempo que los enemigos les dieron lugar, se fortificaron é hicieron una empalizada de tablas y pipas y otras cosas, y encabalaron la artillería, que entonces estaba por el suelo, y Dios que miraba por su pueblo,

como vió el ánimo del Capitán Ioan de Salcedo que estaba en una población llamada Vigan á venir á ayudar adonde estaba todo lo principal de los españoles.

Llegado con cincuenta soldados todo estuvo á punto, porque aunque eran todos pocos, sus ánimos eran de españoles fuera de sus tierras, que muestran bien adonde quiera que se hallan lo que valen.

El corsario Limahon, como fué avisado de los que volvieron de Manila, sin detenerse un punto vino con toda su armada que era de sesenta y dos navíos de alto bordo, y púsose enfrente de la ciudad, é hizo tres salvas de artillería de versos y arcabucería, y luego echó la gente en tierra, porque la nuestra no era tanta que pudiese guardar el fuerte y resistir la desembarcación, con esto y con ver que nadie le resistía, entró por la ciudad y púsole fuego, porque toda la gente estaba en el fuerte.

El Limahon, creyendo que le sería fácil ganar el fuerte y á los que lo defendían, acometiólo terriblemente, pero no le sucedió como pensó, porque los de dentro lo defendieron bravamente y mataron dentro de poco rato pasados de doscientos chinos, y de los nuestros no faltaron más que dos.

Como el corsario vió cuán poco ganaba, y que la pérdida era manifiesta, alzóse con su gente y volvióse á sus naves y caminó la vuelta de Pangasinan, que es un río en la Isla de Luzón, cincuenta leguas de Manila, adonde determinó hacer una población en aquella ribera.

Los nuestros no pudieron seguir al corsario, porque harto hicieron en defenderse y ofender desde su fuerte.

Esto acaeció á dos del mes de Diciembre año de mil quinientos setenta y cuatro.

Sabido por el Gobernador de las Islas Filipinas, llamado Guido de Lauzares, adonde habia poblado Limahon, recogió la más gente que pudo de todos los presidios y pueblos, y armó cincuenta navichuelos de los que aquella gente usa, y puso en ellos hasta doscientos cincuenta y seis españoles con casi dos mil indios, y dióles por maestro de campo al Capitán Ioan de Salcedo, y poniéndose en camino llegaron cerca de la nueva población, y con maravillosa industria, sin que fuese sentido por Limahon, dió sobre él y sobre la armada y quemósela toda, y porque la gente se habia hecho dos partes, una por tierra y otra por el río, después se juntaron todos y dieron en la población y quemaron el medio edificio sin haber recibido algún daño.

Murieron muchos chinos, así en el agua como en la tierra, y todos se vieron en gran peligro, y si nuestra gente fuera más en número, no hay que dudar sino que desta vez quedara destruido el corsario.

Resultó de esta jornada que Limahon conoció el valor de nuestros españoles, y no poder volver á ser lo que habia sido, porque aunque se rehizo y escapó, fué nada á respecto de lo pasado.

Estando las cosas en este punto, vino un Capitán chino llamado Emonco, enviado del Gobernador Chuynchiu á la Isla de Luzón en demanda del corsario Limahon para apercibir que la armada del Rey de la China viniese en su seguimiento, y como venía con arte y disimulado traían comisión fingida de que tratase de paces y conciertos, pero otros traían de más importancia y mayor secreto para que tratase con los Capitanes de las naves y las otras personas de cuenta para que se alzasen contra Limahon, prometiéndoles de parte de su Rey perdón y muchas mercedes.

Este recado llegó al tiempo que le fué que-
mada la armada por los españoles, y viendo el Capitán chino cómo habian maltratado al enemigo de su Rey, alegróse mucho, y tratando

con los nuestros y viendo el deseo que tenían de entrar en la China, él en reagrado de lo hecho y de lo que esperaba que harían contra aquel tirano, ofreció de llevar á su reino religiosos y otras cualquier personas de las suyas.

Esto fué una cosa de maravilloso contentamiento para los españoles y así, comunicado el negocio con los principales, el gobernador envía dos religiosos Agustinos y dos soldados con algunos indios y criados de servicio.

Los religiosos iban á dos efectos, á ser como embajadores de parte del Gobernador en nombre del Rey de España, y para si quedasen allá predicasen el Evangelio, porque este era todo su fin.

Los soldados iban para que volviesen con los despachos si se concluyese algo de lo que llevaban encomendado.

Los religiosos fueron fray Martín de Rada y y fray Jerónimo Marín.

Los soldados fueron Miguel de Loarta, encomendero de Octon, y Pedro Sarmiento, encomendero de Buracay y alguacil mayor de la villa del nombre de IESVS.

Qué efecto hizo esta embajada, y lo que pasó en ella, y cómo dieron todos la vuelta, no es de

esta historia; quedará el cargo de escribirla al muy religioso varón llamado fray Alonso de Buyca, fraile Agustino que escribe las cosas de las Filipinas, y yo, cuando llegare al vigésimo libro de la Crónica de mi orden, diré lo que viniere á cuenta.

La causa de haber hecho esta digresión ha sido por dar razón cómo y por qué camino vine á tener noticia de la China con mayor certidumbre que los que hasta agora han escrito, es de esta manera:

Este padre fray Martín de Rada, como fuese uno de los grandes ingenios de España, y más fundado en las matemáticas codicioso de aprovechar á las almas y ver tierras pasó á la provincia de México, á donde hay grandes y muchos monasterios de la orden de San Agustín, y dándose á la especulación de los planetas vino á ser único, y el mayor astrólogo judicario que en su tiempo tuvo el mundo, y pasó á muchos de los antiguos.

Pues como él estando en la China en esta jornada no supiese estar ocioso, determinó leer diversos libros en aquella lengua china, y entre ellos muchos de los que trataban de sus antigüedades, y mirando atentamente los ritos y costumbres de aquellas gentes, las recogió en

un tratado breve, el cual vino á mis manos, y tomándomelo no sé quien, jamás quiso restituírmelo, por donde recibí grave tormento, porque deseaba escribir la república de esta gente, pero fué mejor para mí, porque buscando donde haber papeles para este propósito, acudí á donde me pareció que podia hallar más colmadamente de lo que pedía mi deseo, y así escribí al ilustre caballero el licenciado Ioan de Rada alcalde de la corte mayor del reino de Navarra, hermano del dicho fray Martín de Rada, y él usando de su mucha liberalidad me envió lo que habia sucedido en la jornada de la China y otros papeles de mucha curiosidad, aunque también se queja él por una suya, que le tomaron otros de mucha importancia.

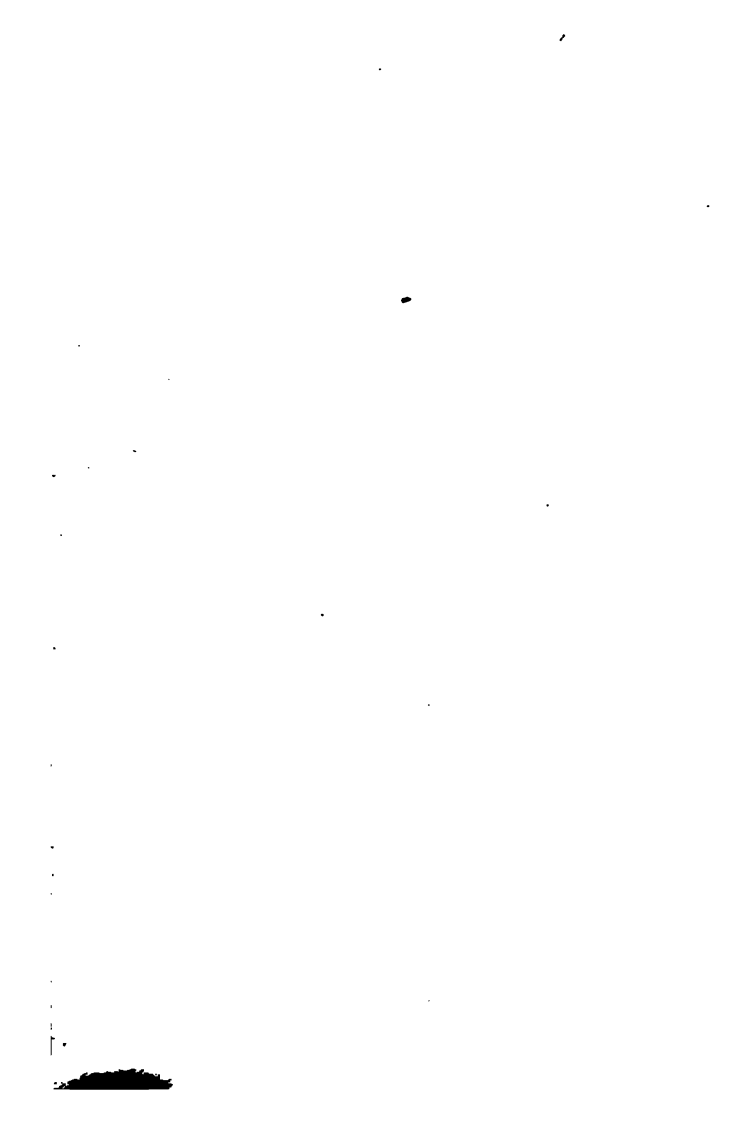
Mas con estos memoriales de tanta fé y verdad, y con los demás que teníamos recogidos, podrá ser que demos luz de lo que hasta agora sabían pocos.

Débese dar mucho crédito á este religioso en lo que dice, así porque en el término del proceder muestra no poner nada de su cabeza, como por ser hombre religiosísimo y de suaves costumbres, lo cual yo pude probar algún tiempo viniendo en Toledo juntos, adonde mostró lo que habia de ser en lo venidero, y cuyo hijo era,

porque su padre fué uno de los más principales hombres del reino de Navarra, que fué el licenciado don Leon de Rada, del consejo real de Navarra y su linage, uno de los doce familias de los ricos hombres de aquel reino, y así los *Anales de Aragón* hacen mucha memoria de ella y otras historias de Castilla y Navarra.

Y de este linaje fué el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximénez que por sobrenombre se decía Rada, y hoy en Castilla es una misma casa la de Rada y Rades, la cual se pasó en este reino por persecuciones, que le hizo el Rey don Enrique, del mismo reino, en odio de doña Marquesa de Rada, en quien el Rey don Theobaldo, segundo de los así llamados, su hermano, tuvo hijos.

Fin de la relación de Filipinas.



CATÁLOGO

DE AUTORES CONSULTADOS POR EL AUTOR

A

Abbad Panormitano.

Ægesipo histórico.

Ægidio Romano.

Alciato.

Alonso, Rey Sabio.

Alonso Tostado.

Alonso Venero.

Alonso de Castro.

Ambrosio Calepino.

Antonio de Lebrixa.

Antonio Panormitano.
Antonio Sabelico.
Archivo de Salamanca.
Archivo de Burgos.
Archivo de Lisboa.
Archivo de Torres Vedras.
Archivo de Valladolid.
Archivo de Sevilla.
Archivo de Córdoba.
Archivo de Badajoz.
Archivo de Dueñas.
Archivo de los Santos.
Archivo de León de Francia.
Archivo de Barcelona.
Archivo de Grasa en Francia.
Archivo de Mompeller, en Francia.
Archivo de Huesca de Aragón.
Archivo de San Francisco de Bononia.
Archivo del Castillo de Garcimuñoz.
Archivo de Salmerón.
Archivo de Toledo.
Archivo de San Pablo de los Montes.
Archivo de Chinchón.
Arnaldo de Villanova.

B

Baptista Mantuano.

Bartolomé Facio.

Breviarios diversos.

C

Cánones Apostólicos.

Christophoro Landino.

Christoval Calvete de Estrella.

Chronica de la Orden.

Concilio Salmantino.

Concilios otros muchos diversos.

Constituciones Apostólicas.

Constituciones de San Agustín.

Constituciones de San Benito.

Constituciones de la Orden de la Charidad
de Santa María.

E

Erasmus.

F

Florian do Campo.

Flos Sanctorum.
Francisco Petrarcha.

G

Gaspar Contareno.
Georgio Merula.
Gonzalo de Illescas.
Guillermo Durán.

H

Hieronimo Çorita.
Hieronimo Montano.
Historia de San Agustín.
Historia de Santo Domingo.
Historia de San Francisco.
Historia de San Hieronimo.
Historia Pontifical.
Historia del rey D. Juan el II.
Historia del rey D. Alonso el XI.
Historia general.
Historia Tripartita, Africa, de Luis del
Marmol.
Historia de los Cartuxos.
Historio de las Ordenes Militares.

Historia de Navarra.**I****Iacobo de Valencia.****Iacobo de Voragine.****Itinerario de la Tierra Santa.****Iuan Bocacio.****Iuanes de Turrecremata.****Iuan Pico Mirandola.****Iuan Tritemio.****Iuan Frosart.****L****Lactancio Firmiano.****Ludovico Vives.****Lucio Marineo Sículo.****M****Maestro Isla.****Marsilio Ficino.**

O

Olao Magno.
Onufrio Panvinio.

P

Pandulfo Colenucio.
Palinodia de Turcos.
Palacios Rubios.
Pedro Martir.
Petrarcha.
Petro Mexia.
Petro Bembo,
Pedro Benter.
Petro Lombardo.
Philippo Bergomense.
Polidoro Virgilio.

R

Rabi Moyses.
Rabisio Textor.
Raphael Bolaterrano.
Rasis.
Raymundo Lullo.

Regla de San Benito.
Regla de San Agustin.
Reglas de Cancelaria.
Relaciones varias venidas de Indias.
Roderico Zamorense.

S

Solino.
Strabon.
Snydas.

T

Thomas de Aquino.
Tolomeo.

V

Valerio de las historias.
Varias relaciones.
Varios conquistadores y cronistas, entre ellos los Pizarros, Hernán Cortés, Gomara, Cieza de León, obispo de Chiapa, Francisco Xerez y Gonzalo Fernández de Oviedo.

Vaseo.

Vegesio.

Vincente Roca.

INDICE

DE MATERIAS CONTENIDAS EN LOS TOMOS XIV Y XV DE LIBROS RAROS QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XIV

	<u>PÁGS.</u>
Carta dedicatoria á los señores don Ricardo Palma y D. José T. Me- dina.....	7
Noticias de Fr. Jerónimo Román, sa- cadas principalmente de sus obras por Fr. Bonifacio Moral (Agus- tino.....	18
Del uso de las librerías.....	16
República de Indias.....	29

Libro Primero.....**31**

Cap. I.—Del descubrimiento de las Indias occidentales, de los cuales trata esta República.....

34

Cap. II.—De la religión y dioses de las Indias de la Nueva España. Tócanse cosas de mucha erudición.

47

Cap. III.—De la idolatría de los reinos que llaman del Perú. Qué Dioses tenían con otras cosas al propósito.....

64

Cap. IV.—De los suntuosos templos que tuvieron los indios de la Nueva España, con otras cosas muy curiosas que vienen al propósito..

71

Cap. V.—De los templos y lugares sagrados que tuvieron los del reino del Perú.....

84

Cap. VI.—De los sacerdotes que habia en Indias de la Nueva España, de sus grados y órdenes, cómo tenían su Sumo Pontífice, y otros que eran menores como Obispos,

	PÁGS.
de sus nombres y hábitos, costumbres y religión, de su castidad y penitencia, de la manera cómo eran elegidos para aquellos oficios.	92
Cap. VII.—De otros muchos ministros que servían en los templos de los Indios, los cuales servían como sacristanes, con otras cosas curiosas. Trátase así mesmo de los sacerdotes del reino del Perú....	103
Cap. VIII.—De las sacerdotisas y vírgenes que había entre los indios de la Nueva España y reino del Perú.....	110
Cap. IX.—De las rentas que tenían los templos de los indios, así de la Nueva España como los del Perú, y de la provisión y hacienda de que eran mantenidos los sacerdotes y otros ministros que servían á los ídolos, y de los lugares que tenían dedicados para acogerse cuando habian hecho algún mal recado..	119
Cap. X.—De los astrólogos de las Indias; cómo concertaban su año,	

	PÁGS.
cuántos días tenía la semana, cuántos meses el año, cómo adivinaban por los animales, con otras cosas al propósito.....	124
Cap. XI.—Aquí se comienza á tratar de los sacrificios que usaban los nuestros indios; tráense grandes cosas y dignas de ser sabidas de los hombres sabios y doctos.....	132
Cap. XII.—De cómo los indios de la Nueva España ofrecían á sus ídolos mucha sangre humana, cómo y de qué manera sacrificaban á los hombres y después los comían, y cómo al dios del agua lo aplacaban con la muerte de los niños inocentes; tócanse cosas horrendas y espantables.....	138
Cap. XIII.—De las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, al cual sacrificaban muchos hombres, vistiéndolos sus cueros, con los cuales hacían varias representaciones...	147
Cap. XIV.—De los sacrificios, peni-	

	PÁGS.
tencia y fiestas que hacían los indios de Tlascala á sus dioses; del sacrificio que hacían en partirse sus propias lenguas.....	153
Cap. XV.—De la Pascua que celebraban los de la provincia de Cholola y de su gran penitencia, con otras cosas que hacian otras provincias de Indias.....	164
Cap. XVI.—De la religión y sacrificios de los Totones, con muchas cosas dignas de ser sabidas.....	172
Cap. XVII.—De la religión y sacrificios, con otras cosas curiosas de la provincia de Guatemala.....	188
Cap. XVIII.—De la cuaresma que tenía la gente de Guatemala y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres, y cómo mataban á sus padres cuando eran viejos.....	195
Cap. XIX.—De los lugares adonde sacrificaban los de Guatemala, así como en fuentes, cerros, cuevas y debajo de los árboles. Tráense	

	PÁGS.
otras cosas curiosas.....	205
Cap. XX.—De los sacrificios que hacían los indios de Honduras, provincia de la Nueva España, y de la provincia de Paria, isla de la Trinidad....	216
Cap. XXI.—De los sacrificios del reino del Perú y de las cosas que sacrificaban.—Tócanse cosas buenas.	222
Libro Segundo..	235
Argumento del segundo libro.....	237
Cap. I.—De la manera de elegir los Reyes de la Nueva España, con sus ceremonias, y de la gran magestad con que se trataban.....	238
Cap. II.—De las audiencias, jueces y otras cosas que tocan á la justicia y administración de estas gentes.	254
Cap. III.—De los castigos que se hacían en la Nueva España á los delincuentes, tráense cosas muy particulares.....	263
Cap. IV.—Cómo los indios tenían le-	

yes, por las cuales no castigaban todos los pecados de los hombres mas permitían algunos, como se hace en todas las Repúblicas bien ordenadas, y como es justo que así se haga.....	271
Cap. V.—De las leyes escritas y públicas que tenían los indios de la Nueva España.....	280
Cap. VI.—De la manera de gobernarse los indios de Tlascala, con otras muchas cosas tocantes á esta República. Tócase la gobernación de Cholola, Mechuacan, Honduras y Nicaragua.....	287
Cap. VII.—De la gobernación que tuvieron los indios de Guatemala y otras provincias.....	295
Cap. VIII.—De la gobernación que tenían los de la Vera Paz. Tócanse cosas curiosas y notables. Y los de Yucatán con otras gentes de aquellas provincias.....	302
Cap. IX.—De las costumbres que tenían los indios del reino de Yuca-	

	PÁGS.
tán.....	314
Cap. X.—De la república del Perú cómo se gobernó, hasta que hubo en aquella gente un Monarca y se- ñor general de toda la tierra.....	323

TOMO XV

Cap. XI.—Del origen del reino y monarquía del Perú, de su incremento, de la potencia y riqueza de estos Reyes, cómo sucedían y heredaban el reino.....	7
Cap. XII.—Como comenzando á reinar Pcahacuti Capac Inga Chupangi, luego trató de que hubiese religión y templos al Sol, y cómo di-	

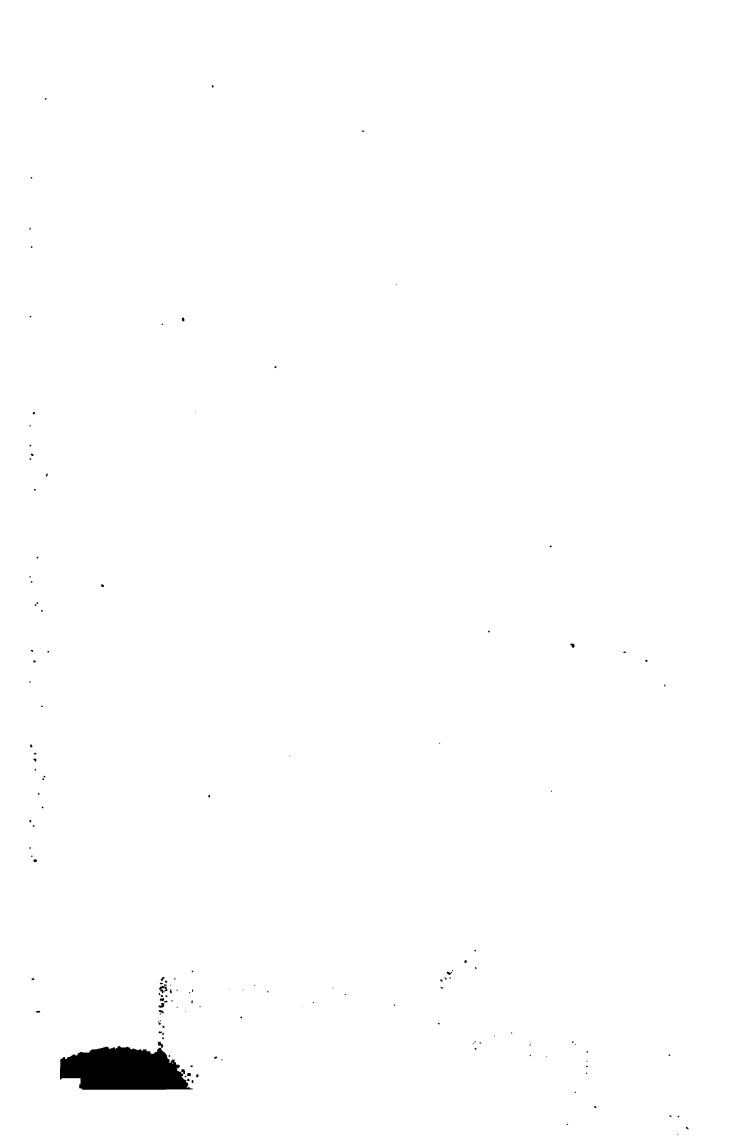
	PAGS.
vidió su reino en diversos estados de gentes.....	22
Cap. XIII.—De las cosas que ordenó y proveyó en sus reinos este prín- cipe para bien de su reino y pro- vecho común.....	30
Cap. XIV.—De las leyes más princi- pales que esta gente tenía, y por dónde se gobernaba.....	45
Cap. XV.—De lo que sintieron estas gentes de las Indias Occidentales de la creación del mundo y del primero regimiento que tuvieron con otras cosas al propósito.....	49
Cap. XVI.—De la manera de conser- var sus memorias los indios, qué libros tenían, cómo escribían sus hechos y las cosas que habían acaecido desde los primeros tiem- pos.....	64
Libro Tercero.....	71
Argumento del tercero libro.....	73
Cap. I.—De los vestidos que usaban	

	PÁGS.
estas gentes, qué manjares comían de qué juegos y regocijos usaban en sus fiestas y días solemnes que tenían.	74
Cap. II.—De la manera que tenían los indios de Nueva España para celebrar sus matrimonios.....	89
Cap. III.—De la manera que tenían en casarse los indios de la Vera Paz, con otras cosas dignas de ser leídas, y de los matrimonios de Nicaragua.....	101
Cap. IV.—De las ceremonias, cómo celebraban los indios del Perú sus bodas y matrimonios.....	111
Cap. V.—De la manera que tenían los Reyes y grandes señores de las Indias, en doctrinas y enseñar sus hijos buenas costumbres.....	119
Cap. VI.—De cómo enterraban sus muertos nuestros indios de la Nueva España, principalmente se trata de cómo eran sepultados los grandes señores. Trátanse cosas muy curiosas y dignas de ser sa-	

	PAGS.
bidas.....	132
Cap. VII.—De las ceremonias que se guardaban en los entierros y sepulturas de los Reyes de Mechuan, de la mucha gente que mataban para enterrar con el Rey.....	143
Cap. VIII.—De las ceremonias que hacían los indios de la Vera Paz en los enterramientos de sus muertos. Con otras cosas dignas de ser sabidas.....	155
Cap. IX.—De la manera que se tenía en el Perú de sepultar los Reyes y grandes señores, y de la otra gente común.....	169
Cap. X.—De la manera de hacer guerra los indios de la Nueva España, qué armas tenían, por qué se levantaban las guerras, qué privilegios tenían los que seguían las armas con otras cosas muy curiosas al propósito.....	177
Cap. XI.—De la orden de caballería que tenían los indios de la Nueva	

	PÁGS.
España, con otras cosas curiosísimas al propósito.....	188
Cap. XII.—De orden militar y ejercicio de guerra que tenían los del reino del Perú, con otras cosas dignas de ser sabidas.....	198
Cap. XIII.—De la orden de caballería que había en los reinos del Perú, y cómo eran armados caballeros.....	207
Cap. XIV.—De la caída de los Reyes de la Nueva España, y de cuántos fueron, y cómo acabó aquel imperio tan poderoso.....	211
Cap. XV.—De la caída del reino del Perú, con todos los Reyes que aquella gente tuvo, hasta que se incorporó en la corona de los Reyes de España, como hoy lo vemos.....	218
Adenda de las noticias relativas á Indias que hay en la crónica de la orden de los padres ermitaños Agustinos.....	231
Provincia de las Indias que se llama	

	PÁGS.
del nombre de Jesús.....	233
Tabla de los Monasterios.....	252
Relación del descubrimiento de las Filipinas y del ataque á Manila por el pirata Limahon, con noti- cias de Fr. Martín de Rada, saca- da de la república de China.....	255
Catálogo de autores consultados por el autor.....	269
Indice de materias.....	277
Indice alfabético.....	291



ÍNDICE

**POR ORDEN ALFABÉTICO DE MATERIAS CON-
TENIDAS EN LOS TOMOS XIV Y XV DE
LIBROS RAROS QUE TRATAN DE AMÉRICA**

VOL. PÁG.

A

Abecedario que usaban los indios..	II	65
Agueros y supersticiones de los Astrólogos.....	I	128
Alcázares de México.....	I	86
Alonso de la Vera Cruz.....	I	25

	VOL.	PÁG.
Altar para hacer sacrificios al dios		
Chahalhuc en Guatemala.....	I	205
Andaguaylas, provincia del Perú..	II	14
Antiguos dioses del Cuzco.....	I	69
Arbol llamado Maguei.	I	129
Arcapuzalco. Sacrificios que hacian sus habitantes... ..	I	136
Ardides militares de los indios de la Nueva España.....	II	185
Armas que usaban en el Perú.....	II	202
Armaduras usadas en el Perú.....	II	203
Arquitectura de los templos del Perú.....	I	86
Astrólogos ó adivinos de Guate- mala.....	I	189
Astrólogos de las Indias.....	I	124
Astrología judiciaria de Nueva Es- paña.....	I	128
Atapalipa, Inga del Perú.....	II	221
Ataque de Limahón á Manila.....	II	259
Aucapulcaco. Sacrificios que ha- cían sus habitantes....	I	147
Audiencias y jueces del imperio Mexicano.....	I	255
Ayarmango, primer Inga del Perú.	II	10

	VOL.	PÁG.
Ayunos y sacrificios de los indios de Guatemala.....	I	195
Ayunos de los sacerdotes de Nueva España.....	I	100

B

Bailes de los indios de Nueva Es- paña.....	I	143
Bartolomé de las Casas	I	47
Barrios en que dividieron los In- gas la ciudad del Cuzco.....	II	25
Batallas que hacían los indios de la Nueva España.....	II	185
Bibliotecarios apostólicos.....	I	27
Bula de Alejandro VI.....	I	44

C

Caballeros Orejones del Perú.....	I	227
-----------------------------------	---	-----

	VOL.	PÁG.
Cabo de Buena Esperanza.....	I	37
Caida de los reyes de la Nueva Es- paña.....	II	211
Calendario de los indios.....	II	66
Camachtl, rey de Tlaxcala.....	I	55
Camaxtle, señor y dios principal de Tlaxcala.....	I	156
Caminos vecinales en el Perú.....	II	36
Capacidad militar de los indios del Perú.....	II	205
Capillas que tenían los indios de Guatemala para adorar á sus ídolos.....	I	206
Capitanes valerosos... ..	I	35
Caquixacxaguat, valle con fortale- za en el Perú.....	II	15
Carangas. Su laguna.....	I	226
Carta á Palma y Medina.....	I	7
Castigos que se hacían á los delin- cuentes en Nueva España.	I	263
Castigos que imponían los jueces á los delincuentes en Guatemala..	I	299
Catálogo de autores consultados por el autor..... ..	II	269
Cautivos de guerra sacrificados...	I	135

	VOL.	PÁG.
Ceremonias de los indios de Tezcuco.....	I	137
Ceremonias de los indios de Tlascalala.....	I	156
Ceremonias en Nueva España en la elección de sus reyes.....	I	239
Ceremonias que hacían los reyes de Guatemala.....	I	297
Ceremonias que hacían los indios de Guatemala en sus casamientos	I	300
Ceremonias que hacían en los entierros de los reyes en Nueva España.....	II	133
Ceremonias que usaban en México para armar sus caballeros.....	II	189
Ceremonias que usaban en sus matrimonios en la Nueva España..	II	92
Ceremonias que usaban en sus entierros los indios de Nicaragua..	II	160
Ceremonias que usaban en sus desposorios los indios de Nicaragua.	II	108
Ceremonias que guardaban en los entierros de los reyes de Mechoacan.....	II	143
Ceremonias que usaban los mexica-		

	VOL.	PÁG.
canos en sus sacrificios.....	I	139
Ceremonias que hacían los indios de Guatemala en el nacimiento de sus hijos.....	I	213
Ceremonias y sacrificios de los in- dios de Gurtemala....	I	197
Cemi, dios de Cuba.....	I	220
Cenu. Cómo celebraban sus entie- rros.....	II	166
Cinchiroca, segundo Inga del Perú.	II	10
Circuncisión de los indios de Yu- catán.....	I	316
Circuncisión de los indios de Nue- va España.....	I	177
Ciudad de Chobaula.....	I	57
Ciudad de Pachamacha....	I	90
Clalchihuccueueye, diosa mexicana.	I	143
Cocolcán. Dios de las fiebres.....	I	60
Colón, sus viajes.....	I	37
Colón, título de Almirante.....	I	43
Collao. Su templo.....	I	226
Collassuyo, provincia del Perú....	II	14
Comercio entre los indios y los es- pañoles.....	I	41
Conditi Barachocha, dios del Cuzco.	I	66

	VOL.	PÁG.
Confesiones de los indios Totones..	I	186
Cómputo que hacían del año los astrólogos de Indias.....	I	125
Cómo enterraban á sus reyes los indios de Nicaragua.....	II	161
Cómo enterraban á los caciques y grandes señores en la Vera Paz.	II	158
Cómo fabricaban el pan en la isla Española.....	II	79
Cómo hacían sus guerras los indios de la Nueva España... ..	II	177
Cómo celebraban sus casamientos los indios del Perú.....	I	107
Confesiones que hacían los indios de Guatemala	I	212
Confesiones que hacían los indios de la Vera Paz.....	II	157
Condesuyo, provincia del Perú....	II	14
Construcción de templos en el Perú.	II	128
Coronación de los reyes de México.	I	241
Cortejo fúnebre en los entierros de los reyes de Mechuacan.....	II	149
Cortejo fúnebre en los entierros de los reyes del Perú.....	II	174
Costumbres de los indios de Gua-		

	VOL.	PÁG.
temala	I	207
Costumbres y gobierno del reino de Yucatán.....	I	314
Costumbres en Nueva España para ordenar á sus sacerdotes.....	I	97
Cruz adorada de los indios.....	I	58
Coyohuaçan. Su rey.....	I	253
Cozumel, isla de Yucatán.....	I	60
Cuaresma de los indios de Guate- mala.....	I	195
Cuba. Ayunos que hacían sus sa- cerdotes.....	I	220
Culman. Sacrificios que hacían sus habitantes.....	I	136
Cumaná. Cómo enterraban á sus reyes.....	II	164
Cuyobacan. Sacrificios que hacían sus habitantes.	I	147
Cuzcatán. Su religión y sacrificios.	I	167
Cuzco. Sus dioses.....	I	66

CH

Chahalhuc, dios de Guatemala....	I	205
Chancillerías de la Nueva España.	I	258
Chapuloacan. Su monasterio.....	II	254
Chiapa. Su obispo.....	I	60
Chichimecas. Su linaje.....	I	55
Chiella. Su monasterio.....	II	254
Chiribiti. Cómo enterraban á sus reyes.....	II	161
Chobaula. Dios que tenía.....	I	57

D

Darien. Cómo se celebraban los en- tierros.....	II	162
Delitos de los sacerdotes y penas que se les imponían.....	I	102

	VOL.	PÁG.
Delincuentes de Nueva España...	I	263
Del uso de las librerías entre los cristianos.....	I	16
Descripción de los templos de Nueva España.....	I	73
Descripción del palacio de México.	I	77
Descubrimiento de las Indias Oc- cidentales.....	I	41
Descubrimiento de las Hespérides.	I	37
Descripción del reino del Perú....	II	35
Desposorios que hacían los indios de la Nueva España.....	II	95
Diferentes géneros de gentes en el Perú.....	II	113
Dilatación del imperio de los Ingas.	II	203
Dioses del Perú....	I	225
Dioses Mexicanos.....	I	139
Dioses del Cuzco.....	I	66
Disciplina militar de los indios del Perú.....	II	204
Disposiciones de la gobernación de los Ingas del Perú.....	II	117
Distribución de la administración de justicia en México.....	I	259

	VOL.	PÁG.
Distritos de la ciudad del Cuzco...	II	25
Diversas armaduras que usaban en en el Perú.....	II	203
Diversidad de dioses del Perú.....	I	68
Diversidad de dioses de los indios.	I	53
Diversidad de gobierno en los prin- cipios de la monarquía del Perú.	I	326
Diversidad de lenguajes en el Perú	I	326
División del reino del Perú.....	II	27
División que hacían de los días del año los astrólogos de Indias....	I	125
Documentos de que se sirvió el au- tor para escribir las Repúblicas.	I	9
Dosel de los reyes de Guatemala...	I	296
Dotaciones para el sostenimiento de los sacerdotes del Perú.....	I	122
Duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli.....	I	39

E

Edicto del rey del Perú.....	I	69
Elección de los sacerdotes en Nue-		

	VOL.	PÁG.
va España.....	I	97
Elección de los reyes en Honduras.	I	294
Elección de los reyes en Nueva España.....	I	289
Enseñanza y buenas costumbres en el reino del Perú.....	II	119
Entierros de los reyes de la Nueva España.....	II	183
Escrituras que usaban los indios..	II	64
Esmeraldas de Tlaxcala.....	I	155
Estaciones del año en Nueva España, según la forma en que las dividían sus astrólogos.....	I	127
Estados de los reinos del Perú....	I	222
Estrategia militar de los indios del Nicaragua.. ..	II	161
Exhumación de los cadáveres de Mechuacan.....	II	150
Extensión del reino de Guatemala.	I	295
Perú.....	II	205
Exbalanquem, dios de Guatemala..	I	61
Exequias de los reyes de Nueva España..... ..	II	133
Exequias que hacían á los reyes de		

F

Fabricación del pan en la isla Española.....	II	80
Fertilidad de la isla Española.....	II	81
Fertilidad de la tierra del Perú...	I	121
Festival de los indios.....	I	136
Fernando Cortés.....	I	35
Fiestas á los dioses Tezcatlipuca y Vicilopuchtli, en México.....	I	139
Fiestas que celebraban los indios de Nueva España.....	I	170
Fiestas de los indios Totones en la Nueva España.....	I	180
Fiestas de los indios de Guatemala.	I	188
Fiestas que guardaban los indios de la Vera Paz.....	I	308
Fiestas que se observaban en México.....	I	126
Fiestas que celebraban en el Cuzco.	I	226
Fiestas que hacían los indios de		

	<u>VOL.</u>	<u>PÁG.</u>
Guatemala en el nacimiento de sus hijos.....	I	214
Florida. Religión que tuvieron. . .	I	48
Forma de los templos de Nueva España.....	I	73
Francisco Pizarro.....	II	221
Frutos y clima del Perú	I	223
Frutos y ganados para mantenimientos de los sacerdotes del Perú.....	I	121
Fundación del reino de Vtlatlan...	I	295
Fundación de la villa de San Francisco en Quito.....	I	324
Fundación del reino del Perú.....	I	324

G

Gastos para reparar los templos de Nueva España.....	I	121
Género de vida que hacían los indios del Perú.....	II	114
Gente que mataban en los entierros		

	VOL.	PÁG.
de los reyes de Mechuacán.....	II	148
Gobernadores de Tlaxcala	I	265
Gobernadores y oficiales de justicia en México.....	I	256
Gobierno de los indios de Tlaxcala.	I	287
Gobierno de Quezalcoatl en México.	I	58
Gobierno de los reinos de Guate- mala.....	I	297
Gobierno, leyes y costumbres de los indios de la Vera Paz.....	I	302
Gobierno, ritos y costumbres de los indios de Nicaragua.	I	287
Gobierno y costumbres de la Nue- va España.....	I	258
Grandeza de los reyes de Yucatán.	I	315
Grandeza de los reyes Ingas del Perú.....	II	40
Guatemala. Dios Exbalaquem.....	I	62
Guatemala. Sus ritos, costumbres y gobierno.....	I	206
Guardia de honor de los reyes de México.....	I	248
Guerras que hacian los indios de Guatemala.....	I	298
Guerras de los Ingas del Perú....	II	17
COL. LIB. AMÉRICA.—TOM. XV.		20

	VOL.	PÁ.
Guido de Lauzares. Gobernador de Filipinas	II	26

H

Hechicerías de los astrólogos de Guatemala.....	I	18
Hechiceros de Nueva España.....	I	13
Hechiceros y sortílegos que tenían los indios de Guatemala.....	I	21
Hechos de Limahon.....	II	25
Heredades de los reyes del Perú.	I	12
Herederos al trono de México.....	I	24
Heridas que se hacían en sacrificio de sus dioses los indios de Gua- temala... ..	I	19
Hernando Cortés. Conquistador de de México	I	25
Hidalguía de los caballeros del Perú.....	II	20
Homenaje á los reyes de México..	I	24
Homenajes que hacían á los Incas		

	VOL.	PÁG.
del Perú.....	II	40
Horribles sacrificios que hacían á sus dioses los indios de Tlaxcala.	I	157
Hospitales en Nueva España.....	I	121
Humilladeros de los indios de Gua- temala.....	I	207
Hueytozoztli, dios mexicano.....	I	145

I

Iacona. Su monasterio.....	II	253
Idolatrías de los indios de la Vera Paz.....	I	307
Idolatrías de los indios de Tlax- cala.....	I	157
Idolatrías y sacrificios de los indios Totones.	I	184
Idolatrías de los indios del Perú...	I	105
Idolatrías de los mexicanos.....	I	139
Idolatrías de los indios de Guate- mala... ..	I	208
Idolatrías y gobierno de los indios		

	VOL.	PÁG.
de Honduras	I	217
Idolo llamado Veylobos.....	I	136
Idolos é imágenes que adoraban los indios.....	I	51
Idolos de Guatemala.....	I	205
Idolos de los templos de México ..	I	79
Idolos de Tlaxcala.....	I	161
Indias armadas á descubrir Filipi- nas.	II	247
Ingas del Perú.....	II	10
Inhumanidad de los indios de Nue- va España.....	I	168
Instrucción de los indios del Perú.	I	105
Instrumentos musicales de los in- dios de Guatemala.....	I	191
Isla de Cuba.....	I	48
Isla de Luzón.....	II	263
Izmiquilpan. Su monasterio.....	II	253
Iztapalapan. Su templo y venera- ción de los reyes.....	I	126

J

Jamáica. Conocimiento de Dios...	I	48
----------------------------------	---	----

	VOL.	PÁG.
Joyas que ponían á los cadáveres de los reyes de Mechuacán.....	II	151
Jueces y Audiencias en México...	I	255
Juegos y ceremonias de los indios de Guatemala.. .. .	I	191
Junta de grandes para elegir los reyes en México.....	I	240
Junta de obispos en México.....	I	123
Juntas de sacerdotes en Nueva Es- paña.....	I	102
Juramentos que hacían los mexica- nos en sus declaraciones ante los jueces.....	I	260
Jurisdicción de los sacerdotes en Nueva España.....	I	97

L

Lamentos que hacían en el Perú en el entierro de sus reyes.....	II	172
Las Chachaporias. Su monasterio..	II	254
Layne Bamba. Su monasterio.....	II	254

	VOL.	PÁG.
Leyes de los Ingas del Perú.....	II	45
Leyes de los indios.....	I	280
Leyes y costumbres en el servicio de los templos en el Perú.....	I	10n
Leyes de los indios de la Vera Paz.	I	309
Leyes primitivas del Perú.....	I	327
Leyes que se observaban en el rei- no de Guatemala.....	I	299
Libertades que tenían las mujeres en Guatemala.....	I	301
Libros que tenían los indios.....	II	64
Limahon, pirata chino.....	II	259
Linaje de los reyes de México.....	I	246
Linaje de los Chichimecas.....	I	55
Lucayoe. Conocimiento que tenían de Dios.....	I	48
Luzón, isla.....	II	263

LL

Llegada de los españoles á Nueva España.....	I	245
Lluchi Yupangi, tercer Inga del Perú.....	II	11

M

Magnificencia de los templos del Perú.....	I	87
Magnificencia de los reyes de México.....	I	252
Magnificencia de los reyes Ingas del Perú.....	II	40
Malucas, descubrimiento.....	II	237
Manera de edificar los templos en el Perú.....	I	85
Manera que tenían en el Perú de sepultar sus reyes.....	II	169
Manera de hacer los sacrificios por los indios de Guatemala.....	I	206
Maotle, dios de Tlaxcala.....	I	158
Martín de Rada.....	II	265
Martín de Goiti. Maestre de campo de Filipinas.....	II	260
Martirios, tormentos y sacrificios de los indios de Nueva España..	I	167
Matlalcueye, diosa de Tlaxcala....	I	155

	VOL.	PÁG.
Matrimonios en la Nueva España.		
Cómo se celebraban.....	II	90
Mechina, pueblo del Perú.....	II	13
Mechuacan. Gobierno, ritos y costumbres.....	I	287
Medicinas que usaban los indios de Guatemala.....	I	211
Médicos en Guatemala.....	I	211
Mercados de los indios de la Vera Paz.....	I	306
México, Reyes y dioses.	I	55
México y Tezcucó. Templos.....	I	75
México. Modo de elegir sus reyes..	I	239
Milagro notable.....	I	82
Ministros de la religión de Nueva España.....	I	94
Ministros de justicia en Nueva España.....	I	262
Ministros de justicia del reino de Guatemala.....	I	297
Modo de celebrar las bodas en Nicaragua.....	II	107
Modo de fabricar el pan en la isla Española.....	II	80
Modo de hacer los casamientos en		

	VOL.	PÁG.
Guatemala.....	I	300
Modo de hacer las casas de los in- dios de Guatemala.....	I	206
Modo de administrar justicia en México.....	I	260
Modo de elegir los reyes en Nueva España.....	I	239
Monjas del Perú.....	I	115
Monarquía y sucesión de los Ingas del Perú.....	II	24
Monasterios de la Nueva España..	II	252
Montezuma. Emperador de México.	I	247
Muerte de Atapalipa, Inga del Perú.....	II	224
Muerte de Pizarro... ..	II	225

N

Nezual Cuyocin, rey de México ..	I	245
Nicaragua. Su gobierno, ritos y costumbres.....	I	287
Nombre que daban los astrólogos		

	VOL.	PÁG.
á los días de la semana.....	I	125
Noticia que tenían los indios de la creación del mundo.....	II	51
Noticias de Cristobal Colón.....	I	36
Noticias de Exbalanquem.....	I	61
Noticias de Queçalcoatl.....	I	57
Noticias de Fr. Jerónimo Román y de sus obras.....	I	13
Noticias relativas á Indias.....	II	231
Nueva España. Elección de sus re- yes.....	I	239
Nuevas maneras de sacrificios en Nueva España.....	I	167
Nuevo reino de Granada. Sus ido- latrías y sacrificios.....	I	218

O

Obras de Fr. Jerónimo Román....	I	14
Ocuituco, pueblo de la Nueva Es- paña.....	II	252
Ocupaciones de las religiosas en los		

	VOL.	PÁG.
templos del Perú y Nueva España.....	I	113
Oficios que desempeñaban los sacerdotes de Nueva España.....	I	95
Ofrecimientos á los ídolos por los indios de Nueva España	I	138
Ofrendas que hacian á sus disses los indios del Perú.....	I	225
Oquila. Su monasterio.....	II	253
Oraciones, ayunos y sacrificios de los sacerdotes de Tenecan.....	I	99
Oraciones que hacian á sus ídolos los indios de Guatemala.....	I	196
Oratorios de los dioses de Guatemala.....	I	206
Orden de la Caballería de los Orejones en el Perú	I	227
Orden de Caballeria en la Nueva España.....	II	188
Ordenes militares en el Perú.....	II	198
Origen del reino y monarquía del Perú.....	II	7
Origen y fundación del reino de Vtlatlan.....	I	295
Ornamento de los templos del Perú.	I	87

	VOL.	PÁG.
Ornamentos de los reyes de México.	I	245
Ornamentos que usaban en los entierros de los reyes de Mechucán.....	II	145

P

Pacaritango, ciudad primitiva del Perú.....	II	8
Pachacama. Sus templos.....	I	88
Pachamacha, dios del Perú.....	I	90
Pachacuti Inga Yupangi, rey poderoso del Perú.....	II	15
Pachacuti, primer inga del Perú..	I	67
Palacio de México.....	I	77
Panamá. Religión que tuvieron...	I	48
Pariá. Sus idolatrías y sacrificios..	I	218
Paria. Cómo enterraban á sus reyes.....	II	164
Pascua que celebraban en honor de sus dioses en la ciudad de Cholola... .	I	165

	VOL.	PÁG.
Pecados contra la castidad por las religiosas del Perú.....	I	115
Pedro Mártir, historiador.....	I	59
Penitencias de los indios de Nueva España.....	I	101
Penitencias y ayunos de los indios del Perú.....	I	105
Penitencias de las religiosas del Perú.....	I	114
Penitencias que hacian los indios de Guatemala.....	I	213
Perú. Sus ritos, sacrificios y gobierno.....	I	225
Piedras preciosas que tenían los indios de Tlaxcala.....	I	155
Pimienta de las Indias.....	I	159
Piura. Su fundación.....	I	324
Plegarias de los indios de Guatemala... ..	I	201
Poderío de los reyes de Yucatan..	I	315
Poderío de los reyes de Mechoacan.	I	293
Popayan. Su lenguaje.....	I	319
Potestad de los Pontífices en Nueva España.....	I	97
Preeminencias de la ciudad de Tez-		

	VOL.	PÁG.
cuco.....	I	258
Primeros pobladores del Perú.....	II	8
Primeros reyes del Perú.....	I	325
Primicias que daban los indios de Guatemala á sus sacerdotes.....	I	210
Primogénitos de los reyes de Mé- xico.....	I	244
Privanza de que gozaba el autor...	I	11
Privilegios concedidos por el em- perador Carlos V en favor de los indios.....	I	123
Privilegios que concedían los In- gas del Perú.....	II	116
Privilegios á los guerreros de la Nueva España.....	II	181
Procesiones que hacían los indios de Guatemala.....	I	201
Provincia de Tenacan.....	I	99
Provincias de las Indias.....	I	48
Puebla de los Angeles.....	I	57

Q

	VOL.	PÁG.
Quachinango. Su monasterio.....	I	253
Quahotitlán. Su rey.....	I	253
Quaulititlan. Sacrificios espantables que hacían sus habitantes..	I	149
Queçalcoatl, rey y dios de México.	I	57
Queçalli, piedra preciosa en Tlaxcala.	I	155

R

Rada (Fr. Martín). Lo que hizo....	II	265
Recaudadores de rentas en México... ..	I	258
Refugio de los malhechores en los templos	I	122
Regreso de Colón á España después del descubrimiento de América.	I	43

	VOL.	PÁG.
Regidores de la ciudad de México.	I	240
Relación del descubrimiento de las Philippinas.....	II	255
Religión y gobierno de los Ingas del Perú.....	II	129
Religión y sacrificios de Tehucan.	I	167
Religión y sacrificios de los Toton- nes.....	I	172
Religión y sacrificio de los indios de Guatemala.....	I	188
Religión y sacrificios de Cuzcatan.	I	167
Religión y sacrificios en Tlaxcala..	I	152
Religión de los indios Totones ó Totonacas.....	I	187
Religión primitiva del Perú.....	I	67
Remedios que aplicaban en sus en- fermedades los indios de Guate- mala.....	I	211
Rentas y bienes para mantenimien- to de los sacerdotes y ministros del Perú.....	I	121
Rentas de los templos de Nueva España.....	I	119
República de Tlaxcala. Su gobier- no, leyes y ritos.....	I	287

	VOL.	PÁG.
Reverencias que hacían á Queçal-coatl los indios de Cholola.....	I	293
Reyes de Tezcuco y Tlacopan.....	I	244
Reyes de Nueva España. Cómo los elegían.....	I	239
Reyes Ingas del Perú.....	I	65
Riquezas de América.....	I	44
Riquezas de los templos del Cuzco.	I	88
Riquezas de los templos de México.	I	77
Ritos y costumbres de los indios de Guatemala.....	I	197
Ritos de los indios de Tlaxcala....	I	155
Ritos y costumbres de los habitantes de Quahutitlan.....	I	155
Ritos y costumbres de los indios de Honduras.....	I	216
Ritos, idolatrías y gobierno de los indios del Perú.....	I	224

S

Sacerdotes de Nueva España.....	I	93
Sacerdotes del Perú.....	I	106
Sacrificios de los mexicanos en la COL. LIB. AMÉRICA.—TOM, XV,		21

	VOL.	PÁG.
elección de sus reyes.	I	244
Sacrificios que hacían los indios de Guatemala al dios Chahalhuc. . .	I	206
Sacrificios que hacían los indios de Guatemala en el nacimiento de sus hijos.	I	215
Sacrificios que hacían en Guatemala con los prisioneros de guerra..	I	300
Sacrificios que hacían los indios de Honduras.	I	216
Sacrificios que hacían los indios del Cuzco.	I	67
Sacrificios que hacían los indios de Culman.	I	136
Sacrificios que hacían los indios de Arcapuzalco.	I	136
Sacrificios que hacían en los entierros de los reyes de Mechuacan..	II	148
San Francisco (Villa de Quito). Su fundación.	I	324
Sangrientos tormentos y sacrificios en Nueva España.	I	167
Santo Domingo. Sus idolatrias y sacrificios.	I	219
Sementeras en Guatemala.	I	209

Sentencias que ejecutaban en los sacerdotes de Nueva España....	I	102
Señorío de Tezcuco. Sus preeminencias.....	I	258
Sepulturas de los reyes de México.	I	80
Solemidades de los mexicanos en sus sacrificios.....	I	139
Solemidades en honor de los dioses del Perú.....	I	229
Sorpresa de los indios al ver en su tierra á los españoles.....	I	41
Sucesión de los reyes de México...	I	240
Sucesión de los reyes del Perú....	I	327
Sumo Pontífice de los indios de Nueva España.....	I	93
Supersticiones de los indios de Nueva España.....	I	167

T

Tacuba. Sacrificios que hacían sus habitantes.....	I	136
Teacate Pocatl, señor de Tezcuco..	I	55

	VOL.	PÁG.
Tehuacan. Su religión y sacrificios..	I	167
Templos de Nueva España.....	I	71
Templos del Perú.....	I	84
Templos que tenían los indios de Honduras.....	I	217
Templo de los Cholutecas.....	I	81
Tenecan. Sus templos y sacerdotes.	I	99
Teutitlan. Su religión y sacrificios.	I	167
Tepecuaquilco. Su monasterio.....	II	253
Tezcatlipuca, dios mexicano.	I	139
Tezcuco. Sus dioses.....	I	55
Tezcuco. Sus templos.....	I	77
Tezcuco. Ceremonias que hacían á sus dioses.....	I	137
Tezcuco. Modo de elegir los reyes..	I	239
Tigres en Guatemala.....	I	209
Tlaxcala. Reverencias que hacían al fuego.....	I	150
Tlaxcala. Reyes que tuvieron.....	I	55
Tlacaba. Sacrificios que hacian sus habitantes.....	I	147
Tlocoban. Sacrificios que hacían los indios en esta villa.....	I	136
Tlacolteutl, dios de México.....	II	142
Tlaluc, dios mexicano,.....	I	143

	VOL.	PAG.
Tlauchinoltiquipac. Su monasterio.	II	253
Tlayapacan. Su monasterio.	II	253
Toma de posesión de las Indias, por Colón.	I	41
Tormentos que aplicaban á los mal- hechores en Yucatán.	I	316
Traslado de los PP. Agustinos á Filipinas	II	257
Tribunales supremos de justicia en México.	I	259
Tributos en la Nueva España. . . .	I	259
Trinidad. Sus idolatrías y sacri- ficios.	I	216
Tiripitio. Su monasterio.	II	252
Túmulo de los reyes de Mechuacan	II	146

U

Urdaneta (Fr. Andrés).	II	247
Usos, costumbres y ritos de los in- dios de Honduras.	I	287
Usos, ritos y costumbres de los in- dios de Nicaragua.	I	287

	VOL.	PÁG.
Usos y costumbres de los Mextecas.	II	98
Usos y costumbres que tenían los mexicanos en sus idolatrías.....	I	139
Usos y costumbres de los indios del Perú.....	I	105

V

Vangao. Su monasterio.....	II	253
Vasallaje que rendían los grandes señores á los reyes de México...	I	252
Vayacocotla. Su monasterio.....	II	253
Varones apostólicos de la Nueva España.....	II	234
Varones apostólicos del Perú.....	II	240
Vaxutla. Su monasterio.....	II	253
Vayangareo. Su monasterio.....	II	253
Vchihibuchitl, dios de México....	I	55
Veneración de los dioses de Nueva España.....	I	102
Vera Paz. Suceso curioso.....	I	208
Vera Paz. Dios Exbalaquem.....	I	62

	VOL,	PÁG.
Vestidos que usaban los indios de		
Nueva España.....	II	76
Vicilopuchtli, dios mexicano.....	I	139
Vicilopuclico. Sacrificios que ha- cían sus habitantes.....	I	137
Víctimas que sacrificaban en los entierros de los reyes de Me- chuacan.....	II	148
Viracocha, séptimo Inga del Perú..	II	12
Vírgenes religiosas en los templos del Perú y Nueva España.....	I	111
Vírgenes Mamaconas del Perú....	I	117
Virreyes del Perú.....	II	34
Virtudes de Exbalanquem.....	I	36
Vixathtla. Su templo.....	I	126
Vocablos de los indios de Yucatan.	I	319
Vquateo. Su monasterio.....	II	253
Vtlatlan. Su fundación y grandeza.	I	295

X

Xachixaguana, valle del Perú.....	II	13
-----------------------------------	----	----

	VOL.	PÁG.
Xilitla. Su monasterio.....	II	253
Ximulteque. Su monasterio.....	II	254
Xonacatepeque. Su monasterio....	II	258

Y

Yacapistla. Su Monasterio.....	II	252
Yerba Coca del Perú.....	I	231
Yucatán. Cruz que adoraban.....	I	60
Yucatan. Sus costumbres y gobierno.	I	314

Z

Zarcillos que se usaban en el Perú.	II	77
Zapatos que usaban en el Perú....	II	76

Acabóse de imprimir el tomo XV de COLECCIÓN DE LIBROS RAROS QUE TRATAN DE AMÉRICA, en Madrid, en la imprenta de Gómez, Calle de la Cabeza, núm. 36, á 12 días del mes de Abril de 1897,